

LIBRO 1: BILOGÍA MÁSCARAS VENECIANAS



CARNAVAL DE SANGRE



CUANDO EMPIEZA EL
CARNAVAL, SE DETONATA
LA MUJER

LENA SALVATORE



LIBRO 1: BILOGÍA MÁSCARAS VENECIANAS

CARNAVAL DE SANGRE

LENA SALVATORE

*cuando empieza el
carnaval, se detiene
la sangre*

Copyright © 2024 Lena Salvatore

Carnaval de sangre (primer libro de la bilogía Máscaras venecianas) ©

2024, Lena Salvatore

De la edición y corrección: Lena Salvatore

De la maquetación: Lena Salvatore

Del diseño de la cubierta y contracubierta: nddes_ign

Imágenes del interior: Pixabay y canva

1ª edición: febrero de 2024

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código penal).

ADVERTENCIA

Este libro está dedicado a un público mayor de edad o con una mentalidad madura debido a que trata temas delicados que pueden herir la sensibilidad del lector. A continuación, los enumeramos:

- Mafia italiana y actividades delictivas relacionadas con el crimen organizado.

- Torturas gráficas y asesinatos.

- Escenas de sexo detallado que incluyen juegos de rol (sacerdote/devota), asfixia, *breath play*, *knife play*, exhibicionismo, *BDSM*.

- Lenguaje vulgar.

Asimismo quisiera aclarar de antemano que me tomo ciertas licencias para las localizaciones y desplazamientos de los personajes dentro de la ubicación temporal de Venecia, para el desarrollo de la historia.

INTRODUCCIÓN

«EL CADÁVER BRUTALMENTE MUTILADO DE UNA JOVEN ES HALLADO DURANTE EL DÉCIMO DÍA DE LAS FIESTAS DE CARNAVAL EN VENECIA».

«La conmoción sacude a la ciudad ante tan macabro suceso perpetrado en la celebración más importante del año. Silvina Ricardi, de veintiún años, fue vista por última vez la noche previa al atroz crimen en compañía de su mejor amiga, disfrutando del espectáculo.

La encontró una pareja de viandantes que volvía a casa tras una madrugada de desenfrenos. La mujer, seriamente traumatizada después del hallazgo, aseguró haber visto a una macabra aparición disfrazada de demonio huyendo del lugar del crimen por un callejón aledaño. Su marido, que la acompañaba, alegó no haberse percatado al estar alertando a los carabinieri en ese preciso instante.

Pero el estado de fuerte embriaguez de ambos, ha hecho a los agentes dudar de sus palabras. En cualquier caso, todavía no se tienen pistas que puedan arrojar un poco de luz sobre la identidad de su asesino.

Se ruega a cualquier persona que posea información relativa al caso o que pudiera haber presenciado algo fuera de lo común, que se ponga en contacto con las autoridades.

Esta es una instantánea de Silvina Ricardi disfrazada para el carnaval horas antes de su asesinato:

Su máscara, al igual que su disfraz, aparecieron flotando por el canal a kilómetros de allí, bajo el Puente de los Suspiros.

El alcalde ha decretado tres días de luto oficial en la ciudad y ha transmitido su más sentido pésame a la familia, deseando –en sintonía con todos los ciudadanos– que se capture a la bestia responsable de tan condenable acto».

20 años después

Viernes 20 de Febrero de 2018, Venecia, Villa Santorini, 12:30 p.m.

12 días para el inicio del carnaval

Aquel era el acontecimiento social más esperado del año. Más incluso que el carnaval.

Miles de personas influyentes se daban cita aquel día nuboso de febrero en la aclamada villa de los Santorini, una de las familias más prestigiosas y reputadas de toda Venecia.

El lujo era dueño y señor de cada rincón de la ostentosa mansión que, con el impecable trabajo de los criados, había quedado más espectacular incluso de lo que solía serlo habitualmente.

La élite era protagonista de aquel evento. Después de todo, no cualquier día se podía presumir de haber asistido a la boda del hijo de uno de los empresarios más respetables y prestigiosos de la ciudad, o al menos ese era el título oficial con el que se le conocía, una útil tapadera para los negocios que en verdad manejaba.

Thiago, el hijo mediano del famoso Emilio Santorini, se casaba con su novia de toda la vida, Catarina Costa. La futura señora de Santorini.

Alessandra Grimaldi salió del salón de belleza situado en *Vie Mercerie*, donde su estilista personal acababa de superarse a sí misma con el peinado y el maquillaje. La joven ahuecó su voluptuosa melena ondulada, retocándose el pintalabios rojo sangre, que hacía juego con su vestido *Louis Vuitton* recién estrenado.

Mientras terminaba de repasar su atuendo para asegurarse de estar más impresionante que de costumbre, si cabía, caminó por las estrechas y empedradas calles de la ciudad de los canales y se dispuso a esperar una barca, esbozando una sonrisa de pura satisfacción ante el acontecimiento que se avecinaba.

La boda daría comienzo en menos de una hora y ella pensaba ser la sensación de la ceremonia, como siempre.

Desde niña estaba acostumbrada a ser el foco de atención de los periodistas y había aprendido no solo a adaptarse, sino también a disfrutarlo. A fin de cuentas, no era ciega; sabía lo que tenía y lo aprovechaba a su favor.

Y es que su familia, los Grimaldi, era tan prestigiosa como la de sus socios, los Santorini, razón por la que era un deber asistir al compromiso.

Años y años de hermandad y alianza con la *Cosa Nostra* así lo demandaban. La mafia no se elegía, se heredaba y era un compromiso y una responsabilidad absoluta. Una vez eras parte de esa vida no había vuelta atrás. Por eso ella había aprendido a aceptarlo, estaba cómoda con ello.

A fin de cuentas, ¿de qué servía luchar contracorriente?
Ese estilo de vida le había procurado el poder y los lujos que nunca habría podido conseguir de otra manera. Por más frívolo que sonase, le gustaba gozar de una privilegiada posición social y saber que su familia era una de las más temidas de la ciudad. Y es que, ¿qué idiota se atrevería a meterse con la *mafia*?

Por desgracia, no se podía decir lo mismo de su hermano Marcello, quien hacía varios años se había marchado fuera del país a estudiar medicina. Ante la *famiglia*, lo había anunciado como una forma de ampliar horizontes y seguir su vocación de convertirse en un buen doctor y así poder salvar

vidas, pero de puertas para dentro le había confesado a ella que huía de la brutalidad de esa vida que no quería, pero en la que se había visto obligado a crecer.

Alessandra podía comprenderlo, pues lo cierto era que las cosas que veían y hacían a diario horrorizarían a cualquiera.

Eran los daños colaterales.

Ella personalmente pocas veces se involucraba en la parte más sangrienta del negocio - y no porque la mentalidad machista de la mafia se lo prohibiera, pues ella era un espíritu libre y no aceptaba que le dijeran lo que podía o no podía hacer - sino porque no le gustaba mancharse las manos. A menos que fuera alguno de esos asuntos que ella llamaba un mal necesario (violadores, pederastas y demás escoria de la sociedad).

El *vaporetto* no tardó en llegar a puerto y les dio vía libre para subir a bordo. Ella se apresuró, impaciente por llegar al lugar de la ceremonia. Villa Santorini quedaba a las afueras de la ciudad -uno de los pocos lugares acondicionados para el tráfico, por lo que más tarde un coche la estaría aguardando- , como era de esperarse viniendo de una de las mansiones más enormes y lujosas, rodeada de fincas en las que se trabajaba la vendimia, otro de los orgullos de la familia.

Los Grimaldi, por su parte, se dedicaban a la exportación del café y el tabaco por diversos países de Europa. Ella tenía un puesto destacado como contable de finanzas en la empresa cafetal fundada por su bisabuelo.

Sobraba decir que las ganancias que se embolsaban anualmente, fruto de la combinación de la parte legal e ilegal de sus negocios, les dejaba una fortuna tan cuantiosa como para vivir un par de vidas sin gastarla por completo.

Ignorando las charlas animadas de los viajeros y la música vivaz que había puesto el capitán de barco para distender el ambiente, se recostó en su asiento –allí todos la conocían y la trataban como a la reina que era– y se relajó un rato, con una sonrisa en los labios de puro deleite al ser el centro de atención.

Se le hizo corto y, tal y como esperaba, al llegar al Puente de la Libertad la esperaba Ignazio –el chófer de su familia– que la saludó tan amable como siempre.

Ella correspondió, disfrutando de una copa mientras se resignaba a tener que aguantar aquel tostón. Esperaba encontrar un buen entretenimiento cuando llegara.

Al llegar no la sorprendió comprobar que la mansión estaba ya abarrotada, pese a la temprana hora. Con sus tacones de quince centímetros, rebasó el perímetro de seguridad conformado por los guardias de Emilio Santorini sin tan siquiera tener que mostrar su identificación. Era Alessandra Grimaldi, todos la conocían y en secreto, se sabía objeto de tantas envidias como admiraciones.

Varios invitados que pululaban por el jardín –impecablemente decorado para la ocasión– se quedaron boquiabiertos contemplándola mientras los rebasaba sin siquiera dirigirles una mirada.

Música distendida sonaba de fondo para amenizar la espera mientras los invitados socializaban bajo la enorme carpa que habían dispuesto a lo largo y ancho del jardín por el que al menos treinta camareros se paseaban con bandejas en las manos para ofrecer canapés y bebida.

Alessandra paró a uno de ellos para tomar una copa de champán, que se llevó con deleite a los labios pintados de carmín. Mientras ojeaba el

ambiente a su alrededor en busca de algún posible pasatiempo, le mandó un mensaje a su hermano Marcello —quien se había ido con sus padres en el coche familiar y estaba entre los miles de invitados— para avisarle que había llegado y así evitar luego una interrupción inoportuna, cuando lo vio.

Un hombre que destacaba por encima de todos los demás a su alrededor. Vestía de esmoquin, pero parecía terriblemente incómodo y hastiado por tener que llevarlo. Varios tatuajes tribales sobresalían de los puños de su camisa y por su cuello, dándole un aire rudo y sexy que la excitó.

Su cabello estaba afeitado casi al ras y sus ojos negros se clavaban en la multitud con dureza, mientras se llevaba un auricular a los labios, dando instrucciones a través de él. Era uno de los guardias de seguridad del evento. Pero por primera vez a Alessandra eso no le importó.

Era el elegido. Sospechaba que podían pasarlo muy bien.

Él, ajeno a sus miradas poco disimuladas, mascullaba por lo bajo, irritado. No tardó en arrebatar al camarero la bandeja y quitarle dos copas de *Brandy* para bebérselas de manera brusca y estampárselas en las manos, haciéndole gestos para que se largara.

Alessandra sonrió. Definitivamente era perfecto para un buen polvo.

Justo cuando estaba a punto de acercarse a él, una figura conocida entró en su campo de visión. Era Benedetta, una de las sirvientas de la familia.

La llamó por gestos, buscando sacarle información.

—¿En qué la puedo ayudar, señorita Grimaldi? —le preguntó, solícita, mientras la ayudaba a quitarse el abrigo y se lo colocaba en el regazo, para

colgarlo en la recepción.

Alessandra señaló al hombre con un gesto desenfadado de la cabeza, sin ganas de andarse por las ramas. Además, ya sabían cómo era.

—Benedetta, ¿quién es él? Nunca le había visto —inquirió, pasándose la lengua por los labios.

La joven sirvienta suspiró antes de contestar.

—Es Carlos, hace unos meses que empezó a trabajar para la familia. — De pronto bajó la voz, adoptando un tono de confidencia —. Ha probado su lealtad al señor Emilio y ahora es una de sus manos negras — susurró, con cierto temor.

Ella sonrió, complacida.

Así que un matón. Le gustaba.

—Bien, hazme un favor y dile que venga, que Alessandra Grimaldi quiere conocerlo —le ordenó—. Luego déjanos solos. Gracias Benedetta.

Le pareció que el semblante de la chica se ensombrecía, pero asintió sin rechistar y se marchó a hacer lo que le había encomendado.

Alessandra se llevó los restos de su copa a los labios mientras contorneaba las caderas al ritmo de la música, ya más animada. Sus ojos no dejaron de observar la escena ni un solo instante, a tiempo para captar la mirada de interés que el tal Carlos dirigió en su dirección justo antes de que Benedetta se alejara.

No tardó en ir a su encuentro.

—¿Me mandó llamar, señorita?

Acento mexicano...interesante. Su voz ronca y fuerte le erizó la piel y asintió.

—Sí. Carlos, ¿verdad? —Fue una pregunta retórica. Él soltó un gruñido a modo de respuesta. Lo que más le gustó a Alessandra fue que no era como los demás esbirros de su padre o de Emilio. Él no tenía pudor en sostenerle la mirada. — Verás me gusta conocer a todos los empleados de mi padre y...también de sus socios — se acercó más a él. La tensión empezaba a ser evidente en un punto muy específico de su cuerpo. — Y a ti todavía no te conozco. ¿Qué te parece? — acabó susurrando, en tono bajo, sensual.

Él se humedeció los labios y le ofreció su mano.

—Me parece que nunca le digo que no a una señorita...y menos si es tan guapa.

No hizo falta decir más.

Ambos se retiraron discretamente hacia la caseta de los empleados, aprovechando que todo el mundo estaba pendiente de la fiesta y no andaba nadie merodeando cerca.

Contaban con un margen más que suficiente antes de que diera comienzo el enlace. Ni siquiera había llegado el párroco.

Cerraron la puerta de la cabaña de madera con ímpetu y apenas estuvieron en plena intimidad, Carlos puso la puso contra la pared y le bajó la cremallera del vestido sin ceremonias.

Alessandra echó la cabeza hacia atrás, dejándolo desvestirla por completo. Una corriente eléctrica la atravesó cuando las manos callosas y fuertes de él se posaron en su centro, ya liberado.

Él no fue gentil. Ella tampoco lo esperaba, ni lo quería. Al contrario, salvaje es como le gustaba que fuera.

Se dio la vuelta y le arrancó la camisa con brusquedad, para engullir sus labios en un beso lleno de rudeza y erotismo, al que él respondió como un animal hambriento.

Sin interrumpir sus movimientos, se llevó las manos al cinturón para quitárselo y lo tiró a un lado. No tardó en acorralarla nuevamente contra la pared y abarcó sus tetas grandes y erguidas con las manos, atacándolas poco después con mordiscos y lamidas. Ella no perdió el tiempo y le quitó los pantalones, recreándose unos segundos en la visión de su protuberancia marcándose sobre los bóxers con potencia, más que listo para la función.

—¿Siempre acostumbra a tener sexo con los empleados de su padre y sus socios? — preguntó él, aferrándola del cabello cuando se hubo puesto de rodillas para darle placer. A medida que fue trabajándolo con la boca, más graves se hicieron sus gruñidos y echó la cabeza hacia atrás, maldiciendo en su idioma. Pero ella pudo entenderlo.

En cuanto pudo hablar de nuevo, se incorporó, con los labios hinchados. Dejó que él se recuperara un poco, pero enseguida se lanzó a su cuerpo y la alzó en volandas para tirarla sobre la cama con brusquedad.

No le dio tregua, empezó a atacar su cuello, su clavícula y su ombligo hasta llegar al punto que la volvía loca. Ella gimió.

—Solo cuando me hacen esperar en las bodas, lo detesto — bromeó, excitada.

Él sonrió de medio lado, antes de morderle la boca.

Alessandra decidió ir más lejos en el juego e invirtió su posición para acabar colocándose a horcajadas sobre él y tomó su mentón, clavándole ligeramente las largas uñas. Pero lejos de lastimarlo, eso lo estimuló.

—¿Y tú? ¿Siempre acostumbras a follar con las hijas de los socios de tu jefe?

—Solo cuando me hacen ponerme un traje de payaso y vigilar en las fiestas, me aburre —soltó, al tiempo en que con un empujón de caderas la colocaba bajo su peso para acomodarse en su interior, sin ceremonias.

Alessandra rio, complacida, cuando la embistió con toda su potencia, arrancándole un gemido de placer que murió en su boca cuando él atrapó su labio inferior entre sus dientes.

Por toda respuesta, ella le clavó las uñas en los hombros, espoleándolo a ir todavía más deprisa. Y él cumplió sus deseos, salvaje y excitado como una bestia dominante; insaciable.

Perdió la cuenta de los empellones, mordiscos, besos y caricias que compartieron, hasta que todo rastro de cordura la abandonó para ser reemplazada por el más puro éxtasis.

Al final, la boda no iba a ser tan aburrida después de todo.

Marcello no lograba hallar a su hermana Alessandra por ninguna parte.

Sintiéndose como pez fuera del agua rodeado de tanta gente entre la que hacía mucho tiempo que había dejado de sentirse cómodo, resopló, pensando en dónde demonios podría haberse metido esa loca.

A pesar de haber pasado tanto tiempo lejos de Italia por su carrera, su hermana siempre se había encargado de relatarle sus hazañas en las extensas conversaciones que mantenían cada viernes por *Skype*.

Él era probablemente la persona que mejor la conocía en el mundo. Desde pequeños tuvieron una gran complicidad y él siempre la cubría en sus travesuras.

Marcello sonrió al rememorar los detalles de su infancia, retocándose la corbata de su impecable traje negro y echando una ojeada alrededor con discreción.

No le costaba trabajo imaginarse dónde andaría la muy descarada. Lo que no tenía forma de saber era con quién.

Alessandra era una mujer libre y sin compromisos, se divertía con quien le apetecía y cuando quería. Sin importarle nada.

Ni siquiera las advertencias que le había hecho su padre aquella mañana para que se comportara en la boda del hijo de su socio.

Sí, Baldassare Grimaldi estaba que se lo llevaba el demonio porque no había sido capaz de dar con su hija menor para presentarla con los invitados.

Oh, sí, aquello le sonaba. Una de las cosas que lo habían hecho alejarse de allí tan pronto como le fue posible.

Nunca había soportado que lo exhibieran como un trofeo, mucho menos ante la clase de vida que llevaba su familia. Le asqueaba el dinero sucio que se embolsaban.

Lo peor era que tenía que guardárselo para sí si no quería ganarse una buena paliza. Si su padre se enterara de los pensamientos que rondaban en lo más recóndito de su interior...ahí mismo le daría un infarto.

Apenas si había tenido tiempo de bajarse del avión y ya le estaba recordando lo que se esperaba de él como primogénito e hijo varón de la *Famiglia*.

No le sorprendía, no a aquellas alturas en las que se había resignado a cargar toda su vida con el lastre y las obligaciones que nacer en el seno de una familia como aquella, llevando aquel estilo de vida como herencia manchada de sangre, le había procurado.

Pero, aun así, ello no hacía que fuera fácil.

Fingir seguía siendo su única opción.

Todavía faltaban más de veinte minutos para que diera comienzo el enlace, pero ya se apreciaban caras conocidas entre los invitados. Marcello

frunció los labios y se aflojó la corbata del traje para destensarse. Necesitaba una copa si quería mantener el tipo ante aquella farsa.

Detuvo a un camarero y se decantó por un vaso de *vodka* con lima.

A medida que se llevaba un sorbo a los labios, no le pasó desapercibida la manera nada disimulada en que un par de mujeres jóvenes lo observaban a pocos metros. El deseo era más que patente en sus pupilas. Una de ellas incluso se mordió el labio, coqueta.

Incómodo, se apresuró en apurar su bebida y, discretamente, se retiró con la excusa de dar una vuelta por los alrededores –o eso fue lo que les dijo a los conocidos que lo pararon para saludarlo– y de paso ver si encontraba a Alessandra antes de que Baldassare Grimaldi montara en cólera.

Además, no estaba interesado en tener líos con mujeres desconocidas. Bastante agitada estaba ya su vida como para más complicaciones.

La rigidez se iba adueñando más y más a cada minuto que pasaba en ese lugar. El derroche en su más pura esencia. Poder y lujo en plena exuberancia. Y mientras tanto, miles de personas ahí fuera pasando necesidades.

Le asqueaba.

Con satisfacción, no pudo evitar rememorar aquella vez en que, llevado por un arrebato de furia adolescente, se lo gritó a su padre a la cara –ante el horror de su madre y la incredulidad de una Alessandra que lo había prevenido infinidad de veces acerca de hacerlo, precisamente por las consecuencias que ello le acarrearía– y ello le valió uno de los peores castigos que recordaba.

Pero sin duda, mereció la pena con creces.

Ahora, por desgracia, como adulto que era comprendía que de nada iba a servirle una rabieta. Tocaba cumplir su papel en el juego. Después, cuando las fiestas de carnaval pasaran, podría volver a Múnich para terminar sus estudios y obtener una licenciatura en cardiología, su gran sueño.

Y no iba a dejar que nada ni nadie se lo arrebatara. Ni siquiera su propia familia.

Tan distraído iba ante la marea de turbulentos pensamientos que pululaban por su mente, junto a la tarea de dar con la imprudente de su hermana menor, que sin darse cuenta chocó con una adolescente que caminaba deprisa y sin fijarse tampoco por dónde iba.

La chica se tambaleó ligeramente debido al impacto y él la sostuvo por los hombros, al tiempo en que se disculpaba, haciendo gala de sus exquisitos modales.

Solo al fijarse más detenidamente en ella es que pudo reconocerla, a pesar de lo cambiada que estaba. Era Chiara, la hija menor de los Santorini.

—¿Chiara Santorini? Caray, ¡pero si estás enorme! Y muy guapa — expresó, sin faltar a la verdad. No la veía desde que era una tímida cría de once años y ahora era toda una mujer.

Las mejillas de la chica se tiñeron de rubor a medida que asentía.

—Muchas gracias, Marcello —contestó, retorciéndose las manos, inquieta. —Me alegra saber que has vuelto — luego pareció avergonzarse

de su atrevimiento y añadió: — ¿Has visto a mi hermano Bruno? Hace rato que mamá y yo lo estamos buscando. Y ya debería estar aquí.

Parecía preocupada y con razón. Para nadie era un secreto que, si Alessandra era la oveja negra de los Grimaldi, Bruno era la de los Santorini.

Irresponsable, mujeriego, derrochador y *casanova* sin remedio; a Marcello le constaba que era el dolor de cabeza de Emilio Santorini, así como se rumoreaba que también era el consentido de su madre, Donna Testa Di Santorini.

—No, no lo he visto, pequeña. Conociéndole, seguro que se está haciendo de rogar antes de llegar —le dijo, con sinceridad.

Ella asintió, dándole la razón y luciendo algo más aliviada.

—Probablemente. Se lo diré a mi padre, antes de que le dé un ataque —bromeó, colocándose un mechón de su rubio cabello tras la oreja y dedicándole su más resplandeciente sonrisa de despedida. —Nos vemos por aquí, Marcello. Y bienvenido de vuelta a casa.

Él asintió y la despidió con una sonrisa amable. Sin embargo sus últimas palabras persistían, mortificándolo.

«Bienvenido a casa»...

No, aquella ya no era su casa. Y nunca más lo sería.

Con la cabeza echada hacia atrás sobre el colchón, Alessandra gimió, saboreando el éxtasis del clímax que le estaba proporcionando Carlos.

Aquel era su tercer orgasmo.

Sí, parecía que el mexicano era una bestia insaciable.

Y ella estaba más que satisfecha con eso.

Últimamente se le hacía cada vez más difícil encontrar a alguien que estuviera a la altura de sus expectativas en cuanto a sexo salvaje y sin compromisos se refería.

Lo peor venía al día siguiente, cuando se creían con algún tipo de derecho sobre ella.

Estúpidos ilusos. A la mayoría los movía el interés, por todo el dinero que ella, al ser la heredera de un imperio como lo era el clan Grimaldi, poseía.

Los gruñidos de él resonaban por toda la estancia al tiempo en que las acometidas se hacían más y más intensas y ambos llegaban a su liberación, con Alessandra aferrada a las sábanas y dejando que las sensaciones explotaran en su interior como fuegos artificiales.

Ese hombre era un león.

Iba a costarle un poco caminar con esos tacones de quince centímetros después de tal desenfreno. Pero nada que no pudiera solventar.

Tan pronto como terminaron, se levantó de la cama sin ceremonias y empezó a pasarse el vestido por las piernas adoloridas. Una sonrisa de satisfacción adornaba sus labios, sin embargo.

No le daba reparo reconocer que había sido el sexo más increíble que había tenido en mucho tiempo, por no decir nunca.

Y eso que se había ido a la cama con muchos hombres.

Era una mujer libre y le gustaba disfrutar de su sexualidad.

Pero normalmente pocas veces sus expectativas se veían cumplidas; superadas, solo en aquella ocasión.

Eso era peligroso. Porque le daban ganas de repetir y era algo que casi nunca hacía. Para evitar que desarrollaran alguna estúpida dependencia emocional hacia ella. No estaba de humor para cursilerías, mucho menos para lidiar con hombres que le juraran amor eterno.

Pero estaba claro que Carlos no era de ese tipo de hombres.

Era peligroso.

Puro fuego.

Salvaje y adictivo.

Demasiado tentador para un alma alocada como ella.

—¿Te ayudo con eso? —Inquirió él, posicionándose tras su espalda. Completamente pegado.

Ella asintió, mordiéndose el labio cuando la cremallera se deslizó hacia arriba y él aprovechaba su distracción para darle un mordisco en el lóbulo de la oreja, con fruición.

—La ceremonia debe de estar a punto de comenzar —comentó, con una nota pícaro y sugerente en la voz ante la posibilidad de repetir. Podía sentir la rudeza de su envergadura contra sus nalgas.

Como si le estuviera leyendo la mente, él soltó un gruñido bajo mientras apretaba su culo.

—Y eso lo haría todo aún más excitante ¿no crees?

—Lo que creo es que el hecho de que hayamos follado no te da derecho a tutearme —bufó, molesta.

Le agradaba que fuera atrevido, pero si no dejaba las cosas claras desde un principio y permitía que se tomara esas licencias las cosas podían complicarse.

Al fin y al cabo, iban a verse a diario.

La sorprendió su risa ronca y escéptica, todavía pegado a su cuerpo, encendiéndola y tentándola de mil maneras diferentes con su boca, que chupaba y lamía a su antojo.

—Usted disculpe, *signorina*, no me pareció que se quejara mientras la follaba hasta hacerla llegar al clímax —replicó, sin inmutarse ante el fuego que se encendió en la mirada de Alessandra ante su insolencia.

—Atrevido —ronroneó, paseando sus largas uñas pintadas de rojo por su torso desnudo y cincelado por unos más que trabajados músculos, los cuales estaban recubiertos por líneas de cicatrices que recubrían su piel.

Desde que las había visto, Alessandra había quedado fascinada con ellas.

Las tenía por todo el cuerpo. Algunas eran de cuchillo, otras; más notorias, parecían quemaduras.

Y él las lucía con el orgullo de un guerrero. Sin avergonzarse en ningún momento. Era una obra de arte intrincada en su piel y solo debía ser admirada.

Su piel ardió con el toque y, arrebatado, tiró de su cintura hasta estrecharla contra su cuerpo duro como una roca.

—Si sigue tocándome así voy a arrancarle la ropa y a follarla de nuevo —gruñó, acorralándola contra la pared.

Ella sonrió con malicia y se pegó más a él, tentándolo. El maldito tenía autocontrol y se mantenía estoico. Sin duda era inteligente. No se trataba de ningún pelele como con los que acostumbraba a tratar.

Pero quería comprobar hasta qué punto podía contenerse.

Sin dejar de mirarlo a esos ojos oscuros como el carbón que tanto la prendían, pasó la lengua por sus labios con suavidad...probándolo.

El agarre en su cintura se volvió más posesivo y demandante y respiraba con precipitación.

Aun así, no cedía.

Aquello era una lucha de poder en toda regla y la enloquecía que le plantara cara de esa manera.

—¿Qué crees que diría tu jefe, el gran Emilio Santorini, si supiera que te has tirado a la hija de su mayor socio y aliado? — Inquirió, juguetona, llevando las manos hasta su protuberancia y posándolas allí sin perder la sonrisa deslumbrante.

Él echaba chispas, en todos los sentidos. Pero supo mantener el tipo magistralmente.

Sus ojos eran una tormenta de rayos incandescentes y tenía los músculos del cuello tan tensos que unas gruesas venas sobresalían de él. Así como de su frente.

—No lo sé, ¿por qué no se lo pregunta? Tal vez su padre también podría estar interesado en saber lo que hace su hija favorita entre horas —contestó, encogiéndose de hombros con falsa calma.

Maldito...

Su pecho subía y bajaba muy deprisa. Estaba enfurecida porque se había atrevido a desafiarla y eso tenía un precio, sí...pero mentiría si dijera que no estaba terriblemente excitada ante su osadía.

Al final, la ira le ganó la partida y, rápida y mortífera como una serpiente, levantó la mano para darle una bofetada y demostrarle quién mandaba.

No obstante, no pudo llegar a alcanzarlo. Porque Carlos detuvo su mano a escasos centímetros de su rostro.

—Shhh, quieta. No juegue más...mire que se puede quemar — susurró, con miles de promesas refulgiendo en sus pupilas.

Una de ellas predominaba: desafío.

El mismo que chispeaba en las pupilas de gata de Alessandra, que lo miraba queriendo devorarlo. Todo su cuerpo temblaba ante el férreo agarre de él.

—¿Y qué pasa si me quiero quemar? —Lo retó, sintiendo todo su cuerpo en llamas.

A juzgar por su respiración errática, él tampoco estaba mucho mejor.

—Entonces no respondo —aseveró, con un matiz ronco y peligroso en la voz.

Alessandra no pudo aguantar más y le mordió el labio inferior en un impulso, para demostrarle quién mandaba.

Y justo en aquel preciso instante unos golpes certeros resonaban contra la puerta, acompañados por la inconfundible voz de Marcello, que la llamaba a gritos.

¿Cómo demonios había sabido que estaba precisamente allí?

Más furiosa todavía por la interrupción, dio un tirón para soltarse del agarre de hierro de Carlos, que se limpiaba los restos de sangre del labio - que ella le había provocado con su mordisco - con el dorso de la mano. Una sonrisa torcida adornaba su atractivo rostro.

Era intrigante.

Era problemas.

—Ya voy, por el amor de Dios. Deja de gritar —bramó, retocándose el pelo y alisándose el vestido.

Fulminó con la mirada a Carlos cuando lo sorprendió mirándola con diversión y se encaminó hacia el exterior, con la barbilla en alto y el porte regio como el de una reina. Lo que era.

Suspirando, salió tras ella.

No le importaba que su hermano los hubiera sorprendido. Había escuchado hablar mucho de Marcello Grimaldi. Su trabajo era conocer hasta el último detalle de la familia y ello incluía los puntos débiles y los trapos sucios, por supuesto.

Algo que, por otra parte, nadie tenía por qué saber.

—¿A qué viene tanta prisa, hermanito? ¿Y cómo me has encontrado? —Quiso saber ella, tan demandante como siempre.

Marcello puso los ojos en blanco, exasperado.

—Dos años sin verme ¿y así es como me recibes, hermana? Esperaba al menos un abrazo de tu parte —se quejó.

—Ven aquí. Claro que te he extrañado, tonto.

Ambos se fundieron en un fuerte abrazo. Había sido demasiado tiempo lejos el uno del otro y ansiaban ese reencuentro.

Sin embargo, aun aferrado al torso de su hermana, Marcello pudo dedicarle su mirada más asesina a un Carlos que permanecía de pie, contemplando la escena en un silencio sepulcral, quieto como una estatua y con el gesto inexpresivo.

Marcello no quiso mantenerle la mirada por mucho tiempo, contra todo pronóstico. Era tan vacía...parecía un soldado.

—Agradécele a la nana por haberme dicho dónde estabas. O padre habría venido a buscarte y no tengo ni que explicarte la que se habría armado —espetó él, al cabo, ya separándose de una Alessandra que tenía los ojos abiertos de par en par.

—¿La nana me ha delatado? Oh, joder... ¡Eso duele! Siempre supe que eras su favorito —bramó, dándole un puñetazo en el hombro.

Marcello gimió.

—Estás fuerte, pequeñaja.

—Vuelve a llamarme así y te pateo los testículos. No me importa que seas mi hermano —amenazó, mortalmente seria, lo que lo obligó a levantar

las manos en son de paz.

—Ah, él es Carlos —comentó, divertida.

La verdad es que solo los presentaba para hacer rabiar al correcto de su hermano mayor. Debía estar muy escandalizado por haberla sorprendido en esas intimidades con un tipo de baja clase social. Todo un escándalo, según los pretenciosos estándares de la aristocracia. A ella le traían sin cuidado, sobraba decirlo.

—Carlos, él es mi hermano Marcello.

El hombre se limitó a asentir con gesto seco.

Marcello lo estudió con desconfianza, no le gustaba ese tipo. En absoluto.

En realidad no le gustaba ningún hombre que tuviera relaciones con su hermana.

—Vámonos. Padre está que echa humo porque lleva más de veinte minutos buscándote —la instó, cogiéndola del brazo con premura.

—Qué fastidio. Supongo que ya se me ha acabado la diversión —espetó ella, de mal humor.

Lo siguió por el jardín, no sin antes dedicar una fugaz mirada hacia atrás, donde el tal Carlos ya se alejaba a continuar cumpliendo sus obligaciones.

Pero no le pasó desapercibido la mirada que ambos se dirigían. Era una mirada cargada de desafío y promesas.

—Alessandra, *figlia*... ¿Dónde te habías metido? —Inquirió en voz baja y autoritaria Baldassare.

No era estúpido y sabía de las andanzas de la descarriada de su hija menor. Pero no podía regañarla como se moría de ganas por hacer delante de sus amigos y socios. Especialmente no quería quedar mal ante Emilio, el anfitrión. Ambos eran como hermanos, su amistad se remontaba a cuando eran pequeños. Y habían seguido los mismos pasos que sus padres. Así era la tradición. Y así debía seguir siendo.

—Solo daba un paseo, papá, relájate — replicó ella, altanera.

Lo dejó estar, bebiendo un sorbo de su *Coñac*, mientras su esposa Constanza masajeaba sus hombros. Tan atenta como siempre.

—Constanza, estás deslumbrante, como de costumbre —la alabó Emilio, besando su mejilla. Baldassare hizo lo propio con Donna, su esposa, quien lucía un elegante vestido color marfil para la ocasión. Se la veía radiante por la boda de su hijo mediano.

Para todos seguía siendo una sorpresa que Thiago hubiera sentado la cabeza. Pero parecía que había encontrado el amor con Catarina. Una joven encantadora, sin duda. Tanto como misteriosa.

—Gracias, Emilio. Donna y tú estáis radiantes. Se nota el orgullo que sentís por Thiago —les regresó el cumplido su mujer, mientras Emilio besaba la mano de Alessandra y estrechaba la de Marcello.

—Sí, estamos muy...

Sin embargo, Donna no pudo terminar la frase, porque su hija Chiara llegó trotando con celeridad junto a ellos, con una expresión de lo más angustiada perturbando su rostro juvenil.

Algo no iba bien.

—*¿Cos'è successo ragazza? ¡Parla!* —demandó Emilio, mientras la chica tomaba una bocanada de aire.

—Bruno no me coge el teléfono y ya debería haber llegado. Es demasiado hasta para él — jadeó, sujetándose las costillas. —Y Catarina está histérica porque asegura que su prima y su tía se han perdido en la ciudad y por eso no están aquí todavía. Hay más: asegura que no se casará sin ellas. Varios de tus hombres están con Thiago intentando calmarlo — añadió, compungida, dirigiéndose a su padre, quien parecía a punto de estallar de ira.

Solo de pensar en esa posibilidad...de ser el hazmerreír de la prensa y de sus amistades, su lado más sádico despertaba. Como si le leyera el pensamiento, Donna le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo.

Chiara parecía al borde de las lágrimas.

Alessandra se divertía con el drama que se estaba formando y Marcello la miraba con velado reproche.

—¿Algo más, hija? —Masculló entre dientes el *Capo*.

Su cara fue un poema cuando la adolescente asintió, tragando saliva.

—Sí, alguien te ha enviado una carta sospechosa. Algunos hombres lo están examinando, pero temen que sea una bomba. Necesitaríamos a un experto...

3

El estruendo de los cristales rotos al estrellarse contra el suelo resonó por la acústica de la estancia, mientras en el pasillo los seis hombres aguardaban, indecisos.

Thiago, por su parte, destrozaba todo lo que se ponía a su paso, entre maldiciones.

Iba a matar a Bruno.

Su respiración desbocada le martilleaba en los oídos y era tal la manera en que su sangre hervía que se había visto obligado a quitarse la chaqueta del traje y la corbata. Ahora ambas prendas se encontraban tiradas de cualquier manera sobre la cama.

Si no había boda por culpa de ese cabrón egoísta él mismo le vaciaba un cargador en la cabeza.

Jamás pensó que uno de los días más felices de su vida podía amenazar con truncarse de esa manera y menos por un capricho de ese...de su hermano mayor.

Lo hacía a propósito.

No soportaba verlo feliz con la mujer que amaba.

Estaba seguro de que por eso había decidido no presentarse y fastidiarle la boda.

Él era consciente de lo que significaban las apariencias en el mundo en el que vivían. Y aún más que la familia tenía que estar al completo en un acontecimiento como aquel si no querían ser la comidilla de toda la sociedad veneciana.

Y para colmo, la tía y la prima de su futura esposa tampoco aparecían.

Aquello ya parecía una broma de mal gusto.

Una que amenazaba con terminar de destrozarle los nervios y acabar con su paciencia.

Afuera de la puerta, los esbirros le pedían que los dejase entrar. Parecían preocupados.

Él los ignoró, como llevaba haciéndolo más de diez minutos en los que se había dedicado a destrozar todo lo que encontró por su habitación.

Quería hablar con su mujer, consolarla y decirle que todo estaba bien y que, aunque la ceremonia llevara casi quince minutos de retraso, todo se iba a solucionar. Que nadie les iba a arruinar el día.

Pero la puta y absurda costumbre de no ver a la novia antes de la boda porque daba mala suerte le estaba fastidiando los planes.

La nana Ofelia había sido muy tajante con eso.

Por más que él había gritado y maldecido como un niño enrabietado, no le había permitido pasar.

Incluso la misma Catarina le había pedido que por favor no insistiera. Se escuchaba triste, como si estuviera llorando.

No soportaba oírla llorar.

Se volvía loco.

Ahora tenía que esperar y estaba que se lo llevaba el demonio.

Una voz nueva detuvo su puño justo cuando estaba dispuesto a golpear la pared en medio de su arrebato.

—¡Thiago! Ya abre, vamos a hablar. Tu padre pedirá mi cabeza si no bajas ahí fuera y les dices a los invitados que todo ha sido un pequeño contratiempo pero que se va a solucionar.

Era Dante, el *Consigliere* de su padre y capataz de los viñedos.

También su padrino.

Era de confianza. Llevaba toda la vida con ellos y estaba implicado al cien por cien en los negocios.

Era la imagen dentro del marco legal, la tapadera perfecta...pero para nadie dentro de la *Famiglia* era un secreto que estaba en primera línea con los negocios sucios.

Ni Emilio ni Baldassare daban un paso sin consultarlo con él.

No en vano, era su mano derecha después de Baldassare.

Y siempre estaba ahí para aconsejarlo a él en sus problemas y mediar en las peleas con Bruno, que eran constantes.

Ahora Emilio lo había enviado a calmarlo.

Y cuando el gran *Capo* daba una orden, absolutamente todos la cumplían sin rechistar.

Respirando hondo para contener su furia, abrió la puerta con violencia.

—Voy a matarlo, Dante. Esta vez lo mato —bramó.

El hombre lo sostuvo por los hombros, obligándolo a hacer contacto visual.

Se había puesto un traje blanco impecable para la ocasión y llevaba la barba castaña algo recortada. En su rostro ya se apreciaban algunas arrugas que indicaban que había pasado de largo la cuarentena. Pero también la sabiduría que le daba la experiencia.

—Escucha, hijo. Te entiendo. Sabemos cómo es Bruno de irresponsable —afirmó, dándole la razón. Lo que lo calmó considerablemente. —Pero todo se va a arreglar. Ya más de cincuenta de nuestros hombres están peinando la ciudad entera buscando a esas mujeres —añadió, refiriéndose a las familiares de Catarina. —Y él va a aparecer, sabe que tu padre lo castraría si no lo hace —apuntó, con sensatez.

Tomó una bocanada de aire, pasándose las manos por el revuelto cabello castaño claro.

—Tienes razón, nada gano con perder el control —acabó cediendo. — Será mejor que baje y tranquilice a los invitados en lo que llegan. Me avisas directamente, ¿bien? —Ordenó, autoritario.

El hombre asintió, palmeándole la espalda con orgullo. Thiago sabía cuánto lo apreciaba.

Así, juntos abandonaron la mansión para reunirse con el tumulto afuera, en el jardín, donde las miradas curiosas no tardaron en posarse con avidez sobre el novio.

A pesar de los sentimientos convulsos que eran dueños de su interior, Thiago se las arregló con exquisita amabilidad y atención a todos y cada uno de los invitados. Un cumplido por aquí, un apretón de manos por allá, un par de bromas y mucho alcohol y tabaco y *voilà*... ahí no había pasado nada.

Solo esperaba que esos hombres hicieran bien su trabajo y lograran dar con la tía y la sobrina de Catarina antes de que fuera demasiado tarde.

De Bruno, por otra parte, ya se encargaría al terminar la ceremonia. Tanto si aparecía como si no.

Pero iba a haber boda, por encima de su cadáver se cancelaba.

Había esperado demasiado aquel momento.

Para mitigar la espera, recorrió a los presentes con la vista en lo que se llevaba una copa a los labios.

Alessandra estaba muy guapa en ese vestido rojo pasión.

Aún recordaba los tiempos en que se habían divertido juntos, cuando eran solo unos jóvenes alocados en busca de nuevas experiencias.

Eso quedó atrás.

Había algunas amigas de su madre, que charlaban con ellas. Como siempre era el centro de atención estaba preciosa.

Entre sus amistades estaba, naturalmente, Constanza Grimaldi. Ellas eran amigas de juventud, al igual que sus esposos, quienes las acompañaban.

Thiago inhaló hondo al cruzar una mirada con su padre, a sabiendas de que no iba a tener más remedio que presentarse allí.

No es que se quejara, ya que él había querido una celebración por todo lo alto, pero debía admitir que era un poco abrumador ser siempre el protagonista de los cotilleos.

No podía dar un paso sin que cientos de ojos se fijaran en cada uno de sus movimientos.

Pero, al igual que se sabía observado, el mediano de los Grimaldi también era un observador nato.

Su estilo de vida le había enseñado que había que tener ojos y oídos en todas partes si no querías terminar apuñalado por la espalda por la persona que menos te imaginaras.

Pocos pasos lo separaban ya de su destino cuando su hermana Chiara pasó por su lado a la carrera, jadeando de fatiga. Se la veía apurada y nerviosa.

Esperaba que no fuera portadora de malas noticias.

Por las caras atónitas y pálidas de los allí presentes, pudo deducir que lo era.

Y llegó a tiempo de escuchar a su padre preguntarle a su hermana si había algo más, seguido de la réplica que le dedicó ella...que le heló la sangre.

—Sí, alguien te ha enviado una carta sospechosa. Algunos hombres lo están examinando, pero temen que sea una bomba. Necesitaríamos a un experto...

—¿¡QUÉ?! —Bramó, alterado.

No podía haber entendido bien...

¿Acaso el destino confabulaba en su contra para sabotear la boda?

Algunos dieron un respingo ante su intervención, entre ellos la pobre Chiara, que lo hacía arriba todavía, preso de un ataque de ira.

Como el que estaba a punto de tener si alguien no sacaba enseguida la cámara oculta y le decía que aquello era una jodida broma para romper el hielo.

—¿Quién narices iba a enviarte una bomba, papá? —Exigió saber.

Y juraría que el siempre pétreo y determinado semblante de Emilio Santorini se descompuso por unos segundos.

Sin embargo, cuando le contestó ya no había ni rastro de ese temor fugaz adornando sus pupilas.

Solo el carisma y el desdén de siempre.

Y Thiago vaciló.

Finalmente decidió dejarlo estar.

—Ya sabes cómo es esto hijo, la competencia. Cualquier clan enemigo con los suficientes contactos, algún pirado. Nada fuera de lo común.

Nadie añadió nada más, pero Thiago percibía cuánto se había enrarecido el ambiente. Hasta Alessandra estaba más seria de lo habitual. Para nadie era un secreto que aquello era muy grave.

En aquel evento había más de cinco mil invitados.

Si algo pasaba, iba a costarles más que un fardo de miles de dólares sobornar a las personas indicadas para hacerlo pasar por un accidente.

De soslayo, se fijó en su madre.

La habitualmente imperturbable Donna Testa tenía la piel pálida y los labios fruncidos en una fina línea, mientras miraba a su marido esperando a que diera instrucciones.

Las mujeres en la mafia pocas veces opinaban con libertad en la toma de decisiones. La única que se saltaba esa regla a la torera era Alessandra. No importaba cuántas veces su padre la regañara, hacía lo que le daba la redomada gana y a Thiago le gustaba, a decir verdad.

Claro estaba que, cuando se trataba de Catarina, intentaba involucrarla lo menos posible en los negocios turbios. No podía arriesgar su vida.

Si algo le pasaba...

Solo el hecho de pensarlo lo hizo apretar las manos en puños hasta que un leve hilo de sangre manchó sus palmas.

Marcello, con quien solía tener una buena relación antes de su partida a Alemania para estudiar, le puso una mano en el hombro y le preguntó si estaba bien. A lo que asintió, forzando una sonrisa.

—Vale. —Tras compartir una mirada cómplice con Baldassare, Emilio se retocó el esmoquin y empezó a hacer lo que mejor se le daba: dar órdenes. —Chiara, ve con la nana Ofelia y no salgas de la cocina hasta que te lo digan. Dante, avísale a los hombres de seguridad más preparados que requiero de sus servicios. Que me muestren el paquete, ¿dónde está? —Exigió saber, demandante.

El aludido hizo lo que se le había encomendado sin rechistar.

—¿No tenía remite? —Inquirió entonces Baldassare, antes de que el hombre se hubiera alejado. Tenía el ceño fruncido y se mostraba pensativo.

—No, según Sandro, el chico que ha venido a entregarlo ha dicho que se trataba de un envío anónimo.

La tensión se podía cortar con un cuchillo.

Esperaron.

Thiago maldijo, impotente por no poder hacer nada.

Dante tardaba demasiado...

Por más que hubieran comprado al párroco, los invitados no iban a esperar eternamente y era seguro que –pese a que habían hecho que todos los asistentes dejaran su móvil en la entrada para evitar filtraciones– alguien iba a informar al exterior.

Fueron al cobertizo. Las mujeres (salvo la testaruda de Alessandra que se empeñó en acompañarlos) regresaron a la carpa para calmar a los invitados.

Allí dos de sus guardias –equipados con trajes de protección – lo depositaron con cuidado en una de las mesas vacías.

Era una caja de madera de gran tamaño, lo bastante como para que cupiera hasta un niño sentado.

En la parte superior, había una nota escrita a máquina con la tinta emborronada simulando unas gotas de sangre al caer. Un nombre destacaba en relieve entre las demás letras. El de Emilio Santorini.

Iba dirigido a él.

—Abridlo —ordenó.

Los hombres tragaron saliva y, equipados con guantes, levantaron la tapa con cuidado.

Efectivamente, se trataba de un dispositivo de bomba casero.

—Joder —maldijo Thiago, secándose el sudor de la frente.

—¿Qué hacemos jefe? Nosotros nunca hemos...

Sin embargo, no pudieron terminar la frase, porque la puerta se abrió con estrépito para dejar paso a Carlos.

—¿Qué coño haces aquí? Lárgate —le gritó Dante, de malos modos.

Fue a echarlo, pero cuando estaba a punto de ponerle una mano encima pareció pensárselo mejor ante la manera en que lo contemplaba, con todo el cuerpo en tensión.

—Puedo ayudar. Sé cómo desactivarla —habló al fin, lacónico.

Dante parecía furioso y escéptico. Pero Emilio asintió, acallando la réplica de su *Consigliere*, que enmudeció con el rostro carmesí a causa de la humillación.

Él se deshizo de su chaqueta con rapidez y se aflojó la corbata antes de acercarse a echarle un vistazo, por lo que Baldassare se alarmó.

—¿Qué haces muchacho? ¿Estás loco? No irás a desactivar eso sin usar protección, ¿o sí?

Carlos permanecía tranquilo, imperturbable. Todas las miradas recaían en él.

—No se preocupe, sé lo que hago —contestó, con simpleza.

Algo más tranquilo, el cabeza de familia de los Grimaldi asintió.

Alessandra observaba la escena en silencio, con el rostro sereno.

Marcello, en cambio, lucía intranquilo.

Y él...él solo quería casarse con la mujer que amaba de una maldita vez.

No le importaba si en el proceso estallaba el mundo entero.

—Necesito un destornillador —pidió, concentrado en su labor.

Alessandra se lo acercó.

—¿Buscas el detonador? —inquirió, echando un vistazo con curiosidad.

Él ni siquiera la miró antes de responder.

—Sí, tengo que comprobar si mi sospecha es cierta.

—Gracias por tanta información, soldado —bromeó, sonriente.

—Alessandra, no es momento para tus ironías. Deja a este hombre trabajar tranquilo —la regañó Baldassare, como si fuera una niña.

Ella resopló, con fastidio, y se alejó unos pasos.

Los siguientes minutos transcurrieron en silencio mientras él trasteaba el aparato, con mano de experto.

—Por favor, hay que llamar a un profesional. Este tipo no tiene ni idea de lo que hace —espetó Dante, perdiendo la paciencia.

Emilio entrecerró los ojos y abrió la boca para replicar, mientras Alessandra lo fulminaba con su mirada más aviesa.

Los ojos de Carlos se clavaron en los suyos con desafío y, sin dejar lo que estaba haciendo, contestó.

—Si quiere hacerlo usted, por favor, por mí no se corte. Seguro que entiende más que un pobre diablo como yo.

Saltaban chispas entre los dos.

A Thiago le intrigó aquello. Era evidente que su padrino le profesaba una antipatía especial al nuevo soldado.

Y saltaba a la vista que era algo mutuo.

—Insolente, ¿cómo te atreves a hablarme así?! —Bramó, con furia.

Fue hacia él, pero Thiago lo detuvo extendiendo el brazo hacia delante para impedirle el paso.

—Basta Dante. Déjalo trabajar a ver si terminamos de una maldita vez, que quiero casarme hoy, no dentro de dos meses. ¿Quieres?

Aquietándose, el hombre asintió.

—Como quieras, hijo.

Una sonrisa torcida adornaba los labios de Carlos cuando extrajo como si nada la bomba.

Thiago abrió los ojos como platos, sin dar crédito.

Hasta que lo entendió y el alivio inundó su sistema. Era falsa.

¡La bomba era falsa!

—¿Cómo lo has sabido? —Indagó Alessandra, interesada.

—Tenía una corazonada, pero hasta no haber buscado el detonador y ver que no había tal no he estado seguro. El sistema era demasiado sencillo como para contener dentro una bomba.

Se volvió hacia los presentes, tirándole el artefacto a Dante, que lo atrapó al vuelo, dedicándole una mirada de odio. Al abrirlo, pudieron ver que contenía un muñeco de goma espuma que parecía ser un bufón. Y al que le faltaba la cabeza.

Todos se quedaron atónitos al verlo.

—Falsa alarma, ya pueden disfrutar de la ceremonia —añadió, para rematar la faena.

Alessandra rio, divertida ante las caras de circunstancias de todos.

Sin embargo, a pesar del estupor, en las pupilas habitualmente gélidas de Emilio se apreciaba cuán gratamente lo había sorprendido Carlos.

Le palmeó el hombro, sacándose un fajo de billetes del bolsillo de su americana y tendiéndoselos.

Él lo cogió, serio. Pero asintió, a modo de agradecimiento.

—Sabía que no me equivoqué al reclutarte, chico. Lo has hecho bien —lo halagó. —No hagas que me arrepienta. Dante, a partir de mañana te relevo de tu puesto de capataz. Tienes bastante con tus labores como para encargarte también de los viñedos.

Huelga decir que el *consigliere* puso el grito en el cielo.

—¡He tomado mi decisión! —Bramó el *Capo*, dando un soberano golpe en la mesa que lo hizo enmudecer.

—Está bien, no discutiré Emilio. Si tú lo crees conveniente...

—Lo creo —sentenció.

Y la palabra del *Capo* era ley.

Carlos no se arredró ante las dagas envenenadas que le lanzaba Dante, sino que se mantuvo firme. Sus ojos tenían un matiz provocador y chulesco que a Thiago no le pasó desapercibido.

Hasta el momento no habían tenido ninguna queja con él, pues desde que pasó las pruebas para unirse a la organización había desempeñado sus tareas de manera más que eficiente y sin quejarse. Pero quizá era algo que acechaba bajo la superficie, oculto en sus pupilas, algo que indicaba problemas.

Sí, presentía que causaría problemas.

Pero eso no era de su competencia solventarlo.

—Papá, ¿qué decía la nota?

Thiago no quiso quedarse con la duda y en cuanto tuvo la ocasión aprovechó para llevarse a su padre a parte y preguntarle.

Él se encogió de hombros, con indiferencia, antes de responder.

—Solo era una estúpida broma de mal gusto, nada que merezca la pena recordar. Ahora vamos, debes disfrutar de tu día.

Asintió, aliviado de que solo fuera eso.

En el instante en que todos salían a reunirse con los demás antes de que se desataran más murmuraciones, Sandro se cruzó con ellos en el portón de entrada. Y no venía solo, sino que, precedía nada más y nada menos que a Bruno.

Lo acompañaban dos mujeres; una de ellas de mediana edad y porte regio como el de una dama, mientras que la otra era joven – Thiago no le calculaba más de veintiocho años – y realmente atractiva.

—*Buonasera*. Siento el retraso —tuvo el descaro de decir el muy capullo, con esa estúpida sonrisa deslumbrante en el rostro que hizo que Alessandra le sonriera con coquetería antes de plantarle dos besos.

Su hermano, como no, aprovechó para posar su mano en la parte baja de la espalda de la joven.

Ni siquiera porque Baldassare estaba delante se comportaba.

Ignorándolo para no cometer una masacre, se centró en las dos bellas mujeres que habían venido con él y parecían algo abrumadas ante aquel despliegue.

—¿Stella e Isabella Ricci? —Aventuró, esperanzado.

Ellas asintieron, diligentes.

—Gracias al cielo, pasen. Tenemos una boda que celebrar y vamos con retraso —lo interrumpió Emilio, haciendo gala de su carácter autoritario e impetuoso. El de un líder innato.

Las fue guiando por el jardín de entrada, complacido al ver cómo se maravillaban con la impecable decoración.

A Thiago no le pasó por alto el hecho de que no le dijo nada a Bruno por su impuntualidad —obviamente para no armar un espectáculo— y se contuvo, sintiendo que le hervía la sangre.

—¿Impaciente por perder tu libertad? —Le susurró al oído, provocando que se tensara.

Un aroma a *vodka* le penetró por las fosas nasales, asqueándolo.

Maldito borracho...

—Más bien controlándome para no darte la paliza que te mereces. Pero sigue tentándome, hermano, y te complaceré —masculló, entre dientes, antes de alejarse a zancadas dejándolo atrás con una sonrisa de satisfacción en los labios.

El espectáculo estaba a punto de comenzar.

Treviso (Venecia)

La adrenalina viajaba por su cuerpo sin aduanas. Y él era un adicto que se empapaba de ella.

El motor revolucionado, ronroneando de manera preciosa mientras el cuentakilómetros ascendía vertiginosamente.

Aquella carrera iba a ser suya.

Solo tenía que deshacerse del maldito *Lamborghini* rojo que le pisaba los talones y *voilà* todos esos millones serían suyos.

Bruno Santorini era un ganador. Un competidor empedernido.

Nunca perdía una carrera, porque él era el maestro del juego.

No lo hacía por dinero, Dios sabía que le sobraba. No, era por la adrenalina, el subidón de ponerse a más de doscientos por hora y de sentir la libertad, el rugido del asfalto con cada curva...sintiendo cada derrape al límite.

Cada segundo que pasaba era una ventaja que tomaba respecto a su contrincante. El pie hasta el fondo en el acelerador, los hombros relajados y una sonrisa *kamikaze* en el apuesto rostro, mismo que usaba a su antojo para conquistar corazones allá por donde pasaba.

Y él solo sonreía, confiado. Su pulso perfectamente controlado, el exterior y todo lo que lo rodeaba –incluidos los vítores enloquecidos de los espectadores que habían ido allí para ver el espectáculo. Bruno sospechaba que también buscando ver si en aquella ocasión alguien lograría derrotar al primogénito de Emilio Santorini, la leyenda de la mafia veneciana– y su mente libre de preocupaciones y titubeos.

La mentalidad de un campeón.

Así es como debía ser, lo había aprendido desde bien pequeño. Emilio Santorini había sido su mentor.

Y le encantaba ser consciente del poder y el respeto que su sola presencia imponía.

Una de las primeras cosas que había aprendido era que a los pusilánimes y a los conformistas se los comían vivos ahí fuera.

Era la ley de supervivencia.

Concentrado en esos pensamientos que alimentaban todavía más su ego, echó un vistazo leve por el retrovisor para comprobar la distancia de su adversario.

Una sonrisa de pura arrogancia y satisfacción pintó sus labios al cerciorarse de lo que ya sospechaba. Estaba a años luz de alcanzarlo.

Predecible.

Tanto que debía admitir que la competición perdía un poco de encanto.

¿Qué había de la adrenalina y la emoción de saber que el marcador estaba ajustado?

Debía confesar que echaba de menos aquellos tiempos en los que había competido contra Thiago.

Siempre con esa rivalidad de hermanos y el orgullo a cada cual más fuerte, pero era divertido retarlo.

Ahora, en cambio, nada quedaba ya de ese hábito que los había unido antaño.

Thiago era un hombre nuevo.

Había cambiado por amor y ya no le iba jugar al mafioso rebelde y problemático. O eso decía.

Bruno nunca había terminado de tragárselo.

Sabía que, por más que su hermano se negara a admitirlo, si había dejado atrás aquellas viejas costumbres era por puro capricho de Catarina.

Bruno no la soportaba.

Desde el primer día que la había conocido le pareció la típica mosquita muerta cazafortunas.

Tal vez fuera por eso que estaba retrasando lo máximo posible el aparecer por esa pantomima.

No quería ser testigo de aquello.

Sabía que debía comportarse y bailarles el agua y no se veía con fuerzas. Al menos no sin haberse agenciado una buena borrachera antes.

La última vez que soltó lo que pensaba de aquello sin pelos en la lengua, Thiago y él pelearon como nunca. Dante y su padre tuvieron que emplearse a fondo para separarlos y su hermanito amenazó con pegarle un tiro si volvía a insultar a la santurrón de su futura esposa, quien no tardó en armar un espectáculo con sus lloriqueos –falsos, apostaba su brazo derecho–.

Era increíble cómo “el amor” cegaba a las personas.

Bruno odiaba todas esas patrañas.

No le cabía en la cabeza la necesidad de jurarle fidelidad y amor eterno a una mujer cuando uno podía divertirse con cuanta belleza se le pusiera enfrente. Qué descortesía no repartir amor para todas.

Y hablando de eso, la idea de emborracharse hasta terminar echando un polvo con alguna *bella donna* pocas veces le había resultado tan tentadora.

¿Qué tan terrible podía ser el castigo de Emilio si faltaba a la boda?

Nada con lo que no pudiera lidiar.

En el fondo sabía que era su consentido, pues en su juventud él había sido igual de díscolo.

La meta entraba ya en su campo de visión y la traspasó de manera mecánica, ojeando ya entre la multitud enfebrecida a su próxima conquista.

Todas esas despampanantes mujeres iban allí con la esperanza de meterse entre las piernas del mejor partido de la ciudad. El futuro dueño del imperio Santorini.

Y ese era él, siempre listo para complacer cualquiera de sus fantasías.

Sin sentimientos, solo placer.

Ese era su lema.

Bajó del *Bugatti* último modelo que conducía; su más preciada y reciente adquisición.

Las mujeres babearon ante la vista y sospechaba que el coche era lo de menos. Sabía lo que tenía y lo aprovechaba.

Les sonrió con picardía, en especial a una rubia que portaba un vestido rojo que dejaba poco a la imaginación y que le devolvió el gesto, cruzando las piernas de manera provocativa y probablemente para ocultar la humedad que su gesto había producido en ellas.

Apenas prestó atención al hombre que se acercó a entregarle el dinero en metálico (más de treinta mil euros) mientras lo anunciaba y vitoreaba con el

ridículo megáfono que portaba. Su objetivo era esa rubia que lo devoraba con descaro con la mirada.

—Gracias —musitó, con desinterés, guardándolo en el coche.

Tal vez lo donara a alguna asociación de investigación de enfermedades anómalas. A fin de cuentas, a él le sobraba. Seguro que podían hacer un mejor uso de él.

Después de eso, el público se volvió loco y todo fueron silbidos y aplausos de admiración. Incluso algunos espectadores se acercaron a estrecharle la mano.

Se los quitó de encima tan pronto como pudo, sin perder su sonrisa carismática.

Y ahí estaba la rubia, recostada sobre el capó de su coche en actitud sugerente. Lo esperaba.

No había nadie a la vista, perfecto.

Él se acercó lentamente, desabrochando algunos de los botones de su camisa de *Armani* simulando que tenía calor. Lo hacía con toda la intención de ponerla ansiosa.

—Felicidades por la carrera. Realmente no decepcionas Bruno Santorini, eres tanto o más apuesto como me habían asegurado — comentó, atrevida, mordiendo su labio inferior.

La polla le dio un vuelco dentro de los pantalones y la acorraló, obligándola a flexionar las piernas para dejarle espacio entre las mismas.

—Entonces sube, que no tenemos todo el día. Verás que conducir no es el único de mis puntos fuertes.

No tuvo que pedirselo dos veces.

Rápido, sucio y salvaje.

La clase de sexo que necesitaba para relajarse.

La rubia era buena en lo que hacía, sobre todo con la boca.

Había sido un buen polvo, pero ahora tenía que irse si quería llegar a tiempo a aquella farsa. Por más que lo hastiara, era su deber estar allí.

—Ha sido un placer, *bella* —se despidió, abriéndole la puerta para invitarla a bajar del coche. Había estacionado frente a su barrio y no quería pasar allí más tiempo del indispensable. Era zona conflictiva.

Y aunque naturalmente iba de sobra preparado, no le apetecía manchar de sangre su caro traje. ¿Qué impresión habrían tenido de él los invitados entonces?

La chica se retocó el pintalabios antes de obedecer. Ni siquiera le había pedido su nombre, no le interesaba. Ya ambos tenían lo que querían.

Bruno dio gracias al cielo porque no le hubiera salido una dramática que buscaba echarle el guante a como diera lugar. Y por supuesto se había

cuidado. No era la primera que intentaba salir con un embarazo para atraparlo en sus redes.

—Ha sido increíble —confesó ella, casi babeando.

Asintió, impaciente y aburrido.

Apenas terminó de bajar arrancó como alma que llevaba el diablo, deseando largarse de esa zona.

Se ajustó sus gafas de sol nada más detenerse en un semáforo en rojo y pensó que nada más llegar a la fiesta lo primero que haría sería hacerse con una botella de whisky y, tal vez, buscar a un par de mujeres hermosas para que le hicieran compañía.

Esa rubia era buena, pero ni de lejos bastaba para saciar sus ganas. Y el día se antojaba demasiado largo para su gusto.

Fue entonces cuando oyó los gritos.

Pertenecían a, al menos, dos mujeres.

Había sonado bastante cerca...

—*¡Per favore, aiuto!*

La mujer que gritaba parecía desesperada.

Bruno dudó.

El semáforo, que tardaba una eternidad seguía rojo.

Los viandantes caminaban sin darle importancia a lo sucedido.

Él no alcanzaba a vislumbrar desde allí lo que pasaba, ya que parecía provenir de uno de los callejones de la plaza.

Se lo pensó un segundo.

Los gritos sonaban más demandantes.

Sabía que no era asunto suyo. Pero debía reconocer que los problemas lo llamaban como a un imán y no podía dejar a su suerte a varias mujeres en peligro.

Así que giró a la derecha para aparcar en el primer desvío que encontró y, pistola en ristre, se adentró en el mugriento callejón.

Allí halló a un grupo de al menos cinco pandilleros acorralando a dos mujeres con intención de robarles y quizá hasta algo peor.

A la más joven la tenían inmovilizada tres de ellos y la manoseaban de arriba abajo, mientras un cuarto hurgaba en su bolso y el otro se ocupaba de retener a la que parecía su madre, que lloraba y gritaba, maldiciéndolos.

No se lo pensó antes de dar dos tiros al aire, para ahuyentarlos.

De inmediato las liberaron y al reconocerlo el miedo brilló en sus pupilas dilatadas.

—*La Cosa Nostra*...—susurró uno de ellos, con evidente temor.

—Sí, soy la puta mafia. Así que si no queréis que esta noche mi gente se cuele en vuestro nido de ratas y os raje el cuello a todos, más os vale devolver el dinero a estas damas y desaparecer de mi ciudad. ¡Ahora! —Espetó, crudo y violento.

La adrenalina le bullía en las venas.

No tardaron ni dos segundos en obedecer, acojonados.

No eran tan estúpidos, después de todo. Nadie se metía con la mafia y salía vivo para contarlo.

En cuanto hubieron desaparecido de la vista, corrió a auxiliar a las dos mujeres que, efectivamente eran madre e hija.

La madre se deshizo en agradecimientos cuando fue a comprobar si se encontraba bien.

—Ayude a mi hija por favor...la han golpeado —balbuceó, sollozante.

Bruno se tensó.

La chica guardaba todas las pertenencias que habían esparcido por el suelo esos perros y parecía nerviosa, un leve temblor en sus hombros

delataba que se esforzaba por contener las lágrimas. Seguramente para no preocupar a su madre.

Se agachó para ayudarla, levantándole el mentón con delicadeza para poder contemplar de cerca su rostro.

A regañadientes, ella lo hizo.

Sus ojos parecían dos putas estrellas fugaces y esos labios rojos y húmedos...su polla dio un vuelco sin que pudiera controlarlo.

—*Sei bellissima* —susurró, casi inconscientemente. Ella se sonrojó antes de contestar, tímida.

—*Grazie mille signore.*

Su voz era tan dulce que parecía música celestial para sus oídos.

—¿Le duele? —Inquirió, rozando la hinchazón de su mejilla con el pulgar.

Sus pupilas se abrieron ligeramente ante la delicadeza del contacto y negó, regalándole una fugaz sonrisa.

—Muchas gracias, es usted un ángel —intervino entonces su madre, besándolo en la mejilla repetidas veces.

—No se preocupe señora, es lo que cualquiera habría hecho — contestó, sin faltar a la verdad.

Quiso decirle que de ángel no tenía nada y menos con los pensamientos que se le estaban pasando por la cabeza ante la belleza de su hija, que hacía que su sangre se concentrara en un punto muy específico de su cuerpo.

Se dio cuenta de que iban vestidas para una fiesta y decidió preguntarles si quería que las acercara a alguna parte. A juzgar por el ligero equipaje que traían, parecía que acababan de llegar a la ciudad.

Cuando le explicaron quiénes eran no daba crédito.

¿La tía y la prima de esa remilgada de Catarina?

—Joder, el mundo es un pañuelo —exclamó, echándose a reír sin poder evitarlo—. Es mi cuñada.

Cuando les explicó quién era él ambas se quedaron mudas de la impresión.

Tuvo que asegurarles que no mordía y que podían tratarlo con confianza, ya que iban a ser familia después de todo.

Ellas le acabaron explicando, avergonzadas, que se habían perdido nada más salir del aeropuerto y que pensaban tomar un taxi cuando esos tipos las atracaron.

—Pues suerte que he aparecido. Sería una pena que a dos mujeres tan hermosas les hubiera sucedido algo malo —dijo, con galantería.

—Ha sido una suerte, sin duda. Gracias de nuevo, Bruno.

—De nada... —calló, porque no sabía su nombre.

—Stella, Stella Ricci —se presentó—. Ella es mi madre, Isabella.

Stella.

Eso era, una puta estrella fugaz que encendía sus fantasías.

No veía la hora de llevársela a la cama.

Al llegar, Bruno se sorprendió bastante por encontrar a los guardias de su padre custodiando la entrada con metralletas.

¿Qué diablos había pasado en su ausencia?

Parecía, a juzgar por sus gestos, que nada bueno.

—Sandro, ¿a qué viene todo esto? —Le pidió explicaciones a uno de ellos, tras indicarles a las dos mujeres que lo esperaran un segundo.

Presentía que algo andaba mal.

El joven lo puso al tanto, entre susurros.

—Su padre nos ha pedido que nos apostemos aquí por precaución, señor Bruno...ha sufrido un falso atentado de bomba mediante un paquete sospechoso que le han enviado.

Tenía que admitir que eso no lo esperaba.

Menos mal que había sido una falsa alarma.

—¿Quién coño se ha atrevido?! —Exigió saber, anonadado.

Pero al parecer ellos estaban tan perdidos o más que él.

Pensaba hablar con su padre del tema apenas tuviera la oportunidad. Probablemente lo arrastrara hasta su despacho en cuanto tuviera ocasión para echarle la bronca por llegar a aquellas horas.

En aquel instante vio pasar a Carlos y lo llamó para que se acercara.

Con un poco de suerte él podría decirle algo más concreto. En el poco tiempo que llevaba con la *famiglia* se había ganado por méritos propios el respeto y la confianza de su padre. Y eso era todo un logro.

Y a Bruno no le sorprendía. Lo había visto en acción y era una maldita máquina de matar.

—¿Para qué soy bueno, señor? —Preguntó, tan inexpresivo e indiferente como siempre.

Sus pupilas vigilantes escaneaban, sin embargo, cada detalle —por minúsculo que fuera— de lo que lo rodeaba.

—Ya me han puesto al tanto de lo sucedido. ¿Alguna idea de quién ha podido ser? —Inquirió, serio.

El aludido negó con la cabeza.

—No, nada de momento. De todas formas lo analizaré todo cuidadosamente apenas termine la fiesta. Por cierto, su padre lo está esperando y no está contento. Ahora me retiro, si no necesita nada más —replicó, con sequedad.

Bruno no lo tomó personal. Sabía que esa era su manera de ser y tampoco esperaba otra cosa de un matón a sueldo. Al menos no era un hipócrita que buscaba ganarse los favores de su padre con palabrería barata.

Le hizo un ademán para que se retirara y, componiendo la mejor de sus falsas sonrisas, se volvió hacia sus dos acompañantes para ofrecerles el brazo.

Y así, con una a cada lado, cruzó el jardín y sonrió haciendo gala de su habitual magnetismo, saludando a todos y cada uno de los invitados con los que se cruzaba. Le encantaba ser el centro de atención.

Por supuesto, lo bueno se acabó pronto en cuanto se topó con los ojos helados y fríos de un Emilio Santorini en su versión más colérica. Y supo que iba a tener que aguantar sus reproches tarde o temprano.

¿Es que de nada valía que hubiera encontrado casualmente en el camino a las familiares de Catarina, su querida nuera?

Benedetta, una de las sirvientas, fue enviada de inmediato a avisarla para que se preparara. La ceremonia iba a empezar al fin.

Entretanto, todo el mundo le dio la bienvenida a las dos mujeres que se mostraron tan cohibidas como entusiasmadas por ser parte de aquella celebración tan ostentosa.

—*Buonasera*, siento el retraso.

—Y aquí está mi campeón —exclamó su padre, palmeando su espalda con, quizá, excesiva fuerza. Era su forma de desquitarse, pues en público no podía reprenderlo—. Ya era hora —masculló entre dientes.

—No hay por qué alterarse padre, he llegado a tiempo para jugar mi papel, ¿o no? —le replicó, en el mismo tono. Luego saludó a las mujeres—. Madre, tan bella como siempre. Constanza, Alessandra... es un placer veros. Estáis deslumbrantes —las halagó, rozando con disimulo el culo de la última tras darle dos besos en la mejilla.

Ese gesto pareció complacerla y sonrió, coqueta.

Ah, Alessandra Grimaldi...

En otros tiempos solían ser compañeros de juergas.

Una mujer sensacional, sin duda.

Y el espíritu más libre que había conocido.

Le agradaba.

Junto a ella estaba su hermano Marcello, un buen hombre. Demasiado bueno para aquella vida.

Le estrechó la mano. Y a Baldassare.

Enseguida, Benedetta volvió para avisarle a Emilio de que tanto el párroco como Catarina y Thiago estaban listos y debía ir a buscarla para llevarla del brazo al altar.

Al no tener la chica padres, habían acordado que lo mejor era que la acompañara él como *Capo* de la *Famiglia*.

Mientras iban hacia los asientos de la carpa que habían dispuesto al aire libre para que los asistentes disfrutaran de la ceremonia —todo al tiempo en que un grupo de camareros les iban sirviendo un refrigerio—, Alessandra y Bruno se quedaron algo rezagados a propósito.

Les apetecía ponerse al día.

Aquello no les pasó desapercibido a sus padres, que les echaban disimuladas ojeadas.

La música nupcial comenzó a sonar.

—El gran Bruno Santorini siendo una vez más la sensación de la fiesta —comentó, extendiendo su copa para brindar. Él correspondió al gesto con una sonrisa de soslayo—. Ha pasado un tiempo desde la última vez que nos vimos. ¿Fue en Roma? ¿O en Nápoles? No lo recuerdo —confesó, tan espontánea como siempre.

—Roma. Llevabas una buena borrachera, bella Alessandra. Quizá por eso no lo recuerdes —puntualizó, de buen humor.

Ella se echó a reír.

—Cierto. Aquella noche fue bastante loca. Seguro que la tuya también. Los rumores dicen que sigues siendo todo un *Casanova*.

—Para gran dolor de cabeza de mi padre —corroboró.

Y ambos estallaron en carcajadas.

—Bienvenido al club —bromeó, apurando el contenido de su copa.

No pudo evitar admirarla.

Llevaba un precioso vestido granate que resaltaba todavía más sus despampanantes curvas.

La marcha nupcial resonaba con más fuerza mientras ellos tomaban asiento junto a sus respectivas familias y disfrutaban del espectáculo.

Catarina no tardó en aparecer, deslumbrante en un vestido de novia corte de sirena con un escote impresionante y luciendo una sedosa melena de rizos elaborados hasta media espalda.

Su maquillaje estaba impecable y se la veía radiante al contemplar a un Thiago más apuesto que nunca con su esmoquin a juego, ahí de pie junto al altar, esperando impaciente el momento de dar el sí.

Parecía que se amaban de verdad.

Bruno se preguntó si la habría juzgado mal.

No lo sabía, pero en cualquier caso iba a tener tiempo de averiguarlo pronto. Porque Catarina Costa estaba a punto de convertirse en la señora de Santorini.

Y no era la única que se incorporaba a la familia.

Isabella y Stella estaban incluidas en el lote.

Bruno no pudo evitar que su mirada se recreara perezosa en la figura de la chica, que ataviada en ese sencillo pero atractivo vestido negro de tul, observaba a su prima dar el sí con lágrimas en esos brillantes ojos fugaces.

Los mismos que no pudieron evitar posarse sobre los de un hambriento Bruno, que no dudó en guiñarle el ojo con picardía.

Que se sonrojara y apartara la vista, cohibida, solo hizo que tuviera más ganas de meterse entre sus piernas.

Un único pensamiento colmaba su mente:

«Stella Ricci, pronto vas a caer en mis redes».

Era una promesa.

Estaba nerviosa.

El día con el que llevaba meses soñando al fin estaba a punto de hacerse realidad.

Y Catarina tenía miedo de no estar a la altura.

¿Quién era ella, al fin y al cabo?

Catarina Costa. Una don nadie recién llegada a Venecia, la pobre huérfana que tras perder a sus padres decidió alejarse de su humilde pueblecito costero de toda la vida dejando atrás a su tía y su prima –las únicas familiares que le quedaban– pero jamás imaginó que su vida daría un giro de ciento ochenta grados al conocerle a él; Thiago Santorini.

El hombre al que había entregado su corazón por completo, llegando incluso a aceptar el estilo de vida que tanto él como su familia llevaban.

Al principio tuvo miedo, debía reconocerlo.

Había tantas probabilidades de que lo suyo saliera mal que quiso rehuir a sus sentimientos.

Pero el hombre al que estaba a punto de entregar su vida y su corazón por completo era terco y persistente. Y no se rindió hasta conquistarla sin reservas. Hasta que le dio todo lo que era y todo lo que tenía: su amor.

Ahora, tras años de feliz noviazgo, al fin había llegado el momento de dar un paso más allá para consumir su relación.

Catarina sabía que convertirse en la señora de Santorini conllevaba responsabilidades y debía estar a la altura de su posición social. En Donna, su futura suegra, tenía el mayor ejemplo.

Había sido la novia de Emilio desde los quince años. Y ahora, a mediados de la cuarentena, estaba resplandeciente; orgullosa de haber formado aquella familia.

Su papel era crucial, pero siempre relegada al segundo plano.

Catarina había oído aquello hasta la saciedad.

Las mujeres en la mafia no intervienen en los negocios, no de forma directa. Su deber es ver y escuchar y solo opinarán cuando se las autorice o se solicite su intervención.

Por su parte, estaba bien con eso.

No era una ingenua. Sabía lo que hacían cuando se ocupaban de “solucionar” algunos asuntos. Así como los trapos sucios de la *famiglia*.

Pero era una sombra en aquella mansión, una que ya se habría apagado hacía mucho de no ser por Thiago.

Por él había aceptado aquella vida. Una vida que no era para todo el mundo y que fácilmente podía acabar con cualquiera que no tuviera el estómago fuerte para soportar ciertas situaciones de tensión.

Ella podía.

Tampoco conocía nada más.

No había nada que la empujara en la dirección opuesta.

Sus padres fueron asesinados en un atentado en Sicilia cuando tenía siete años.

Desde entonces vivió con su tía y su prima, las dos únicas parientes que le quedaban y se aseguraron de proporcionarle todo lo que tenía.

Se sentía en deuda con ellas.

Por eso, a pesar de que se moría por dar el sí quiero a Thiago, había tomado su decisión.

No podía casarse si ellas no estaban a su lado en aquel día tan importante.

Y aunque le dolía el corazón por ello, lo había resuelto así.

Por suerte, el destino quiso que llegaran a tiempo para acompañarla en el feliz enlace.

Era una de las pocas cosas que tenía que agradecerle a Bruno, su cuñado. Y posiblemente quien más la aborrecía en aquella mansión.

Catarina nunca había entendido por qué.

Pero la odiaba, podía verlo en sus ojos.

Era por eso que siempre procuraba evitarlo.

No cupo en sí de dicha cuando Benedetta entró corriendo a su cuarto, donde se había encerrado a la espera de noticias, para avisarla de que ellas estaban allí, que Bruno las había encontrado vagando perdidas y las había traído a la mansión.

Una lágrima de alivio resbaló por su mejilla y, levantándose los bajos del precioso pero enorme vestido de satén blanco diseñado por uno de los mejores modistas de la ciudad especialmente para aquel evento, salió corriendo hacia el jardín.

Donde todos los invitados la esperaban.

Emilio ya aguardaba impaciente en la recepción para llevarla del brazo hasta el altar, en el que ya el sacerdote y un Thiago que se subía por las paredes, la aguardaban.

Tratando de bloquear los nervios que la dominaban por ser la protagonista absoluta de todas las miradas y los cotilleos –y es que allí habría miles de personas, pendientes hasta del más ínfimo de sus movimientos– se obligó a sonreír en su entrada triunfal hacia el altar.

Fue más fácil cuando sus miradas se cruzaron al fin.

El nudo que tenía en la garganta se aligeró poco a poco y se concentró en él, únicamente en él.

Estaba más impresionante que nunca con ese esmoquin negro abierto para revelar el inicio de su pecho bajo una camisa blanca que le sentaba como un guante y esa levita que se estaba aflojando sin miramientos tan pronto como hubo detallado su vestimenta de arriba abajo.

Tragó saliva, como si tuviera enfrente a la joya más maravillosa del universo. Y ella se sintió la más afortunada del mundo, porque sentía exactamente lo mismo.

Seré tuya hasta que la muerte nos separe.

Pensó, con una sonrisa deslumbrante en el rostro.

Estaba preparada.

Todo rastro de inquietud había desaparecido.

Y de repente, la gente, la música y los comentarios a su paso, se fueron disipando a medida que los ignoraba.

Solo existían ella y Thiago.

Un paso.

Cada vez más cerca de poder tocarlo, su mano extendida ya estaba lista para recibirla.

Miró a Emilio, que tenía una sonrisa carismática y orgullosa en el rostro anguloso. La alentó a recorrer la escasa distancia que la separaba de su hijo y, en cuanto sus manos se hubieron unido, se retiró hasta su puesto en primera fila para presenciar la boda.

El sacerdote no tardó en comenzar con su sermón.

Y siendo sincera, Catarina apenas le prestó atención.

Solo quería que terminara para poder pronunciar los votos y que la llevara hasta la cama y la poseyera toda la noche.

Viajar a Hawái y perderse del mundo durante el glorioso mes que duraría su luna de miel y disfrutar de toda una vida a su lado.

Lejos de tanta muerte, sangre y destrucción.

Entre la multitud, distinguió a Stella e Isabella. Sus amadas prima y tía, cuyas lágrimas brillaban radiantes de orgullo y felicidad al ser testigos de aquel mágico momento que vivía.

Les sonrió, sin poder reprimir las lágrimas.

La mano de Thiago se apretó un poco más en torno a sus dedos, preocupado.

Asintió para tranquilizarlo.

Aliviado, él empezó a recitar los votos matrimoniales. No apartó la mirada de su mujer en ningún momento, compartiendo su emoción.

—Yo; Thiago Santorini, te quiero a ti, Catarina Costa, como esposa y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Ahora era su turno.

Le temblaban las piernas.

—Yo; Catarina Costa, te quiero a ti, Thiago Santorini como esposo y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Todo el mundo contuvo la respiración cuando, tomados de la mano, ambos recitaron al unísono:

—Hasta que la muerte nos separe.

A una señal del párroco, se intercambiaron los anillos que entregaron los pajes —el pequeño Matteo, hijo de Benedetta, y la pequeña Lucille, sobrina de la nana Ofelia— y tuvieron que contenerse para no saltar a los brazos del otro hasta que no se hubieron dicho las palabras que los unían en matrimonio.

—Entonces, por el poder que me ha sido concedido, yo los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia, señor Santorini.

No tuvo que pedirlo dos veces.

Sus labios se unieron con una pasión desbordada, impúdica, bebiendo el uno de la otra como si estuvieran en medio de un desierto y la sed los devorara por dentro.

Los vítores y aplausos no tardaron en sucederse, acompañados de cientos de *flashes* cegadores peleando por immortalizar aquel momento de ensueño que ya tenía la primera plana asegurada en todos los periódicos del país.

Ello, por supuesto, les obligaba a mantener el tipo deshaciéndose en sonrisas y agradecimientos frente a la múltiple avalancha de felicitaciones y halagos que no tardó en sepultarlos.

Iban a tener que contener un poco esas ansias que tenían por explorar el cuerpo del otro en su plenitud.

—Está preciosa, señora de Santorini —susurró Thiago en su oído, estremeciéndola de pies a cabeza—. Ese vestido es digno de una reina como tú, pero siento tener que decirte que me estoy volviendo jodidamente loco por arrancártelo y follarte hasta la saciedad, esposa mía.

Remató la faena con un mordisquito en el lóbulo de su oreja. Le estaba poniendo muy difícil la tarea de mantener el autocontrol y lo hacía a propósito.

—Pero bueno semental, contrólate un poco.

Bruno apareció, haciendo gala de su habitual sarcasmo. Le puso una copa de *Bourbon* en la mano a su hermano, al tiempo en que le daba una palmada en la espalda.

Thiago enarcó las cejas.

No le sorprendía que pensara hacer como si no hubiera pasado nada ante el hecho de que había estado a punto de arruinarles la ceremonia.

—Vamos, relájate. He llegado, ¿no? Ah, felicidades —añadió a última hora, como si se le acabara de ocurrir.

¿No se cansaba de ser tan idiota?

Thiago se mordió la lengua, no quería hacer un escándalo en público.

Se limitó a dejar que se perdiera entre la multitud en busca de alguna conquista con la que divertirse.

Así era su hermano.

Chiara fue la siguiente en felicitarlos. Se la veía radiante de entusiasmo.

Adoraba a esa niña —para él siempre sería su hermanita, aunque le quedara nada para cumplir los dieciocho y estuviera hecha toda una mujer— y ella lo veía como a su héroe.

También a Bruno, pero el gilipollas últimamente ya no pasaba tanto tiempo con ella.

La abrazó con fuerza, alzándola en volandas y arrancándole un pequeño grito cuando su falda se levantó.

La dejó en el suelo, no sin darse cuenta de que un muchacho no le quitaba ojo. Estaba embelesado, lo que lo hizo sonreír. Le recordó a él con Catarina antes de empezar a salir.

Aprovechando que su hermana y su mujer estaban compartiendo un emotivo abrazo, lo estudió más atentamente. Hasta reconocerlo.

Joder, había cambiado mucho. Pero era él.

Mauro Leone.

Casi como si su padre le hubiera leído los pensamientos, se acercó rodeando el hombro del chico con su brazo. Les seguía el señor Leone, un íntimo amigo de la familia.

Chiara y él solían jugar juntos de pequeños.

Parecía que alguien estaba flechado.

Pero su hermana apenas le prestaba atención. Estaba absorta contemplando cómo había quedado todo.

O eso pensaba él, que a diferencia de Catarina, no se había percatado de que la atención de la joven estaba puesta en alguien más.

Alguien que estaba muy ocupado controlando a Alessandra para que no se pasara con el alcohol.

—¡Marcello, ya te lo he dicho, no tengo cinco años! Déjame divertirme y ve a hacer lo mismo, hombre —lo regañó su hermana.

Como había dicho, Catarina solía pasar desapercibida. Pero se enteraba de todo.

Y fiel a su estilo discreto, calló. No era asunto suyo en quién se fijara su cuñada, aunque fuera un amor imposible.

Marcello Grimaldi era diez años mayor que ella.

Y nunca se fijaría en Chiara.

—Thiago, Catarina...hacéis una pareja preciosa. Felicidades — dijo Alessio, el padre de Mauro, estrechando la mano de Thiago.

Hizo lo propio con ella, que le dio las gracias con amabilidad.

Empezaron a charlar distendidamente.

—¡Chiara, estás preciosa! ¿Te acuerdas de mi hijo, Mauro? Solíais ser inseparables de pequeños.

El aludido se ruborizó hasta las orejas y sonrió, algo cortado.

Los ojos de Chiara se iluminaron brevemente al reconocerlo.

—¡Mauro! Pero...has crecido tanto que no te había reconocido. ¿Cómo estás?

Se dieron un cálido abrazo.

—Bien...gran fiesta. ¿Y tú? Te veo...genial —murmuró, algo cortado por la atención que estaban recibiendo.

Catarina se apiadó de él.

—Cariño, ¿me acompañas a buscar a Stella e Isabella? Estarán algo cohibidas, no conocen a nadie. Emilio, deja que te las presente.

Sin esperar respuesta, se los llevó de ahí.

Alessio se retiró poco después, satisfecho.

—Hacía años que no te veía —musitó Chiara, algo incómoda por la manera en que los habían dejado a solas.

Mauro y ella fueron muy amigos, pero de eso había pasado mucho tiempo y no sabía de qué hablar con él. El contacto se había perdido.

—Sí, mi padre...me llevó a estudiar fuera para mejorar mis notas. Pero volví hace unos meses y, bueno, es agradable estar en casa —replicó, rojo como un tomate.

Seguía siendo un cielo.

Dio un sorbo a su refresco —ser menor de edad era una mierda, lo sabía— y disimuladamente buscó a Marcello con la mirada.

Tuvo que reprimir un suspiro.

Dios, estaba tan increíblemente guapo con ese traje azul marino tan elegante y esa sonrisa amable que siempre esbozaba al hablar.

Chiara siempre lo había admirado desde lejos.

Pero estaba cansada de eso. Ya era hora de que las cosas cambiaran.

—Me ha alegrado verte, Mauro. Hablamos luego, ¿vale? —Se despidió, tocándole el hombro al pasar.

El chico apenas pudo asentir, sintiéndose estúpido.

No había ido como esperaba.

Qué iluso pensar que Chiara se fijaría en él de ese modo.

Siempre había sido invisible.

Sin embargo, no iba a rendirse.

Una idea llevaba tiempo tomando forma en su mente y, aunque no estaba seguro de dónde se estaba metiendo, decidió que no tenía nada que perder.

Le demostraría a Chiara que ya no era el niño tímido e infantil que se bañaba con ella en la piscina y con el que jugaba a tontos juegos de los que

siempre salía perdedor.

Era un hombre que lucharía por lo que quería; a ella.

Stella evitaba su mirada.

Bruno llevaba ya un rato observándola abrazar a Catarina sin cesar y reiterando lo orgullosa que estaba de su prima. A la que quería como una hermana, era evidente.

Sin embargo, a pesar de lo conmovedor que resultaba, debía admitir que empezaba a fastidiarse.

No se despegaba de ella. Y eso no le ponía fácil actuar.

Desde el primer momento en que la había visto esa mujer se le había metido entre ceja y ceja y estaba decidido a llevársela a la cama.

Vio su momento cuando Alessandra se acercó para felicitar a la novia.

—Enhorabuena. ¿Qué se siente al ser la señora de Santorini? Debes estar viviendo tu sueño...—Comentó, bebiendo de su copa de champán y esbozando una sonrisa con la que no se molestó en ocultar su desdén.

Catarina nunca había sido de su agrado.

No le parecía trigo limpio. Demasiado buena y recatada como para ser verdad.

Catarina le dedicó una respuesta a la defensiva.

Bruno las dejó a lo suyo y se acercó disimuladamente a Stella, que se estaba sirviendo un poco de ponche sin reparar en su presencia.

Sin embargo, eso no lo frenó.

Cuando a Bruno Santorini se le metía algo en la cabeza no paraba hasta conseguirlo.

—Una mujer tan hermosa como tú no debería estar sola en una fiesta como esta —susurró, muy cerca de su oído, en tono insinuante—. ¿Quieres bailar? —Propuso, dedicándole la mejor de sus sonrisas.

Ella se tomó su tiempo antes de contestar, asegurándose de que nadie a su alrededor los escuchara. Tuvo suerte, ya que Alessandra acababa de marcharse sigilosamente y Thiago y Catarina parecían estar a punto de subir al cuarto y escabullirse entre los invitados.

—No, gracias. Estoy bien así.

Para suavizarlo le dedicó una sonrisa amable. Pero él se quedó cortado.

¿Acababa de decirle que no?

¿Qué había de la química y las miradas que habían compartido en su primer encuentro?

No se tragaba que después de aquello no estuviera interesada.

Seguramente solo quería ponérselo difícil.

Chica astuta.

—Está bien. ¿Y qué me dices de tomar una copa conmigo? No muerdo.

A juzgar por la manera en que sus labios pintados de rojo se entreabrieron, parecía estar meditando cuidadosamente qué respuesta darle.

—No es usted de los que aceptan fácilmente un no por respuesta, ¿me equivoco? —inquirió, a punto de poner los ojos en blanco. Pero Bruno no perdía detalle de su gesto y pudo apreciar cómo tenía que apretar las comisuras de sus labios para evitar esbozar una sonrisa divertida.

—En absoluto. Especialmente si la dama que me interesa es tan hermosa.

No iba a rendirse.

Ella río.

¿Significaba eso que le daría el sí?

Esperó pacientemente.

—Pues siento decepcionarlo señor Santorini, pero detesto el alcohol. Que lo pase bien, ha sido un placer charlar.

Y batiendo las pestañas se largó de allí, dejándolo plantado.

Bruno no daba crédito.

Por suerte, como había predicho, allí ya no quedaba nadie para verlo.

Sin embargo, el rechazo no lo desanimó.

Al contrario, se echó a reír con ganas.

Había juzgado mal a la chica.

Iba a ser entretenido conquistarla.

Entretanto, no iba a quedarse ahí solo. En una fiesta tan grande tenía que haber muchas mujeres dispuestas a divertirse con él.

—Vaya, vaya. Al gran Bruno Santorini le han dado calabazas. Siempre hay una primera vez para todo, ¿no?

Era Alessandra. Y se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Admito que me ha sorprendido. Pero eso solo lo hace más estimulante —replicó, llevándose un sorbo de champán a los labios y extendiendo su copa para brindar con ella.

—Pues buena suerte con ella, *casanova* — bromeó la chica, al tiempo en que resonaba el tintineo de los cristales.

—¿Y tú? ¿No has encontrado nada interesante entre la multitud? — Quiso saber.

Hacía mucho que no eran más que amigos, pero siempre estaba bien recordar viejos tiempos y aquel día estaba espectacular.

—Al contrario, he quedado más que satisfecha —soltó, sin cortarse lo más mínimo.

Alessandra no tenía filtro. Por eso se llevaban tan bien, eran muy parecidos.

—Esa es mi chica. ¿Y puedo saber quién ha sido el afortunado caballero? —Inquirió, curioso.

Sabía que la menor de los Grimaldi era muy selectiva a la hora de escoger a un hombre con el que irse a la cama. Era exigente.

—No, me temo que te quedarás con la duda, *amore*. Ahora si me disculpas, necesito retocar mi maquillaje...

Quiso marcharse, pero la detuvo.

—¿A qué viene tanta prisa? Hace mucho que tú y yo no...ya sabes, ¿quieres recordar viejos tiempos?

Fue directo, como a ella le gustaba.

Por eso no esperó que estallara en carcajadas.

—Bruno, cariño, sabes que no me gusta repetir el plato. Tú y yo somos demasiado iguales para funcionar como amantes. No arruines esta amistad por no saber controlar tus...necesidades, *per favore*.

Ah, por supuesto. La regla de oro Grimaldi.

Nunca repetir el plato, porque la otra persona podía querer más y era un fastidio.

A Alessandra le encantaba probar cosas nuevas.

Una pena.

—Tú te lo pierdes, preciosa.

Le dio un beso en la mejilla, aceptando que tenía razón. No quería perder su amistad.

Ella lo abrazó, riendo y tomándole el pelo por el rechazo de Stella.

—Guárdame el secreto, anda.

—Soy una tumba, guapo.

Se despidió de ella.

No sin preguntarse una última vez quién la habría dejado tan contenta como para no querer follar con él.

A pesar de que lo de la regla era cierto, la misma Alessandra le había confesado alguna vez que no era infalible y que por él podría romperla.

Ahora había cambiado de opinión.

¿Quién era el responsable?

Al no hallar manera de saberlo, lo dejó estar.

Esa pelirroja del vestido violeta le estaba poniendo ojitos.

No supo que Stella no le quitaba ojo cuando se la llevó arriba, a una de las habitaciones del piso superior.

La joven suspiró. Había hecho bien en no caer en los encantos de ese mujeriego.

Mientras apuraba su tercera copa de *whisky*, Alessandra suspiró.

No podía dejar de mirarlo.

¿Qué demonios le pasaba?

Se desconocía.

Y todo por culpa del maldito Bruno.

¿Para qué tuvo que recordarle aquel polvo?

No repetir el plato...bobadas. La vieja Alessandra habría aceptado sin dudar.

Pero ya no había remedio.

Lo miró con los ojos entornados.

Allí estaba, rígido y vigilante. Recorría el perímetro con esos ojos de águila, escaneando a cada invitado y dando órdenes por el auricular con bastante temperamento, por lo que se veía.

Se echó el pelo hacia atrás, luchando por controlar sus hormonas.

Estaba tan bueno en ese traje, el que tanto parecía detestar, que iría y...

No.

Bobadas.

Solo había sido un buen polvo. Se acabó.

No era para tanto.

Pero entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en esos orgasmos que le había dado?

¿Por qué no paraba de ansiar que la robara de aquella fiesta a escondidas y se encerraran en esa maldita cabaña para hacerlo hasta que no pudiera andar en una semana?

Respira, Alessandra.

Jamás perdería su dignidad, por más que estuviera ante un semental en potencia.

De vez en cuando miraba en su dirección. Ponía esa mirada de “sé que no puedes dejar de recordarlo”, sonreía de medio lado y seguía a lo suyo.

Estúpidamente sexy.

—¡Carlos!

Una pequeña figura llegó corriendo y se le echó a los brazos.

Era Matteo, el hijo de Benedetta...la sirvienta.

—Eh, pequeño *diavolo* —exclamó, riendo cuando se abrazó a su cuello como a un salvavidas. Parecía algo incómodo, pero se notaba en sus ojos que apreciaba a ese niño.

—Mateíto, deja a Carlos. —Era Benedetta, que llegaba corriendo. Estaba fatigada. No debía ser fácil controlar a un niño de esa edad—. ¿No ves que está trabajando y lo pueden regañar?

Le sonrió, coqueta.

Alessandra enarcó las cejas.

—¿Qué tonterías dices, mujer? No me molesta, ¿verdad? —
desestimó sus palabras, revolviéndole el pelo al niño, que reía encantado.

—De mayor quiero ser como tú, Carlos —aseguró, convencido.

Y, como estaba de espaldas a Benedetta, solo Alessandra pudo ver el caleidoscopio de emociones que se paseó por su rostro al oír aquello.

Fue una fracción de segundo. Pero de lo más reveladora.

¿Qué escondes, soldado?

¿Qué hay en tu pasado que te atormenta como para reaccionar de ese modo?

Se preguntó.

—No, nada de eso. Tú serás mucho mejor que yo, Matteo. Ya lo verás —musitó, con la voz ronca. Lo dejó en el suelo, ante la mirada extrañada de Benedetta, que lo tomó en brazos en su lugar—. Anda, llévalo a jugar con los demás niños. Después de lo que ha pasado con el falso atentado de bomba, tengo que estar alerta —le pidió a Benedetta.

Pero ella no se fue de inmediato.

—Carlos...sabes que puedes contar conmigo. Si...si quieres hablar o, lo que sea, aquí tienes a una amiga —sugirió, posando la mano en su

brazo derecho de manera aparentemente inocente.

Alessandra sabía cómo iba aquello. Le estaba tirando los trastos.

Él asintió, ausente.

En cuanto se marcharon apretó la mandíbula, perdido en su mente.

Alessandra cada vez estaba más intrigada.

Era todo un misterio.

Nadie sabía nada de él.

Y le gustaban los misterios.

—Carlos, ¿podrías avisar a mi padre de que necesitamos hablar con él? —Eran Thiago y Catarina, que acababan de volver a la fiesta. Ella se había cambiado de ropa—. Queremos dar una vuelta por la ciudad con el carruaje, que todo el mundo haga fotos. No quiero que se hable de otra cosa —demandó, besando la mano de su entusiasmada esposa.

Él, como el buen soldado que era, mantuvo el semblante neutral y asintió. Se comunicó con su jefe por el auricular y repitió las palabras de Thiago.

—Enseguida se lo tienen listo señor. Felicidades por su matrimonio, a ambos —dijo, formal.

—Gracias. Estás muy tenso hombre, ¿todo bien? —Thiago se dio cuenta de que estaba más sombrío de lo habitual.

—Sí, es solo que no podemos confiarnos porque...

No pudo terminar la frase.

Una bala cortó el aire, con una dirección muy concreta.

Catarina Costa.

Carlos se movió a toda velocidad, empujando a la pareja al suelo.

Se libraron por los pelos.

Pero el tirador volvía a la carga.

Alessandra no se lo pensó dos veces antes de sacar su arma.

Estaba demasiado cerca y, aunque Carlos había reaccionado como el experto que era, al apartar de la trayectoria a los recién casados se había puesto él en el punto de mira.

Antes de que el pistolero volviera a actuar, Alessandra disparó una bala certera hacia su cabeza.

Todo eran gritos y caos.

Más hombres armados aparecieron de la nada –estaban camuflados entre la multitud, esperando su momento– y se metieron en un fuego cruzado con los hombres de seguridad de Emilio y su padre.

Su mirada se cruzó con la de Carlos que asintió, en agradecimiento. Y entonces entornó los ojos.

Ella lo entendió una décima de segundo después. Justo cuando él llegaba hasta donde se encontraba y disparaba en su dirección.

No se movió. Confiaba.

La detonación no tardó en resonar a su espalda como un proyectil y se giró para encontrarse con un hombre que agonizaba en el suelo. Vestía todo de negro y llevaba un pasamontañas. Lo único que llamó su atención fue un tatuaje en torno a su antebrazo.

Era un demonio.

Pero ahora no tenía tiempo para eso.

Pistola en ristre, se preparó para defenderse tanto a ella como a sus seres queridos de aquel ataque sorpresa.

Esquivó una ráfaga.

Había perdido de vista a Carlos.

Otra bala rebotó contra el pilar tras el que se parapetaba y se agachó, recargando munición.

Había matado a tres hombres.

¿Cuántos eran?

La balacera estaba en su máximo apogeo.

Entonces un cuerpo la derribó desde atrás.

Se desplomó de bruces sobre el suelo y lo primero que hizo fue forcejear como loca. Si querían secuestrarla les iba a costar sangre.

Sin embargo, enseguida salió de su error.

El tiro dio justo en la pared donde hacía unos segundos había estado su cabeza.

Y el responsable de evitarlo estaba sobre ella, aniquilándola con esos ojos feroces y enfurecidos que tanto la excitaban.

Carlos.

—Nunca descuide su espalda por cuidar la de otro. Muerta no sirve de nada.

—Lo mismo digo —atinó a replicar ella, disparando su arma contra el hombre que, aprovechando la situación, iba a liquidarlos por la espalda.

Cayó fulminado.

Un atisbo de sorpresa inundó las pupilas de Carlos.

Lentamente, se puso en pie – liberando a su cuerpo de su peso – y la ayudó a levantarse, tomándola por la cintura con firmeza. Sin pedir permiso.

Su asfixiante cercanía hizo estragos en su sistema.

—Supongo que eso hace que estemos en paz —concedió él, detallando su boca con descaro.

Ella se lamió los labios, sabedora del poder que ejercían sobre él aun en la situación crítica en que se encontraban.

Pero aquel era un juego que no pensaban detener, así la mansión se viniera abajo en aquel instante.

—Nunca estaremos en paz, soldado —espetó ella, mientras a su alrededor resonaban los tiros y corría la sangre, tiñendo las lujosas paredes de Villa Santorini de muerte y caos.

Estaban rodeados de cadáveres.

Por todas partes.

Tanto que era muy difícil distinguir quién era amigo y quién enemigo.

Alessandra se echó hacia atrás el pelo sudoroso y recubierto de sangre por la batalla campal e inhaló para recobrar el aliento.

Había sido todo tan repentino que todavía le costaba un poco asimilarlo.

A su lado, Carlos todavía estaba alerta como un depredador listo para saltar al cuello de cualquiera mínimamente sospechoso. Sus músculos resaltaban de manera increíble, poniéndole muy difícil mantener la concentración en su entorno.

Joder, ese culo no era apto para cardíacos.

—¿Disfruta de lo que ve? —Espetó, sin siquiera volverse. Lo que provocó que Alessandra curvara los labios en una sonrisa. Nunca dejaba de sorprenderla su perspicacia.

—A decir verdad, sí —contestó sin el menor reparo. Nunca había entendido por qué la gente tenía tantos problemas en decir lo que saltaba a la vista.

—No hay tiempo para andar con juegos. Tenemos que comprobar si su familia está bien —replicó, con algo de dureza, cogiéndola de la mano y

atravesando juntos –ambos con las armas en ristre– la mansión ahora hecha un desastre. Luego añadió—: Puede que estén en el refugio, debemos comprobarlo.

Alessandra asintió, esperanzada.

El refugio era una especie de habitación subterránea a la que se accedía a través de los túneles de los pasadizos secretos de la mansión.

Antiguamente se rumoreaba que era usada como cámara de torturas por sus antepasados. Y ella no dudaba de la veracidad de dichos rumores.

La joven se tranquilizó, aquel lugar era una fortaleza. Nadie lograría penetrar ahí, así que su familia estaba a salvo.

Al menos el tiroteo ya había cesado.

Con un poco de suerte los hombres bajo las órdenes de Grimaldi y Santorini habrían acabado con las amenazas.

Alessandra hizo cálculos y calculó que debían de haber acudido más de doscientos hombres. Solo ella y Carlos habían eliminado al menos a medio centenar.

Si por separado eran peligrosos, juntos parecían ser mortales.

Deteniéndose junto a la fuente de piedra –ahora destrozada por cientos de agujeros de bala– Carlos se agachó junto a uno de los cadáveres enemigos para examinarlo de cerca, indicándole que permaneciera detrás de él.

Por supuesto, Alessandra no le hizo el menor caso y se agachó a su lado. También quería averiguar quiénes eran los bastardos que se habían atrevido a atacarlos.

Nada más percatarse de su presencia le dedicó una mirada asesina y gruñó de exasperación.

Vaya, si las miradas matasen ella habría caído fulminada. Pero no se arredró, sino que mantuvo la vista fija en esos iris de ébano, firme en todo momento.

—Si le doy una orden la cumple —masculló, echando chispas—. Vaya atrás y proteja su espalda antes de que la maten y luego pidan mi cabeza —ordenó, autoritario. Luego maldijo en su idioma, de manera que no pudiera entenderlo.

No sonó bien.

Alessandra puso los ojos en blanco, indignada.

—¿Quién demonios te crees para darme órdenes, soldado de quinta?! —Bramó, perdiendo la paciencia.

—¡El hombre que le ha salvado la vida, maldita malcriada! —rugió él, en el mismo tono.

Las mejillas de la italiana se tiñeron de rubor a causa de la furia. No podía creer que estuvieran peleando por algo así con toda la mansión llena de cadáveres y sin saber del paradero de sus seres queridos, pero ese hombre la encendía y no se cortó en dedicarle su réplica más mordaz.

—Creo que se te olvida el pequeño detalle de que tú también estarías muerto de no ser por mí. Así que deja ese orgullo y trátame como a una igual, porque estamos juntos en esto.

Se estudiaron como leones, temblando de ira.

Al final, él cedió. Aunque por cómo la miraba parecía que quería estrangularla con sus propias manos.

—Son sicarios a sueldo —informó al cabo, con rabia mal contenida. Como no añadía nada más ella le preguntó cómo lo sabía y este le enseñó unos tatuajes en su antebrazo derecho. Tres puntos concéntricos rodeando a una calavera negra. A ella no le decía nada, pero para él parecía tener todo el sentido —. Los tatuajes son un sello distintivo. Así nos reconocen y nos contratan — explicó.

—¿Nos? —Inquirió, con las cejas enarcadas al ver que había hablado en primera persona.

Él suspiró y se pasó una mano por la barba, como si le incomodara hablar de su vida personal.

—Durante un tiempo, cuando llegué aquí, fui uno de ellos. Hasta que Emilio Santorini me contrató. Ahora vivo para servir a la *Famiglia* del *Capo* —aclaró, tenso como el arco de un violín.

Alessandra asintió, sinceramente fascinada.

Con razón era un asesino tan experimentado y letal. Había sido entrenado por los mejores.

—Y, como habrá notado, están todos muertos así que no van a poder decir mucho acerca de quién los contrató —espetó al cabo, con amargura.

Alessandra maldijo de una manera nada propia de una señorita de su alcurnia, pero le importaba un bledo. Esos asesinos a sueldo habían estado a punto de matarlos.

Quería la cabeza del responsable de orquestar aquello.

—El objetivo eran los recién casados —dijo Carlos entonces, con esos ojos analíticos fijos en ella.

—Eso parece. Deben ser de algún clan rival. La mafia calabresa siempre nos la ha tenido jurada desde que matamos a su líder —comentó ella.

Sin embargo, su interlocutor no parecía muy convencido.

—La mafia calabresa es más discreta a la hora de arreglar...sus asuntos. No, esto me parece obra de alguien diferente. Pero aún no sé quién.

Parecía frustrado.

—¿Puede correr con eso? Necesito ponerla a salvo de una puta vez —inquirió, con su habitual estilo hosco.

—Por supuesto —replicó Alessandra, casi ofendida—. Puedo desenvolverme en cualquier situación de riesgo, lleve lo que lleve puesto... —Se recreó a propósito, a sabiendas de lo que a ambos se les estaba

pasando por la cabeza—. Incluso si no llevo nada. Lo de antes, cuando te he salvado, solo ha sido una pequeña demostración, soldado.

Él resopló, encendido.

—Entonces mueva ese bonito culo de una vez, no estamos en un jodido picnic —casi gruñó.

Ella solo rio antes de seguirlo, encantada con poder sacarlo de quicio.

Ese tira y afloja que se traían era muy estimulante y todavía no le apetecía dejarlo.

Atravesaron los jardines a una velocidad de vértigo, ambos siguiendo el mismo ritmo sin problemas.

—¡Ignazio! —gritó entonces Alessandra, entristecida al toparse con el cadáver sin vida del chófer de confianza de su familia. Le habían disparado en el corazón.

Se agachó para cerrarle los ojos, conmovida.

Era un buen hombre que no merecía aquello. Siempre le daba galletas a escondidas cuando salían de casa a hacer alguna diligencia y tenía una sonrisa eterna.

Una mano se posó sobre su hombro.

Era Carlos.

Asintió, haciéndole saber que estaba bien.

A fin de cuentas, por más lamentable que fuera, aquello era parte de su día a día. No servía de nada perder el tiempo llorando, mejor recordarlo como fue en vida.

—Estoy bien, vamos —repuso, con frialdad.

—Uno de los hombres de confianza del *Capo*, me ha confirmado que están en el refugio. La llevaré allí —susurró él entonces, tan cerca de su oído que la hizo estremecer...por el deseo.

—Mira, ahí están Sandro y Maurizio. Puede que sepan algo —expuso, señalando a los dos guardias que los habían reconocido y se acercaban a la carrera.

Estaban ensangrentados y pálidos. Uno de ellos incluso cojeaba.

En cuanto se hubieron acercado lo suficiente, Carlos los encaró. No parecía nada contento.

Y es que su deber era proteger a la familia, arriesgando su propia vida. Y si algo había salido mal, por mínimo que fuera el descuido, el precio bien podía ser su cabeza.

Como jefe de seguridad, Carlos tenía la obligación de pedirles cuentas.

—¿Cómo coño esos sicarios se han infiltrado en la fiesta, ante vuestras narices? —Bramó, mortífero.

Ambos reaccionaron tan confusos como abochornados por el suceso.

—No lo sabemos Carlos, lo juro. Todo el mundo llevaba invitación, registramos a cada uno de los asistentes y nadie parecía sospechoso —contestó Sandro, apurado.

Maurizio parecía igual de desconcertado.

—Sí...no me explico cómo ha pasado. A menos que alguien infiltrado los colara. Pero, ¿cómo? —Inquirió, para sí.

A juzgar por su gesto pétreo, a Carlos se le había pasado por la cabeza también esa idea.

—Difícil saberlo teniendo en cuenta que están todos muertos. Ese era vuestro puto trabajo —rugió de pronto.

Y antes de que lo vieran venir, moviéndose con una rapidez increíble, su puño ya estaba impactando en la mandíbula de Sandro primero, que se desplomó en el suelo por la fuerza del impacto, y después en la de Maurizio, que corrió la misma suerte.

Alessandra se quedó contemplando la escena.

No pudo evitar que la fuerza bruta con la que golpeaba a esos dos pobres hombres la excitara sin remedio.

Era tan explosivo...su perdición.

Pero tenía que pararlo o era muy capaz de matarlos. A leguas se notaba que era alguien con quien era mejor no tener problemas.

Tan rudo...

—Tranquilo, creo que lo han captado para la próxima — bromeó, queriendo relajar los ánimos.

No funcionó.

Tenía a ambos sujetos por el cuello con cada mano y parecía como ido.

Ahí entendió que algo no iba bien.

Era como si...como si físicamente estuviera allí pero mentalmente se hubiera desconectado.

Lo sujetó por la cintura, tirando con fuerza para despegarlo de sus víctimas. Pero era como mover un muro de granito, duro e infranqueable.

—Carlos, ya basta —decidió hablarle con firmeza al ver que no aflojaba—. Cálmate. Es suficiente.

Eso pareció hacerlo volver un poco en sí porque asintió y poco a poco fue liberándolos de su agarre.

Ambos cayeron al suelo, boqueando en busca de aire.

Su semblante habitualmente neutro palideció ligeramente y la miró dubitativo antes de murmurar un quedo:

—Lo siento.

Alessandra entendió que no podía controlar sus problemas de ira y no hizo más preguntas. Seguramente era lo último que necesitaba.

Fue a tocarlo, pero al verlo tan tenso se lo pensó mejor y dejó caer el brazo.

—¿Estáis bien? —Preguntó, examinando a los dos hombres, que asintieron restándole importancia.

—No he querido... —Empezó a decir, pero Sandro lo cortó, comprensivo.

—No te preocupes, está todo bien.

—Pero aun así la próxima vez estad más alerta o esto no será nada comparado con lo que os hará Emilio —advirtió. Y ya había vuelto a ser el de siempre.

Tragando saliva, asintieron sin pronunciar otra palabra.

Mientras atravesaban los pasillos de la mansión hasta llegar a la biblioteca —el lugar desde donde se accedía a los pasadizos— Alessandra aprovechó que se habían quedado rezagados de sus compañeros y detuvo a Carlos, cogiéndolo del brazo.

La miró con esos ojos negros insondables, su expresión era interrogante.

—¿Estás bien? Pareces muy tenso todavía —comento, observando que lucía inestable.

—Perfectamente —dijo, seco. Y se giró para cerciorarse por centésima vez de que nadie los seguía.

—Están todos muertos, relájate. Ha pasado el peligro.

—Me relajaré cuando lleguemos —masculló, de mal talante.

Alessandra puso los ojos en blanco, a pesar de que sabía que tenía razón. No podían bajar la guardia.

Nunca se sabía quién podía estar acechando entre aquellas paredes.

El camino hacia las catacumbas estaba oscuro como boca del lobo y el ambiente viciado de humedad y moho casi le puso los pelos de punta a la joven, que iba ataviada tan solo con un fino vestido de tirantes.

Enseguida encendieron las linternas que habían cogido y avanzaron.

Al cabo de un rato tuvo que apretar los dientes para evitar que castañetearan. ¿A cuántos grados estarían ahí abajo? Como mucho a un par sobre cero...

De repente él puso algo oscuro delante de ella. La tela de su chaqueta, se la tendió con su habitual brusquedad.

Le dedicó una mirada gélida, apartándola.

—Vamos, está a punto de quedarse como un bloque de hielo. Póngase la maldita chaqueta.

Su tono autoritario calentó la sangre de Alessandra, que se la estampó en el pecho con toda su fuerza.

—¡No necesito tu estúpida chaqueta, puedo cuidarme sola! No soy una pobre damisela en apuros —llevada por la indignación, gritó tanto que alertó a Sandro y Maurizio, que se volvieron asombrados a ver qué sucedía.

—Seguid, yo me ocupo —masculló él, entre dientes.

Como era de esperarse, obedecieron.

Una vez a solas se miraron, echando chispas.

—¿Qué quiere? ¿Morir congelada aquí, estúpida necia? Deje de ser orgullosa y acepte mi ayuda o juro que me largo y dejo que se quede tesa por la hipotermia —bramó, alterado.

Eso solo provocó que Alessandra se alterara más.

Sus caracteres eran igual de dominantes y chocaban como dos trenes a toda máquina.

Frente a frente, se sostuvieron la mirada sin parpadear siquiera mientras los dos respiraban desbocados a causa de la ira.

—Mucho cuidado soldado, todavía no ha nacido el hombre capaz de doblegarme —advirtió. Sus iris azules lo engullían, retándolo a que se acercara más.

Lo hizo, por supuesto.

Y en su expresión no había nada más que desafío y chulería cuando replicó:

—Qué casualidad. Tampoco ha nacido la mujer capaz de doblegarme a mí, muñeca.

Y aprovechando que estaba demasiado ocupada calcinándolo con la mirada, le puso la chaqueta sobre los hombros y la estrechó contra sí, hasta que se estrelló contra su pecho duro y definido.

Ella quiso protestar, pelear y golpearlo con toda su fuerza. Pero tenía que reconocer que, a pesar de estar cubierta de sangre, la prenda era caliente y la reconfortaba después de que casi se había congelado.

Solo por eso lo dejó pasar.

—Vuelva a retarme de esa manera y la follaré aquí mismo. En estos putos túneles dejados de la mano de Dios nadie oiría sus gritos de placer. ¿Quiere eso? ¿Eh? —Amenazó.

Aunque a Alessandra le sonó más bien como una invitación y no se cortó a la hora de pasarle la lengua por los labios y pegarse a él para provocarlo.

—Lo que quiero es que dejes de hablar y lo hagas de una maldita vez —replicó, haciéndole ver lo húmeda que estaba para él.

Un gruñido ronco brotó de su garganta y, perdiendo ese autocontrol tan maravilloso del que hacía gala la estrelló contra la pared, separándole las piernas y colándose entre ellas.

Ella arqueó el cuello y jadeó cuando le sujetó las muñecas. No podía soportarlo más.

Entonces las voces de Sandro y Maurizio en la distancia los interrumpieron justo cuando la cosa se ponía más interesante.

—Debería haberlos matado cuando tuve la oportunidad, ¿no? —Bromeó él, separándose de ella a regañadientes. O al menos Alessandra creyó que bromeaba, lo cierto es que era impredecible.

Se rio.

Parecía que el juego tendría que esperar.

—Búscame luego —susurró en su oído, antes de echar a andar con porte regio y dejarlo allí plantado con una erección de campeonato.

—¡Alessandra, gracias a Dios que estás bien! Estaba muy preocupada cariño —exclamó su madre, asfixiándola bajo su abrazo nada más verla aparecer por la puerta.

—Tranquila mamá, sé arreglármelas —la calmó, incómoda porque la siguiera tratando como a una niña frente a todos.

Aunque entendía su postura. Ella también lo había pasado mal sin saber de su paradero.

—*Figlia* —dijo su padre, envolviéndola en un abrazo reconfortante.

Por suerte no tenía ni un rasguño.

Nadie, excepto Donna —a quien Marcello estaba curándole una herida de bala en el brazo— y Catarina —con simples contusiones— había salido herido.

Al parecer habían podido refugiarse a tiempo gracias a la protección de sus hombres de seguridad.

Lamentablemente pronto supieron que hubo bastantes bajas.

—Ya he llamado a mis hombres Emilio, los refuerzos no tardarán en llegar —Baldassare tranquilizó a su socio, que se movía de acá para allá como un león enjaulado.

Thiago tampoco estaba mucho mejor.

Casi le habían arruinado la boda y no había podido partir de luna de miel con su mujer como tenía previsto. Para colmo esta estaba conmocionada, al igual que Stella e Isabella, a quienes Bruno estaba ocupándose de calmar.

—Gracias amigo —dijo entonces Emilio—. Por lo pronto, creo prudente que paséis al menos esta noche con nosotros, con tus hombres y los míos montando guardia toda la noche permaneceremos más seguros todos juntos —adujo, con sensatez.

Villa Santorini estaba mucho más preparada para un ataque que Villa Grimaldi, para nadie era un secreto.

Todos se mostraron conformes y Baldassare hizo unas llamadas a sus hombres para que trajeran algunas cosas.

En cuanto hubo terminado con Donna, a quien Emilio se apresuró en atender, Marcello fue a ver cómo estaba su hermana.

Ella lo tranquilizó, pero sus ojos no se apartaban de los de Carlos. Todos habían reparado en que llevaba puesta su chaqueta.

—¿Has cuidado de ella? —Inquirió, perspicaz.

El aludido no se inmutó ante las insinuaciones que había en aquel tono, ya que Marcello estaba al tanto de lo sucedido entre ambos en la fiesta.

Alessandra le dedicó una mirada de advertencia. Sabía que su hermano no la delataría, pero debía tener cuidado con lo que decía.

Eso llamó la atención de Baldassare y Emilio.

—Solo cumplí con mi deber...señor Marcello —alegó al cabo, casi por la fuerza.

Antes de que su interlocutor pudiera replicar, Baldassare lo interrumpió.

—Gracias por traérmela sana y salva, Carlos —le dijo, con sinceridad, palmeando su espalda.

—No es nada, señor. Hago mi trabajo.

—Y un buen trabajo —alabó Emilio, complacido—. Sería buena idea que no le quitaras los ojos de encima. De hecho, creo que podríamos asignar un guardia para velar por las mujeres de esta casa. ¿Qué te parece, amigo? —Inquirió, a lo que enseguida el aludido estuvo conforme.

Así fue como, por más que protestó —para mantener las apariencias, claro— acabó teniendo que ceder a que Carlos fuera su guardaespaldas.

A Chiara le tocó Mauro, cosa que no tenía muy feliz a la chica.

Bruno se ofreció para cuidar a Stella, pero su padre lo desestimó ya que no se fiaba de él. Conocía su reputación de mujeriego y no quería incomodar a las invitadas.

Sandro y Maurizio tomaron la tarea.

Ellos se ocuparían de sus mujeres, naturalmente. Como Thiago de Catarina.

—Mañana decidiremos qué hacer con vuestro viaje —zanjó Emilio—. Ahora subamos, creo que ya se ha calmado todo y nos vendrá bien tomar algo para pasar el susto.

Así lo hicieron.

La adrenalina todavía bombeaba por las venas de Alessandra, manteniéndola en tensión.

Necesitaba despejarse y desconectar un poco, así que aprovechó que los hombres se habían retirado a fumar y beber mientras jugaban al billar y hablaban de negocios y las mujeres estaban en medio de una charla distendida en la que los novios y todos los planes que tenían para ellos eran el centro de la conversación y subió a darse un baño.

El agua hirviente resbalaba por su cuerpo, liberándola y relajando todos sus músculos después de la tensión acumulada durante aquel día interminable.

No pudo evitar sonreír al rememorar ciertos sucesos...

Ella y Carlos matando juntos, cuidándose las espaldas mutuamente.

Luego peleando y desafiándose como si no hubiera un mañana, demasiado excitados por el juego que se traían entre manos.

Lo dejó duro por ella y eso la satisfizo de maneras inimaginables.

Cerró los ojos y, recostada contra la pared de la ducha, separó las piernas e introdujo dos dedos en su centro, liberando oleadas de placer que ascendieron por todo su cuerpo.

Y cuando Emilio propuso que fuera su guardaespaldas personal...eso la enloqueció.

Un gemido se escapó de su garganta al recordar las palabras crudas que le dirigió en las catacumbas. Esperaba que fuera de los que cumplían sus promesas, porque su mente ya había empezado a divagar.

Y entonces lo oyó.

Unos pasos sigilosos adentrándose en el baño.

Los vio reflejados a través de la cortina.

¿Acaso...?

No sabía si estaba en lo cierto, pero decidió esperar.

Poco después sus sospechas se confirmaron cuando la cortina fue apartada a un lado con brusquedad y apareció en su campo de visión.

No se molestó en disimular lo que estaba haciendo, sino que sonrió; orgullosa.

Sus ojos bajaron lentamente por su anatomía hasta llegar a su centro y sus ojos brillaron con deseo.

—Si te descubrieran te cortarían en pedacitos, ¿lo sabías? —
Inquirió, juguetona.

Por toda respuesta él se encogió de hombros y se quitó los pantalones, quedándose únicamente en bóxers.

Quiso dejar en claro cuánto lo había excitado la visión de su cuerpo desnudo.

—Lo sé —dijo solamente.

Alessandra se mordió el labio, apenas conteniendo la ola de calor que la atravesó entera al oír aquello.

Estaba loco...y le encantaba que así fuera.

—Entonces deja de hablar y ven aquí, tenemos algo pendiente —ordenó, sin ceremonias. Lo ayudó a deshacerse de la última prenda y lo introdujo en la ducha.

El agua permaneció encendida.

Trataron de ser lo más silenciosos posible.

—Pensé que no repetía el plato —soltó, con diversión. Le encantaba hacerla rabiar.

Le tapó la boca mientras sus dedos bombeaban en su interior, dándole placer.

Ella arañó su espalda y arqueó el cuello hacia atrás, extasiada.

—Toda regla tiene su excepción. Y ya que estamos en estas intimidades...podrías tutearme. El usted me hace sentir vieja — dijo ella, algo molesta por tener que reconocer lo primero.

—Como ordene la patrona.

Y estaba segura de que el muy maldito sabía cuánto la enloquecían esas palabras.

Mordió su hombro cuando empezó a entrar y salir de ella con acometidas rítmicas y deliciosas y sus uñas siguieron trazando surcos en su piel, cosa que él parecía disfrutar.

Sus manos aferraron, por su parte, un puñado de su cabello y tiró hasta hacerle alzar la cabeza para mirarlo mientras la embestía con más y más rudeza, hasta llevarla a la locura.

—Voy a divertirme mucho con nuestro juego, Alessandra — murmuró, rozando la zona sensible de su oreja con los labios, estremeciéndola.

Ella estaba a punto de replicar que no sería el único cuando, de súbito, unos golpes resonaron tras la puerta.

Se tensaron de inmediato, compartiendo una mirada de circunstancias.

Estaba muy claro lo que sucedería si los descubrían.

E

n la alcoba de los recién casados, Thiago deambulaba por toda la estancia como un león enjaulado.

Todavía no era capaz de digerir lo que había pasado, cómo el que debía de haber sido el día más feliz de su vida se había echado a perder de ese modo. Y sobre todo, lo que no entendía era por qué había sucedido aquello, quién estaba detrás del ataque y a qué se debía el maldito laconismo de su padre.

Estaba seguro de que él sabía algo que no quería decirle y eso lo frustraba todavía más.

—¿Qué ocurre, Thiago? ¿Sigues nervioso por lo sucedido? —Le preguntó su esposa, preocupada.

Su esposa. Qué bien sentaba poder decirlo al fin. Había esperado tanto por aquel momento...que le enfurecía la manera en que se había visto empañado. Deberían estar preparándolo todo para la luna de miel en aquel momento y ni siquiera sabía si iban a tenerla.

Su padre le había pedido que esperara a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos y eso lo tenía subiéndose por las paredes.

Pero intentó contener su mal genio y se sentó en la cama junto a su mujer, quien le ayudó a deshacer el nudo de su corbata con sus dedos gráciles.

—Estoy furioso por lo que ha pasado, sí, pero sobre todo por no saber a qué nos enfrentamos —confesó, con sinceridad. No quería ocultarle nada. Tenía derecho a saber lo que pasaba tanto como él.

—¿Crees que él sabe quién está detrás del atentado? —Inquirió, con las pupilas dilatadas por el miedo y la curiosidad.

Se acomodó a su lado, despojándose de la ropa con movimientos lentos y calculados que la hicieron tragar saliva, ruborizada.

Ella se había cambiado y llevaba tan solo un ligero camisón blanco cuya tela era tan fina que dejaba entrever el pico de sus pechos respingones.

—Cuando le pregunté por el contenido de la nota, se puso nervioso y respondió con evasivas —le contó, frunciendo el ceño—. Conoces a mi padre, tiene nervios de acero y es jodidamente difícil de intimidar. Pero tranquila, sea lo que sea lo averiguaré. Erradicaremos esta amenaza si persiste y pronto estaremos poniendo rumbo a Hawái —le prometió, acariciando sus mejillas con reverencia.

—Eso suena genial —aseguró, entusiasmada, besando sus dedos con un mohín pícaro y soñador al pensar en la belleza de aquella estampa—. Imagínatelo; tú, yo y playas kilométricas de arena y aguas cristalinas donde desconectar de todo y hacer el amor...— canturreó, robándole un beso.

Eso hizo que él dejara de lado su enfado y la aferrara por las caderas, situándose sobre ella y poniendo ambas manos en torno a su cabeza, mientras su boca descendía hasta sus labios y los unía, en un beso tierno que enseguida profundizó hasta tornarse visceral.

—Ese día llegará pronto, pero entretanto...la verdadera luna de miel comenzará en esta cama, donde te haré mía en cuerpo y alma. Para siempre, mi esposa.

Impaciente, le arrancó el camisón para deleitarse con la gloriosa visión de su cuerpo en lencería de encaje a juego. El blanco de la pureza.

Solo con verlo se estremecía de gozo. Esa mujer era todo cuanto había soñado y más.

—¿Tu familia sabe que tú y yo...que hemos consumado antes del matrimonio? —Se atrevió a preguntar, cohibida, mientras él le quitaba las prendas con ansia.

Thiago las echó en el montón de ropa a los pies de la cama y acarició su boca con el pulgar, para trazar un camino descendente hasta el balcón de sus pechos, donde enterró la cabeza.

—Tus tetas son mi perdición, ¿lo sabías? —Gruñó, depositando más besos por toda su anatomía antes de responder—. Tranquila, mi familia no tiene la tradición de las sábanas sangrientas y tampoco tienen por qué saber que no eras virgen antes de estar conmigo. Todo eso ya no importa porque es pasado, eres *mía*.

Ella dejó escapar el aire contenido, visiblemente aliviada.

Su cuerpo tembló en anticipación cuando él introdujo su lengua entre la de ella en un beso posesivo, mientras su mano rebuscaba con habilidad en el cajón hasta dar con lo que le interesaba: preservativos.

Todavía era pronto para buscar hijos, primero disfrutarían de su matrimonio.

—Te quiero, Thiago —le susurró al oído, aferrando las sábanas en su puño en cuanto él se hubo introducido en su interior con toda la fuerza ardiente de su deseo.

—*Io ti amo*, Catarina Costa di Santorini —repuso, en un tono tan ronco y sensual que la envió al borde.

El colchón crujió por la fuerza de las embestidas y el bamboleo de sus cuerpos entregándose sin medida. Aquella era su noche y nada iba a arruinarla.

—Eres el único ángel capaz de conquistar el corazón de este pecador, esposa mía —le aseguró, sin dejar de mirarla a los ojos en ningún momento mientras se deslizaba dentro y fuera de ella, amándola y adorándola como a una reina.

Su reina.

Catarina sonrió, en éxtasis.

—Hasta que la muerte nos separe —musitaron al unísono.

Esos eran sus votos sagrados. Y no pensaban romperlos por nada del mundo.

O eso creían.

9

Al ver que Alessandra no respondía, los golpes en la puerta se hicieron más insistentes, provocando que ella tuviera que morderse la lengua para no maldecir en voz alta.

Su cerebro trabajaba a toda velocidad, sopesando una excusa creíble que dar.

Carlos, por el contrario, ni se inmutó. De hecho, a juzgar por la mueca que adornaba su rostro, parecía incluso divertido con la situación.

Alessandra no daba crédito.

¿Es que no le daba siquiera un poco de miedo que los descubrieran en esa posición tan...comprometida?

Si era así –más sabiendo que lo torturarían y matarían de la manera más dolorosa posible– es que era un suicida, o el tío con las pelotas más grandes de toda Italia.

Le tapó la boca para que no se oyera ni su respiración del otro lado de la puerta y respondió, lo más calmadamente posible.

—¿Quién es? —Inquirió, con tono aparentemente casual.

La respuesta no se hizo esperar, aliviándola.

—Soy yo hija, he venido a ver cómo estás. Llevas mucho rato bañándote y he oído voces... ¿hay alguien contigo?

Era su madre y, a juzgar por la inflexión dubitativa en su voz, sospechaba que estaba haciendo alguna de las suyas.

Por fortuna, Alessandra dio con una excusa creíble casi al instante.

A ella era fácil mentirle; a su padre, no.

Fulminó con la mirada a Carlos para que se estuviera callado por si acaso y dijo:

—Estoy bien mamá. No, ¿quién iba a haber conmigo? Solo hablaba con mis amigos por *Skype*, ha sido un día agotador y necesitaba desahogarme con alguien...

Tuvo que callar cuando los dedos de Carlos empezaron a introducirse lentamente en su interior, sin pudor alguno.

—Ahora salgo, mamá.

Fue a añadir que se iría directamente a la cama para no tener que bajar después ahí y perder el tiempo con preguntas cuando, de repente, él se puso de rodillas y la atrajo rudamente hacia sí tomándola de las caderas. Estaba claro cuál era su objetivo y un escalofrío de excitación la recorrió.

Con una maliciosa sonrisa de medio lado, separó sus piernas. Y se puso manos a la obra.

Mierda.

Dejó de pensar con cordura tan pronto como sus labios empezaron a besar, chupar y succionar la zona más sensible de su cuerpo.

Su interior se llenó de tantas sensaciones que pensó que explotaría, mientras un calor abrasador ascendía desde las puntas de sus pies hasta su vientre.

—Vale, no tardes demasiado.

—De acuerdo — atinó a decir.

Hilar dos palabras seguidas nunca le había parecido tan complicado.

Pero por fin los pasos de su madre empezaron a alejarse de la puerta, sin añadir nada más.

Solo cuando ya no se oyó el menor sonido en el vestíbulo, Alessandra respiró tranquila.

Había estado cerca.

Debían tener más cuidado si no querían que los sorprendieran con las manos en la masa.

—Por qué poco —susurró Alessandra, mordiéndose el labio inferior con el fin de mitigar un poco el fuego que crepitaba en su interior. Si Carlos seguía así mucho tiempo no iba a poder aguantar más los gemidos que pugnaban por ser liberados como manifestación de su placer.

Y justo cuando alcanzaba el borde del precipicio, se detuvo.

No supo si alegrarse o molestarse.

—¿Qué diría tu madre si supiera lo traviesa que eres cuando nadie te ve? —Musitó, jugueteando con el lóbulo de su oreja mientras la cercanía de su aliento sobre su piel la hacía apretar las piernas para contener su deseo, cada vez más creciente.

—Se lo contaría todo a mi padre y estaríamos en un buen lío —reconoció. Luego añadió—: ¿Eso te excita?

—No sabes cuánto.

Su sinceridad la dejó descolocada y fue a preguntarle por qué. Sin embargo, él se le adelantó.

—Hay una sola cosa que me excita más que el dolor y es el peligro. Recuérdalo —gruñó, antes de morderle el labio. La pilló desprevenida y soltó un pequeño gemido de dolor que a él le iluminó las pupilas con lujuria.

Le dio una bofetada en respuesta.

Esperó que se enfureciera. Ya estaba lista para pelear, de hecho. No obstante, jamás habría imaginado que su longitud se endurecería todavía más al recibir el violento impacto.

Aprovechando su desconcierto momentáneo, la acorraló contra la pared e introdujo su lengua en la de ella con un ímpetu y una posesividad que la

enloqueció de maneras inimaginables.

Todo su interior reclamaba a gritos que lo hiciera de una vez. Pero él, a sabiendas de su expectación, se recreaba.

Los dos querían aquello. Allí. Ahora. A pesar de las circunstancias.

Y les bastó una mirada para tener la certeza de que sucedería.

Con agilidad, le enganchó las piernas alrededor de la cintura y se aferró a su cuello. Sin interrumpir el beso en ningún momento.

—¿Te estás cuidando? —le preguntó. Lo que la sorprendió bastante.

Las veces anteriores habían usado condón, pero ahora...

Tomaría la pastilla del día después. Alessandra era muy responsable con eso.

—Sí, mañana lo soluciono —le aseguró. A lo que él asintió, visiblemente aliviado.

—Así que eres un hombre responsable, ¿eh? —No pudo evitar comentarlo, deslizando las manos desde su pecho hacia abajo, hasta posarlas ahí.

Se estremeció casi imperceptiblemente.

—Eso está bien. No queremos mini Carlos correteando por ahí — bromeó, palpando la zona con descaro.

Él se apretó más contra ella, con la respiración ligeramente irregular.

—No. Odio a la gente que trae hijos al mundo por culpa de una irresponsabilidad. Los niños no son juguetes rotos de usar y tirar, solo deben tenerse si son deseados —soltó, con una rabia que la sorprendió casi tanto como que manifestara alguna emoción que no fuera deseo.

—Vaya...al fin.

La miró sin comprender y —al menos eso le pareció a ella, porque en cuestión de segundos desapareció— algo de vergüenza por su repentina locuacidad.

—Al fin expresas tus sentimientos. Empezaba a pensar que no eras humano —le aclaró, haciendo gala de su sinceridad.

Con una mano sobre su cintura y otra en la pared para hacer de asidero, se acomodó en su interior. Sin ceremonias.

Se le escapó un gemido por lo inesperado y brusco del movimiento, pero sonrió encantada.

—No lo soy. Respiro, hablo y sangro, pero no te dejes engañar... no tengo corazón. —Lo dijo de manera desapasionada, como una certeza innegable. Quizá fue eso lo que más la intrigó. Sobre todo el por qué—. Ahora deja de hablar y ven aquí — gruñó, impaciente.

Alessandra no puso objeciones. Anhelaba demasiado sentirlo en su interior nuevamente.

Sin embargo, no olvidaría aquella conversación.

A medida que las acometidas se hacían más y más feroces y las uñas de Alessandra marcaban su espalda con más y más intensidad, más podía comprender las palabras de Carlos.

Había algo realmente excitante en tentar a la suerte de ese modo, en hacer algo prohibido a sabiendas de que cualquiera en cualquier momento podía sorprenderlos.

Era extraño, porque el precio a pagar sería tremendamente alto y eso la inquietaba, pero valía la pena con tal de experimentar aquella adrenalina y ese fuego que sentía cada vez que estaban juntos.

Y tuvo que preguntarlo.

—Carlos, ¿cuál soy para ti?

Sin dejar de embestirla, él le devolvió una mirada ceñuda.

Esperaba a que se explicara y ella así lo hizo, sin perder la sonrisa.

—¿Soy dolor o soy peligro?

—Ambas. Y no tienes ni idea de lo arriesgado que es eso para ti —replicó, enigmático, antes de lanzarse a devorar su boca como si no hubiera un mañana, moviendo las caderas rítmicamente al compás.

Ella le siguió el ritmo, frenética y anhelante de más piel con piel, de más contacto.

No supo a ciencia cierta cuánto tiempo permanecieron así, pero le supo a poco. Y cuando sus cuerpos se separaron, a pesar del cansancio extremo que la dominaba, todavía se sorprendió a sí misma queriendo más.

—Voy a salir en cuanto compruebe que todo está despejado —dijo, secándose con la toalla y vistiéndose con rapidez mientras ella admiraba su cuerpo perfectamente moldeado.

Las cicatrices resaltaban más que nunca bajo el potente haz de luz. Algunas eran más rojizas, otras más profundas...pero todas parecían tener algo en común: debió haber soportado un dolor atroz cuando se las hicieron.

De repente quiso acariciarlas, pero se contuvo porque entendía que para él podía ser incómodo.

Ninguna de las tres veces había parecido muy contento cuando las rozaba.

—Espera al menos quince minutos. ¿De acuerdo? No quiero arriesgarme.

Asintió.

Y así, sin más, se fue.

Alessandra esperó el tiempo acordado, con un palpito naciéndole desde dentro: no sabía por qué estaba tan segura, pero algo le decía que ninguno de los dos podría olvidar fácilmente lo sucedido allí.

No, al menos sin querer hacer algo todavía más peligroso; repetir.

Alessandra durmió como un bebé toda la noche.

Tanto así que cuando la nana Ofelia acudió a primera hora a despertarla para que bajara a desayunar, le costó una barbaridad salir de la cama.

—¿Te encuentras bien, hija? — le preguntó la buena mujer, pensando —ilusa de ella— que seguía descompuesta por el susto de ayer.

—Sí, nana. Necesitaba dormir para reponer fuerzas — mintió, cándida.

Bajaron hasta el comedor sosteniendo una charla amena y trivial.

Para su sorpresa, salvo por la notoria ausencia de Bruno, se encontró con que era la última en llegar.

Una gran mesa estaba dispuesta en el centro de la estancia, repleta del que seguramente era el desayuno más variado y abundante que la joven había visto en mucho tiempo.

Parecía que Emilio le había ordenado al servicio que se esmerara para complacer a los invitados.

Y hablando del rey de Roma, estaba sentado a la cabecera de la mesa charlando animadamente con su padre.

—Buenos días —saludó, tomando asiento junto a su hermano, que devoraba unos huevos revueltos con jamón.

Todos dejaron de comer para corresponder a su saludo.

Catarina seguía un poco conmovida por lo sucedido, según le estaba comentando a Donna, quien se había interesado por su estado.

—Disculpa que te lo pregunte Emilio pero, este atentado que sufrimos ayer... ¿se trata de algo aislado o debemos preocuparnos por una amenaza más persistente? —Quiso saber Isabella, visiblemente inquieta.

Su hija, Stella, parecía compartir su misma preocupación.

Algo natural teniendo en cuenta que no estaban acostumbradas a aquello.

El aludido se lo pensó unos segundos antes de contestar, tras compartir una mirada de circunstancias con Baldassare.

—Verás Isabella, querida, para serte franco, con nuestro *status*... nunca se sabe cien por cien. Pero yo diría, y casi me atrevo a asegurarlo, que la amenaza está erradicada — fue su respuesta.

La mujer parecía aliviada.

—¿Qué pasará con la luna de miel, padre? —Inquirió entonces Thiago, que parecía molesto porque sus planes se hubieran visto en

suspense.

Su esposa le cogió la mano para calmarlo.

—Esperaremos hasta que me cerciore de que es seguro que viajéis —levantó una mano para acallar las réplicas encendidas de su hijo—. Hasta esta tarde, al menos. ¡¿Qué cojones quieres que haga si no puedo garantizar vuestra integridad hasta entonces?! — bramó, dando un golpe sobre la mesa que sobresaltó a Benedetta, que servía otra bandeja de pan en aquel momento.

—Retírate Benedetta — le ordenó Donna, con mala cara.

La chica asintió y obedeció, marchándose con la cabeza gacha.

—Está bien, podemos esperar. ¿Verdad, cariño? — Intervino Catarina, para calmar las aguas.

—Sí —masculló entre dientes él, furioso.

En aquel instante Bruno hizo aparición en el comedor.

Venía silbando por lo bajo, despreocupado y con aspecto de haber dormido a pierna suelta.

Ignoró —o al menos disimuló muy bien que lo hacía— la mirada fulminante que le dirigieron sus padres y su hermano y se sentó a la mesa justo al lado de un Thiago que parecía estar conteniéndose para no darle un puñetazo.

—Vaya, parece que llego en mal momento. Qué novedad, ¿no?

Su sátira solo le estaba echando más leña al fuego, así que Alessandra le dio una patada por debajo de la mesa para que se callara.

—Tienes un don para eso, hermanito —espetó el mediano de los Santorini, con los labios fruncidos.

—Bueno, no nos alteremos —medió Marcello, en su habitual papel de conciliador—. Si todo va bien, por la tarde podréis marcharos. No nos pongamos en lo peor todavía.

—Marcello tiene razón — lo apoyó Chiara, sorprendiendo a los presentes ligeramente.

Ella muy pocas veces opinaba de aquellos temas. Solía ser tímida y callada.

Marcello le dedicó una sonrisa de apreciación.

Quien sí que parecía bastante huraño era Mauro.

Seguramente se estaba arrepintiendo de haber empezado a trabajar para ellos con lo que había sucedido.

Echaría de menos su casa...

—¡Señor Emilio, señor Baldassare! —Gritaron de pronto.

Lo que hizo saltar la alarma entre los presentes.

Sandro llegaba corriendo con un sobre entre las manos, seguido de un Carlos que parecía a punto de apuñalar a alguien.

Tenía todos los músculos tensos y los puños apretados en un esfuerzo por contener su ira.

Emilio se levantó de la mesa, impetuoso. Su socio no tardó en imitarlo, temiéndose lo peor.

—¿Qué diablos pasa? —Demandó.

—Nos han llamado ahora mismo, acaban de dar la voz de alarma. —El pobre hombre jadeaba a causa del esfuerzo—. El jet privado en el que iban a viajar el señor Thiago y la señorita Catarina esta mañana...ha volado por los aires. Una bomba, señor. Creemos que estaba todo programado —informó, temeroso.

Los gritos y las maldiciones no tardaron en estallar en la sala. Thiago estrelló su copa contra la pared en un arrebato y Bruno tuvo que contenerlo.

Alessandra, de las pocas que permanecía sentada, intercambió una mirada con Carlos que, aunque inmóvil en su puesto, temblaba de pura furia.

Estaba claro lo que ello implicaba.

Realmente, que hubieran decidido posponer el viaje era lo que les había salvado la vida.

Porque quienquiera que hubiera planeado aquello contaba con eliminarlos a los dos.

—¿Qué es eso que tienes en las manos? —Exigió saber al cabo el propio Thiago, ya más tranquilo, mientras su padre y Baldassare llamaban a todos sus hombres de seguridad.

Sandro tragó saliva, preocupado por convertirse en el blanco de su ira.

Tal indecisión acabó por sacar de sus casillas a Carlos que, todo brusquedad, se lo arrancó de las manos para tendérselo él mismo a Thiago.

—Hemos recibido este sobre poco después de enterarnos de lo sucedido. Su sello es el mismo que el del que recibimos ayer, así que esto ya no es casualidad. Alguien tiene algo personal contra esta familia —aclaró.

Thiago lo abrió.

Todo el mundo se agolpó a su alrededor para poder ver lo que contenía el dichoso sobre.

Hasta que él se hartó de tal agobio y decidió leerlo en voz alta, con el tono temblándole ligeramente a causa de la cólera mal contenida.

Aquello era un ataque directo contra él y su familia. Y no pensaba dejarlo estar.

A partir de aquel instante en las calles de Venecia iba a correr la sangre hasta que no se capturara al responsable de aquel condenado mensaje.

10

La tensión que se instaló de súbito en la habitación tan pronto como Thiago terminó de leer la macabra carta fue tal que ni siquiera el hecho de que cayera un rayo en aquel momento podría superarlo.

—¿Qué demonios significa esta broma de mal gusto, papá? —exigió saber el mediano, visiblemente alterado.

El *Capo* empalideció ligeramente, algo insólito para todos los presentes.

Si algo caracterizaba a Emilio Santorini, era que siempre se mantenía firme e inquebrantable ante las adversidades. No en vano llegar hasta donde estaba le había costado sudor, sangre y sacrificios.

Entonces, ¿qué podía ser tan malo como para ponerle en ese estado?

Baldassare también estaba nervioso, los dos compartían miradas cómplices.

Thiago comenzaba a perder la paciencia. No le hacía ninguna gracia tener que posponer su luna de miel, pero mucho menos que no le contaran qué estaba pasando.

—Ojalá lo fuera, hijo. Pero me temo que no tenemos otra elección —confesó, al cabo de un rato—. Lo cierto es que desestimé la amenaza, pero creo que tenemos un enemigo del que preocuparnos. Alguien que todavía no sé quién es ni qué tiene contra esta familia, pero no te quepa duda de que conseguiré su cabeza y te la entregaré en bandeja de plata para que tú y tu preciosa esposa podáis disfrutar de ese viaje. Será pronto —declaró, con las mejillas encarnadas y el tono atronador.

La *vendetta* estaba en marcha.

—Genial, así que nos enfrentamos a un enemigo invisible que tiene algo personal contra ti. Como la lista no es larga... — Ironizó Bruno, con sátira.

Thiago se levantó de la mesa, impetuoso.

—¿Te tomas esto a guasa cuando han estado a punto de liquidarnos a mi mujer y a mí?! —Bramó, iracundo, haciendo ademán de avanzar hacia él.

Pero Emilio se interpuso entre ambos, justo cuando Bruno también se ponía en pie, listo para iniciar una pelea.

—Oh, no seas melodramático. No eres el centro del mundo, ¿sabes? Hay gente que ha muerto hoy.

Catarina parecía consternada y Donna fue a intervenir para calmar a sus hijos, pero su esposo se le adelantó, acallando la réplica encendida de Thiago.

—¡Basta ya, por todos los demonios, silencio! —Rugió, provocando que todo el mundo enmudeciera.

Acto seguido, respiró hondo y tras beber un poco de *Coñac*, se aclaró la garganta y siguió hablando:

—Lo más conveniente sería que permaneciéramos todos juntos. Podéis quedaros aquí hasta que todo esto pase, si estás de acuerdo, Baldassare — le propuso a su socio, que tenía la mirada perdida. Pero volvió en sí y asintió, la sombra oscura que cruzaba por sus ojos desapareció a la velocidad de la luz.

—Por mi parte sería un placer. ¿Qué te parece, Constanza? —Le preguntó a su mujer, besando su pálida mejilla.

Parecía que la esposa de Grimaldi acababa de ver pasar a un espectro, porque estaba pálida y traspuesta desde que Thiago había leído la carta. Ni Marcello ni Alessandra lo pasaron por alto.

—Claro, me encantaría. Gracias por tu hospitalidad, Emilio.

El aludido le restó importancia con una sonrisa, aunque mucho más tensa y forzada que la que había lucido durante el matrimonio de su segundo hijo.

Algo ocultaban, los cuatro.

Carlos no tenía dudas al respecto.

—En ese caso, yo necesito ir a recoger mis cosas hoy mismo, papá —demandó Alessandra, haciendo gala de su personalidad resuelta.

El hombre puso mala cara.

—Pueden ocuparse los guardaespaldas, cariño. No quiero que corras riesgos.

A pesar de la firmeza de su tono, ella siguió insistiendo.

—Iré con Carlos, él cuidará de que no me pase nada, ¿no es así? —
Lo interpeló directamente.

Él respondió sin apenas dirigirle un vistazo, como se esperaba de su posición.

—Si su padre no dispone lo contrario, se hará como la señorita desee.

Alessandra sonrió a su padre, satisfecha.

Este pasó la mirada de un Emilio que parecía conforme hasta un reticente Marcello y un Carlos impasible.

Alessandra no pudo evitar darse cuenta de que parecía una estatua en comparación con el resto de los guardias, que se veían más...humanos.

¿Cómo había llegado a adquirir tal grado de autocontrol y despersonalización?

Comía cuando se lo ordenaban, hacía lo que le decían y hasta dormía cuando le daban permiso. Era triste...

—¿No sería mejor que yo la acompañara, padre? — Intervino Marcello, lo que hizo enarcar las cejas a su progenitor.

—¿Tú? No seas absurdo Marcello, tu hermana necesita ir con alguien preparado para protegerla y tú no estás cualificado para ese puesto.

Porque así has querido que sea — espetó, con el rencor filtrándose a través de sus palabras como el veneno.

Marcello apretó la mandíbula, intentando ocultar cuánto le habían dolido esas palabras.

Él sabía disparar, tuvo que aprender a defenderse desde pequeño. Que evitara hacerlo por principios era distinto. Pero que su padre sacara aquello a colación así era una humillación...

—Muy bien, como ordenes —espetó, levantándose de la mesa antes de que su hermana pudiera detenerlo.

—No hacía falta que le hablaras así —le espetó, sin poder contenerse.

Baldassare se envaró.

—Cuida la forma en que me hablas, hija.

Era una advertencia.

Pero Alessandra fue a replicar, furiosa.

No tuvo tiempo.

—Carlos, ve a preparar el coche. Asegúrate de que todo está bien. Que Sandro y Mauro vayan después con el remolque para *Diabla* — intervino Emilio, guiñándole un ojo a Alessandra, que se relajó al instante.

—¿Podré traer a mi *Diabla*? —Inquirió, emocionada como una niña, mientras el guardaespaldas se retiraba discretamente para hacer lo que le había encomendado su jefe.

Diabla era su yegua, una preciosa purasangre que había sido el regalo de su padre por su octavo cumpleaños. Llevaba montando desde entonces e incluso había participado como amazona en múltiples competiciones a nivel internacional, ganando infinidad de premios.

Sin embargo, a los dieciocho dejó las carreras. Le gustaba más montar al aire libre, salvaje e indómita.

A su padre no le hizo ninguna gracia, pero tuvo que resignarse. Alessandra era tan indomable como su yegua.

Besó a su padrino en la mejilla a modo de agradecimiento y después a su padre, que parecía enfurruñado.

Luego fue a cambiarse. Si iba a pasar por los establos debía llevar algo más apropiado.

Tras comprobar que el coche estaba en perfecto estado – siempre era conveniente revisar que no lo hubieran manipulado con malas intenciones– Carlos iba a la cabaña de servicio que le habían asignado a Mauro (según supo por Benedetta, su propio padre le pidió a Emilio que a su hijo se le tratara como a un empleado más para que se hiciera hombre) para advertirle que se preparara para salir.

Todavía no había tenido ocasión de hablar con él y ver de qué pasta estaba hecho, algo que le molestaba. Odiaba los imprevistos.

Todavía estaba cabreado por lo que había sucedido durante la boda. Que burlaran la seguridad así...

No pudo seguir dándole vueltas, porque una voz pronunciando su nombre en tono demandante lo detuvo en seco.

—¡Eh Carlos, espera! —Lo llamó Marcello Grimaldi. Y él sabía exactamente qué quería decirle.

Lo encaró, tratando de mantener el semblante neutral.

—Quiero hablar contigo.

Estaba que echaba chispas, su gesto y su postura hablaban por sí solos.

—Hable pues.

—¿Qué intenciones tienes con mi hermana?

Fue claro, directo al grano y sin anestesia.

Carlos tuvo que reprimir una sonrisa ante la seriedad de su gesto. Hermano sobreprotector, ¿eh?

—No sé de lo que habla —replicó, sin perder la calma.

Se dispuso a marcharse, pero su interlocutor lo sujetó por el brazo.

Su sangre se rebulló como la lava de un volcán, pero se obligó a respirar hondo para dominar su temperamento. No había pasado dos años a base de ejercicios de disciplina para mantener la mente fría y acabar perdiendo la compostura con un pobre diablo que renegaba de su propia identidad.

Bajó los ojos hasta el brazo que todavía le tenía sujeto y luego los clavó en su cara, muy serio. Eso bastó para que lo soltara y se aflojara la corbata con disimulo.

—No te hagas el tonto y respóndeme, vi lo que sucedió en la fiesta —le exigió.

«Tranquilo, maldita sea. Mantén la calma» se dijo a sí mismo.

—Lo que vio fue antes de saber quiénes éramos. Despreocúpese, mi relación con su hermana a partir de ahora será meramente profesional. ¿Ahora me deja que haga mi trabajo de una puta vez? —Espetó, con un brillo peligroso refulgiéndole en las pupilas de ébano.

Marcello se envaró.

—Cuida la manera en que te diriges a mí —advirtió—. Y voy a creer en lo que dices, pero si veo algo que no me gusta...

—¿Se lo dirá a su padre? ¿O al señor Emilio? —Lo provocó, entrando al trapo.

—No, yo mismo te mataré —susurró, tan cerca que sus frentes casi se chocaban.

Ese ramalazo de mafioso sorprendió ligeramente a Carlos. Por fin mostraba lo que había debajo de ese hombre civilizado...

Una sonrisa oscura tiró de sus comisuras hacia arriba.

—Mensaje captado —dijo, con chulería.

Si supiera que podría acabar con él con la facilidad de chasquear un simple dedo se lo pensaría dos veces antes de amenazarlo, pero debía contenerse.

Entendía que se preocupara por su hermana. Aunque ella era bastante capaz de decidir por sí misma acerca de quién quería que le metiera la polla.

Tuvo que morderse la lengua para no soltárselo en su cara.

—¿Alguna cosa más?

Marcello se esforzó por no bajarle la mirada. Esa intensidad que le quemaba hasta el tuétano daba miedo, tenía que reconocerlo. A pesar de su amenaza – fútil, obviamente – ese hombre lo intimidaba. Había algo en él que le daba escalofríos. Y no saber qué lo frustraba.

—¿Cómo te descubrió Emilio? —Quiso saber—. Normalmente no confía en nadie que no sea italiano para trabajar con él. Y en cambio tú...

—Yo soy un *espalda mojada* —terminó la frase por él, con rabia—. Pero nada de lo que tengo me ha sido regalado, señor, soy el mejor en mi trabajo. Por eso estoy aquí.

Sus palabras estaban cargadas de una rabia y un desafío a cuestionarlo que hicieron enmudecer a Marcello.

Luego, sin esperar a que le diera permiso, se retiró dejándolo con la palabra en la boca.

¿Quién demonios era ese hombre?

Cuando Carlos logró dar con Mauro estaba de un humor de perros. Entró dando golpes en la cabaña y le ordenó con malos humos que se vistiera.

El adolescente se frotó los ojos, adormecido.

—¿No querías trabajar para Emilio? ¡Pues espabila de una puta vez, que aquí cuando te dan una orden es para ya! —Bramó.

Todo lo que Mauro pudo pensar fue:

«Joder, pues menudo genio se gasta el tal Carlos. ¿Él es quien me va a enseñar todo sobre mi puesto? ».

Se levantó y se vistió en dos minutos, sin rechistar. Ni siquiera se atrevió a mirarlo hasta que no estuvo listo.

—Ya estoy listo. Soy Mauro, por cierto. Encantado, Carlos ¿no? — Le extendió la mano, luchando para no tartamudear.

Cómo acojonaba...

—Ya veremos si para el final del día sigues siendo Mauro — no supo cómo tomarse aquello y tragó saliva. Seguramente eso fue lo que hizo que se apiadara de él, porque le estrechó la mano. Y menudo apretón...—. Sí, y por suerte o por desgracia, tu sombra hasta que aprendas el puto oficio. Haces lo que yo diga o haces lo que yo diga, ¿soy claro? —Espetó, irguiéndose en toda su estatura.

Mauro asintió repetidas veces, hasta que Carlos le regaló una sonrisa burlona.

—Muévete. ¿Sabes conducir?

—Sí, mi padre me enseñó — contestó, con orgullo.

Carlos puso los ojos en blanco.

—Qué tierno. Es para hoy, vas con Sandro — replicó, seco.

Mauro se sintió idiota.

—Vale.

Fue a irse, pero se le olvidaba la pistola y antes de que diera dos pasos, un molesto Carlos ya le había cortado el paso y se la tendía.

—Regla número dos: nunca salgas sin tu arma —la cogió, un poco inseguro. Lo que le valió una mirada asesina por parte del gigante frente a él—. ¿Sabes disparar al menos?

—Ah...bueno, solo lo he hecho una vez —omitió que fue una pistola de balines, convencido de que sería capaz de matarlo si lo hacía—. ¿Y cuál es la regla número uno? — se atrevió a preguntar, sin poder evitar que le saliera la vena curiosa.

—No hagas preguntas, esa es la regla número uno. Grábatela en el coco —gruñó, arrastrándolo fuera—. Andando, es para hoy.

Lo siguió por el jardín.

Antes de que subiera al coche, inesperadamente, lo retuvo.

—Cuando le yegua esté lista esperáis aquí —señaló el *Range Rover* — hasta que os lo diga, si veis a alguien sospechoso por los alrededores disparad. Si dudas estás muerto, canijo. ¿Lo has captado?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Podía hacerlo.

Cuando lo dejó con Sandro —que era mucho más amable, a Dios gracias— todavía pudo oírlo rezongar por lo bajo:

—Hay que joderse, de niñera a estas alturas...

Eso hirió su orgullo y a partir de ese momento se propuso con todo su empeño ser tan fuerte e imponente como él.

A lo mejor así, con un poco de suerte, Chiara se fijaba en él.

Cuando llegaron, Alessandra tuvo que esperar en el coche con Mauro mientras Carlos y Sandro inspeccionaban el perímetro. La escolta personal

de su familia había acudido el día anterior como refuerzo tras el tiroteo a Villa Santorini, por lo que allí solo estaban los sirvientes.

Al cabo de un rato salieron, asegurando que todo estaba en orden y que podían pasar.

Casi saltó del vehículo y echó a correr hacia los establos, sin importarle nada más.

Entró a la carrera y a punto estuvo de arrollar a los peones, con un Carlos tras ella, maldiciéndola.

Se rio, divertida por hacerlo rabiar un poco.

Y justo antes de que cruzara las puertas correderas él la atrapó desde atrás por las caderas, sujetándola para que no pudiera escaparse y con su aliento haciéndole cosquillas al oído y provocando ondas expansivas de calor en su vientre.

—No tan rápido, muñeca —susurró, estremeciéndola entera—. Tenemos que comprobar...

—Shh... —Se dio la vuelta y lo acalló, pegada a él—. Todo está en orden, si alguien anduviera por aquí los hombres de mi padre habrían dado la voz de alarma. Así que voy a montar.

Y así lo hizo.

Él no puso objeciones. Se limitó a verla saludar a su preciada yegua como si de un miembro más de su familia se tratara. Cruzado de brazos

mientras se apoyaba en la valla, la vio cepillarla y ensillarla —negándose en todo momento a recibir ayuda— para terminar por montar sobre ella con suavidad y salir al galope a dar un paseo por la vasta extensión de terreno de la finca.

No le importó que Sandro y Mauro la vigilaran desde su coche, apostados en el camino que colindaba con la propiedad límite. Se dejó llevar, sintiéndose en casa.

Al cabo de una hora de libertad, sintiendo el viento en su cara y disfrutando de la soledad placentera tras todo el estrés vivido, Alessandra decidió que ya era suficiente y regresó.

Carlos no se había movido de allí y cuando lo vio comérsela con los ojos mientras descendía y besaba la crin de su pequeña, sonrió con picardía.

Le encantaba saber que todo su tiempo consistía en estar pendiente de todas y cada una de sus necesidades.

—Que la preparen, nos la llevamos —ordenó, antes de salir pisando fuerte con sus botas de montar para darse una ducha.

Le encantaba salir a cabalgar, pero siempre acababa perdida y tenía que asearse.

Por más tentador que fuera pedirle a su guardaespaldas que le enjabonara la espalda, tenía que contenerse. Los sirvientes rondaban por la mansión y si los veían estaban perdidos.

—Te esperaré en el vestíbulo —le dijo Carlos, cuando subía por las escaleras hacia su cuarto.

Ella asintió y le guiñó un ojo.

—Suerte resistiendo la tentación de mirar detrás de la puerta, soldado. Solo por si acaso, no me importaría que lo hicieras — bromeó.

Él puso los ojos en blanco, pero su cuerpo reaccionó con vida propia ante el matiz sensual de esas palabras.

—No tardes, no podré contenerme si lo haces — fue todo lo que dijo.

Con eso bastaba.

Alessandra se metió en el baño con una sonrisa de oreja a oreja.

Montar siempre la ponía de buen humor y empezó a canturrear por lo bajo. Acababa de prepararse un vestido muy provocativo con el que pensaba enloquecer a Carlos cuando saliera.

Ya libre de toda prenda, abrió las cortinas, pensando en lo estimulante que sería que aquel volcán hecho hombre se saltara todas las reglas por ella y la tomara allí mismo, en el baño, al alcance de la vista de cualquiera que pasase por allí.

Entonces le pareció sentir unos pasos furtivos tras ella.

Y todo sucedió en una fracción de segundo.

Tan solo un instante atrás acababa de desnudarse y se disponía a meterse a la ducha y solo una milésima después, sin que ella pudiera procesar lo que estaba pasando, un brazo veloz y mortífero se enroscó en torno a su cuello mientras con la otra mano le tapaba la boca para impedirle gritar y la sacaba a rastras fuera, valiéndose del factor sorpresa y de su posición para bloquear su resistencia, que no era poca.

Alessandra estaba bien entrenada.

Pero aquel ataque fortuito la había tomado realmente desprevenida y sentía cómo la asfixiaban. Por más que contorsionaba las caderas y atacaba con los codazos y patadas para intentar soltarse, el tipo era mucho más grande y fuerte y no cedía.

El muy cabrón llevaba guantes y la tenía inmovilizada contra el suelo para que no pudiera morderlo, así que no podía llamar a Carlos por ayuda.

—¡Quieta, perra! —Le ordenó, con desprecio, al ver que le costaba sujetarla mucho más de lo que esperaba. Pero apretó y apretó hasta doblarla.

Entonces, cuando ya sentía que su cuerpo estaba al límite de sus fuerzas, una idea fugaz pasó por su cabeza y siguió su instinto.

Se las arregló para guiar sus manos a ciegas, hasta que encontró los ojos. Y clavó las uñas con saña, dispuesta a sacárselos. La sangre brotó de sus cuencas, aunque lamentablemente consiguió tumbarla de espaldas con un empujón.

Pero aulló de dolor, provocando que la adrenalina se adueñara hasta de la última de sus células y, en cuanto se vio libre, le propinó una soberbia

patada en la entrepierna que lo tumbó de rodillas. Después un puñetazo, y otro y otro, mientras gritaba para liberar la adrenalina.

Jadeando furibunda, fue a darle una patada en la cara, pero haciendo gala de grandes reflejos, agarró su pie y la arrastró hasta el suelo con él.

Se puso sobre ella aplastándola con su peso para calmar su feroz resistencia y le tiró del pelo con fuerza, haciéndola gemir de dolor. Quiso darle cabezazos, arrancarle la piel de la cara con las uñas e incluso morderle, pero se anticipaba a todos sus movimientos y siempre la aplacaba. Estaba claro que no quería matarla, sino probablemente secuestrarla.

Ni muerta iba a dejarse ir sin darle la pelea de su vida.

A pesar de estar totalmente inmovilizada se las arregló para hincarle los dientes en el brazo con toda su ira. Luego quiso atacar su cuello, pero la golpeó con brutalidad contra las baldosas del suelo.

A pesar de estar noqueada, fue a gritar para advertir a alguien, quien fuera. Pero no hizo falta.

Carlos entró en la estancia como un huracán resuelto a arrasarlo con todo y en cuanto la vio allí tirada en el suelo; desnuda, expuesta y ensangrentada, sus ojos se volvieron dos brasas incandescentes.

Fue un abrir y cerrar de ojos.

Un segundo antes el tipo se arrastraba para alcanzar su arma y al siguiente él ya lo había levantado del suelo —con una fuerza impresionante—

y lo tenía contra la pared, con una pistola apuntándole directamente a la cabeza.

A un palmo de su cara, le enseñaba los dientes como un perro rabioso.

—Acabas de firmar tu sentencia de muerte. ¿Quién te ha dicho que podías tocarle un solo pelo de la cabeza a *mi* mujer? — inquirió, en un tono que a cualquiera le habría dado escalofríos, pero que a Alessandra excitó sobremanera.

—¡Contesta, pedazo de mierda! ¿Os han enviado a ti y a tus amiguitos a por la heredera del clan Grimaldi?

Al ver que no hablaba le dio un salvaje puñetazo en el estómago que le quitó el aire de los pulmones. Empezó a boquear y lo cogió de la cara con violencia, para estrellársela contra la pared. Ensangrentado y al borde de la inconsciencia, lo arrastró hasta una silla y lo esposó en un segundo.

Alessandra enarcó las cejas. No sabía que iba tan preparado y por un momento no pudo evitar fantasear con ser ella quien tuviera esas esposas rodeándole las muñecas y a él sobre ella en una cama, para que le hiciera lo que quisiera.

Luego, para espabilarlo, le dio dos puñetazos que le hicieron saltar varias muelas y se plantó frente a él, con todo el cuerpo en una tensión apenas controlada.

—¿Cuántos iban con él? —Le preguntó ella, curiosa.

Quería saber cuántos hombres había estimado quien estaba detrás de todo que podrían con ellos.

—Había cinco más con él, me los he cargado a todos — contestó, con toda tranquilidad, como si estuviera hablando de hacer la colada un viernes noche.

Una sonrisa oscura se dibujó en los labios pintados de rojo fuego de Alessandra.

—Bien, entonces este que se venga con nosotros. En el sótano podrás trabajar más a gusto —susurró, posando su mano sobre su ya más que abultada protuberancia.

—Alguien los ha avisado — sus palabras rezumaban ira, la traición era la única lógica. Y Alessandra sintió que una bomba se gestaba en su interior.

Dejaría que les hiciera pagar. Veía en sus ojos y en su postura cuánto lo anhelaba. Era tan sádico que la enloquecía

—¡No me sacaréis nada! —Escupió el tipo, con un marcado desprecio—. Tenéis las horas contadas, escoria —bramó, escupiendo saliva—. Él acabará con toda vuestra estirpe —le gritó a Alessandra, que empezó a inquietarse. Sonaba como un verdadero fanático.

¿Quién le había metido esas locuras en la cabeza? ¿Y por qué?

Sobre todo, lo que más la inquietaba, ¿quién era él?

¿El hombre que había firmado aquella carta como *El asesino del carnaval*?

¿O se trataba de algo más?

—¡Cuando acabe con ese bonito rostro de puta barata parecerás un...!

No pudo decir más, porque Carlos le dio una patada a la silla, con tanta fuerza que cayó de bruces al suelo. Antes de que pudiera parpadear, la bota de su guardaespaldas ya estaba sobre su cuello.

Alessandra vio el esfuerzo que hacía para contener los impulsos que lo llevaban a apretar hasta aplastarle la tráquea. Las venas de su cuello y brazos estaban a punto de reventar por la tensión y tenía las mejillas escarlata. Sus hombros se sacudían en espasmos de ira y respiraba con dificultad. Nunca lo había visto así, siempre era tan calmado...

Con movimientos lentos y mecánicos, se guardó la pistola y sacó su navaja alemana, misma que abrió para posarla sobre su entrepierna.

—¿Quieres terminar esa frase ahora? —Retó. Su tono era tan bajo y gutural que daba escalofríos. Solo que los de Alessandra no eran precisamente de miedo. Aquello era por ella, había perdido su autocontrol cuando la había insultado.

Verlo así, solo por ella, era increíble. Anhelaba que lo matara en su nombre, pero sabía que tendría que esperar para ello. Valdría la pena.

Entretanto se conformó con verlo en plena acción. Realmente podía entender la razón de que intimidara a sus víctimas, era un salvaje y no tenía piedad.

Cuando se cansó de golpearlo, lo levantó para sentarlo de nuevo en la silla, a la que lo esposó y se aseguró de que estuviera consciente antes de acercarse a ella muy lentamente.

Alessandra iba a ponerse la bata de baño, pero con un simple gesto autoritario le ordenó que permaneciera desnuda.

—Quédate como estás.

Ella no replicó sino que, por el contrario, se pegó a él para hacerle notar cuán húmeda estaba.

Le comió la boca, con frenesí, completamente desatado de una deliciosa manera nueva y desconocida que la llevó al borde de un precipicio oscuro y peligroso.

Pero ella no tenía miedo, ansiaba caer.

—Si apartas la mirada te pegaré un tiro justo ahí —le dijo al hombre, señalando su entrepierna—. No creas que el hecho de no poder matarte me impedirá divertirme.

El tipo gimió, hecho un despojo. Al fin parecía haber entendido que si cooperaba podría retrasar al máximo su tortura.

Carlos sabía lo que hacía.

—¿Vas a follarme? —Quiso saber Alessandra, pasándole la lengua por los labios de manera provocativa, incitándolo.

Su expresión era una máscara de hielo, pero por dentro hervía de ansia y deseo.

Él se pegó tanto que no hubo un solo milímetro de distancia entre sus cuerpos.

—Voy a follarte hasta que mi nombre saliendo de tus labios retumbe hasta en el último rincón de esta mansión. Hasta que este pobre bastardo desee que lo hubiera matado aquí y ahora, pero por atreverse a tocarte merece un castigo mucho peor —confesó, con el tono tan controlado e indiferente como un autómatas.

Aun así, esas palabras crudas bastaron para prender la mecha en el interior de Alessandra, que le arrancó la camisa sin ceremonias y lo engulló en un beso ardiente y posesivo.

—Entonces, ¿a qué estás esperando, soldado?

No tuvo que pedírselo dos veces.

Hizo una llamada y le ordenó a Sandro que reuniera fuera a todo el personal, no quería estorbos.

Y tal como había predicho, los gritos de una Alessandra en pleno clímax bien pudieron haber hecho retumbar hasta los cimientos de aquel imperio hecho de piedra y mármol.

Durante todo el proceso, Carlos no dejó de mirar a los ojos de su víctima, que con los ojos amoratados e inyectados en sangre, los contemplaba con odio y profunda envidia.

Sonrió calculadamente.

Aquel trabajo estaba siendo más interesante de lo que pensaba. Solo esperaba poder proteger a Alessandra de sí mismo tan bien como lo hacía de los demás.

El olor cobrizo de la sangre penetraba en las fosas nasales de Alessandra haciéndola arrugar la nariz con disgusto.

No entendía por qué los hombres en la mafia tenían que ser tan brutos a la hora de “ajustar cuentas”.

Era un trabajo laborioso y pesado que, además, requería mucha práctica. Y a ella no le gustaba ensuciarse.

Tampoco a Emilio, ni a su padre.

Para eso ya tenían a Carlos.

Y debía decir que estaba haciendo un trabajo francamente impecable.

Tanto así que era todo un milagro que ese pobre infeliz siguiera con vida.

Pero él sabía lo que hacía. No era ningún novato.

Había tenido buen cuidado de no tocar ningún órgano vital.

Verlo en acción era todo un espectáculo del que Alessandra había gozado en primera fila.

—No me gusta repetir las cosas dos veces, así que por tu bien, dame una respuesta ahora — le estaba diciendo, con un tono ronco y peligroso—. ¿Quién cojones te contrató?

—Tu hombre es bueno en lo que hace, tengo que admitir que no es fácil impresionarme y él lo está haciendo — oyó que le susurraba su padre a Emilio, lo que la hizo esbozar una sonrisa ladeada.

Era bueno en muchas cosas, pero probablemente ese detalle ya no le haría tanta gracia si llegara a compartirlo con él.

—Te lo dije. Es una maldita máquina de matar — respondió *El Capo*, también entre susurros, con una más que evidente mueca de orgullo en el perfilado rostro.

—No me sacarás nada...más vale que me mates — escupió el hombre, en un esfuerzo supremo por articular las palabras.

Era realmente un milagro que pudiera hablar.

Tenía la mandíbula inflamada por la paliza recibida. La mitad sus dientes estaban por el suelo. Carlos se los había sacado uno a uno con los alicates.

Le faltaba el muñón izquierdo, el cual le había cortado a golpe de machete.

Le arrancó las uñas una por una, también una oreja y para finalizar, lo golpeó con toallas mojadas. Y aun así, no había soltado prenda.

Realmente era leal a quien quiera que lo hubiera contratado.

Sin embargo, ninguno de los presentes dudaba de la capacidad del mexicano para hacer hablar a ese pobre diablo.

—Pensaba hacer esto por las buenas. Pero no me lo estás poniendo nada fácil, así que...cuanto antes cantes, antes me apiadaré de ti y te mandaré al infierno —soltó, entre dientes, tirándole del pelo grasiento y ensangrentado para obligarlo a mirarlo a los ojos.

A Alessandra no le pasó desapercibida la manera en que rehuyó el contacto visual. No lo culpaba.

Con el pecho desnudo cubierto de sangre hasta el último centímetro de piel, Carlos se acercó hasta el horno que tenían en las mazmorras de la mansión, diseñado expresamente para las torturas de sus enemigos, y tras calentar el fierro al rojo vivo, se situó a su espalda, respirándole en la nuca.

—¿Quién te mandó secuestrar a Alessandra Grimaldi? —Probó nuevamente.

Silencio por toda respuesta.

La aludida hizo repiquetear la aguja de su tacón sobre el suelo, con impaciencia.

Ansiaba que aquello terminara de una vez para que los dos se escabulleran a un rincón oculto de la mansión y así dejar que la follara hasta caer rendida.

La excitaba sobremanera su versión sádica.

—Tú mismo. Puedo estar así todo el día.

Y presionó el hierro al rojo vivo sobre su piel.

El aullido de dolor que soltó fue brutal y desgarrador, mientras el hedor de la carne quemada se hacía insoportable y de su piel abrasada se formaban ampollas.

—¡Por favor, está bien, te lo diré pero quítame eso, te lo suplico! — chilló como un condenado.

—Haberlo dicho antes, hombre —contestó él, como si fueran dos grandes amigos, antes de quitarle el artefacto y dejarlo donde estaba.

—El puto nombre — exigió, implacable.

Avanzó hacia él, gruñendo como un perro rabioso y el hombre se meó encima.

—Eso no ha sido muy elegante por tu parte, ¿no crees? — comentó Alessandra, divertida.

Emilio y Baldassare rieron, fumando un puro mientras se empapaban del espectáculo. Esperaban con ansias lo que se venía.

—Los Lombardi. Fueron... los Lombardi.

Parecía que le costaba todo un suplicio pronunciar palabra alguna, pero habló.

Y su respuesta interesó bastante a los presentes.

—¿Los Lombardi? ¿Estás seguro de eso? —exigió saber Emilio, poniéndose en pie de súbito y olvidando su puro.

Baldassare, por el contrario, se cruzó de piernas. Sabía que se derramaría sangre y estaba ansioso. Le sonrió a su hija, con orgullo.

Si se la hubieran arrebatado...se habría vuelto loco.

—¿Has dicho la verdad? Si mientes yo mismo bajaré al infierno y te traeré a rastras solo para rematarte —amenazó Carlos.

Y realmente sabía cómo infundir temor. El desdichado estaba a punto de desmayarse por el pánico y la brutalidad de la tortura infligida.

—Sí...lo juro.

—Bien. Saluda al diablo de mi parte. ¿Quieres?

Le palmeó la mejilla y en un abrir y cerrar de ojos le introdujo la hoja de su cuchillo en el abdomen, luego hizo un giro perpendicular y le abrió en canal, esparciendo sus vísceras por el suelo y dejándolo caer a un lado como un guiñapo.

—Gracias por tu colaboración —le dijo, impassible, pasando por al lado del cadáver eviscerado.

Alguien silbó.

Era Bruno, que acababa de entrar en la habitación justo a tiempo para ver el espectáculo.

Todas las miradas recayeron en él.

—Bruno, te he dicho que no irrumpas sin permiso cuando estemos ocupados —lo regañó su padre, como si fuera un niño pequeño.

Por desgracia, seguía comportándose como tal.

—No sabía que era una reunión privada, mis disculpas. Vengo a preguntarte si puedo salir con Stella a enseñarle la ciudad. Como es nuestra invitada te pido permiso, no vaya a ser que luego te cabrees — la sorna en su tono era notoria.

El hombre puso los ojos en blanco y suspiró, armándose de paciencia.

—Puedes. Pero no la incomodes, que conozco tu fama de mujeriego.

Esta vez fue su hijo el que hizo una mueca, para diversión del resto.

—Me ofende que pienses eso de mí. Soy un caballero, ¿verdad Alessandra? —Bromeó, coqueteando con ella.

Esta sonrió y le siguió el juego.

—Por supuesto.

Le guiñó un ojo.

No le pasó desapercibido el hecho de que Carlos apretó la mandíbula al verlo.

Aquello podía ser entretenido.

Bruno no tardó en despedirse y en su lugar llegó Dante con Thiago.

Emilio los había mandado llamar para deliberar acerca de la venganza contra los Lombardi.

Maurizio, Sandro, Carlos y Mauro se encargaron de deshacerse del cadáver mutilado que yacía en la mazmorra.

Este último parecía bastante impresionado y Carlos lo llevó aparte, discretamente.

—Cambia esa cara. Tú has querido este trabajo. Si no tienes estómago será mejor que te largues de aquí.

El chico tragó saliva ante sus bruscas palabras.

—No, no...yo, puedo acostumbrarme. Solo necesito tiempo —aseguró. Aunque su interlocutor no se quedó muy convencido.

No había que ser un lince para saber que no estaba hecho para aquella vida.

Se preguntó por qué demonios se empeñaba en formar parte de ella y se lo preguntó directamente.

No era hombre de andarse con rodeos.

—¿Por qué coño estás aquí? Dime la verdad, ¿es por esa chica, Chiara Santorini?

Su sagacidad pareció sorprender a su interlocutor, que abrió los ojos ligeramente.

—¿Tan evidente es? —Inquirió, avergonzado.

Carlos esbozó una risa sarcástica.

—Te la comes con la mirada cada vez que la tienes delante. Si tanto te interesa, ¿por qué no te la tiras y asunto arreglado? — Soltó, con la sinceridad que lo caracterizaba.

Mauro enrojeció hasta las orejas.

—Lo que siento por ella va más allá de un polvo, Carlos.

No esperó que eso lo hiciera reír aún más.

—No irás a decirme que la quieres, ¿verdad? —Al ver su cara, asintió—. Joder. ¿Y qué pasa? ¿Temes que te rechace o por qué? — la respuesta era evidente.

—Yo solo quiero ser suficiente para ella —confesó, con algo de timidez. Le daba vergüenza hablar de sus sentimientos con un desconocido, pero por alguna razón Carlos le inspiraba confianza, aun con lo que acojonaba—. Y ahora mismo solo me ve como el crío tonto que la perseguía por el césped en pelotas cuando éramos críos.

—Bueno, no imaginé que te fuera el nudismo, pero si esas tenemos puedes...

—No te rías de mí —lo interrumpió, aunque estaba sonriendo.

—Vale —se puso serio—. Lo primero que voy a decirte es que eres más que suficiente, ¿me has oído? Si quieres que esa niña mimada se fije en ti, vas a hacer todo lo que yo te diga, ¿está claro? Y eso incluye trabajar, que para eso me han puesto a tu cargo y te daré una paliza como te escaquees —le advirtió, amenazante.

Se apresuró en asentir. Él fumaba un cigarrillo y le pidió una calada.

—¿Alessandra y tú tenéis algo? —No pudo evitar preguntarle después, tras expulsar el humo del cigarro y devolvérselo.

Carlos le dedicó una nueva mirada, una que no le había visto nunca.

—Joder, pues no eres tan tonto como parecías —soltó, brutalmente honesto.

Debería haberse ofendido, pero lejos de eso, se echó a reír sin saber por qué. El tío estaba como una cabra, pero le caía bien.

—No soy lo que parezco. Y aprendo deprisa.

—Más te vale — advirtió. Y tras darle una palmada en la espalda, lo dejó allí plantado para unirse a la reunión.

—Joder, no sé... me parece demasiado precipitado — estaba comentando Thiago—. ¿Qué pasa si nos equivocamos? ¿Piensas matar a toda una familia en mitad de la misa, papá? Los periódicos no hablarán de otra cosa en semanas, estaremos en boca de toda la ciudad. ¿De verdad quieres eso justo ahora? ¿No tienes bastante con lo que ha pasado? — Protestó.

Emilio seguía fumando tranquilamente su habano.

—Tranquilo Thiago, recuerda que nosotros controlamos a los medios. Para eso les pagamos una suma más que generosa. Para que hagan la vista gorda y dejen de dar por culo — intervino Baldassare.

—Pero no podemos controlarlos a todos y lo sabéis. Sigo pensando que es precipitado — mantuvo su postura.

—Muy bien. Votemos —propuso Dante, como *Consigliere*.

—En contra de eliminar a los Lombardi — tronó Emilio, desafiando con la mirada a su hijo.

Pero este no se arredró y levantó la mano. Marcello también, algo que no sorprendió a nadie.

—A favor — añadió entonces.

Y la mayoría era aplastante.

Alessandra, Dante, Emilio y Baldassare querían sangre.

—Asunto zanjado.

Ante las palabras de Emilio, Thiago se levantó de su silla, listo para marcharse.

—Ojalá que no te arrepientas, papá.

—Yo también creo que es un error, estoy en contra de la violencia, Emilio — se mostró de acuerdo Marcello. Y siguió a su amigo.

El aludido sonrió con desdén.

—Marcello...un día de estos acabará conmigo — se quejó Baldassare, con amargura—. No entiendo qué mal hice para que mi hijo saliera así de cobarde.

—¡Papá! —Estalló Alessandra, indignada.

Ella siempre defendería a su hermano. Lo adoraba. Y tenían que respetar su manera de ser.

—¡Es la verdad! —Rugió este, alterado.

—Basta, basta —apaciguó los ánimos Emilio—. No estamos aquí para pelear. Ahora más que nunca debemos estar unidos. Han intentado matarnos, *porca putanna*, y ahora es nuestra oportunidad de hacer que esos bastardos lo paguen. Sangre por sangre.

Todos mostraron su conformidad.

—¡Carlos! —Llamó el *Capo*, observando a su mejor hombre con una sonrisa maliciosa en el rostro—. ¿Eres religioso?

Este, que permanecía de pie sin apenas parpadear, a la espera de órdenes, se encogió de hombros.

—Soy lo que usted necesite que sea, señor. Especialmente si hay buen dinero de por medio.

La respuesta satisfizo a todos los presentes.

—Excelente. Esta noche la familia Lombardi cerrará la Iglesia a todo público ajeno a su familia para una misa exclusiva en honor a la viuda de Domenico, el patriarca, fallecida hace dos años. Todos los años le dedican unas oraciones — explicó, con un brillo siniestro en la mirada—. Quiero que les des la extremaunción, ¿me hago entender? Llévate las metralletas nuevas, esa celebración merece material de primera calidad, ¿no crees?

—Creo que es la voluntad de Dios y así debe hacerse — fue su respuesta. El brillo de la muerte refulgía en sus pupilas de ébano.

Emilio asintió, más que satisfecho con esa respuesta.

Entonces Alessandra se aclaró la garganta y dijo unas palabras que revolucionaron a los presentes.

—Pues si la reunión ha terminado, iré a prepararme. A la iglesia hay que ir bien vestida, ¿verdad?

Nadie se esperaba que quisiera participar.

Seguía costándoles asumir que ella era un alma libre y no se mantenía al margen de los “negocios”, como el resto de mujeres en la mafia.

—Hija, nada tienes que ir a hacer allí. Deja que Carlos se encargue — repuso Baldassare, severo.

La respuesta indignada de Alessandra no se hizo de rogar.

—¿Nada tengo que hacer allí? —Repitió, imitando el tono áspero de su padre —. Te recuerdo que ese idiota estuvo a punto de secuestrarme, casi me asfixia. Así que merezco ver cómo Carlos masacra a los miserables que han orquestado esto. No me lo podéis negar y lo sabes — se mostró firme y desafiante.

Exasperado, su progenitor se llevó la mano al puente de la nariz, como si no supiera qué hacer con ella.

—Bueno, estoy seguro de que Carlos puede garantizar su seguridad, ¿no es así? —aventuró Emilio, que siempre era más permisivo con su ahijada.

—Respondo por ella con mi vida.

Su firmeza y lealtad acabaron por convencer a ambos, que dieron el visto bueno. Alessandra fue a prepararse para la ocasión, saboreando el triunfo de la victoria.

Sabía que lo lograría.

Escogió sus mejores tacones, su vestido negro de satén y un velo de rejilla. Tenía pensado algo muy entretenido para cuando terminara la fiesta.

Esa sotana le quedaba de escándalo.

Estaba realmente sexy en ese atril, esperando a los Lombardi para que comenzara la función.

Y ella, escondida bajo el altar, disponía de una vista privilegiada de su amante.

Una posición que además permitiría que pudiera presenciar la matanza en primer plano. Estaba tan emocionada que la espera se le hacía eterna.

Y parecía que a Carlos le pasaba lo mismo, a juzgar por las palabrotas que iba soltando de cuando en cuando, al ver que la familia se entretenía charlando en la puerta.

Se notaba que era un hombre de acción y odiaba esperar.

Bueno, podía ayudarlo con eso.

Traviesa, sacó una mano al descubierto y aprovechando que no se veía bajo el altar, la posó sobre su polla, que de inmediato cobró vida ante su tacto y resopló, encendiéndose en décimas de segundos.

Siguió trabajándolo sin pudor, mientras ya se escuchaban las voces de los fieles —e hipócritas— que tomaban asiento.

Él permanecía rígido, con una pose de recibimiento que le hizo bastante gracia a la italiana. Y solo cuando consideró que se había divertido lo

suficiente – y que él estaba al límite – retiró la mano.

El organillo empezó a resonar, dando comienzo a la ceremonia.

Que empiece la función, pensaron ambos.

—Bienvenidos, hermanos. Estamos aquí reunidos para honrar la memoria de Lucille Lombardi, fallecida el 13 de febrero de 2016...

Joder, qué buena memoria.

Alessandra desconectó al poco.

Tenía que darle créditos, sabía cómo pasar desapercibido y no levantar sospechas.

La noche se había cerrado por completo y el reloj del campanario dio las diez. Él seguía recitando el sermón y cada vez la estaba poniendo más a tono.

Su voz era tan grave...que se imaginó que la poseía de mil maneras diferentes ahí mismo, sobre el altar.

—Así que, por el poder que me ha sido otorgado, id derechos al infierno hijos de puta — bramó de repente.

Esa era la señal que estaba esperando. Alessandra se apresuró a asomarse para no perder detalle.

Y antes siquiera de que ninguno de los presentes pudiera reaccionar, Carlos ya se había sacado ambas metralletas del traje y abrió fuego con una potencia devastadora sobre sus objetivos, que cayeron fulminados sobre los bancos a medida que la potencia bestial de las balas impactaban a quemarropa en sus cuerpos.

La visión fue todo un espectáculo.

Enseguida se hizo el silencio. Había dejado de disparar.

Estaban todos muertos.

Realmente la stampa era grotesca, con los cuerpos ensangrentados y destrozados desparramados dramáticamente sobre los asientos...un trabajo perfecto. Digno de un profesional.

Sin poder aguantarlo más salió de su escondite y pasó por su lado, haciendo resonar sus kilométricos tacones y dedicándole una mirada que invitaba a pecar.

No tardó en seguirla, la excitación quemando en sus pantalones.

Abrió la puerta del confesionario y la dejó pasar primero, ordenándole que se pusiera de rodillas.

Obedeció gustosa, metiéndose en el papel.

—Perdóneme padre, porque he pecado —musitó, con lascivia, recorriendo con la mirada la dureza de su entrepierna ahora que se había liberado de la sotana.

Las venas de sus brazos se marcaban deliciosamente cuando la tomó con rudeza del cabello y la obligó a levantar el rostro para mirarlo.

Orgullosa, arrogante y seductor como un Dios que merecía ser venerado.

—Entonces tendrá que cumplir una penitencia, hija mía — susurró, ásperamente, poniéndole la piel de gallina y proporcionándole un latigazo de placer.

Sintió que enloquecía de deseo cuando él, deliberadamente despacio para torturarla, se quitó los pantalones para mostrarle directamente su miembro en todo su glorioso esplendor.

—Como ordene.

Y se la metió en la boca, trabajándolo con sus labios expertos para darle placer.

Entre gruñidos y gemidos, él la espoleaba para que fuera más deprisa.

Le arrancó el vestido y se vino en su boca, blasfemando de tal manera que les garantizaba el pase vip al infierno.

Ella tragó el líquido con deleite y se despojó de la ropa interior justo a tiempo para recibir su embestida ruda y posesiva.

Salía y entraba con una facilidad asombrosa y la manera en que movía la pelvis era la perdición.

No pudo contener el orgasmo que la recorrió y gritó, echando la cabeza hacia atrás de placer al sentir sus labios y su lengua recorriendo su cuello y su clavícula en sentido descendente...hasta posarse en sus pechos. Hizo con ellos cuanto se le antojó, sin dejar de incrementar las acometidas.

Hasta que la llevó al límite y soltó líquido a propulsión. Entonces él salió de su entrada y antes de que pudiera reponerse, lo tenía de rodillas ante ella, buscando el punto álgido de su cuerpo.

—Ahora es mi turno de confesarme hija. Se ha convertido en una tentación peligrosa para mí.

Sonrió. La volvía loca cuando le hablaba así. Y estaba haciendo maravillas con la lengua.

—Entonces tendremos que purgar nuestros pecados un poco más —dijo, aferrándose a su cuello y pensando que, después de todo, no estaba tan mal eso de confesarse.

El silencio electrizante que le siguió a las palabras de Alessandra estuvo cargado de expectación.

Los dos estaban preparados para dar un paso más allá en la insana atracción sexual que se profesaban y aquel escenario —aunque era sin duda inusual y poco oportuno— era demasiado excitante como para desperdiciarlo.

—¿Estás segura de que podrás soportarlo? —Prefirió asegurarse él. Aquella era una práctica que no todo el mundo aguantaba y quería que el consentimiento quedara claro.

Siempre había sido muy tajante en ese aspecto.

Obligar a una persona a hacer algo que no quería en el sexo era una cobardía repugnante, él jamás caería tan bajo. No después de todo lo que había experimentado en sus propias carnes.

Se apresuró en apartar esos recuerdos de su mente para enfocarse en la tarea que tenía entre manos.

—Sí, puedo hacerlo. Solo pruébame y verás.

Una sonrisa orgullosa curvó sus labios.

No esperaba menos de esa reina altiva y orgullosa.

Si salía bien, puede que más adelante pudieran probar con algo todavía más estimulante...

—Bien, pero si quieres que pare solo dilo. Ni palabras de seguridad ni demás gilipolleces, dime que pare directamente y lo haré. La idea es hacerte disfrutar, no que mueras desangrada.

A pesar de sus palabras, ella no estaba asustada. Confiaba en su resistencia. Y quería experimentar...

Nunca había encontrado al hombre que le diera seguridad para hacerlo, hasta ahora.

—Deja de hablar tanto y manos a la obra —demandó, con firmeza.

La excitación todavía embargaba su cuerpo con los restos del orgasmo que había tenido tras la penetración y quería aprovecharlo.

—Como ordene la señorita —le susurró él al oído, mientras sus dientes se recreaban en el lóbulo de su oreja y ella se estremecía de placer en sus brazos.

Menos mal que aquel confesionario era espacioso y les daría algo de libertad de movimientos...

—Primero lo harás tú, ¿de acuerdo? Haz las incisiones a la altura del torso y luego del abdomen — la fue guiando, tendiéndole el cuchillo que guardaba en una de sus botas y dejando que hiciera con su cuerpo totalmente desnudo lo que quisiera.

Ella asintió, algo abrumada.

Le daba miedo cortar demasiado profundo.

Sin embargo, al ver la decisión en sus ojos sonrió, sabedora del poder que le estaba entregando al confiar en ella de ese modo.

Aquella noche marcaría un antes y un después entre ambos.

Él, cuando vio que estaba lista, la cogió de la cintura e hizo que se inclinara hasta ponerse de rodillas sobre el suelo, como hizo él.

La vista privilegiada de su pecho desnudo, con ese diseño intrincado de tatuajes y cicatrices adornando su piel, casi la hizo babear y se lanzó a su boca, ansiosa porque sus lenguas volvieran a enzarzarse en un baile feroz a la par que sensual.

—Me vuelven loca tus tatuajes, ¿te lo había dicho? — Jadeó, en cuanto sus bocas se separaron para tomar aliento.

Una sonrisa engreída adornó su atractivo rostro y rio.

—¿Solo mis tatuajes? ¿Qué me dices de esto? Es toda para ti — tentó, regodeándose ante el latigazo de deseo que la sacudió en cuanto él bombeó su miembro hinchado y caliente contra sus manos para mostrarle la magnitud de su erección.

Esa gloriosa visión la privó del escaso raciocinio que hubiera podido conservar tras la sesión de sexo desenfrenado que acababan de tener.

Debería estar agotada por lo salvajes que ambos habían sido. Y sin embargo, sentía que jamás podría cansarse de ese adictivo momento en que el placer la desbordaba al sentirlo dentro y era como si miles de fuegos artificiales estallaran en su punto más sensible.

Dejándose llevar por la lujuria, quiso agasajarla con su boca y succionar hasta saciarse. Pero él la detuvo, sin perder la sonrisa arrogante.

Su agarre se incrementó al ver que ella no cedía. El maldito quería torturarla, hacerla suplicar. Y eso jamás pasaría.

Sus pupilas se encontraron en un cruce de miradas explosivas; era una lucha por someter al otro del que ambos sabían que no lograría alzarse un ganador. Su carácter era demasiado parecido. Pero Carlos era más experimentado y supo aprovecharlo en su favor.

—Te daré lo que quieres, pero primero dame tú lo que yo quiero —ordenó, tan autoritario que el vello de Alessandra se erizó de anticipación. No tardó en tomar el cuchillo que le tendió y observó el filo con pericia.

No era ninguna sumisa —todo lo contrario— pero debía admitir, aunque le jodiera, que la enloquecía cuando le hablaba en ese tono.

A gatas sobre el frío suelo, se deleitó con la hinchazón de sus músculos contraídos en anticipación y pasó el filo por cada centímetro de piel expuesta.

Lo que tenía ante sí era una maravilla de la naturaleza. Era tan fuerte, tan salvaje...y solo suyo.

Debía entrenar como un loco para tener una musculatura tan desarrollada y no cabía duda de que el resultado valía la pena. Era capaz de hacer suspirar a cualquiera.

Él había echado la cabeza hacia atrás y respiraba agitado cada vez que el filo se detenía a acariciar su piel, ansiando sangrar.

Alessandra estaba fascinada.

¿Qué clase de loco podía tener esos fetiches?

Sentir dolor para provocar después placer...

¿Estaba loca también por querer probarlo?

Probablemente. Pero lo haría de todos modos. Total, iría al infierno de igual manera.

Y la diversión que prometía bien valía la pena.

Ella era una mujer atrevida y liberal. Le gustaba correr riesgos y amaba la adrenalina. Así que, ¿por qué no?

Con mucho cuidado —y lentamente para torturarlo un poquito y devolvérsela por lo de antes— rasgó superficialmente hasta hacerle un corte perpendicular a la altura del pecho.

La sangre goteó por la hoja y empezó a deslizarse por la herida abierta.

Si le dolió desde luego no hizo el menor gesto que lo corroborara. En lugar de eso su erección aumentó más de lo que Alessandra habría creído posible y supo que estaba a segundos de correrse cuando la cogió del brazo con rudeza y le ordenó:

—Otro. Justo aquí.

Señaló su abdomen, un poco más arriba de la pelvis.

Era una zona muy delicada...

—¿Estás seguro? —Aventuró.

Él gruñó una respuesta demandante.

—Sí. Solo hazlo. No va a pasar nada mientras no sea muy profunda.

Mordiéndose el labio, asintió. Y con destreza, casi con mimo, hizo una ínfima incisión en línea recta.

En aquella ocasión un jadeo se le escapó, pero era el preludio de su liberación.

Fue tan potente que de inmediato ella sintió ganas de experimentarlo también, por mucho que doliera.

Los gruñidos de placer que emitió mientras culminaba se sentían tan placenteros que la envidia la invadió.

De repente, como si le leyera la mente, él cogió las manos de Alessandra con fuerza y las fue guiando hasta que estuvieron rodeando su cuello.

Frunció el ceño al entenderlo.

—¿Quieres que te ahorque?

Una sonrisa de ladeada se formó en su rostro.

—¿Nunca has oído que cuando estás viviendo una experiencia cercana a la muerte te sientes más vivo que nunca?

Había en él tanto deseo de exceder todos los límites impuestos por el orden natural, tal ansia de libertad y transgresión, que Alessandra anhelaba empaparse también de esas emociones.

Más allá de su innegable atractivo y su físico escultural, lo que la había cautivado desde el principio en ese hombre era su personalidad arrolladora. Carlos vivía la vida sin barreras, sin importarle nada más que él mismo.

Justo como ella quería.

Por toda respuesta, empezó a ejercer presión con los dedos sobre su garganta. Las venas de su cuello se inflamaron por la falta de aire y enrojeció levemente.

Estaba preparada para aflojar, pero él la instó a culminar la tarea. A horcajadas sobre él, fue imprimiendo un poco más de fuerza cada vez. Hasta que de rojo pasó a estar morado.

Tiró de su cabello hacia atrás con fuerza y empezó a bombear las caderas, sin importarle que las heridas abiertas no dejaran de sangrar por la brusquedad del contacto.

Había algo diferente...la fuerza de cada embestida era descomunal. De algún modo, esa sensación de que sería la última era lo que lo espoleaba, creando aquel mágico efecto.

Lo soltó, temiendo ir demasiado lejos. Aunque él todavía tenía resistencia. Se preguntó cómo lo hacía. ¿De dónde sacaba tanta energía?

Si fuera ella ya estaría agotada.

Apenas se tomó unos minutos de tregua para recuperarse cuando volvió a la carga. Y estaba sonriendo de una manera tan oscura y seductora que algo dentro de ella estalló de deseo.

Invirtiendo los papeles, se posicionó sobre ella y tomó el cuchillo para limpiarlo cuidadosamente con la tela de la sotana, la cual se tiñó de carmesí proporcionando una escena macabra, antes de ponérselo en el cuello.

Joder.

Sí que excitaba. La visión de él desnudo sobre ella, montándola, mientras la amenazaba con un cuchillo en el punto sensible de su cuello era terriblemente extasiante.

—¿Dónde lo quieres? Solo te haré uno. Al ser la primera vez es lo mejor, no queremos que te desmayes —comentó, como si nada.

Sí, a Alessandra le parecía bien.

Pensó en lo que dirían todos si supieran lo que estaban haciendo y reprimió las ganas de echarse a reír.

Problemente a ella la apalearían y después la encerrarían en su habitación hasta que pasaran cuarenta años. Y a él lo colgarían y lo abrirían en canal por atreverse a tocar a una princesa de la mafia como ella.

Malditos hipócritas.

Como si su padre o Emilio fuesen santos. Que les dieran.

Eligió el vientre, justo debajo del ombligo.

Y no dejó de sonreír en ningún momento —a pesar del ardor que le provocó la piel sensible al abrirse— mientras él le aplicaba el corte con cuidado.

Solo entonces entendió lo que se sentía.

Porque tenía razón. No había nada que pudiera comparársele.

Apenas pudo procesar esa magnificación de sus sentidos, porque sin darle tregua se deslizó en su interior con acometidas rítmicas e intensas y en cuanto los primeros jadeos escaparon de sus labios entreabiertos de puro placer, empezó a asfixiarla.

El aire empezó a abandonar sus pulmones lentamente, un ligero mareo la sobrevino y se sintió como si fuera ingrávida. Mientras tanto, él no dejaba de entrar y salir de ella con tanta rudeza y frenesí que sabía que estaba disfrutando de las marcas que aquello le dejaría en la piel.

Aún al límite de sus fuerzas, sonrió.

Era como si todo se desdibujara, como si toda su vida se sucediera ante sus ojos a cámara rápida. Y pensó en todo lo que le quedaba por hacer, en la lujuria irracional que aquella experiencia cercana a la muerte le estaba proporcionando.

Y se dejó llevar hasta el límite.

Tanto así, que cuando él se detuvo sintió una pequeña chispa de decepción. Debía de haber perdido la cabeza, pero no le importaba.

—¿Qué te ha parecido? —Quiso saber él, en cuanto se hubo vestido.

—Increíble — confesó, sin pudor—. Quiero repetir.

Estaba pletórica. Carlos acababa de abrirla un nuevo horizonte de posibilidades que explorar. Aquella no sería la última vez.

Eso provocó sus carcajadas al tiempo en que le abrochaba la cremallera del vestido negro con transparencias que había elegido para la ocasión.

—Con calma. Ahora no estás cansada por la adrenalina, pero date tiempo. Caerás rendida en la cama. Ya repetiremos — añadió, divertido.

Como una niña enfurruñada, apretó los labios y suspiró antes de darle un quedo asentimiento.

—Entonces será mejor que desatemos a ese hombre y nos larguemos antes de que vengan los *carabinieri*.

—Lástima, habría preferido matarlo también —comentó él, claramente decepcionado.

Eso despertó su curiosidad.

—¿Por qué? —Inquirió.

—No me gustan los curas —susurró, en tono ronco y hostil. Luego se pasó las manos por el corto cabello y puntualizó —: En realidad, no me gustan los religiosos. Punto.

—¿Alguna experiencia personal? —Indagó, incapaz de reprimir su curiosidad.

Él apretó la mandíbula antes de hacerle una revelación que la sorprendió en demasía.

—Estuve en un orfanato de monjas cuando era pequeño. Me dejaron allí al nacer y digamos que no tengo buenos recuerdos — contestó, guardándose el cuchillo en el bolsillo y haciendo amago de abandonar el lugar.

La mano de Alessandra en su hombro lo detuvo.

—Vaya, lo siento—. Y era sincera. Trató de leer su expresión, pero era muy bueno ocultando sus sentimientos.— ¿Las cicatrices...? —No

pudo acabar la frase. Sin embargo, tampoco hizo falta.

Un silencio incómodo flotó en el ambiente, hasta que él se dignó a contestar.

—No. Al menos no las más llamativas. Pero esa no es una historia que tenga intención de compartir con nadie, *diavolessa*, al menos de momento.

Por un segundo, pensó en insistir. Pero desistió al ver la determinación en su expresión.

Sabía que no conseguiría sacarle nada más, así que lo dejó estar.

Pero se prometió a sí misma que un día averiguaría todos y cada uno de sus secretos. Hasta el más oscuro.

Ambos perdieron la cuenta del tiempo que pasaron purgando sus pecados, pero cuando los murmullos del párroco -encerrado en un armario de la sacristía desde el inicio de la ceremonia- comenzaron a molestarles demasiado, no les quedó más remedio que ir a solucionar aquello. Lo último que les convenía era llamar demasiado la atención.

—¿Qué demonios te pasa? No sabes que es de mala educación interrumpir el momento de la confesión, ¿eh? —Espetó con agresividad Carlos, propinándole una colleja.

El hombre se encogió de puro terror, para diversión de Alessandra. No negaba que todavía tenía energías para repetir –ese hombre sacaba a la luz sus instintos más perversos y morbosos– pero sabía que lo más prudente era marcharse antes de que llegaran los *carabinieri*. El ruido de los disparos habría alertado a los vecinos y por mucho que tuvieran en nómina a la policía tampoco podían arriesgarse a que cualquier civil los sorprendiera.

Y no se fiaba del todo de que Bruno cumpliera su papel de vigilar. Estaba demasiado ocupado intentando meterse en las bragas de esa chica, Stella.

Se retocó el cabello y el pintalabios, fastidiada, mientras observaba cómo Carlos desataba al pobre sacerdote con ademanes agresivos.

—Por favor, no me hagan daño. No le diré nada a nadie de lo que ha ocurrido aquí — imploró, arrodillándose a sus pies.

El aludido bufó, molesto.

—Levántese. No voy a matarle. De hecho...—Se sacó un fajo de billetes del traje y se lo tendió al hombre, que abrió los ojos de par en par. No daba crédito—. Esto es por las molestias. —De repente, cuando alargaba la mano para coger el dinero, lo agarró de las solapas de la camisa y le gruñó, a un palmo de la cara, antes de añadir en tono amenazante—: Pero si me entero de que rompe el secreto de confesión... vendré aquí y le cortaré el cuello, padre. Porque el secreto de confesión no hay que romperlo nunca. ¿Hablo claro?

El hombre no dejaba de rezar, con los ojos cerrados.

Eso molestó a Carlos.

—¡Míreme! ¿Que si está claro? —Rugió.

—Sí-si lo juro, no diré nada. Déjeme marchar, se lo ruego.

Estalló en llanto.

—No se ponga así, hombre. Si hace lo que le he dicho no tiene nada que temer —Alessandra observó, fascinada, cómo le recolocó la sotana y le dio unas palmaditas en la cabeza, antes de decir con el tono sarcástico —: Que Dios lo bendiga, padre.

Y sin una palabra más, lo dejó libre. Huyó, despavorido.

—Eres terrible —bromeó ella. Estaba francamente satisfecha con la acción de aquella noche.

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué lo dices? Si he sido amable...

Dejó la frase en el aire, pero la implicación de sus palabras era obvia y bastó para encender a Alessandra de nuevo.

Lástima que tuvieran que marcharse.

—Puede castigarme de nuevo cuando quiera, padre. Me pondré de rodillas con mucho gusto para usted —susurró, rozando el lóbulo de su oreja con los dientes y mordiendo suavemente.

Él la agarró de la nuca con posesividad y se estrelló contra su pecho, asombrada con su arrebato.

Sus labios se quedaron a milímetros de distancia.

—No me tienta, hija mía. Porque puedo perder la cabeza si me sigue desafiando.

Las mejillas de Alessandra se encendieron. Estaban pegados y no era capaz de ocultar lo húmeda que la había dejado ese comentario.

Se acercó un paso más, altiva y orgullosa. Si quería jugar, seguirían jugando.

Era adictivo. Jamás se cansaría de la manera en que la retaba con esa osadía. No le tenía miedo a nada.

Estaba loco y eso la excitaba demasiado.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

La voz de Bruno irrumpiendo en el templo sagrado los hizo separarse de mala gana.

Alessandra se repuso enseguida, pero Carlos echaba fuego por los ojos y dio un paso hacia el mayor de los Santorini, con los puños crispados.

Tuvo que sujetarlo por el pecho para que se controlara.

Bastante tenían ya con la posición comprometida en que los había sorprendido.

Estaba segura de que su pregunta no iba tanto dirigida a la macabra escena de cuerpos ensangrentados que seguía reposando sobre el altar y sí hacia la cercanía que compartían.

—El trabajo está hecho Bruno, ¿no lo ves? —Contestó Alessandra, con un timbre de advertencia en la voz.

No toleraría que nadie la cuestionara y mucho menos el mujeriego de Bruno Santorini.

El aludido emitió una risa sin humor.

—Qué buen equipo hacéis, ¿no?

—¿Qué insinúas? —Se le encaró ella.

Carlos la sujetó por el brazo. De repente, estaba calmado y frío como un témpano de hielo.

—¿Podría darnos un momento? —Le pidió.

Ella frunció el ceño, molesta por tener que retirarse. No se fiaba de esos dos.

—Bien, un minuto. Estoy cansada y quiero darme un buen baño caliente.

Salió. Sus tacones repiquetearon en los adoquines de piedra de la entrada a la iglesia. Le alegró comprobar que Bruno sí que había cumplido con su parte y había hecho que la policía dispersara a todos los civiles del escenario.

Nada que el dinero no pudiera comprar.

Un grupo de hombres esperaba fuera por instrucciones para deshacerse de los cadáveres.

No disponían de mucho tiempo antes de que los clanes aliados acudieran en busca de respuestas. No podían relacionarlos con aquel asunto de ningún modo. Nadie debía saber que estaban detrás.

Solo esperaba que Carlos y Bruno controlaran su testosterona y no tardaran demasiado.

—Si tiene algo que decir, dígallo sin tanto rodeo. De hombre a hombre —le dijo alto y claro Carlos, en cuanto se hubieron quedado a solas.

Aquel presumido lo tenía harto, metiendo siempre sus narices entre Alessandra y él.

Este se envaró, acercándose más de lo que sería recomendable para cualquiera que quisiera conservar sus miembros intactos.

—¿De hombre a hombre? ¿Quién demonios te crees que eres para hablarme como si fuera tu igual? Recuerda tu puesto — advirtió, señalándolo con el dedo.

Dio un paso. Su mandíbula estaba tan tensa que le rechinaron los dientes.

—Tengo perfectamente claro cuál es mi puesto, aquí parece que el problema lo tiene usted conmigo. Así que no se ande con tanto rodeo y suéltelo.

Bruno se rio.

—Bien, voy a ser claro. Y te lo diré una sola vez: aléjate de Alessandra. Es demasiada mujer para un siempre sicario como tú.

Intentaba controlarse, pero no se lo estaba poniendo fácil.

—Demasiado para mí...pero no para usted, ¿es eso?

—¿Cómo tienes los santos cojones para cuestionarme? Si le cuento a alguien lo que he visto hoy podría hacer que te colgaran fácilmente. Si no

lo hago es porque ella es mi amiga y me importa, no por ti — gritó, empujándolo.

Y eso fue todo lo que necesitaba para que la ira que llevaba tanto tiempo intentando dominar saliera a la superficie como un géiser.

—Haga lo que quiera. Si piensa que estábamos haciendo algo malo vaya y dígaselo a su papi como el niño mimado que es, porque yo sí tengo los huevos para enfrentar las consecuencias de mis actos. Incluso aunque solo sean las imaginaciones de un paranoico.

Estaba tan furioso que apenas notó el momento exacto en que sus frentes se chocaban, pero lo siguiente que supo fue que los dos se agarraban del cuello.

En aquel momento ya no había vuelta atrás; solo uno de los dos podía seguir respirando.

—¡Basta ya! ¡Malditos seáis, deteneos!

La voz imperiosa de Alessandra retumbó entre aquellas paredes con brío y se situó en medio de ambos a base de empujones, a pesar de que ninguno tenía la intención de soltar el cuello de su presa.

—Quietos —ordenó, respirando precipitadamente a causa de la rabia—. No quiero a dos machos estúpidos peleando por mí como si fuera una niña patética, ¿queda claro?! —Chilló, con los puños apretados. Tenía ganas de darles una paliza a los dos por comportarse como críos.

—Alessandra no te metas —replicó Bruno.

—¡Cierra la boca y diles a tus hombres que entren de una vez! No me quieres ver enfadada Bruno, no te conviene.

Carlos sonrió. Era muy placentero ver cómo le echaba la bronca a ese idiota por meterse en lo que no le importaba.

Bruno se fue sin replicar, pero no sin antes dedicarle una mirada de odio a la que él correspondió. La intensidad de sus pupilas hizo al Santorini girar la cabeza enseguida.

Lo que pensaba.

—Y tú, ¿qué demonios pensabas para pelearte con él, eh? —Gritó, intentando empujarlo para desahogarse.

Pero él fue más rápido y le sujetó las muñecas por encima de la cabeza, inmovilizándola.

Los dos estaban que echaban chispas.

Sus pechos subían y bajaban al compás y lo único en que pensaban era en encerrarse de nuevo en ese maldito confesionario y follar hasta caer rendidos.

—No te equivoques. Yo no soy uno de tus peleles, no me levantes la mano — la avisó.

Ella lo fulminó con la mirada, pero respiró hondo para calmarse y asintió.

—Entonces no te comportes como uno, si habla estás muerto —
espetó, con algo más de calma.

Carlos rio.

—No hablará. Le importas demasiado y esto también te perjudicaría.

Eso pareció sorprenderla, porque sus pupilas se agrandaron.

—¿Te lo ha dicho él?

—¿No te lo esperabas? Mírate, *principessa*, cualquier hombre podría caer rendido a tus pies solo con una mirada de esos ojos azules.

El cumplido, que había sido susurrado en su oído, la estremeció de pies a cabeza.

Entonces cayó en la cuenta.

—Cualquiera...pero tú no. Contigo es diferente. Ni siquiera yo puedo doblegarte — pensó en voz alta, acariciando sus labios con sus largas uñas.

Quería devorarlo completo.

—Nadie puede doblegarme, ni la mismísima muerte ¿Eso te molesta? —Inquirió, fiel a la honestidad que lo caracterizaba.

Ella sonrió con los labios pintados de carmín.

—Para tu buena suerte eso me excita. Así que más te vale que esta noche te cueles en mi cama, tenemos algo pendiente.

Tras decir eso, se fue, dejándolo más encendido que nunca.

Asintió una sola vez, en cuanto Bruno y sus hombres hubieron entrado para hacerse cargo de guardar los cadáveres en bolsas de plástico.

Alessandra fue testigo de la mirada mortal que ambos se dedicaron y supo que tenía que hacer algo si no quería que las cosas terminaran trágicamente para Bruno.

Carlos no se lo pensaría dos veces antes de acabar con él.

Cuando llegaron a la mansión era bien entrada la madrugada.

Todo estaba oscuro y en silencio, señal de que ambas familias dormían.

Alessandra tomó del brazo a Bruno antes de que se retirara.

—¿Estamos bien?

—Sí, no diré nada —le aseguró.

Por el momento le había convencido su explicación, pero pensaba vigilar de cerca a aquel tipo. Era peligroso y no se fiaba de él.

Además, era mejor hacerlos bajar la guardia. Si se estaban viendo en secreto él lo descubriría.

—Buenas noches —se despidió, besándolo en la mejilla—. Ve a buscar a Stella y pídele perdón —le aconsejó, después de que se sincerara con ella acerca del motivo por el que su cita había salido mal.

Él no tenía la culpa de que las mujeres con las que se acostaba no pudieran olvidarlo. Claro que encontrarse a dos en el mismo restaurante sí que era una desafortunada casualidad.

Ahora Stella pensaba lo peor de él. Y no entendía por qué le importaba, pero así era.

—Buenas noches Alessandra, espero que no me cierre la puerta en la cara —bromeó y se despidió de ella con otro beso.

En cuanto este se hubo retirado, se giró hacia Carlos —que había permanecido de pie en la puerta de la cocina, mirando la escena con cara de asesino— y sonrió.

—Solucionado, no hablaré. ¿Ves como no hace falta usar la fuerza? Eres un bruto.

Él resopló, deshaciéndose el nudo de la corbata.

Se quedó quieto cuando ella le retiró las manos para ocuparse personalmente. Al parecer eso la ponía mucho.

Gruñó. No estaba muy confiado. Si de él hubiera dependido...

—¿Carlos? ¿Eres tú?

La voz vacilante de Benedetta, quien parecía que acababa de despertarse, los hizo separarse de golpe nuevamente.

Alessandra se escondió en la alacena.

Parecía que aquella noche no los iban a dejar en paz.

—Sí, acabo de llegar Benedetta. ¿Dónde está el señor Emilio? — replicó, intentando controlar en vano su mal genio.

—Menudas horas...Ha salido con el señor Baldassare y el señor Dante. Estarás hambriento, deja que te prepare algo de comer — le ofreció, con una sonrisa radiante.

Suavizó un poco su expresión.

—No hace falta, vete a dormir. Estoy bien...

—Vas cubierto de sangre, ¿qué has hecho?

Alessandra puso los ojos en blanco desde su escondite, fastidiada. Esa sirvienta se tomaba muchas confianzas con Carlos...

—Trabajo, Benedetta. Sabes que no hablo de los encargos del señor Emilio. Haz lo que tengas que hacer y déjate de preguntas mujer.

Se sentó en un taburete, echando una ojeada de reojo a Alessandra y haciéndole un gesto con la cabeza para que se fuera ahora que Benedetta estaba distraída entre los fogones.

Pero ella no quería irse y dejarlos a solas.

—Está bien, olvidé que no te gusta hablar de eso. ¿Qué te apetece? Puedo hacerte lo que quieras.

Alessandra abrió la boca ligeramente por la insinuación. Estaba molesta, ¿qué diablos le pasaba?

—Todo lo que tú cocinas me encanta, ya lo sabes. Haz lo que tengas a mano —contestó él, sin darse cuenta del doble sentido en sus palabras.

Al final no le quedó más remedio que irse, pues fue hasta allí y la sacó del brazo, instándola por gestos a marcharse, mientras Benedetta tarareaba una canción por lo bajo y sacaba la pasta.

Dedicándole una mirada asesina se fue, pasando de puntillas hasta que no hubo peligro. Aun antes de doblar la esquina echó una última ojeada para ver cómo la sirvienta le pedía que la ayudara a coger el bote de salsa de uno de los armarios. Sus dedos se rozaron.

Apretó los labios y salió de allí sin mirar atrás.

Si aquella noche iba a buscarla, lo mandaría al diablo.

—¿Te gusta? —Inquirió Benedetta, con una sonrisa de oreja a oreja al ver a Carlos devorando su plato como si no hubiera comido en días. Le

encantaba cocinar para él.

Si tan solo se diera cuenta de que la tenía loca desde el primer día que lo vio...

—Joder, claro. Ponme más...por favor —añadió al final, algo más suave.

Ella obedeció, entre risas.

—Comes como un animal — bromeó.

Él se encogió de hombros.

—Lo que soy.

—No digas eso —repuso, apenada. Odiaba cuando hablaba de ese modo de sí mismo.

Él bufó.

Entonces recordó algo.

—Oye, ha llegado una carta para ti. Mi padre me la dio y la he guardado para cuando regresaras —le comentó, sin poder disimular su curiosidad.

Esperaba que la abriera delante de ella, porque le había resultado muy difícil no echar un pequeño vistazo para saber quién le había escrito.

Carlos frunció el ceño, extrañado.

¿Quién podía escribirle a él?

—Dámela, ¿qué esperas? —Le salió un tono más brusco del que había pretendido, pero necesitaba saber quién era ya.

Algo no le daba buena espina.

—Aquí tienes.

Se la arrancó de las manos y rompió el sobre de malas formas.

La leyó a toda prisa.

Su mandíbula se contrajo a medida que procesaba el contenido del mensaje y sin darse cuenta la arrugó, de lo fuerte que estaba apretando los puños.

—¿Pasa algo? —Oyó que le preguntaba Benedetta, en medio de la ira que lo dominaba.

Se levantó con tanta violencia que la silla salió despedida hacia atrás y la sujetó por los hombros.

—¿Quién demonios te dio esta carta, Benedetta? —Exigió saber.

Ella tragó saliva, asustada ante lo descontrolado que parecía.

—Ya te lo he dicho, fue mi padre quien la recibió. Me dijo que se la dio el cartero. ¿Por qué te pones así?

La soltó y le dio la espalda, pasándose las manos por el pelo. Parecía tan tenso... como si estuviera a punto de explotar.

Nunca lo había visto así.

Empezaba a asustarse, algo debía ir realmente mal.

—¡Entonces tengo que hablar con tu padre ahora! —Gritó tanto que tuvo miedo de que despertara a todo el mundo.

—Shh, cálmate por Dios. Son las dos de la madrugada, Carlos. Seguro que puede esperar a mañana.

Intentó tranquilizarlo, pero la apartó de él. Ni siquiera la miraba.

—Mañana en cuanto despierte dile que venga a verme, es urgente ¿lo entiendes? ¡Que si lo entiendes! —Bramó, al ver que no le contestaba.

—Sí, sí lo entiendo pero tranquilízate y dime qué te pasa. A lo mejor te puedo ayudar.

—No puedes —casi gruñó—. Vete a la cama, ya se me pasará.

No quería irse y dejarlo así, pero no sabía qué otra cosa podía hacer.

—Me voy, pero sabes que cuentas conmigo. Si tienes un problema me gustaría estar a tu lado —confesó y antes de que pudiera decir nada lo besó en la mejilla.

Él no se movió ni dijo nada, se limitó a quedarse quieto hasta que se hubo marchado.

Su mente trabajaba a toda velocidad.

¿Cómo demonios lo había sabido?

¿Cómo había descubierto ese maldito que se hacía llamar *El asesino del carnaval* su secreto mejor guardado?

Como fuera, ahora más que nunca tenía que atrapar a ese hijo de puta costara lo que costase.

Pero primero hizo una llamada.

En México era por la mañana, así que esperaba que se lo cogiera. Tenía que hacerlo, joder.

Cuando estaba a punto de volverse loco, él descolgó.

Hubo unos segundos de silencio, hasta que al final su interlocutor dijo:

—¿Ha pasado algo, Carlos?

Suspiró. Se le oía bien.

—¿Estáis todos bien?

—Sí, ¿por qué? ¿Qué pasa? —Se le notaba preocupado.

Se pasó la mano por el mentón, colapsado.

Iba a matar a ese cabrón que se escondía detrás de un anónimo y una máscara.

—Nada, quería asegurarme. Cuidaos.

Y antes de que pudiera añadir nada más, colgó.

El corazón le latía a toda velocidad en el pecho.

El ruido de la puerta de entrada al cerrarse lo sobresaltó y tratando de componer su mejor mueca de indiferencia fue a ver.

Para encontrarse cara a cara con Dante.

Los dos se estudiaron fijamente.

—Vaya, vaya, tienes mala cara...cualquiera diría que has recibido una mala noticia, chico.

Ese tono...esa mirada de burla... ¿Era él?

La sangre le hervía en las venas.

Con la mano izquierda, desenfundó su Glock y avanzó hacia él.

Dante le sostenía la mirada con malicia. Quería pelea.

Pues bien, lo complacería. Si él estaba detrás de todo y se había atrevido a meterse con su familia, ni siquiera en el infierno podría esconderse de él.

Sin embargo, antes de que pudiera dejarse llevar por sus violentos impulsos, la presencia impetuosa de Emilio Santorini lo paralizó todo.

Respiraba con precipitación y en sus pupilas se leía la furia, mientras en su mano derecha sostenía una nota con el sello y la letra idéntica a la que había recibido él.

Tras unos minutos de suspense que amenazó con destrozarle los nervios, al fin el capo habló.

Y lo que dijo no le gustó para nada, aunque ya se lo esperaba.

—Nos hemos equivocado, Carlos.

Carlos quiso gritar de frustración, emprenderla a golpes con todo lo que se le pusiera por delante. Pero en lugar de eso, se obligó a mantener la sangre fría que se esperaba de él.

Si perdía los nervios solo estaría entrando en el juego de ese miserable. Y no. Era astuto, tenía que admitirlo.

No sabía cómo había logrado averiguar todo eso sobre él, cómo se las apañaba para adivinar cada uno de sus movimientos. Pero si pensaba que no iba a trincarlo y a acabar con él de la peor manera, era que no había hecho tan bien ese trabajo de investigación.

No tuvo tiempo de darle más vueltas a sus sangrientos pensamientos, porque la voz de Emilio hizo eco por toda la mansión, soltando blasfemias a diestro y siniestro.

—¿¡Cómo demonios es posible que hayamos caído en esa maldita trampa?! —Bramó el *Capo*, totalmente fuera de sí.

Dante y todos los hombres que lo acompañaban bajaron la cabeza, en una clara señal de respeto y sumisión. Por nada del mundo querían convertirse en el blanco de su ira.

Antes de que siguiera depurando responsabilidades, la puerta de entrada a la mansión se abrió con estrépito y un impetuoso Baldassare entró, visiblemente alterado. Al igual que su socio, parecía estar dándole vueltas a las consecuencias que sus temerarios actos podrían acarrearles a partir de aquel momento.

Sin embargo, ninguno de los dos se arrepentía.

En aquel momento, no tenían manera de saber si el esbirro mentía o no y preferían una y mil veces actuar y eliminar la posible amenaza, antes que no haber hecho nada y que después tuvieran que lamentarlo.

No habían construido aquel imperio con pasividad y contemplaciones.

No obstante, todo parecía indicar que aquello se estaba volviendo en su contra a pasos agigantados.

—Esto no es bueno Emilio —susurró Baldassare, como si le diera miedo que una especie de presencia maligna pululara por allí y los estuviera escuchando—. Tal vez sea hora de...

—¡No! —Rugió su interlocutor, tan agitado que llamó la atención de Carlos. Este, sin mutar el gesto ni un ápice, tomó buena nota de las expresiones y gestos de los dos hombres.

La tensión que emanaba de los dos hombres polarizaba la atención de todos los presentes, a los que enseguida el *Capo* despachó con un gesto impetuoso de la mano.

A todos, excepto a Dante y a Carlos.

Ambos permanecieron expectantes, a la espera de las órdenes que sabían que estaban por venir.

Emilio no podía parar quieto, se movía como un león enjaulado dando vueltas en círculos por la estancia mientras se pellizcaba el puente de la

nariz.

Baldassare tampoco estaba mucho mejor.

Tanto secretismo y actividad frenética amenazaban con acabar con la escasa paciencia que le quedaba a Carlos después de lo sucedido, pero sabía que debía obedecer y callar. Ese era su papel en aquella mansión. Nada más.

—Dante, mañana a primera hora reúne a todos los hombres en la entrada y suminístrales armas de la mejor calidad. Que no se despeguen de ellas ni un segundo del día, que vigilen las entradas y salidas noche y día sin descanso — ordenó, sin detenerse siquiera a tomar aliento—. Que nadie salga de esta puta mansión a menos que sea una maldita emergencia y que si alguien lo hace me informe en todo momento, además de ir con escolta a donde quiera que sea. Faltan diez días para que empiece el carnaval y nada ni nadie va a estropear la fiesta. ¿Queda entendido?

—Entendido señor —contestó el aludido, en su versión más servicial. No quería revolver más las aguas bravías.

—Bien. Porque si hubiera un solo error, tú serías el responsable directo. Y ya sabes que no te conviene hacerme enfadar, amigo.

A juzgar por la palidez en el rostro de Dante, lo sabía perfectamente. Hasta Carlos incluso se atrevió a apostar que ya había sufrido esas consecuencias en alguna que otra ocasión.

Interesante...

Dante se retiró discretamente, en un silencio sepulcral que solo agregó peso a la gravedad del asunto al que se enfrentaban.

Un asunto sin precedentes.

—Emilio —intervino entonces Baldassare—. La gente habla, ya sabes que es inevitable. Sabes a qué costo se venden los secretos y que las lealtades van y vienen —cuchicheó, olvidando en su desesperación que Carlos seguía allí presente. Este aprovechó para prestar oídos a lo que allí se decía. Su instinto le gritaba que era de vital importancia—. Lo que digo es que deberíamos quitarnos de encima ciertos estorbos que...

Calló de golpe, enmudecido por el gesto de silencio que le impuso su amigo. Y entendió, demasiado tarde...

—Carlos —tronó Emilio, autoritario como nunca—. Mañana a primera hora te quiero listo. Vas a ayudarnos a limpiar la inmundicia de las calles de Venecia — impuso, limpiando su arma casi de manera compulsiva.

Los ojos de Baldassare eran brasas que lo atravesaban. Parecía estar deseando hurgar en su cerebro para adivinar qué estaba pensando y Carlos se preguntó por enésima vez cuán grave era aquel secreto que con tanto celo guardaban, como para que reaccionaran con tanto temor e incertidumbre.

Inclinó la cabeza.

—Cualquiera que les moleste no verá la luz de un nuevo amanecer. Solo tiene que darme la orden —replicó, tan imperturbable como siempre.

Su mente, en cambio, iba a mil por hora. Y se juró no descansar hasta llegar al fondo de aquel asunto.

—Eres el mejor en lo tuyo. Y si algo he aprendido con los años es que los asuntos más delicados siempre hay que encargárselos a gente competente. ¿Sabes lo que se dice de los cabos sueltos? —No esperó a que respondiera, sino que él mismo terminó la frase—. Que es mejor no dejarlos. O se volverán en tu contra tarde o temprano.

—Estoy de acuerdo —confesó—. Solo dígame de qué se trata y me ocuparé de ello.

Los dos hombres intercambiaron sonrisas cómplices.

—Se trata de algo que debí hacer hace veinte años, hijo. Mañana te daré los detalles. Será mejor que descanses, te espera un día pesado.

—Como ordene.

Aunque se retiró como le habían dicho, su intención fue seguir escuchando entre las sombras.

Sin embargo, parecía que lo que fuera que se trajeran entre manos era tan delicado que los había vuelto precavidos. Demasiado para su gusto.

—Baldassare, amigo, acompáñame a dar un paseo, ¿quieres? —Oyó que decía Emilio, a lo que enseguida el aludido contestó.

—Por supuesto, me vendrá bien tomar el aire, créeme.

Maldijo por lo bajo en cuanto la puerta principal se cerró, en un arrebato de furia.

Seguirlos para tratar de escuchar a hurtadillas era demasiado arriesgado y no podía permitirse el lujo de que lo descubrieran.

No quedaba de otra, debía esperar su momento.

O también, podía tratar de buscar esa información por otros medios.

Sus pasos lo guiaron hasta la habitación de Alessandra y, tras cerciorarse de que no había nadie merodeando por el pasillo –algo lógico pues teniendo en cuenta lo tardío de la hora, todo el mundo debía de estar durmiendo– se coló dentro.

Ella dormía plácidamente, con el largo pelo descansando sobre la almohada y un ligero camisón de seda blanco que apenas podía esconder el esplendor de sus curvas mareantes.

Solo con mirarla su entrepierna cobró vida propia y ansió despertarla para culminar lo que no habían podido zanjar en la cocina.

Pero no hizo falta. Porque ella solita abrió los ojos al sentir su presencia.

Mierda.

Lo único que quería era acceder a su ordenador. Sabía que ella era la contable de la empresa que había fundado su abuelo – el padre de Baldassare Grimaldi –y allí podía encontrar información muy valiosa, como

por ejemplo una lista completa de los socios de su padre— y, por ende, de Emilio.

Claro que eso, tratándose de esa italiana explosiva, habría sido demasiado fácil. No le iba a quedar de otra que armarse de paciencia.

—¡Cazzo! —Chilló ella, incorporándose por el sobresalto y encarándolo. Estaba enrojecida y su rostro arrebolado a escasos centímetros de distancia se la puso dura al instante. Joder, quería tumbarla en esa cama y follarla sin importarle que cualquiera pudiese descubrirlos—. ¿Estás loco? ¿Qué haces en mi habitación? —Le recriminó, alzando la mano para golpearlo por asustarla.

La detuvo sin esfuerzo y chasqueó con la lengua.

—Tienes la mano muy larga, ¿te lo habían dicho alguna vez?

—¡Y tú eres un atrevido! —Espetó, enfurecida.

Él sonrió. Le encantaba hacerla enfadar. Se ponía salvaje, como a él le gustaba.

—Otros me llamarían suicida. Pero no he venido a discutir contigo sobre mis defectos, la lista es larga, muñeca —puntualizó, sin perder la sonrisa.

—No me importa a qué hayas venido. Lárgate, ahora —ordenó, con firmeza.

Frunció el ceño.

Hasta que lo entendió todo.

—No te pega estar celosa.

La ira que destelló en sus pupilas lo divirtió sobremanera.

—¿Por qué habría de estar celosa, si para mí no eres más que un mero pasatiempo, Carlos? No te tomes atribuciones que no te corresponden o haré que lo lamentos —amenazó.

No pudo reprimir una carcajada.

—Haz lo que quieras. A estas alturas ya deberías saber que no le temo a nada. Si no, no estaría aquí.

Su sinceridad pareció descolocarla por unos momentos. Hasta que se repuso, colocándose la máscara de indiferencia.

Era buena, pero estaba ante el mejor.

—Entonces di de una buena vez lo que sea que te haya traído aquí y luego márchate, porque esta vez no estoy de humor para dejar que me folles.

Estaba tan a la defensiva...

Realmente era muy divertida. Decía no estar celosa, pero actuaba como tal.

Sin embargo, la rabia que emanaba de ella decía que era un mal momento para intentar sonsacarle.

Debía esperar a que se calmara.

Alessandra Grimaldi podía ser peligrosa si no la manejaba con cuidado.

Era una mujer con demasiado carácter y orgullo. Si se sentía despechada...las cosas podían complicarse para él.

—Puede que solo quisiera darte las buenas noches. Ya sabes, por el buen rato que hemos pasado antes —bromeó.

—Ve y dáselas a Benedetta. A mí no me gustan esas cursilerías —espetó, gélida.

—Deja que te dé lo que te gusta entonces —replicó, perdiendo la paciencia.

Con movimientos veloces, la aferró por las caderas hasta romper la distancia que los separaba y, con una mano en su nuca y otra en la parte baja de su cintura, introdujo su lengua en la de ella con tal salvajismo e intensidad que Alessandra no pudo ahogar a tiempo un gemido en su boca.

Igual de brusca, le echó los brazos al cuello y le mordió el labio inferior con tanta fuerza que el sabor de la sangre lo inundó todo.

Pero eso solo lo excitó más.

Tanto como alimentó más la furia de ella. Quería desquitarse y ni siquiera entendía por qué. Estaba siendo irracional. Esa no era ella.

¿Qué más daba que tonteara con Benedetta? Incluso que se acostara con ella si le daba la gana.

No entendía por qué la volvía tan loca imaginarlo.

Gruñó cuando se separó de ella y la sujetó por las muñecas para contenerla, situándose encima y aprisionando su cuerpo.

—Tranquila, fiera —se burló, sin dejar de sujetarla para aplacar sus intensos forcejeos.

El maldito la provocaba a propósito, echando más leña al fuego que la estaba abrasando por dentro.

Se debatió, insultándolo en italiano como una posesa. Si su madre la hubiera oído hablar así, le habría dado algo.

Pero ella siempre había sido indomable; imposible de controlar.

Algo que tenía en común con Carlos.

—Si no estás celosa porque soy solo un entretenimiento, ¿por qué te enfurece de ese modo pensar que pudiera acostarme con Benedetta? ¿eh?

Gruñó, luchando con él con todo su ímpetu.

Tenía razón. Estaba celosa. Tanto que la cordura la había abandonado, se sentía fuera de sí como nunca antes.

Quería morderlo, arañarlo, marcarlo y poseerlo de mil maneras distintas.

Jamás se había sentido así con ningún hombre. Y eso la frustraba muchísimo.

—Vete —ordenó, controlando apenas el tono.

—¿Es eso lo que quieres de verdad? Porque si me voy ahora no volveré a rogarte hasta que seas tú quien me busque — replicó, déspota y orgulloso. Tanto como ella.

Se retaron con la mirada de tal modo que saltaban chispas en esa habitación. Él todavía la tenía sujeta.

—Eso jamás pasará. Suéltame y quítate de encima o no respondo — advirtió.

Él obedeció, levantando las manos y diciendo, con el tono rebosante de sarcasmo:

—Como ordene la señorita.

—¡Imbécil! —Le tiró una almohada, que esquivó sin grandes dificultades.

Un brillo peligroso refulgió en su mirada y volvió a inclinarse sobre ella en la cama. Alessandra alzó el mentón con altivez, haciéndole saber que no

la intimidaba.

—Yo sí que espero que folles con Bruno, o con cualquier otro, para que te des cuenta de que ningún otro es capaz de volverte loca de placer como lo hago yo —soltó, con una arrogancia que sacó de sus casillas a Alessandra. Le molestaba profundamente lo iguales que eran.

—Eres un hijo de puta —lo insultó, llevada por la rabia.

El semblante de Carlos se ensombreció por un segundo antes de contestar.

—Sí, lo soy. Pero eso no le resta verdad a mis palabras, aunque se muera de rabia.

Y con eso, la soltó, alejándose de ella.

Ya estaba a punto de marcharse, pero la voz de Alessandra lo detuvo.

—Siento haberte llamado así, aunque seas un cabrón no ha estado bien —tuvo que reconocer, recordando aquello que le había dicho hacía unas horas sobre cómo se había criado solo en un orfanato porque le habían abandonado siendo un bebé.

Muy despacio él se giró.

—¿Ahora te vas a poner sentimental? Prefiero cuando intentas golpearme para ocultar cuánto te excito —soltó, con esa sinceridad implacable que poseía. Parecía odiar que le tuvieran empatía y eso la desconcertaba. Puso los ojos en blanco, pero tuvo que reír a su pesar. Era

cierto—. Además no tienes que disculparte por decir la verdad. Yo no escondo lo que soy.

No supo qué contestar a eso, así que permaneció callada aguantándole la mirada hasta que se marchó.

Mucho tiempo después de haberse quedado sola en su cuarto, la respiración de Alessandra seguía alterada.

Se sentía extraña...

Había hecho lo correcto. Y sin embargo, un sabor agridulce en la boca del estómago le impedía conciliar el sueño. Porque sabía que Carlos tenía razón.

Al menos, se dijo a sí misma que estaba bien que esa locura se hubiera terminado, pues Bruno y Marcello ya los habían descubierto y de seguir así, solo habría sido cuestión de tiempo que los demás también lo hicieran.

Y pese a todo, lo último que ella quería era que mataran a Carlos.

Era egoísta. Lo quería solo para ella.

Y se convenció de que algún día lo tendría. Pero, por el momento, debía esperar.

—Me cago en la bendita Alessandra de los cojones —se desahogó Carlos, una vez a solas en el exterior.

Había salido a fumarse un cigarro para calmar sus nervios... y su jodida erección.

La italiana sabía cómo calentarlo. Estuvo a punto de perder la cabeza ante sus palabras, pero sabía que había hecho lo correcto.

No mentía.

Iba a esperar a que ella acudiera a él. Aunque tuviera que masturbarse a cada segundo de cada día para aplacar el anhelo de su cuerpo desnudo cabalgando sobre él.

Estaba volviéndose cada vez más loco, lo sabía.

Pero le importaba una mierda.

El peligro siempre lo había excitado. Y aquel juego clandestino lo estimulaba muchísimo.

Tiró la colilla a un lado —sin haberse relajado una mierda— y se dispuso a encenderse otro, cuando sintió una presencia tras de sí y se giró a la velocidad del rayo, quitando el seguro de su arma.

Esperó encontrarse con cualquiera menos con Donna Testa Di Santorini, ahí de pie frente a él, sonriéndole como si no le estuviera apuntando justo a la cabeza.

De inmediato bajó su arma.

—Señora, perdóneme. Me ha tomado por sorpresa —se disculpó.

Ahora no contento con tirarse a la ahijada del *Capo*, también había estado a punto de volarle los sesos a su mujer. Se preguntó qué demonios estaba pasando con él.

—No te preocupes, está bien que seas precavido —le restó importancia ella—. ¿Puedo pedirte uno? —Inquirió, refiriéndose al cigarro.

Asintió y le tendió uno, encendiéndolo para ella.

Se preguntó qué demonios quería de él, porque estaba claro que no había ido a buscarlo solo para fumar.

Su instinto le decía que lo que fuera no iba a gustarle nada.

Y no se equivocaba.

—No quiero que me malinterprete, pero me gustaría saber qué quiere. Imagino que no ha salido de la cama a las tres de la mañana solo para compartir un cigarro conmigo.

Fue directo al grano. Odiaba a la gente que se iba por las ramas.

La señora de Santorini le sonrió con aprobación.

—Me gustas, Carlos. Eres directo y bastante atrevido. Eso no es usual entre los hombres de Emilio. Dime, ¿cuántos años tienes?

—Veinticuatro —respondió, impaciente.

No le gustaba que le hicieran preguntas personales.

—Eres muy joven. Pero pareces ser el mejor en lo tuyo. Al menos es lo que no para de repetir mi marido. Por eso he acudido a ti, necesito un favor.

Al fin empezaban a entrar en materia.

Carlos asintió, haciéndole saber que la escuchaba.

¿Por qué acudía siempre a él la gente como Donna, si no era para pedirle favores?

Estaba acostumbrado a limpiar la mierda de los demás.

Casi que no había hecho otra cosa desde que nació.

Sonrió, con amargura.

La vida solo era agradable para los poderosos. Aquellos que no tenían que preocuparse más que por lo que iban a tener que ponerse a diario, o por supervisar los eventos que tuvieran que organizar de cara a la sociedad.

Los odiaba en secreto.

—Eres inteligente, me he dado cuenta de cómo estás alerta ante todo lo que te rodea. Ya te habrás dado cuenta de que Emilio y Baldassare esconden algo relacionado con lo que ha estado pasando últimamente. Un

secreto— explicó. Él asintió, preguntándose adónde querría ir a parar—. Verás, si acudo a ti es porque estoy desesperada, te lo aseguro. Mi marido no me cuenta nada, nunca lo ha hecho. Las mujeres no pueden involucrarse en los negocios—. Había amargura en su voz cuando repitió aquellas palabras que tantas veces le habían sido dichas a lo largo de su matrimonio.

—Continúe.

—Por eso quiero que averigües cuál es ese secreto y cuando lo hagas, quiero que me lo cuentes sin dejarte ni un solo detalle, ¿de acuerdo? Necesito saber quién demonios quiere hundirnos y por qué. Y eres el único que puede ayudarme, Carlos. ¿Me harías ese favor? —Casi le estaba suplicando. Se la veía realmente desesperada. Hasta le cogió las manos entre las suyas.

Le daba algo de pena esa mujer. Pero no podía traicionar a su jefe.

—La entiendo señora —dijo. Y era verdad—. Pero yo no soy un chivato, lo siento.

Se soltó de su agarre y se dio la vuelta para volver dentro. Pero una mano se enroscó en torno a su brazo con fuerza y se volvió, tenso como el arco de un violín.

Si volvía a tocarlo...

—Espera. Nadie se tiene por qué enterar. Todos tenemos secretos que preferimos mantener bajo llave, ¿verdad?

Lo soltó.

Pero, joder, esa insinuación que acababa de hacerle...

Se cruzó de brazos, encarándola.

Estaba comenzando a cabrearlo.

—¿Qué quiere decir con eso?

Donna sonrió. Aunque fue un gesto un tanto triste, como si él no le hubiera dado otra opción.

—No quería llegar a esto, pero me has obligado. He visto cómo salías del cuarto de Alessandra, hace un rato. ¿Qué crees que diría mi buen amigo Baldassare si fuera ahora mismo a contárselo?

Era una amenaza en toda regla.

La miró a los ojos y vio a una mujer tan desesperada y acorralada por la vida que no tenía nada que perder. Y de verdad la entendía, pero esa mujer jugaba con fuego al amenazarlo así.

Controló su ira a duras penas cuando respondió, con toda la calma de que fue capaz.

—Soy su guardaespaldas, solo me aseguraba de cuidar que no le pasara nada.

Estaba siendo cínico, pero no podía contenerse.

—Claro. Pero ya sabes lo protectores que son los hombres en esta familia. ¿Quieres que lo comprobemos? ¿O prefieres ayudarme? No seas tonto, *ragazzo*, y piénsalo bien.

Y con esas últimas palabras, tras acariciarle el mentón, se alejó de allí sin mirar atrás. Él se quedó estático, temblando de furia.

Estaba claro que aquella noche no iba a poder dormir. Las cosas se habían complicado.

Si había algo que molestaba sumamente a Carlos era que alguien más lo acompañara a hacer un trabajo.

Le gustaba matar como le apeteciera, sin tener que preocuparse por terceros.

Y Mauro era un grano en el trasero.

Maldijo en silencio una vez más la hora en que a Emilio se le ocurrió pedirle que lo llevara con él para que “se fuera acostumbrando”.

Y había hecho de todo excepto acostumbrarse. De hecho, estaba tan impresionado que Carlos temía que fuera a desmayarse en cualquier momento.

Y eso que apenas se había puesto creativo...

Para colmo, su molesta presencia le había impedido interrogar a ese testigo incómodo tal y como le hubiera gustado.

Y por si eso fuera poco, la maldita Alessandra y su orgullo desmedido tampoco le estaban poniendo las cosas fáciles.

Había tenido que masturbarse varias veces para saciar las ganas que tenía de follarla.

Estaba que echaba humo.

Solo podía desahogarse matando. Y ni eso le dejaban hacer a gusto.

—Carlos...creo que ya le has torturado lo suficiente. Deberías matarlo ya, ¿no crees? —Tragó saliva ante la mirada asesina que le dedicó.

—¿Torturarlo? Solo estamos teniendo una pequeña charla, ¿Verdad señor Florenzi? —Inquirió, inclinándose sobre el hombre ensangrentado que hacía sonidos apenas inteligibles a través de la tela de la mordaza que le había colocado en la boca.

Al principio se había negado a hablar. Así que no le había quedado más remedio que convencerlo de que lo hiciera.

Mauro estaba demasiado verde. Y eso le molestaba.

—¿Cómo dice? Veamos, voy a quitarle la cinta...a ver si está un poco más comunicativo —dijo para sí, disfrutando de aquel momento.

Matar estaba bien, pero nada como el juego previo.

—Le juro que no sé nada. ¡No he hablado con nadie! — Exclamó el hombre, desesperado.

Los cortes que le había infligido en los brazos y el abdomen hacían que un reguero de sangre escandalosa se filtrara hasta el suelo. Misma que fue a parar a las botas negras de Carlos, quien lo miró con furia.

—¿Seguro? He leído los periódicos de hace veinte años, señor Florenzi —Empezó a decir, dando lentos círculos a su alrededor. Una clara manera de infundir temor. De soslayo, vio a Mauro darse la vuelta para no

tener que presenciar aquella escena y puso los ojos en blanco, pero no dejó que lo distrajera de su objetivo—. Iba usted acompañado de una mujer. Su novia, ¿no? ¿Dónde está ella? —Demandó, empezando a perder la paciencia.

No podía matarlo sin haberle sacado antes toda la información. El señor Emilio había sido muy claro al respecto.

En los ojos de su víctima leyó como un libro abierto el caleidoscopio de emociones que lo dominaba. Y supo que ocultaba algo.

Por eso tenía que morir.

—En Nápoles, se marchó hace años con mi hija. Ella y yo tuvimos problemas...—Confesó, apesadumbrado tan solo de recordarlo.

Carlos asintió.

—Bien, eso las saca de la ecuación. Te llevarás el secreto a la tumba, ¿no es así?

—Por favor — suplicó—. No hablaré con nadie, lo juro...

—Lo siento, órdenes son órdenes —replicó, indolente, antes de apretar el gatillo y dispararle una bala justo entre las cejas.

Apenas unos segundos después, su cuerpo yacía inerte sobre la alfombra.

Un trabajo perfecto.

—Mauro, haz algo útil y ayúdame a cargar con el cuerpo — lo instó, molesto por tener que cargar con el chico.

Este se volvió, aprensivo al contemplar el cadáver.

—¿Era necesario matarlo? Ha dicho que no diría nada, parecía bastante convencido...

—Tienes mucho que aprender. ¿Sabes que ese hombre estaba endeudado hasta las pestañas por culpa del juego? Habría vendido hasta sus secretos más oscuros con tal de que le dejaran seguir apostando. Por eso su mujer lo dejó y se llevó a su hija — refutó, buscando darle una lección. Tenía que despertar de una maldita vez—. De lo contrario el *Capo* no habría ordenado su liquidación, aprende que en esta vida no hay que tener escrúpulos. O te comen vivo, ahora haz lo que te digo antes de que me cabree de verdad.

—Vale, lo que tú digas...—Obedeció, avergonzado.

Se había dado cuenta de que tenía razón. A veces era demasiado ingenuo y no veía la maldad que había en el mundo.

Tenía que espabilar y hacerse un hombre si quería que lo tomaran en serio. Y Carlos podía ser su modelo a seguir.

—Venga, luego me esperas en el coche. Creo que con esto vas a tener bastante acción por hoy — le dijo, algo más suave.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Inquirió entonces, cuando trasportaban el cuerpo en una bolsa de plástico por el rellano para meterlo en la furgoneta. Luego lo quemarían en un descampado a las afueras.

—Técnicamente ya la has hecho, así que dispara — replicó, seco.

—¿A qué edad empezaste a matar?

Él le dirigió una mirada de sorpresa, antes de contestar.

—A los catorce.

Tragó saliva. Le daba miedo preguntar, pero al mismo tiempo la curiosidad lo carcomía.

—¿Quién era?

Contrariamente a lo que había supuesto, el joven sicario sonrió.

—Esa es una larga historia que ya te contaré otro día, ahora a trabajar.

Le dio una palmada en la espalda en un gesto cercano que le sorprendió.

Al final se animó a devolvérselo.

No quería pensar en que estaba a punto de deshacerse de un cadáver como quien sacaba la basura cada noche.

Definitivamente, su vida había dado un giro radical en las últimas semanas.

Solo esperaba estar a la altura.

—Padre, padre...se suponía que yo no tenía que estar aquí, que usted debería seguir con sus penitencias y sus sermones como si nada, pero los dos sabemos que eso no puede ser. Ha visto y oído demasiado.

Sentado en una silla frente al pobre sacerdote maniatado y amordazado en el sofá de su propia casa, Carlos decidió que le apetecía confesarse.

Total, ese hombre tenía las horas contadas.

El misterioso anónimo siempre iba un paso por delante de ellos y no podían arriesgarse a que le sacara la verdad de lo sucedido antes de que ellos se ocuparan del asunto.

A fin de cuentas, los Lombardi tenían muchos aliados en el continente y lo último que les convenía en aquel momento era que se desatara una guerra abierta entre clanes. Habían sido muchos años de paz como para tirarlos por la borda ahora por culpa de un estúpido maníaco que era demasiado cobarde como para dar la cara.

Había dejado a Mauro esperando en el coche. El pobre ya había tenido bastantes emociones fuertes después de la hazaña que le había tocado realizar.

Tenía que decir que había aguantado el tipo mejor de lo que esperaba. Eso estaba bien.

—¿Tiene prisa por morir? —Inquirió, muy serio. El hombre negó con la cabeza, aterrorizado ante la impasible conducta de aquel frío asesino —. Bien, entonces nada le cuesta dejar que me confiese.

Sin perder el semblante inmutable y con una sangre fría casi inhumana, tomó asiento justo frente al pobre hombre —que se debatía contra sus ataduras con las pocas fuerzas que tenía en un fútil intento por evitar el trágico destino que le aguardaba— y se acomodó a horcajadas sobre la silla de madera coja que había tomado prestada de un rincón.

Al final, el buen hombre se resignó a escucharlo y asintió dócilmente, pensando que le convenía hacerlo perder el tiempo con la esperanza de que alguien acudiera en su auxilio.

Carlos podía leer perfectamente sus intenciones y sonrió. Le gustaba cuando sus víctimas se aferraban a la vida, cuando peleaban.

Morir luchando era mucho mejor que vivir toda una vida como un cobarde. Al menos esa era su filosofía.

Por eso tenía que admitir que, aunque le fastidiara, ese viejo le caía bien. Así que empezó a hablar sin darle demasiadas vueltas, solo necesitaba sacarlo aunque fuera una vez...deshacerse de toda la mierda que llevaba dentro.

—Tenía catorce años la primera vez que maté a alguien — relató, con la mirada perdida en sus recuerdos más oscuros—. Acababa de escaparme de un reformatorio y estaba hecho mierda, físicamente sí, pero sobre todo tocado de aquí. —Se señaló la sien haciendo clásico gesto de locura, antes de seguir hablando—: Así que no tenía dónde dormir y pasé varias noches en la calle. Una de esas veces un grupo de chavales algo mayores vinieron a quitarme algo de comida que había conseguido. Forcejeamos, los vencí a todos. Pero uno de ellos...me atacó por la espalda

y me defendí, no controlé mi fuerza y acabó abriéndose la cabeza en el suelo.

Hizo una pausa breve. Hacía mucho que no recordaba aquella escena, pero el rostro del chico seguía grabado a fuego en su mente y sabía que jamás desaparecería.

No se sentía culpable, solo no podía olvidar la primera vez que se manchó las manos.

—Los demás salieron corriendo, claro. Aquella vez fue la más dura. Apenas pude reaccionar antes de que vinieran a por mí para encerrarme de nuevo. Después me acostumbré a aquello. Yo fui parte de una pandilla, ¿sabe? Ese tipo de cosas... las hacía día tras día. Matar, dar palizas, quemar coches, enfrentarme a la policía, vender coca...todo lo malo que pueda imaginarse, padre. ¿Quiere saber cómo me convertí en asesino a sueldo? —Inquirió, retóricamente, pues ni siquiera esperó a que el pobre desdichado asintiera para seguir su relato.

—Pues fue cuando toqué fondo. Estaba perdido y solo, lo único que me movía era la ira y fui causando el caos de un lado a otro. Hasta que alguien me tendió la mano y me enseñó todo lo que sé ahora. Fui preparándome, haciendo varios trabajos, hasta que estuve preparado para entrar en la mafia como escolta de los Santorini. —De súbito, se puso en pie y se agachó hasta quedar frente a frente con el sacerdote, que negaba y se removía, presa del pánico al pensar que iba a hacerle daño—. Relájese, todavía no he terminado joder, escuche. Me pusieron a prueba. Tuve que escalar desde abajo. Maté a tanta escoria que ya ni siquiera llevo la cuenta. Hasta que demostré que tengo los cojones para esto. Y ahora mire dónde estoy...al lado del *Capo* de la cúpula veneciana. Míreme. —Lo obligó a hacerlo, levantándole el mentón hasta que hicieron contacto visual—. He matado, he despedazo, quemado, torturado, robado, dado palizas y masacrado sin piedad a tantas personas que ni siquiera me acuerdo. ¿Cree que tengo perdón? Contesté —Exigió, impaciente.

Entre temblores, el anciano tartamudeó.

—Si...si te arrepientes...no es tarde. Dios es misericordioso...te acogerá...

—Ese es el problema padre, que no me arrepiento — contestó, impasible.

No podía negar su naturaleza. Solo le intrigaba saber hasta dónde llegaba la piedad de ese Dios y sus representantes en la tierra por la gente como él.

—Has tenido una vida dura por lo que me has contado...— Atinó a decir, tratando de entenderlo. Carlos rio. Y lo que no le había contado, que era la parte más jodida—. No puedo justificar tus acciones pero...no soy quién para juzgarte. Así que...te perdono, hijo — aseguró.

Y a pesar del miedo, no había nada en su gesto que indicara que mentía para salvar el pellejo.

Aquello sorprendió a Carlos. Asintió, rascándose el mentón.

—Joder, me cae bien viejo. Voy a ser rápido, ¿vale? No se va a enterar de nada. Apenas un chasquido de mi dedo —sacó su pistola y presionó el gatillo—. Y estará en el otro barrio, podrá descansar.

Ya no había rastro de resistencia en el hombre, solo resignación.

—Haz lo que tengas que hacer...será la voluntad de Dios —dijo, cerrando los ojos y esbozando una beatífica sonrisa.

—Salúdele de mi parte, entonces —fue su respuesta, antes de apretar el gatillo sin vacilar y que una bala limpia le atravesara la frente.

Él siempre cumplía las órdenes que le encomendaban. No sentía remordimientos por sus víctimas. Y jamás dudaba. Por eso era el mejor, porque sus sentimientos no interferían en su trabajo.

Había visto a los mejores fracasar en aquella vida, por haberse dejado llevar por sus emociones. El amor solía ser lo más común. Varios de sus compañeros habían sucumbido.

Quizá fueran afortunados, no lo sabía. Solo...era incapaz de sentirlo. Y estaba bien así. La gente se empeñaba en cambiarlo, en hacerle “humano”. Pero la humanidad conllevaba debilidades. Aquello no iba con él.

Lo máximo que podía tener era un poco de diversión. Alessandra estaba resultando más interesante de lo que había imaginado.

Pero hasta ahí.

Con eficacia, guardó su nueve milímetros y, tras echar un vistazo a profundidad por las ventanas y cerciorarse con Mauro —que seguía vigilando fuera— que no había nadie merodeando por las callejuelas de *vía Encarnazione* a aquella hora de la madrugada, se puso los guantes y se dispuso a cargar con el cuerpo para deshacerse de él como hiciera con el anterior.

Sin embargo, aquella vez algo lo detuvo.

Una sombra, sigilosa y furtiva, acechando desde el callejón aledaño.

En cuanto la vio, abandonó el cadáver y echó a correr tras él reaccionando con una gran rapidez de reflejos que tomó por sorpresa a la figura, quien espiaba a Mauro aprovechando que este estaba distraído con su móvil.

Disparó una única vez, acertándole de lleno en un costado.

Solo cuando se volvió para encararlo desde el otro lado del umbrío callejón apenas iluminado por el haz mareante de una farola semifundida, Carlos pudo percibir que quienquiera que fuera, llevaba un ridículo disfraz de arlequín, por lo que su rostro permanecía oculto tras la máscara, que esgrimía una sonrisa diabólica.

Con la adrenalina a flor de piel, se preparó para efectuar un segundo disparo.

Sin embargo, algo en la actitud de ese tipo no le cuadraba. Y es que, en lugar de salir huyendo, se quedó ahí quieto mirándolo fijamente a través de las siniestras rendijas de su máscara.

Entonces se dio cuenta.

¡Llevaba un chaleco antibalas debajo del traje!

Apenas un segundo después de completar ese razonamiento, se protegió tras un pilar. Fue lo único que evitó que la bala le atravesara la cabeza.

Era tan rápido que ni siquiera lo había visto sacar el arma.

Con la respiración acelerada, cargó su automática y se preparó para abrir fuego a bocajarro.

Pero, tal y como había imaginado, cuando asomó la cabeza con cautela, allí ya no había nadie.

Mauro, quien debía de haberse percatado de lo que pasaba y tomado la decisión de protegerse en la seguridad del coche, bajó la ventanilla entonces para indicarle que se apresurara a cargar con el cuerpo para que pudieran largarse.

Él, en cambio, tenía otros planes.

—¡Carga el cuerpo en el maletero, luego espérame en el coche y si algún hijo de puta vestido de payaso se acerca quiero que le vuelles los sesos! Lleva chaleco antibalas —gritó, antes de echar a correr por los callejones en pos del asesino disfrazado.

Algo se le estaba escapando. Y se prometió que antes de acabar con ese bastardo le iba a sacar la verdad como fuera.

La oscuridad de altas horas de la madrugada era la aliada perfecta para permitirle desplazarse por las plazas y callejuelas como una sombra de la muerte.

Él era veloz, pero por desgracia el tipo al que perseguía también. Joder, cómo ansiaba trincarlo y ponerle las manos encima... le tenía reservada la peor de las muertes.

Apenas era un borrón oscuro de tan rápido como corría. Y pronto, pudo divisar el bajo de una capa negra de terciopelo atravesar un callejón en penumbra como un murciélago en su hábitat natural.

El influjo de los faroles de la calle ayudó a que no le perdiera la pista y pronto le hubo dado alcance.

—¡Levanta las putas manos y no te muevas o te vuelo la tapa de los sesos! —bramó, empleando toda su fuerza de voluntad para no matarlo ahí mismo. Debía recordarse que el jefe le había ordenado capturarlo vivo o él sufriría las consecuencias.

Tenía que hacer lo que peor se le daba: contenerse.

La figura obedeció.

El juego de claroscuros producto de la luna creciente que empezaba a asomarse entre los edificios ofrecía una imagen inquietante y digna de una estampa de terror.

Pero Carlos no tenía miedo. Era una palabra que no existía en su vocabulario. Él, que se había enfrentado a monstruos de carne y hueso y los había vencido, no se iba a asustar por un perturbado con un patético disfraz de carnaval.

—Agáchate y pon las manos detrás de la espalda. No estoy jugando —ordenó, apretando los dientes tanto que estos chirriaron. Como tardara un segundo más...

Lentamente, con una calma y sigilo asombrosos, se fue girando muy despacio sin bajar las manos.

—¡Que te echas al suelo joder, o te coso a tiros! —Rugió, descontrolándose.

No obedeció.

Y solo cuando la luna ya estuvo sobre sus cabezas es que Carlos pudo discernir el motivo. Un mando pequeño asomaba entre los dedos de una mano enguantada; la derecha.

Una risa que le habría dado escalofríos a cualquiera, excepto a él.

Y entonces apretó el botón.

Una explosión hizo eco desde el otro lado de la calle, donde estaba aparcado el coche y Carlos gritó.

Mauro.

El ruido de un objeto pesado al golpear el pavimento.

Todo se llenó de humo espeso y envolvente.

La ira lo cegó y vació el cargador, entre gritos. Los casquillos de las balas atravesaron las paredes.

Se frotó los ojos. No veía nada.

El muy hijo de perra lo había cegado con gas.

Todavía con el subidón de adrenalina en el cuerpo, recorrió hasta el final de la calle, disparando aun sin ver.

Pero sabía que era inútil. Ya había desaparecido.

La persona que había hecho aquello conocía muy bien cómo debía jugar sus cartas. Por tanto, sabía de sobra con quiénes estaba tratando.

Volvió a toda prisa, deseando que no fuera demasiado tarde para el chico. Aunque si estaba dentro del coche, dudaba que hubiera sobrevivido...

Lenguas de fuego lamían la carrocería con fiereza. Cientos de pedazos habían volado por los aires. Ya se veía a varias caras asomadas al balcón, algunos con el teléfono en la mano.

Mierda.

La policía no tardaría en llegar.

Todo se había complicado, otra vez.

La sangre le hervía. Las ganas de matar lo volvían loco. Iba a acabar con ese cabrón, costara lo que costara.

Muy despacio, se acercó al coche. Necesitaba comprobar si el cuerpo de Mauro estaba en el asiento del copiloto o no.

Desde los balcones le gritaron que no se aproximara, que era demasiado peligroso.

Se limitó a ignorarlos pegando varios tiros al aire. Estaba harto de tanto curioso.

Estaban tratando con el peligro en persona y ya era hora de que se enteraran. Lo mejor que podían hacer era volver a sus vidas mediocres.

Una mano se posó en su hombro de súbito y por instinto, agarró del cuello a quien fuera y lo acorraló contra la pared.

Hasta que una chispa de reconocimiento lo invadió y aflojó de inmediato al percatarse de que un familiar rostro embadurnado de hollín lo miraba, boqueando y rodeándole las muñecas para bloquear el ataque.

Era Mauro.

—Te has librado de volar en pedazos y vas y casi haces que te mate yo. Muy bien, chico. Vas ganando puntos — soltó, ácido.

Aunque, en el fondo, se alegraba de verlo vivo. Pero no pensaba admitirlo ni aunque le cuadruplicaran el sueldo. Ni siquiera si Alessandra acudía a suplicarle que tuvieran sexo salvaje aquella noche a cambio de hacerlo.

Bueno, si era así...

Nah, ni por esas.

Mauro tosió, mientras se alejaban de allí, dando por perdido el cadáver del infortunado sacerdote. Ya no quedaba nada que salvar.

De todos modos, habían cumplido su objetivo, que era liquidarlo. Por los *carabinieri* no era había que preocuparse; Emilio los tenía comiendo de su mano.

En cambio, ese jodido arlequín...había estado a punto de salirse con la suya.

«Un día te trincaré: sin máscaras, sin gas, sin bombas y sin gilipolleces. Solo tú y yo, hijo de perra», se prometió.

—Joder, pensé que no lo contaba. Apenas me dio tiempo a salir del coche. La fuerza de la explosión me hizo golpearme la cabeza —explicó, mostrándole una pequeña herida en la parte posterior de su cabeza, desde la que se filtraba algo de sangre.

—Nada que unos puntos no puedan solucionar. Bienvenido a la mafia, chico —le quitó hierro al asunto Carlos. Más le valía acostumbrarse si quería formar parte de aquella vida.

—¿Cuántos años tienes? Siempre me llamas chico pero no eres mucho mayor que yo. Para mí que disfrutas dando órdenes — se quejó, medio en broma; medio en serio.

El aludido no pudo evitar sonreír.

—Tengo veinticuatro. Seis más que tú. Y te acabo de salvar el culo, así que cierra la boca.

Mauro enarcó las cejas, antes de replicar, entre toses.

—Si por ti hubiera sido ya estaría calcinado a estas alturas, no te des aires. ¿Se te ha escapado? —Metió el dedo en la llaga sin quererlo.

—Calla o yo mismo te mato.

Ninguno de los dos añadió nada más mientras dejaban atrás aquel callejón, justo a tiempo para librarse de prestar declaración a los agentes que no tardaron en presentarse a escena, seguidos de los bomberos, quienes sofocaron el fuego.

Y allí, al amparo del portal de una casa abandonada que lo protegía de miradas inquisitivas, la figura que se ocultaba bajo aquel disfraz de arlequín observaba con orgullo el pequeño espectáculo que había causado.

Por el momento, solo estaba jugando con ellos. Pero muy pronto iba a enseñarles de lo que era capaz.

El verdadero espectáculo estaba a punto de comenzar.

Y todos caerían en su trampa, sucumbirían en su juego mortal. Porque aquel carnaval iba a estar teñido de carmesí, lo juraba *por la sangre*.

Llevaban sin celebrar una reunión del consejo desde que el *Don* de la mafia, el padre de Emilio, había fallecido hacía algo más de un año. Nadie podía pasar por alto que algo grave estaba pasando. Por primera vez, una situación crítica nunca antes vista afectaba a la antiquísima e implacable cúpula.

Y ello ponía al *Capo* en una situación comprometida. El hecho de tener que dar explicaciones lo irritaba sobremanera. Aquello era inaudito.

Menos mal que su padre no vivía para presenciar aquella vergüenza. Emilio Santorini era un hombre con un ego y orgullo desmesurado y no toleraba que su reputación se viera comprometida de esa manera.

Los ancianos que componían el Consejo murmuraban, Dante lo había puesto al corriente solo de algunas habladurías – sospechaba que de las más livianas, por temor a desatar su cólera – y sabía que se estaban preguntando por qué demonios un simple hombre con mil disfraces y ardides estaba logrando desestabilizarlo de tal forma.

Su hijo Thiago y su esposa –que empezaban a hartarse de estar encerrados en la mansión– estuvieron a punto de ser asesinados en sus narices el día de su boda. Aquella era una afrenta demasiado grave.

Él más que nunca deseaba atrapar a ese miserable, pero parecía ser demasiado astuto. Por no hablar de esos condenados mensajes que le robaban el sueño por las noches...

Se había devanado los sesos pensando en posibles enemigos del pasado. Pero nadie le cuadraba. Él eliminaba todos los estorbos.

Ningún potencial peligro se le había escapado. En todos aquellos años jamás había tenido una amenaza de la que no había podido ocuparse en pocos días.

Sin embargo, aquella vez era diferente. Y ello le obligaba a no dar ni un solo paso en falso. Había una razón por la que ese maldito Consejo no le había otorgado el título de Don que le habría correspondido tras la muerte de su padre.

No hubo unanimidad en la votación. Los motivos que se alegaron apuntaban a su impulsividad e incapacidad para gestionar como era debido los asuntos más peliagudos de la *Famiglia*.

Patrañas.

Todos sabían que estaba de sobra preparado para llevar las riendas, lo que ocurría era que preferían disputarse el monopolio en las sombras, urdiendo complots que pasaban por mirar con lupa hasta el más mínimo error que pudiera cometer.

Por eso se cuidaba de que nadie descubriera sus trapos sucios. Esa horda de ancianos envidiosos jamás se atrevería a desafiarlo abiertamente, así que no podía permitir que la situación se le saliera de control.

No había llegado hasta donde estaba para perderlo todo por un grupo de ambiciosos sin escrúpulos cuyo mayor *hobbie* era airear los trapos sucios de los demás mientras tomaban *whisky* y jugaban una partida de póker cada tarde.

—¿Estás listo, muchacho? ¿Podemos comenzar? — Inquirió de súbito Brunelli, uno de los Seis originales del consejo. Había sido la mano

derecha de su difunto padre, solo por eso le permitía que siguiera llamándolo muchacho.

—Falta Baldassare. Le llamaré, no debería tardar. Adelantaos vosotros — informó, pulsando ya las teclas del familiar número de su amigo.

Su ceño se frunció de manera inconsciente. Aquel retraso no era nada habitual en su amigo...siempre llegaba puntual.

El hecho de que no contestara a su llamada tampoco contribuyó a mitigar su mal humor. ¿Dónde demonios se habría metido? Aquello no era propio de él.

Estaba a punto de volver a llamarlo cuando la repentina presencia de sus dos hijos y de Marcello entrando en el edificio en aquel preciso instante lo detuvo en seco. Tal vez ellos supieran algo acerca del paradero de su amigo.

—¿Dónde está tu padre? —Interpeló a un incómodo Marcello, que se limitó a encogerse de hombros como si hubiera asistido por mero compromiso. Sospechaba que así era—. Lo he llamado pero salta el contestador, él jamás llega tarde a una reunión del consejo.

Expresó su preocupación sin tapujos. Baldassare era para él como el hermano que nunca tuvo.

—Todo lo que nos ha dicho Maurizio es que salió antes que nosotros y se subió al coche con mucha prisa. Pensamos que ya estaría aquí, pero...—Thiago vaciló, no queriendo echarle más leña al fuego y precipitarse con sus aciagas suposiciones.

Sin embargo, tampoco podían ignorar que la situación que estaban viviendo era crítica. Ignorarlo era una insensatez. Y nadie quería ponerse en lo peor, pero...

Las elucubraciones de todos cesaron de súbito en cuanto una figura presurosa irrumpió en el edificio como una exhalación. Baldassare se dejó caer sobre el primer asiento que halló; con el semblante pálido y traspuesto.

Sin mediar palabra, estuvo unos minutos perdido en la abstracción de sus pensamientos. Tanto así que ni siquiera notó que Emilio tomaba asiento frente a él, tras indicarle a unos recelosos Marcello, Bruno y Thiago que fueran entrando. Sabía que la paciencia de los ancianos tenía un límite y quería hablarle unos minutos a solas...no le gustaba nada la cara que traía.

—¿Qué demonios ha pasado, amigo? Suéltalo, vamos, es evidente que algo te perturba.

Baldassare inspiró hondo, pasándose las manos por la cara y resoplando.

—Los fantasmas del pasado han regresado para cobrarnos las cuentas pendientes...

Aquellas enigmáticas palabras pronunciadas apenas en un quedo susurro bastaron para que Emilio comprendiera...no estaban solos en aquel lugar.

Entonces levantó la cabeza y al mirar a su viejo amigo a los ojos, por primera vez supo lo que era el temor.

Parecía que después de todo era cierto lo que se decía: el pasado jamás permanece enterrado para siempre.

Y aquel error del pasado se podía convertir en su condena si no hacían algo pronto.

Para todos fue una sorpresa que en aquella reunión se hubieran colocado dos sillas más de lo habitual.

A Emilio aquello no le dio buena espina, pero prefirió no comentar nada al respecto. Esperaría a ver cómo se desarrollaban las circunstancias.

Los Seis estaban en sus asientos, con los semblantes pétreos e imperturbables cual aves de carroña. Tomó asiento en su lugar, a la cabecera, con Baldassare a su lado, Dante junto a este y seguidamente Marcello, Thiago y Bruno. Este último lucía aburrido, por lo que su padre le clavó una mirada de advertencia y enseguida se cuadró de hombros. Pocas veces habían tenido la oportunidad de asistir a una reunión del consejo debido a su juventud y (a excepción de Marcello, que solo estaba allí para cuidar las apariencias) tenían que estar a la altura y empaparse de cómo se manejaban los negocios. Un día, aquel imperio sería suyo. Y no podían deshonorar el legado de su padre.

Una vez todos hubieron ocupado su puesto, Emilio se aclaró la garganta y habló con voz potente y autoritaria.

—Caballeros, en lo poco que llevamos de año hemos conseguido duplicar las ganancias del pasado — informó, sin poder ocultar una nota de orgullo por haber superado en algo a su progenitor—. Los negocios van mejor que nunca. El porcentaje que nos embolsamos entre las ganancias de la cadena hotelera, los *night clubs* de lujo, la asociación con los mexicanos y la recaudación de fondos que ha puesto en marcha Bruno para...

Entonces ocurrió lo impensable: uno de los ancianos tuvo la osadía de interrumpir al *Capo* en pleno discurso.

—Todo eso está muy bien, Emilio, pero ahora mismo nos preocupa más ese asunto desagradable...ya sabes, el intento de asesinato, los anónimos, todo ese escándalo con los Lombardi... perjudica negativamente no solo a tu imagen, sino a todos nosotros y eso nos hace plantearnos si estás manejando este asunto con la delicadeza que se requiere —insinuó, con el tono cargado de malicia.

Daba la impresión de que estaban en posesión de cierta información que se empeñaban en ocultar frente a ellos, o eso le pareció a Marcello.

Emilio se recompuso de aquel golpe bajo a su orgullo como buenamente pudo. No estaba acostumbrado a tener que justificarse, mucho menos a dar explicaciones.

Se aflojó la corbata con disimulo mientras se llevaba un sorbo de coñac a los labios, fingiendo que no se estaba percatando de las miradas taimadas de aquellos seis pares de ojos fijos en él. Tenía que medir muy bien sus palabras.

—Bueno, ciertamente nos precipitamos con ese asunto —reconoció, aunque a regañadientes—. Pero pienso enmendarlo. Si todavía no hemos atrapado a ese bastardo es porque es muy inteligente y parece disponer de recursos. No es estúpido, sabe con quiénes se enfrenta. Aun así, será cuestión de tiempo para que le trinquemos. Tengo a los mejores hombres trabajando en esto — aseveró, imprimiendo más seguridad a sus palabras de las que realmente sentía. Pero eso nadie tenía por qué saberlo.

Silencio nuevamente.

Más miradas...

Y al final el más anciano de todos, Di Rossi, fue quien dictó sentencia.

—Entendemos que tu voluntad es buena, Emilio. Pero realmente nos preocupa que la situación no se solvente...del modo y en el tiempo adecuado. Así que nos hemos tomado la molestia de echaros una mano. Tu difunto padre así lo habría querido.

Que mencionara a su padre, junto con la hipocresía de su tono, lo enfureció. Pero mantuvo la compostura lo mejor que supo. Incluso los más jóvenes estaban tensos.

Baldassare, aunque seguía algo ido, ya estaba más repuesto y la expresión de su rostro era circunspecta. Ambos compartieron una mirada con la que se dijeron todo.

Aquello no auguraba nada bueno.

—¿Y de qué se trataría, si puede saberse, Di Rossi? — Inquirió Emilio, saliendo al fin de su mutismo.

Este se tomó su tiempo, pero cuando contestó, su voz estaba tan teñida de triunfo como lo maquiavélico de su expresión.

—¿Dime Baldassare, cómo está tu hija Alessandra?

El aludido empezó a sudar frío. No podía ser lo que creía...

Marcello abrió mucho los ojos al oírlo y al ver la expresión de su padre, junto con el semblante grave de los Santorini, supo que lo que fuera que estuviera a punto de suceder no iba a ser nada bueno.

Antes de que un traspuesto Baldassare tuviera ocasión de contestar, salidos de la nada, dos hombres – uno de la edad de la mano derecha del *Capo* y otro que tendría aproximadamente la misma que Bruno y Alessandra – hicieron acto de presencia en la estancia para ocupar las dos sillas vacías que habían permanecido libres hasta el momento.

Dos rostros que a ambos resultaban dolorosamente familiares.

Baldassare apretó los puños bajo la mesa, unos espasmos de ira recorriendo su cuerpo por la impotencia a que se veía sometido.

—¿Cómo te va, viejo amigo? —Inquirió la voz del hombre más adulto, con un matiz satírico y burlón que no pasó desapercibido entre los presentes.

Su hijo, que tomó asiento junto a su padre, se había servido ya una copa de brandy y se echaba el pelo engominado hacia atrás con una sonrisa calculadora, como si se preparara para disfrutar del espectáculo.

De los labios entreabiertos de sorpresa de Baldassare, un único nombre fue pronunciado, con rabia e inquina:

—Adriano Ferragni.

Marcello suspiró, pellizcándose el puente de la nariz en una forma tácita de expresar su frustración. Conocía lo bastante bien a su padre –y a esos malditos ancianos que manejaban los hilos de su familia como si de títeres se tratase– para saber que era inútil cuánto protestara o tratara de hacerlo cambiar de parecer.

Su padre jamás lo escucharía. No cuando ya había tomado su decisión. El negocio siempre era y sería lo primero; antes incluso que sus propios hijos.

Un regusto amargo se instaló en su estómago al darse cuenta de que él ya estaba más que acostumbrado a eso. Pero en aquella ocasión, sería su hermana quien lo sufriría. Y no poder hacer nada para impedirlo lo enfurecía.

—Sabes que Alessandra va a ponerse hecha una fiera cuando se entere, ¿verdad? —Soltó, en cuanto su padre se lo hubo llevado a parte para evitar llamar la atención de sus socios.

Este asintió, pasándose las manos por la barba. Para él tampoco era plato de buen gusto, pero tenía que hacerlo.

No podían prescindir del apoyo del consejo o pasaría a ser un cero a la izquierda y no había pasado media vida preparándose para el puesto que ahora ostentaba —como mano derecha del *Capo*— para luego perderlo todo por el capricho de esos dos malcriados.

—Lo sé, conozco el temperamento de tu hermana de sobra —concedió, restándole importancia con un gesto de la mano—. Pero tendrá que doblegarse por una maldita vez y hacer caso a su padre. Es lo mejor para ella, ¿no te das cuenta?

Marcello resopló, en un claro gesto irónico y despectivo. Las diferencias entre ambos se hacían más patentes e insalvables a cada segundo que pasaba.

Una parte de Baldassare se sentía mal por tener que hacer aquello, pero no le quedaba de otra. Hasta ahora habían llevado una vida de lujos con la

que ninguno se había quejado. Si querían mantenerla acatarían sus órdenes sin rechistar.

—No padre, es lo mejor para ti y tu maldito egoísmo. Pero sigue engañándote a ti mismo, es lo que siempre has hecho. Baldassare Grimaldi, aunque no quieras admitirlo, siempre estarás a la sombra de Emilio y serás su puto títere. ¡Me das pena! — espetó, con tanto desprecio que fue como un latigazo para el hombre.

No estaba acostumbrado a que nadie se rebelara contra él y lo enfrentara de esa manera. Tal vez por eso no supo encajarlo y perdió los nervios.

El puñetazo que le propinó lo hizo trastabillar y cayó al suelo, con los ojos abiertos de par en par y el gesto horrorizado.

—¡No olvides con quién demonios hablas, maldito desagradecido! —Bramó, cerniéndose sobre él en un arrebato de furia, con la mano en alto —. ¡Yo te crie, te lo he dado todo, sin mí jamás habrías conseguido terminar esa maldita carrera de medicina! Reniegas de mí y me rechazas, pues yo hago lo mismo. Te irás de mi casa en cuanto termine esta patraña — sus gritos eran tan estridentes que el escándalo alertó a los ancianos y no tardaron en congregarse todos en el edificio para presenciar la escena.

Emilio, quien se sentía ligeramente culpable al haber arrastrado a su amigo una vez más a una posición comprometida, fue el primero en interceder para calmar las aguas.

Sabía que Baldassare no sentía eso realmente, solo hablaba su ira y su impotencia. Pero Marcello estaba inmóvil y pálido, como si le hubiera disparado, y supo que de verdad creía que su padre lo odiaba.

—Vamos, amigo, sosiégate. Estamos todos alterados, anda, tomemos una copa y hablemos con calma...—Propuso, intentando desviar la atención de los seis hombres que se empapaban de la escena como aves de rapiña.

Su padre los detestaba y él compartía con creces ese sentimiento. Si esos hipócritas supieran lo que su *Don* de verdad pensaba de ellos...

Pero debía mantener las apariencias. Solo los mejores mentirosos triunfaban en aquel mundo de sangre y balas. Y él había aprendido del mejor. Se preguntó qué pensaría Ludovico Santorini de su primogénito si siguiera con vida. ¿Estaría orgulloso de él por una vez?

Se distrajo de esos pensamientos agridulces al ver el caleidoscopio de emociones que se paseó por los ojos de su amigo. Por un segundo, fue como si quisiera arremeter contra él. Pero enseguida asintió y respiró hondo para relajarse, así que supuso que el estrés y la tensión del momento le hicieron imaginar cosas.

—Tienes razón. He perdido los papeles...—Confesó, avergonzado.

Fue a ofrecerle su mano a Marcello para que se pusiera en pie, pero este lo ignoró deliberadamente y se levantó, pasando por su lado sin tan siquiera mirarlo y marchándose de allí a toda prisa.

—Thiago, Bruno, id con él — les pidió Emilio a sus hijos. No era bueno que el chico se marchara solo estando tan alterado.

Baldassare asintió, expresando con la mirada toda la gratitud que no podía manifestar libremente.

—¿Continuamos, caballeros? —Propuso Belucci, con el tono malicioso. Se regodeaba con la situación, ese envidioso...

—Por supuesto —corroboró Emilio, con esa sonrisa deslumbrante tan característica suya.

En cuanto todos se hubieron adentrado en la estancia, Baldassare lo retuvo por el brazo.

—¿Qué vamos a hacer, Emilio?

La desesperación era más que patente en su tono.

—Lo que hemos hecho siempre amigo, inclinar la partida a nuestro favor —replicó el aludido, imperturbable.

Solo ante la seguridad de su gesto, el otro se permitió sonreír.

Todo tenía que salir bien. Aunque Alessandra y Marcello lo odiaran por lo que estaba a punto de hacer, era lo mejor para su familia.

E

ra noche cerrada cuando Bruno se escabulló a la habitación de invitados del ala donde dormía Stella.

Sabía que estaba siendo imprudente al colarse de esa forma en su cuarto mientras ella dormía, pero esa mujer de los ojos como luceros se le había metido en la cabeza desde que la conoció, robándole hasta el sueño.

Aquel era un sentimiento que nunca antes había experimentado y eso lo tenía tan confuso como molesto, especialmente después de la manera en que se le había fastidiado la salida la otra noche porque tuvo la mala suerte de encontrarse en el restaurante con dos de sus antiguas amantes a la vez. Y claro, eso a ella no le había hecho la menor gracia.

Llevaba desde entonces sin dirigirle la palabra ¡Como si fuera culpa de él!

Pero estaba dispuesto a hacer que eso cambiara. Se había deslizado como un ladrón en su propia casa porque a él nadie le negaba nada. Era el hijo del *Capo* de la *Cosa Nostra*, las mujeres se morían por pasar una noche con él. Y no le entraba en la cabeza que Stella no fuera una de ellas. Tal vez era eso lo que la hacía tan especial.

Como fuera, después de aquella noche esperaba poder sacársela de la cabeza. Después de haber disfrutado con ella en la cama, a otra cosa.

Así lo pensaba y sus convicciones eran fuertes, pero cuando ella abrió los ojos...esos preciosos ojos esmeralda que robaban hasta el aliento, vaciló por primera vez en su vida.

Al principio, Stella se mostró sorprendida por encontrarlo allí parado a los pies de su cama en la oscuridad casi total del cuarto, pero enseguida su expresión reflejó enfado y se apresuró a incorporarse, tensa.

Llevaba tan solo un fino camisón de satén blanco que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, remarcando cada una de sus curvas sugerentes.

—¿Estás loco?! ¿Cómo te atreves a colarte en mi cuarto en plena madrugada y a...mirarme mientras duermo? —Acusó, cruzando los brazos para intentar ocultarle la visión del inicio de sus pechos sobresaliendo de la tela y acentuando la sonrisa cínica de él al ver que lo confrontaba.

—¿Esa es tu forma de darme las buenas noches, *bellisima*? —Contestó, sin inmutarse lo más mínimo ante sus reproches—. Tal vez si no me hubieras estado evitando todo este tiempo no tendría que haber irrumpido aquí —apostilló, tratando de tomar un mechón de su largo cabello oscuro y ondulado. Pero Stella se apartó de su toque con rapidez, demostrándole con una dura mirada que seguía molesta por lo que había sucedido.

—No tengo ningún interés en hablar contigo. Así que vete, por favor — le pidió, intentando controlarse. Eso era justo lo que no quería, que se contuviera.

Lo que anhelaba era verla desatada, debajo de él, gimiendo su nombre y pidiéndole que la llevara al clímax.

Su voz decía que se marchara, pero sus ojos ansiaban su contacto. Fue por eso que se dejó llevar por sus impulsos y en un movimiento sorpresivo la aferró de las caderas para atraerla hacia su pecho duro y definido.

Ella jadeó, tomada con la guardia baja, y tuvo que agarrarse de su cuello para no caer. Bruno tenía la vista clavada en esos labios carnosos y rosados que se moría por probar y solo estaba esperando a que ella se deshiciera de sus miedos y lo correspondiera.

—Estás demente, suéltame. No puedes entrar así y...

—Shh —posó un dedo sobre su boca, sintiendo que la sangre empezaba a concentrarse en la entrepierna y eso que apenas la había tocado como quería—. Soy un Santorini, puedo hacer lo que quiera, cuando quiera —su dedo descendió hasta acariciar su clavícula mientras arrastraba las palabras deliberadamente despacio, sin dejar de mirarla a los ojos y perderse en el deseo que subyacía en sus pupilas. —Y con quien quiera —finalizó, trazando el recorrido por encima de sus pechos.

La respiración de Stella empezaba a ser entrecortada y ya no poseía la misma determinación de antes por rechazarlo. Sonrió, complacido.

—Sabía que tú también me deseabas — susurró, con voz ronca y sensual, mordisqueando el lóbulo de su oreja.

Ella se apretó más contra él, llevándolo al borde.

—Bésame y lo averiguaremos —le pidió, provocándole una erección.

No tuvo que repetirlo dos veces, porque buscó sus labios con habilidad y dejó que sus lenguas se encontraran en un contacto explosivo y placentero que envió oleadas de calor a su sistema.

Había esperado tanto aquel momento...

Sus labios sabían a fresa y era exquisita, todo en ella lo era. Supo que una vez que había probado un poco de lo que tenía para ofrecerle, no se iría de aquel dormitorio hasta no haber consumado sus propósitos y ella lo dejó hacer, perdida en la intensidad de sus propios sentimientos florecientes.

Cuando se separaron a tomar aliento, jadeantes y trémulos, Bruno la tumbó sobre la cama y ella levantó los brazos para que pudiera quitarle la prenda que la cubría, mostrándole la ropa interior de encaje que usaba.

Verde, como el color de sus ojos; que lo enloquecía.

Deshaciéndose de su propia ropa con impaciencia, Bruno se inclinó sobre la cama con movimientos felinos hasta que pronto depositó su peso sobre ella y la cama crujió un poco en protesta.

Pero enseguida ella abrió las piernas y eso bastó para que perdiera la cabeza.

Se acomodó, estimulándola un poco con la punta para prepararla. Ella gimió de anticipo, con las mejillas ardientes como el fuego de su deseo. Lo deseaba tanto como él a ella.

—No sabes las ganas que tenía de follarte, *bellisima* — declaró, enmarcándole el rostro con las manos para besarla con posesividad al tiempo en que se hundía en su interior lentamente, para pasar a un ritmo más frenético enseguida en cuanto ella lo espoleó con las caderas, aferrándose a las sábanas y quedando a su merced.

Bruno no apartó la mirada de sus ojos verdes como faros en ningún momento, pues ya no tenía tan claro que su interés por ella se esfumara aquella noche.

Y aquello iba a traerles complicaciones a los dos, pero curiosamente no le importaba lo más mínimo. Estaba jodido.

Tres días para el inicio del carnaval

Durante una semana la calma se había mantenido como un minúsculo trozo de hielo a la deriva en medio del océano Atlántico.

Inestable. Así era la situación.

En todo aquel tiempo, la seguridad se había visto reforzada al máximo y nadie había dejado la mansión a menos que fuera por motivos de fuerza mayor.

Todos trabajaban desde casa en sus respectivos puestos de las empresas y Alessandra, que había acusado el encierro particularmente debido a su carácter liberal e independiente, se entretenía pasando las horas muertas revisando la contabilidad de la empresa. Ella era la gerente de la fábrica de café que llevaba su familia. La mejor del país.

Aun así, ya empezaba a acusar los efectos del encierro. Especialmente por las noches en las que no tenía a nadie que le calentara la fría cama y tenía que contentarse con darse placer a sí misma, porque su orgullo iba por encima de todo y no pensaba bajar la cabeza ante Carlos tras su último desencuentro. Él sería quien la buscara a ella, aunque tuviera que hacer verdaderos esfuerzos por reprimir las ganas de colarse en la cabaña de servicio donde estaba instalado y recrear con él todas y cada una de sus fantasías, durante toda la noche.

Pese a todo, no parecía ser la única que estaba teniendo problemas para adaptarse. Los guardias de Emilio ya habían sorprendido a Bruno y Stella varias veces intentando abandonar la mansión. La última vez, los gritos entre padre e hijo habían amenazado con echar abajo la mansión.

Personalmente, Alessandra no había tratado apenas con Stella... no tenía nada contra ella, simplemente era prima de Catarina y— debido a la antipatía que le había profesado desde que la conoció— prefería guardar las distancias. Ambas hacían lo mismo con ella.

Chiara Santorini, en cambio, se había convertido en una gran confidente. La chica estaba aprendiendo muy deprisa y era realmente buena con las finanzas. Le había confesado que quería estudiar la carrera de marketing, misma de la que Alessandra se había graduado con honores, y prometía. Sus notas del instituto eran excelentes y eso que estudiaba a distancia y con todo lo que estaba pasando cualquiera diría que ello le habría hecho bajar el rendimiento. Pero no.

Para mitigar el aburrimiento, ambas habían tomado la costumbre de organizar una noche de chicas cada dos días y la pequeña de los Santorini le había hecho algunas confidencias, como lo desplazada que se sentía muchas veces cuando sus hermanos y su padre la trataban como a una niña pequeña. Estaba harta.

Alessandra la entendía muy bien. El maldito machismo de los hombres en la mafia era exasperante, algo contra lo que había estado luchando desde que tenía uso de razón. En ocasiones se deleitaba contándole sus escapadas y travesuras a la chica, pues en su adolescencia había sido mucho más rebelde y díscola.

Chiara la veía como un ideal inalcanzable; una mujer fuerte y segura de sí misma a la que admirar. Le habría encantado tener una hermana como ella. Y sabía que era mutuo.

Alessandra, con sus dotes innatas de persuasión, acabó sonsacándole sobre sus intereses amorosos. En un principio pensó que podía sentir algo por Mauro, ya que fueron amigos de la infancia y ahora el joven estaba

siempre a su alrededor para cuidarla. No se le había escapado cómo la miraba.

Sin embargo, Chiara la sorprendió revelándole que, aunque apreciaba a Mauro como a un buen amigo, su corazón suspiraba por otro hombre del que no quiso hablarle porque no se sentía preparada. Pero sí le confesó que él no la tomaba en serio y quería demostrarle que ya no era una chiquilla. Así que Alessandra le dio sus mejores consejos. En la vida había que arriesgarse e ir a por lo que una quería, eso de esperar sentada a que las cosas pasaran estaba pasado de moda.

Así que aquella madrugada, Chiara estaba preparada para seguir el ejemplo de su amiga e iba a por Marcello. Sabía que la mansión estaba en calma, pues todos dormían excepto su padre y su padrino, que habían salido con mucha prisa hacía un rato.

Aunque sí que había percibido que las aguas se habían calmado un poco —pues al menos no habían recibido más anónimos, bombas ni intentos de asesinato— no era tonta y se daba cuenta de que algo muy malo se estaba gestando allí afuera. Un complot contra ellos que tenía muy nervioso a su padre. Como nunca lo había visto.

Su madre tampoco podía decirle mucho, porque no la hacía partícipe de la situación. Para nadie era un secreto que los problemas de comunicación entre sus padres habían sido una constante desde el principio de su matrimonio. Así que estaba acostumbrada.

Ella, en cambio, tenía planes muy distintos para su futuro. Y empezaría por llevarlos a cabo desde aquel mismo instante. Marcello era distinto... inteligente, culto, paciente, comunicativo y benévolo. El hombre de sus sueños.

A hurtadillas, se escapó de su cuarto procurando no hacer ruido y rebasó a Mauro, que dormía como un bebé sentado en una silla, velando su sueño.

Al verlo así, una chispa de ternura la atravesó y quiso cubrirlo con una manta. Pero no podía arriesgarse a que se despertara y tratara de detenerla. Así que siguió adelante, alisándose unos mechones de su cabello rubio de puro nerviosismo. ¿Y si Marcello la rechazaba? De solo pensarlo, la angustia le oprimía el pecho.

No, eso no podía pasar. Ella había visto las miradas cómplices que le dedicaba por los pasillos. Y esa sonrisa adorable cada vez que se cruzaban o le deslizaba hacia atrás la silla para que se sentara...

Armándose de valor y convencida de que todo saldría bien, tocó a la puerta con suavidad. Él se alojaba en la última habitación del segundo pasillo a la izquierda, la que siempre había sido suya cuando la familia Grimaldi acudía a su casa.

Había tenido que atravesar el vestíbulo y las escaleras de la tercera planta —donde estaba su cuarto— y por fortuna no se había topado con los guardias, así que supuso que estarían fuera, vigilando los alrededores de la Villa en busca de intrusos.

Perfecto.

No tuvieron que transcurrir muchos segundos para que un Marcello despeinado y ya en pijama abriera la puerta. Al verla, se mostró visiblemente sorprendido. Llevaba unas gafas de pasta dura que indicaban que había estado leyendo, ¿podía ser más perfecto?

—Chiara, ¿ha pasado algo? ¿Puedo ayudarte en algo? —Inquirió, con ese tono cálido suyo. Trató de comportarse con normalidad o acabaría

babeando.

—Sí, bueno, es que no he podido dormir bien últimamente con todo lo que está pasando y...me preguntaba si tendrías algún truco contra el insomnio. Como eres médico y eso...

Por supuesto, era una excusa. Pero él se la tragó completita.

—Bueno, técnicamente no he tenido oportunidad de ejercer todavía. Aunque sí, me gradué con honores. Pasa, seguro que algo de lo que te aconseje puede ayudarte — ofreció, sin malicia.

Sigilosa cual gacela, se coló en el interior en cuanto él la invitó a entrar.

Se sentó a un lado de la cama, esforzándose por parecer inocente pero sensual a un mismo tiempo, como le había aconsejado Alessandra.

Marcello frunció el ceño al verla y su corazón comenzó a latir desbocado. ¿No entendía las señales que le mandaba?

—Bueno, verás, lo más eficaz es una buena infusión de valeriana con una pizca de...

Se interrumpió cuando alguien más llamó a la puerta, lo que provocó la sorpresa y el desagrado de Chiara. ¿En serio? ¿Quién podía ser ahora? ¿Quién se atrevía a estropearles aquel momento a solas?

—Señor Marcello, tiene que venir de inmediato — la voz de Sandro resonó desde el otro lado de la puerta, sobresaltando a ambos.

Marcello abrió la puerta y estaba a punto de preguntar qué diablos sucedía cuando el estruendo de un disparo proveniente de las caballerizas lo paralizó todo.

En cuanto Sandro le contó lo que estaba sucediendo, echó a correr hacia allí, no sin antes pedirle que escoltara a una fastidiada Chiara de vuelta a su habitación.

Hasta ahí había llegado su brillante plan de conquista.

Lo peor fue que Mauro se había despertado y la mirada de sus ojos traslucía decepción y una profunda tristeza que no supo cómo interpretar.

Puede que, después de todo, sus hermanos tuvieran razón: seguía siendo una niña. Y lo odiaba.

Benedetta estaba en la cocina fregando los platos cuando sintió una presencia tras su espalda.

Se dio la vuelta, presurosa, tratando de ocultar el miedo que sentía. Últimamente las cosas estaban cada vez más tensas en la mansión y aunque su trabajo como sirvienta era ver, oír y callar no era tonta.

Mateíto ya estaba acostado hacía rato y jamás se despertaba de noche, tenía un sueño demasiado profundo.

¿Sería Carlos? Sonrío, esperanzada. Hasta que...

—¡Maurizio! ¡Me has asustado! —Regañó, al darse cuenta de que se trataba de él otra vez. Maurizio llevaba meses tirándole los tejos cada vez

que la sorprendía a solas en la cocina, pero ella no podía corresponderle. Su corazón solo latía por Carlos, no podía evitarlo.

—Vengo a por un vaso de agua...—Se excusó, como siempre, esbozando una sonrisa pícaro—. Y para charlar con la guapa cocinera. Anda, Benedetta, deja que te invite un día a un helado, solo eso... —Propuso, acercándose un poco más.

Ella negó con la cabeza. Maurizio era un donjuán sin remedio, todas las sirvientas hablaban de sus dotes para la conquista. Era muy apuesto, no se podía negar. Pero ella no quería jugar con él.

—Maurizio, no insistas, ya te he dicho que... —Se calló en cuanto Sandro, el hermano de este, irrumpió en la estancia con prisas.

A regañadientes, el castaño se dio la vuelta y puso los ojos en blanco al ver a su hermano. Creía que solo había acudido para fastidiarle la noche. Siempre disfrutaba espantándole las conquistas.

Sin embargo, aquella vez era diferente.

—Hermano, tienes que avisarle al señor Marcello, la señorita Alessandra ha salido de la casa con una escopeta y va hacia las caballerizas. ¡Esos brutos de los peones han ignorado sus órdenes de vigilar a la *Diabla*, que espera un parto con complicaciones y ahora está muy mal! ¡Los va a matar! —Gritó, histérico.

Si eso sucedía bajo su ronda de vigilancia el que iba a acabar con ellos era el señor Emilio.

Maurizio tragó saliva.

—Ve tú a avisarle a Don Marcello, yo llamo a Carlos que es su guardaespaldas y quizá sepa cómo controlarla —adujo, rascándose la nuca.

Sandro resopló, pero no puso objeciones y subió a llamar a Marcello mientras Benedetta se apresuraba a cumplir el encargo de Maurizio, que salió al porche muriendo de celos. Estaba enterado de que Benedetta lo rechazaba porque bebía los vientos por el mexicano y eso le molestaba.

Quería a esa mujer de verdad. Pero ella estaba obcecada en algo imposible. Ese hombre era de hielo, no podía amar a nadie. Él mismo se lo había dicho una noche de borrachera.

Pocos minutos después Carlos apareció como una exhalación, pidiéndole explicaciones. Él le repitió lo que había dicho su hermano Sandro y salió corriendo, dejándolo con la palabra en la boca.

—¡Carlos, espera! —Era Benedetta, que corría tras él. Maurizio se encendió y la fulminó con la mirada.

—No le interesas mujer, ¿no te das cuenta? Mejor no le ruegues más y dame una oportunidad a mí.

—¡Vete al demonio, Maurizio! —Espetó ella, dolida por sus palabras certeras, y lo dejó allí plantado, retirándose a la cocina.

Maldijo su decisión de pelar cebolla, porque solo incrementó su llanto de despecho. Se secó las lágrimas con furia, justo cuando una voz resonó tras sus espaldas.

—¿Por qué estás triste, hija mía?

Era su padre, Phillip.

Estaba muy mayor, pero todavía seguía trabajando incansablemente. Cada vez que ella le preguntaba por qué, decía que era lo único que sabía hacer y que no pensaba dejar que ella se partiera el lomo. Ya tenía un hijo que sacar adelante y no podía permitir que lidiara también con un viejo como él.

—No es nada, papá —mintió, recomponiéndose y dándole una sonrisa fugaz.

El hombre la abrazó contra su pecho y acarició su pelo con ternura.

—Ay pequeña, el amor es esa flor en apariencia delicada pero que te atraviesa con sus espinas cuando no es correspondido.

Le dieron ganas de llorar por esas palabras tan sabias.

—Papá, tú siempre tan sabio... siempre tienes las palabras adecuadas para todo, ¿cómo lo haces? —Quiso saber, admirada.

El viejo Phillip sonrió con tristeza.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo, cariño. Un día, te contaré todos mis secretos. Recuerda: ver, oír y callar. La discreción es lo que nos ha salvado de la miseria todos estos años.

Eso no se lo dijo a su hija, pero solo su lealtad le había permitido seguir con vida después de todos los secretos oscuros que le conocía a la familia. Después de todo, él estuvo allí *aquella* noche.

Alessandra iba hacia los establos echando chispas.

¿Cómo se habían atrevido a dejar sola a su *Diabla* después de que les ordenara expresamente que la supervisaran? Sabían que se podía poner de parto en cualquier momento y a pesar de eso habían decidido emborracharse hasta caer al suelo y apostar en el *póker* como unos desgraciados. Y lo peor era que ni siquiera se habían dignado a avisarla. Se había enterado por Thiago, quien había ido a los establos aquella tarde a dar una vuelta con su esposa en su caballo predilecto y al regresar se dio cuenta de la situación.

Le estaba muy agradecida.

Ahora esos miserables iban a saber quién era ella.

Si a su pequeña le pasaba algo...

Había dicho que el parto era de alto riesgo y hasta podía morir si surgían complicaciones.

Los iba a machacar.

Atravesó las dobles puertas hecha una fiera y antes siquiera de que ninguno de los seis peones que “vigilaban” a su pequeña se diera cuenta, una bala ya pasaba rozando la cabeza del primero.

La segunda le voló el sombrero a otro y, al tiempo en que todos levantaban las manos, otras cuatro más pasaban a escasos centímetros de las extremidades de los restantes.

Los muy cobardes empezaron a pedirle clemencia. Poco les había faltado para que se orinaran en los pantalones.

Estaba tan enfurecida que su sangre hervía y una neblina roja empañaba su visión.

—Señorita Alessandra, cálmese por favor...podemos explicarle

—¡¿Explicarme qué, eh?! —Bramó, sin dejarlo terminar siquiera, agarrándolo de las solapas de la camisa y zarandeándolo con toda su fuerza para, acto seguido, propinarle un puñetazo con tanta potencia que lo hizo caer al suelo.

Respiraba descontrolada y la adrenalina bullía en sus venas.

Los otros cinco la miraban con miedo.

—¿Qué habéis desobedecido órdenes directas para beber y jugar como animales sabiendo que mi yegua se podía poner de parto y os pedí que la vigilarais? ¿Eso me vais a explicar? — Rugió, aniquilándolos con la mirada uno a uno.

Su pecho subía y bajaba a toda velocidad y recargó su arma.

—No, no, no...por favor —se deshicieron en súplicas, pensando que realmente iba a matarlos.

No lo haría, pero debía enseñarles una lección.

Así que con una sonrisa perezosa, se acercó al primero y le propinó un rodillazo en el estómago que lo hizo doblarse de dolor.

No les dio tregua y fue a por el siguiente, al que le regaló un morado en cada ojo y una nariz rota.

Ya se preparaba para volver a la carga cuando, tomándola por sorpresa, los otros tres le sujetaron los brazos para tratar de reducirla.

Gruñó y tomó impulso para echar la cabeza hacia atrás. El crujido del tabique nasal le indicó que le había roto la nariz a al menos uno de ellos. Pero no se detuvo ahí.

Un codazo en la mandíbula y otro en las costillas, lleno de saña.

Dos fuera de juego y ella ni siquiera había tenido que despeinarse.

Le quedaba uno.

Y le tenía reservado algo especial.

El hombre empezó a retroceder, intimidado.

—Tranquilo, será rápido. Solo te dolerá un poquito — siseó, burlona, al tiempo en que echaba la pierna hacia atrás para golpear sus partes nobles.

Y entonces unos brazos la sujetaron desde atrás, enroscándose a su cintura y tirando de ella para separarla de su víctima.

Gritó y se debatió como una posesa. La ira la controlaba.

Era Marcello.

—Basta, Alessandra. Quieta —le ordenó, reforzando el agarre en torno a su cuerpo y conteniéndola. Ella arremetió y dio patadas a diestro y siniestro, extendiendo las manos a modo de garras para alcanzar a su presa.

Necesitaba darle una lección a él también.

—¡Suéltame, Marcello, suéltame! —Chilló, destrozándose la garganta.

Pero su hermano no le hizo caso y siguió agarrándola, mitigando sus violentos embates y tratando de aplacarla con sus sensatas palabras.

—Salid de aquí ahora que podéis —les ordenó, imperativo. Y los seis hombres echaron a correr como si los persiguiera el diablo.

—No tenías derecho —le recriminó, conteniendo las lágrimas de ira que pugnaban por salir de sus ojos. Trató de pegarle, pero la tenía bien sujeta.

—Tranquilízate, Alessandra. Entiendo tu ira pero no todo en esta vida se arregla a golpes. Contrólate ya —levantó tanto la voz que se quedó quieta, demasiado sorprendida.

Inhaló hondo para contener su explosivo temperamento y asintió. Le ardía el pecho y la necesidad de llorar aumentaba. Pero no lo soportaba, odiaba que la vieran vulnerable.

—Eh, ven aquí.

Y sin decir nada más la abrazó.

Ese gesto la desarmó completamente y se desahogó apoyando la cabeza en su pecho. Adoraba a esa yegua y se había encargado de dejárselo saber a esos estúpidos irresponsables.

—Necesito ver que está bien — musitó, con un hilo de voz, mientras se secaba las lágrimas y luchaba por volver a ser la Alessandra fuerte y orgullosa de siempre.

Su hermano le dio un beso en la frente y asintió.

—Lo sé, pequeña, sé lo importante que es para ti. ¿Quieres que te acompañe? —Se ofreció.

Ella le pellizcó la mejilla con cariño, pero negó.

—No, estaré bien. Tú llama al veterinario, por favor. Que venga lo antes posible, dile que le pagaré más de lo que gana en un año si es necesario.

Él asintió.

—Ahora mismo voy. No hagas locuras, hermana — dijo; medio en broma, medio en serio.

Ella sonrió ligeramente.

—No te prometo nada.

Y se adentró en las caballerizas, deseando fervientemente que no fuera demasiado tarde para su pequeña. No podría soportar perderla.

Agradeció haberse puesto sus botas de montar y sus pantalones de cuero, porque el establo estaba hecho un asco a consecuencia de la holgazanería de ese grupo de haraganes. Pensaba ponerlos de patitas en la calle.

Estaba abriendo la puerta cuando algo llamó su atención y la hizo tensarse.

Una figura vestida de negro estaba inclinada sobre su yegua, que se encontraba tendida sobre sus cuartos traseros y se agitaba de dolor. Estaba sufriendo mucho. Sus ojos oscuros se lo decían, casi parecía al borde de las lágrimas. El tipo le estaba haciendo daño...

Se secó las lágrimas y cargó la escopeta de nuevo.

—¡Quieto o disparo! ¡Aléjate inmediatamente de ella!— ordenó.

La figura no se inmutó, así que se acercó unos pasos. Entonces le resultó familiar.

—Haga lo que crea conveniente, yo no me detendré hasta salvarle la vida a su yegua.

Esa voz...

Maldito fuera... ¡Carlos!

Estaba tratando de ayudar a su chica.

Dejó la escopeta a un lado sin miramientos y corrió a ver qué podía hacer.

—Estúpido inconsciente, ¿por qué no me lo has dicho antes? Podría haberte disparado, maldita sea — le reprochó.

—Yo no tengo la culpa de que haya entrado como una loca. Así que ayúdeme o déjeme trabajar — espetó, de mal talante.

Ella se dispuso a replicar, pero al final cerró la boca, se tragó el orgullo y obedeció. Ese hombre era la causa de que su Diabla siguiera respirando y, si la salvaba, le estarían en deuda eternamente.

—Gracias —atinó a decir entonces, provocando que él la mirara con tanta sorpresa que casi se sintió ofendida. Admitía que no solía disculparse con frecuencia, pero cuando lo hacía era de corazón.

—No me las dé. Cualquiera lo haría si pudiera.

Y ahí estaba: siempre quitándose mérito a sí mismo. ¿Quién le había hecho creer que no valía nada? Alessandra quería descubrirlo y matar a

quien fuera.

Se agarró a su mano al ver la cabeza del potrillo asomando. Venía en mal ángulo y la pobre yegua estaba perdiendo mucha sangre, así que debían ser rápidos. Carlos le dio instrucciones y ella obedeció en todo.

—Ya está, tranquila. Queda poco, aguanta ¿eh? Tu hijo casi sale — le habló, tan dulce que ella tuvo que reprimir las lágrimas.

Era tan bestia con la mayoría de las personas que la impactó esa sensibilidad que poseía con los animales...

Se sintió identificada en parte, pues para ella también era más fácil. Su yegua era también su amiga y confidente.

Costó mucho, pero al final lograron sacar al potrillo en buen estado y Alessandra lo limpió mientras Carlos se ocupaba de detener la hemorragia de la madre cosiéndola.

Se notaba que sabía lo que hacía. Ella le ayudó a desinfectar todo y cuando terminaron se acurrucó junto a su yegua, que aunque respiraba de manera débil, parecía capaz de salir de aquello. Era una valiente.

El animal expiró un relincho débil de puro alivio y sus ojillos se desviaron al lugar donde yacía su pequeño potrillo, que —aunque lucía más delicado y frágil que la mayoría— parecía resuelto a salir adelante. Y lo haría, juntos lo harían.

Alessandra no pudo evitar maravillarse ante la concentración con que él llevaba a cabo su tarea.

Con una resplandeciente sonrisa en los labios, se preguntó cómo se había enterado de la noticia y le había dado tiempo a reaccionar con tal rapidez para llegar antes que ella misma.

Un rubor le calentó las mejillas. Quizá debería haber acudido primero a auxiliarla en lugar de ponerse a repartir golpes, pero es que esos malditos hombres eran los únicos culpables de la situación en que ahora se encontraba *Diabla*. Tenía que castigarlos por ello.

—¿De dónde has sacado todo el instrumental necesario? — Le preguntó, con franca curiosidad, yendo tras él mientras se lavaba las manos en la fuente situada en la puerta de los establos —. ¿Y cómo has sabido lo que tenías que hacer? ¿Has hecho esto antes?

No pudo reprimir su curiosidad, pues prácticamente no sabía nada de él, mientras que Carlos sí todo sobre ella. No era justo.

Él dejó escapar un suspiro que contenía cierta molestia, antes de responder encogiéndose de hombros.

—A lo mejor es que soy tan animal como ellos y por eso los entiendo.

Ella puso los ojos en blanco ante una respuesta tan típica de él, con esa mezcla de sarcasmo y sinceridad brutal. No dudaba de ello, pero eso era lo que la volvía loca de él.

—Dame una respuesta sincera, te lo ordeno.

Por toda respuesta, él enarcó las cejas con chulería y puso los brazos en jarras, situándose a escasos centímetros de distancia.

Ella no se amilanó.

—Ah, entonces si la patrona lo ordena...—Ese tonito provocador... le hacía muy difícil mantener la compostura y no saltar sobre él para devorarlo completo—. Mi hermano tiene un rancho con caballos, así que me enseñó algunas cosas. ¿Satisfecha? — soltó, con sátira.

Pero sí lo estaba.

—¿Tienes un hermano? Pero... —Estaba confusa. Él le dijo que se había criado en un orfanato, ¿cierto?

—¿No conoces el refrán que dice que la curiosidad mató al gato? — Espetó, con evidente enfado. A pesar de todo, al ver que ella no lo dejaría estar, añadió —: Nos encontramos... —Pareció que iba a contarle con detalle, pero al cabo de unos segundos apretó la mandíbula y negó con la cabeza, antes de mirar alrededor para asegurarse de que nadie los espiaba. Luego espetó —: Es una larga historia, puede que algún día te la cuente.

Quiso protestar, pero algo en su semblante la avisó de que no era buena idea presionar. Así que lo dejó estar.

—Algún día —concedió, acariciándole la mejilla ligeramente. Él tomó su mano entre la suya, grande y áspera por el duro trabajo, pero enseguida se la apartó con suavidad. No podían...el veterinario estaría a punto de llegar—. Lo que has hecho hoy...no lo olvidaré —aseguró. Y jamás había sido tan sincera con un hombre en su vida.

Él sonrió, satisfecho. Qué engreído.

Enseguida se puso serio.

—Hago mi trabajo. No confunda las cosas — aclaró, seco.

Ella frunció el ceño.

—No sabía que tu trabajo incluía salvar otra vida que no fuera la mía, pero qué bien que estés tan preparado.

Había una tensión ácida y asfixiante entre ambos... que le habría gustado zanjar allí mismo, con ellos tirados sobre un montón de heno y gimiendo hasta perder la razón.

Pero era una locura, incluso para dos temerarios sin remedio.

—¿Hay algo más que podamos hacer por ella antes de que venga ese inútil? —Apostilló, con frialdad.

Carlos negó.

—Dejarla descansar. Esta noche será crucial para ella. Mañana ya veremos.

—Bien.

Dio media vuelta para irse, pero no contó con que la detuviera sujetándola por el brazo hasta voltearla y la sorpresa hizo que se estrellara contra ese pecho duro como el acero.

—¿Y mi beso de buenas noches? —Inquirió, burlón.

Ella puso los ojos en blanco, antes de empujarlo lejos al percatarse de su prominente erección.

Estaba demente.

—Vete al demonio —espetó, conteniendo sus propios impulsos.

Quizá los dos estuvieran locos de atar, después de todo.

Las carcajadas que soltó la sobresaltaron y se quedó en su lugar cuando le apartó la trenza del cuello y le susurró al oído, muy despacio y con el tono ronco y provocativo:

—No puedo complacerte. Estás hablando con él.

Y tras darle un mordisco en el lóbulo, se alejó de allí silbando por lo bajo y dejándola más encendida de lo que nadie jamás había osado hacerlo.

Tras una larga media hora en que Alessandra había tenido que atender al veterinario –quien se quedó francamente impresionado con el trabajo de Carlos y le aseguró que había sido crucial para salvar a su pequeña– y que este volviera a revisar a Diabla para cerciorarse de que todo estuviera bien, al fin pudo subir a darse un baño de espuma en su habitación.

Estaba exhausta. Aquel maldito día había sido agotador y el hecho de encontrarse de lleno a la odiosa de Catarina en las escaleras no mejoró su humor. Ambas chocaron y estuvieron a punto de enzarzarse, pero no pensaba darle el gusto a esa estúpida caprichosa.

Thiago podía ser capaz de aguantar aquellos alardes de malcriada – Dios sabía cómo– pero ella no pensaba tolerarlo ni un instante. Apenas llevaba una semana de casada y ya se creía dueña y señora de aquello. Ilusa.

Cerró de un portazo y se despojó de toda la ropa, necesitando con urgencia un poco de sus sales de baño y agua bien fría para apaciguar su mal humor. No veía la hora de que las cosas volvieran a la normalidad.

Aunque se preguntó qué haría entonces, ya que Carlos dejaría de ser su guardaespaldas y no estaba segura de poder renunciar tan pronto al placer inigualable que le proporcionaba en la cama (o en cualquier otro lugar).

Desterrando esos pensamientos de su mente abotargada, se dispuso a entrar en la bañera una vez estuvo todo listo. Pero el pitido intermitente de su portátil la detuvo.

Lo había dejado encendido cuando Thiago le avisó de lo que estaba sucediendo con su niña, ya que con las prisas se olvidó. La curiosidad la

llevó a abrir sus redes sociales para ver quién podía haberle mandado una solicitud.

Ella era una figura pública —no alardeaba, era un hecho— y todos los días recibía miles de peticiones. Todos la admiraban (y envidiaban) y querían estar al tanto de lo que subía y dejaba de subir. Eso la divertía mucho. Además, su carácter sociable la llevaba a aceptar a mucha más gente de la que debería, algo de lo que más tarde solía arrepentirse. Pero al demonio.

—Luca Ferragni...—Leyó el nombre del apuesto hombre que había solicitado ser su amigo, mientras ojeaba su perfil público —. ¿De qué me suena? —Pensó en voz alta, soltando su largo cabello, que se derramó en cascada hasta su culo.

Le resultaba familiar, pero no lograba ubicarlo. Intrigada, le dio a aceptar y se entretuvo un rato más mirando su perfil. Era un hombre de buena familia, las lujosas instantáneas en hoteles cinco estrellas, viajes carísimos por Europa y Oriente, así como el derroche del que hacía gala en cada fotografía así lo indicaban.

Al final resolvió preguntar en el desayuno por si a alguien le sonaba y fue a cerrar el portátil, pero entonces se le ocurrió buscar a Carlos.

Claro, hasta que cayó en la cuenta de que ni siquiera sabía su apellido. Lo absurdo de la situación la hizo reír como una histérica. Hasta que cerró la pantalla, derrotada.

Tal vez era demasiado curiosa para su propio bien, pero necesitaba saberlo todo sobre ese maldito hombre que había aparecido en su vida para ponerla del revés.

Cansada de tanto pensar, se metió en la bañera y estuvo un buen rato relajándose y olvidando sus preocupaciones. Era tan placentero dejarse llevar...

Ojalá pudiera quedarse así para siempre.

Pero, por desgracia, no era posible. Así que, al cabo de un largo rato, resolvió que sería mejor salir ya si no quería quedarse dormida allí dentro. No sería la primera vez...

Con parsimonia, se puso de pie y se secó con la toalla, amando que el cuarto que siempre le reservaban para ella en la mansión Santorini tuviera su propio baño.

Tarareando una canción que estaba de moda, se dirigió hacia el armario para ponerse algo cómodo y dormir. Estaba agotada después de un día tan ajetreado.

Entonces, al abrir el enorme guardarropa; tirada en una esquina, lo vio. Un sobre rojo que llevaba su nombre. Intrigada, lo rasgó con cuidado para sacar una nota proveniente del interior, la cual leyó con extrañeza. ¿Quién podía haber dejado aquello allí? ¿Y por qué nadie la había avisado?

Un latigazo de furia la hizo estremecer en cuanto terminó de leer la nota. El pecho le latía descontroladamente y ojeó la habitación hasta el último rincón, presa del recelo y la inquietud.

Se apoyó contra la pared para obligar a su respiración a que se sosegara, no quería acabar teniendo un ataque...

Uno, dos... y así hasta cincuenta. Contó y contó, tratando de convencerse de que aquello solo podía tratarse de una broma de mal gusto. Pero sabía que no era cierto. Y eso los ponía en graves aprietos.

No sabía qué hacer y eso amenazaba con hacerla perder el juicio.

Cincuenta y uno, cincuenta y dos...

Tan de súbito como la había abandonado, la ira volvió a calentarle las venas y, tirando a un lado la nota arrugada en un arranque de furia, se enfundó en una bata blanca de satén que dejaba poco a la imaginación.

El corazón le iba a mil por hora mientras revisaba sus cosas concienzudamente. Todo estaba en orden, lo que alimentó aún más su rabia. Soltó un chillido y arrasó todo lo que estorbó a su paso, recorriendo la estancia como una exhalación.

A grandes zancadas, se dirigió al gran ventanal de su habitación y corrió las cortinas con virulencia, oteando la vista que conducía al jardín en busca de intrusos.

Estaba desquiciada. Tanto que ni siquiera se dio cuenta de que el escándalo había hecho que Carlos entrara en el cuarto a ver qué rayos sucedía. Este corrió a sujetarla en cuanto se percató de lo que estaba haciendo. Si seguía así se haría daño...y tampoco podía llamar la atención de ese modo. ¿Es que estaba completamente loca?

Claro que él era el último que podía catalogarse como cuerdo, eso tenía que admitirlo.

—¿¡Quién demonios está haciendo esto!? —Chilló a viva voz, ignorando los intentos de su guardaespaldas por apaciguarla. Se debatió entre sus brazos, incapaz de calmarse. —¿POR QUÉ NO TE MUESTRAS? —Rugió, soltando los postigos de la ventana y abriéndola con tanta fuerza que se hizo un pequeño corte en la palma de la mano.

—Basta, te van a tomar por una loca — gruñó él, alzándola en peso y alejándola de ahí antes de que despertara a toda la mansión. Ella se resistió como una posesa, su respiración era un desastre y pataleaba para soltarse.

A horcajadas sobre ella en la cama, la sujetó por los brazos para que se estuviera quieta. Tuvo que introducir sus piernas entre las de ella para evitar que lo golpeará en sus partes nobles.

—¡¡¡Déjame!!! —Bramó, mientras se retorció como una serpiente, encolerizada, con esos ojazos azules completamente dilatados y las mejillas al rojo vivo por el ataque de ira que estaba sufriendo. De haber sido cualquier otro, esa mirada tan fuerte y jodidamente intensa que tenía lo habría acojonado, pero él era incluso peor—. ¡Si alguien quiere acabar con nosotros le va a costar sudor y sangre! —Se estaba dejando la garganta en carne viva — ¡¿Me oyes?! ¡No te tengo miedo!

Carlos la dejó desahogarse, insultarlo, incluso intentar morderlo al ver que su agarre de hierro la retenía sin posibilidad de escape, gritando hasta que las cuerdas vocales le ardieron y apenas podía respirar.

Cuando al fin, al cabo de un buen rato, se calmó lo bastante como para poder articular palabras que no fueran meros gritos y gruñidos, él fue hasta el baño y sacó el botiquín para curarle esa herida. Se había hecho un corte bastante feo en la palma de la mano y la adrenalina apenas la había dejado sentirlo. Pero ahora que esa ira ciega que se había apoderado de ella la había abandonado... dolía y mucho.

Se obligó a aguantar, apretando los dientes y lo dejó limpiar y desinfectar la herida, hasta que se la vendó.

—Ya está. Ha sido más la sangre que la herida en sí, estarás bien si controlas ese temperamento que te gastas — dijo, divertido.

Ella bufó, incrédula.

—¿Me lo dice el que lleva los nudillos hechos pedazos? Qué hipocresía...

Él sonrió con ironía.

—Es parte de mi trabajo. Ahora dime qué demonios ha pasado para que pueda evaluar la situación — pidió, sin poder aguantarlo más.

—Me estaba espiando mientras me bañaba, ha tenido que estar aquí en mi habitación hace poco para dejar...—Se interrumpió, nerviosa.

—¿Para dejar qué? —Interrogó Carlos, queriendo saber qué demonios había provocado que se pusiera hecha una auténtica fiera.

Ella se había calmado, pero ahora parecía angustiada. Vaciló.

—¡¿Qué coño te han dejado?! —Bramó, perdiendo ahora él los nervios.

Alessandra lo miró con desafío. Intentó dominarse, pues aún estaba muy rabiosa por lo sucedido. Sentía el genio a flor de piel y no se controlaba ni un ápice cuando eso pasaba.

—Suéltame y te lo enseñaré — espetó, al ver que todavía la tenía inmovilizada, con ese tono demandante que tanto lo exasperaba...y excitaba a la vez.

Obedeció, a sabiendas de que si no se separaba de ella pronto los dos iban a terminar en la cama follando como animales.

Una vez libre ella lo guio hasta el baño y se agachó, mostrándole una más que reveladora estampa de su retaguardia, para recoger la nota arrugada que había arrojado al suelo.

Con manos temblorosas, se la tendió y él la desdobló con cuidado.

Al ver lo que allí estaba escrito, la miró con atención. La rabia y el desconcierto seguían latentes en sus iris.

Sí, había estado en lo cierto. Aquello era el desencadenante de todo.

—¿Quién crees que ha podido hacerlo? ¿Cómo burlar la seguridad de mi padre y de Baldassare...llegar hasta mi cuarto y dejar esto? — Aventuró ella, no sin cierta inquietud. Aquello era demasiado...

En cuanto sus ojos se encontraron con los de Carlos adivinó lo que estaba pensando.

—Quizá no lo haya hecho, quizá haya usado a un intermediario...

La insinuación era clara, por tanto, si eso era así —y con lo que había pasado no podía descartarlo— el peligro que corrían era doblemente mayor.

Alessandra habría preferido que le arrancaran la piel a tiras antes que admitirlo, pero tenía miedo. No solo por ella, sino sobre todo por su familia.

Lo que había en esa nota era una advertencia de lo que estaba por venir...

Y ella pensaba evitarlo a toda costa.

Tragó saliva, odiando exponer sus vulnerabilidades. Especialmente frente a Carlos. Él tenía esa capacidad de bucear en su interior como en un libro abierto...y la asustaba, pero al mismo tiempo la fascinaba.

Él, por su parte, sabía que ella quería que se quedara a su lado, pero era demasiado orgullosa como para pedírselo. Así que dio el paso.

—Me quedaré aquí para vigilar esta noche. —Y, al ver cómo lo miraba, añadió —: Tranquila, no me moveré de ese sofá. A menos que me lo pidas, claro.

Se pasó la lengua por los labios, consciente de la manera en que la humedad resaltaba todavía más sus curvas sugerentes. Iba a ser una noche muy larga...pero había soportado cosas peores.

Ella lo precedió hasta el cuarto, sin dedicarle más que un quedo asentimiento. Pero no hacía falta más. Supo que la había aliviado su

presencia. Era terca y Carlos apostaba lo que fuera a que, si no se quedaba, haría alguna tontería.

Además, le encantaba que se sintiera segura solo con él. Así de egoísta era.

Cerraron todas las ventanas y corrieron las cortinas.

—Ni sueñes con que te voy a pedir que vengas a la cama conmigo, así que...ojos bien abiertos soldado, cualquiera podría entrar y hacerme daño. Debes evitarlo — lo provocó, maliciosa.

Él esbozó esa sonrisa de medio lado que tanto le gustaba.

—Ha sido usted quien ha sacado a relucir la posibilidad de invitarme a su cama, no yo...cuidado, *signorina*, cualquiera podría deducir que me quiere entre sus piernas —le devolvió la pulla, disfrutando con el ansia de revancha que refulgió en sus pupilas ante el desafío. Eso era lo que más le gustaba de ella: su terquedad y esa necesidad de tener la última palabra siempre.

Era tan iguales; y tan distintos a la vez...

—Entre mis piernas... —Repitió, con una sonrisa maliciosa que preludiaba una travesura—. Para eso, me basto y me sobro yo —aventuró, empezando a deslizar su camisón en sentido ascendente para dejar al descubierto su humedad y acariciándola con lascivia, todo con intención de enloquecerlo.

Casi contra su voluntad, su entrepierna cobró vida propia a causa de la estampa que tenía frente a sí.

—Veamos cuánto puedes aguantar...—Lo retó, introduciendo un dedo en su abertura con deleite. Sus ojos no se despegaron de los de él en ningún momento.

Carlos sonrió. Ella quería la revancha, torturarlo hasta que le rogara y se tragara sus palabras. Bueno, no iba a pasar.

De haberla conocido antes, con toda seguridad sí. Pero había trabajado en su autocontrol con el mejor de los maestros.

Así que se desabrochó la cremallera de los pantalones y fue bajando lentamente...

Ella tenía las mejillas escarlata, estaba a punto de llegar a su liberación.

—Tengo toda la noche — le respondió Carlos, disfrutando de la sensación de haberla dejado sin palabras.

No hacían falta. Ellos no las necesitaban.

—Deja de decir locuras, Constanza —advirtió Emilio, en un quedo susurro.

Lo último que quería era que la conversación que estaba teniendo lugar entre ambos llegase a oídos de nadie. Por eso la había invitado a pasar a su despacho y había tenido la precaución de cerrar la puerta con llave a fin de evitar que los escucharan.

La mujer de su amigo estaba mal de los nervios desde hacía unos años, tras la trágica pérdida de un hijo varón —pérdida que se había mantenido en el más estricto de los secretos incluso para su propia familia— y aunque había mejorado poco a poco, lo sucedido estaba siendo fatal para ella.

Por eso lo que decía no tenía sentido. Debía estar desvariando. Por el bien de todos, eso era...

—Sé lo que digo, Emilio ¡No estoy loca! Dejad de tratarme como tal —estalló, logrando ponerlo en tensión.

Si seguía así iban a sorprenderlos...y no quería que nadie malinterpretara la situación. Donna era bastante celosa. Y Baldassare...

—Entiéndeme mujer, lo que dices no tiene sentido. Ese hombre murió hace veinte años, asunto zanjado.

Así quería creerlo, pero no podía negar que una parte de él — alentada por las especulaciones de Constanza y las notas recibidas — empezaba a tener serias dudas.

Ella esbozó una risa sin alegría.

—¿Ah, sí? Entonces ve hasta allí y desentiérralo. Tráeme sus huesos en una bolsa para cadáveres y cuando lo tenga frente a mí lo creeré. Porque mientras tanto, sabes como yo que existe una posibilidad de que ese miserable esté vivo y nos haya engañado a todos. Solo que tu orgullo te impide reconocer que fallaste — sentenció, lo que provocó que este diera un golpe sobre la mesa de su escritorio.

—¡Cuida tus palabras!

—Prueba que estoy equivocada entonces —lo desafió.

Respiró hondo para armarse de paciencia y asintió, levantándose de su escritorio con ímpetu.

—Muy bien, si eso es lo que quieres eso haré. Regresa a tu cuarto.

Ella sonrió, incrédula y emocionada a partes iguales. Al fin le hacían caso...

—Traedme noticias pronto — imploró, desesperada.

—Esta misma noche sabremos la verdad — le prometió él, antes de salir con paso presuroso y dirigirse hacia la habitación de su amigo para explicarle lo que se traía entre manos.

Por supuesto, esperó a que Constanza se retirara de allí con el sigilo de un espectro. De manera que cuando bajaran la sorprendieran en la cocina,

tomándose una infusión para los nervios y charlando con las empleadas como acostumbraba.

Nadie prestaba atención a una pobre mujer con los nervios destrozados, sino que generalmente la compadecían. Algo que había tenido que soportar toda su vida, por tener “una mente frágil”. Los demás le decían que no pensara, que le haría mal. La habían aleccionado para dejarse arrastrar por la voluntad de los demás como una vulgar marioneta.

Pero su hija era todo lo opuesto. Por eso estaba tan orgullosa de ella. Porque podía brillar con luz propia, algo que Constanza jamás había logrado.

Todavía tuvo que esperar un buen rato para ver bajar con prisa a los dos hombres, acompañados por el siempre fiel Dante. Solo entonces se relajó, fingiendo escuchar a Ofelia, quien fue su nana cuando ella era joven y ahora se ocupaba de su hija. La mujer llevaba toda su vida al servicio de la familia y las había visto crecer.

No avisaron a los guardias. No, aquello debían hacerlo solos. No convenía involucrar a nadie más en aquel turbio asunto del pasado.

Por eso, salieron sin dar explicación alguna y abandonaron la finca derrapando. Era una cuestión de vida o muerte, literalmente.

Solo cuando el ruido de los neumáticos se perdió en la noche, Constanza sonrió con alivio. Aquella noche acabaría su sufrimiento, para bien o para mal.

El repiqueteo incesante de los golpecitos rítmicos que Emilio no dejaba de dar con la pierna, en un acto inconsciente que pretendía manifestar su

nerviosismo, amenazaba con hacer perder la escasa cordura que le restaba a Baldassare, quien conducía sin apenas ver.

Mucho le había costado armarse del coraje para aceptar aquello. No le avergonzaba admitirlo. Porque hay algo cruel en la ignorancia...algo que, una vez que esta se convierte en certeza, te deja una sensación muy agridulce en el pecho.

Muchos lo llamarían cobardía, pero para él era mero instinto de autoconservación. Aunque sabía que, en el fondo, era demasiado tarde para eso y lo mejor que podían hacer era salir de dudas de una maldita vez. De todas formas, llevaba ya demasiado tiempo sin poder dormir del tirón por las noches. Demasiados remordimientos.

—¿Qué vamos a hacer si no está ahí? —Se atrevió a romper el silencio por primera vez en lo que iba de trayecto.

Su amigo apenas le dedicó un fugaz vistazo, demasiado perdido en la abstracción de su mente hiperactiva.

—Lo sabremos cuando lleguemos —adujo, con parquedad.

Y ya ninguno de los dos pronunció palabra alguna hasta que no hubieron llegado a su destino: una tumba sin nombre que yacía en la parte más antigua del cementerio de Venecia.

Una tumba que escondía el más terrible de sus secretos. Secretos que estaban a punto de ser liberados.

Secándose el sudor de la frente, Emilio le tendió una pala a su compañero, quien atisbaba los alrededores para comprobar – por milésima

vez – que no había nadie perturbando la quietud del camposanto y de las almas que descansaban en su interior.

Mejor así. Lo que estaban a punto de hacer requería la más estricta de las intimidades.

Los dos a una compartieron una última mirada de resignación, antes de empezar a cavar, hurgando en una herida que no había dejado de sangrar ni un instante, a pesar del tiempo transcurrido.

El silencio cayó sobre ambos como si la más pesada de las losas los hubiera sepultado en la desolación infinita.

Sus peores temores se vieron confirmados en cuanto, exhaustos y al borde del desaliento, terminaron de remover la tierra y la piedra para encontrarse con la impactante revelación que los aguardaba dentro.

En cierto modo, era como si todo aquel tiempo lo hubieran sabido pero no fueron capaces de asumirlo hasta que no vieron la tumba vacía a cal y canto, como si la persona que debiera estar allí dentro, pudriéndose como el bastardo que era, se estuviera burlando de ellos a carcajada limpia.

Y así debía ser, porque de algún modo había previsto su visita. Les había dejado una nota.

Todo lo que Emilio pudo pensar antes de lograr reunir el valor suficiente como para agacharse y tomar el papel entre sus manos, fue que Constanza había tenido razón todo aquel tiempo.

Y ahora no había vuelta atrás. Todos estaban en la mira de ese maldito desquiciado. Sus nombres aparecían en la lista, uno por uno, los de todos y

cada uno de los miembros de ambas familias.

Y al final del anverso, una advertencia con tinta roja que simulaba escalofriantemente bien la sangre, rezaba lo siguiente:

El papel arrugado salió volando por los aires mientras una lechuza que se hallaba posada sobre un ciprés que daba sombra a la tumba ante el grito de rabia que emitió Emilio, quien maldijo el nombre del hombre que se hallaba tras la infame máscara hasta que le ardió la garganta.

Baldassare se llevó las manos a la cabeza mientras deambulaba de acá para allá, blasfemando por lo bajo ante lo aciago de su suerte.

Su mujer no estaba loca, sabía lo que estaba por venir y es que ese miserable no descansaría hasta hundirlos a todos. Por eso, ahora más que nunca, tenían que adelantársele y atraparlo para acabar con él de una vez y por todas.

No sabía cómo, pero de algún modo, lograrían vencerlo. Por encima de su cadáver dejaría que hiciera daño a su familia. Eso lo juraba *por la sangre*.

—Llama a Dante, que venga de inmediato. Tiene que saber esto — pidió Emilio, con una calma que ni siquiera él sabía cómo demonios había logrado reunir.

Su amigo asintió e hizo lo que le había pedido, todavía pálido y descompuesto.

El graznido de un cuervo resonó entonces en el silencio de la madrugada, avisándoles de que había sido testigo de sus juramentos. Y quizá, de que

alguien los espiaba desde las sombras como un espectro fantasmal, que se escabulló con una sonrisa inmensa en el perverso rostro oculto tras su disfraz de arlequín.

La *vendetta* estaba en marcha. Y, oh, cuán placentera era...

Alessandra despertó de un sueño inquieto y plagado de pesadillas con la inexplicable sensación de que algo horrible estaba a punto de suceder.

Se obligó a calmarse cuando la consciencia fue haciendo acto de presencia en ella lo suficiente como para procesar que se encontraba a salvo, en su habitación, con Carlos vigilando que todo estuviera en orden, justo donde lo había dejado al irse a dormir – después de provocarlo un poco, cosa que él también había hecho y le encantó, para qué negarlo– y que la miraba con ojos interrogantes. Una chispa de calidez la inundó al darse cuenta de que había pasado toda la noche en vela para cuidarla, tal y como había prometido.

Respiró hondo, tratando de deshacerse de esa horrible sensación de malestar que la había inundado por alguna razón desconocida. Allí, en la mansión Santorini, estaban todos juntos y no tenían nada que temer. Sus enemigos no podrían vencerlos.

—¿Estás bien? Tienes una cara...

El comentario de Carlos la hizo abandonar sus oscuros pensamientos para dispararle una mirada ofendida. Estaba recién levantada, ¿qué esperaba? Necesitaba pasar por el tocador y arreglarse, sus ojeras prácticamente podían tocar el suelo tras la larga y desapacible noche que había tenido.

—¿Ahora me vas a decir que no te gusta esta cara? — Apostilló, practicando el pasatiempo favorito que estaba resultando ser ese tira y afloja continuo con su maldito –y caliente– guardaespaldas.

Él resopló, poniendo los ojos en blanco. Pero le siguió el juego.

—Déjame pensar...—Rio y esquivó por los pelos la almohada que ella le tiró a la cabeza.

Ya tenía preparada una pulla con la que devolvérsela cuando el entrechocar de los nudillos entrando en contacto con la madera de su puerta la pusieron en alerta de inmediato.

—Niña Alessandra, tu padre me manda a despertarte para que bajes a desayunar.

Maldición.

Era su nana Ofelia, quien tenía la costumbre de pasar a darle un beso de buenos días todas las mañanas al despertarla. Si no le abría, de inmediato sospecharía. Pero si lo hacía...descubriría a Carlos.

Lo miró con pánico y quiso matarlo ella misma al verlo tan tranquilo, como si no pasara nada.

Le hizo señas para que se escondiera en la cama, impaciente.

Pero el muy idiota decidió fastidiarla haciendo amago de ir a abrir la puerta. Tuvo que luchar con las ganas incontrolables de asfixiarlo con una almohada y le hizo gestos exagerados con las manos para que obedeciera. Nana Ofelia volvió a llamarla, esta vez sonaba ya algo preocupada.

Se haría la dormida, eso era. De ese modo podría ganar tiempo mientras su estúpido guardaespaldas se metía en la cama de una bendita vez, con esa

sonrisa insoportable cuando lo cubrió hasta la cabeza, empujándolo para que no se viera nada de su cuerpo entre las mantas.

Debía de estar divirtiéndose mucho, el muy...

¿Qué estaba haciendo?

De repente, se quedó muy quieta y abrió los ojos de par en par al sentir cómo unos dedos traviesos se colaban a través de la tela de sus bragas de encaje.

Oh, joder...

Sus paredes internas enloquecieron ante las placenteras sensaciones que le estaba provocando su toque y no pudo controlarse. Se dejó llevar, anhelando sentirlo dentro con una urgencia rayana en la locura.

Nada le importaba cuando la tocaba de esa manera y le hacía esas cosas que solo él sabía hacer.

Los gritos de la nana Ofelia resonaban con más insistencia desde el otro lado de la puerta. Era curioso que solo un trozo de madera los separara...y era tan ajena a lo que allí estaba sucediendo que una sonrisa traviesa se paseó por los labios de ella, ahogando los gemidos.

Lo prohibido tenía un sabor adictivo, excitante...un aroma electrizante que la empujaba al borde del abismo, que la invitaba a gozar mientras los dedos hábiles de Carlos se introducían poco a poco en su centro, llevándola al límite, haciéndole desear quemarse en aquel fuego que era el hábitat natural de ambos.

La tentación tenía nombre y apellido. Y era el suyo.

El corazón de Alessandra bombeaba sangre a un ritmo frenético, al borde del infarto. Y ese maldito se limitaba a esbozar esa sonrisa de medio lado suya mientras su pobre nana estaba angustiada creyendo que le había pasado algo malo...cuando en realidad lo único que ocurría es que Carlos le estaba dando uno de los mejores orgasmos de toda su vida. Y ya había perdido la cuenta de todos los que llevaba desde que lo conocía.

—Vo...voy nana Ofelia, estaba dormida. Dame un segundo...y te aviso para que entres — se obligó a contestar, luchando por poder articular una frase como cualquier persona normal.

Se arregló el pelo y trató de respirar hondo, estaba ardiendo...iba a darse cuenta y sería su perdición.

—Está bien niña, casi me da un infarto, pensé que te había sucedido algo. No me des esos sustos...ya estoy vieja — se quejó la buena mujer.

Si supieras, nana...te daría de verdad, pensó ella con una sonrisa pícar.

Había sido una agradable sorpresa mañanera.

—Quédate quieto, no hables y no respires o te mato — susurró, imperiosa, lanzándole dagas con los ojos al ver que no se lo tomaba en serio.

Él levantó las manos como si tuviera miedo de ella y asintió, dándole un pellizquito en la nalga cuando se incorporó para cubrirlos bien.

Ella le dio un golpe y lo tapó compulsivamente con la sábana. Parecía que estaba todo bien, así que, haciendo de tripas corazón dijo:

—Ya está nana, puedes pasar.

La buena mujer entró poco después con una sonrisa indulgente, sin percatarse de lo que estaba sucediendo bajo las sábanas de aquella espaciosa cama. Alessandra, que había hecho todo lo posible por recomponerse en aquellos minutos de tregua —aunque Carlos no estaba colaborando mucho que se dijera— se esforzó por corresponder a su gesto con la naturalidad de siempre.

Sabía que la anciana la conocía desde niña y se daría cuenta si estaba actuando raro, así que debía ser cuidadosa. Aunque en su interior, un huracán desbordado de pasiones fogosas e inmorales latía incesantemente.

—¿Niña te sientes bien? Has tardado mucho en abrir y tienes las mejillas ardiendo, déjame tomarte la temperatura...— Adujo la preocupada mujer, extendiendo la mano para posarla en la frente de la joven, que se apresuró a disuadirla.

—No, no, no es necesario. Es solo que he dormido mal, tuve pesadillas pero ya estoy mejor. Con un buen desayuno se me pasa —contestó, en ademán tranquilizante.

La anciana no parecía muy convencida, pero acabó por asentir y depositó un tierno beso en su frente. Ella la abrazó por los hombros con cariño. Su nana era como el ángel de la guarda que siempre había estado a su lado, desde que tenía uso de razón. Ofelia Silvetti llevaba prácticamente toda su vida al servicio de la familia Grimaldi. Y su presencia era un hecho tan insoslayable como que el sol salía cada mañana. Alessandra no concebía despertar una mañana sin que ella acudiera a darle los buenos días.

—Está bien, pero estás muy tapada hija, ¿por qué no te retiras las mantas? —Comentó, haciendo amago de quitar la sábana. Eso disparó todas las alarmas en la joven, que se obligó a reaccionar de manera calmada, sin levantar sospechas.

—No, déjalo así nana, dame unos minutos para recomponerme. Si no, el contraste podría provocarme un resfriado —mintió, con una sonrisa inocente que estuvo a punto de esfumarse de su rostro al sentir cómo Carlos, aburrido ya de la presencia de la inofensiva señora, le acariciaba la zona más sensible del cuerpo. Le dio una patada con disimulo por debajo de las mantas.

Loco endemoniado...

—Está bien cariño. He venido a avisarte de que los muchachos y el veterinario han pasado toda la noche cuidando a tu yegua y me han dicho que, aunque aún está débil, se recuperará.

Le dio las buenas noticias y ella soltó un grito de júbilo, maldiciendo no poder levantarse para abrazarla.

—Sabía que mi pequeña saldría de esta — exclamó. No cabía en sí de dicha. Su nana compartía esa felicidad.

—Y todo gracias a ese hombre, Carlos. En la cocina las muchachas no hablaban de otra cosa, hija. De no ser por él...

—De no ser por él *Diabla* estaría muerta, lo sé. Y estoy en deuda — confesó, sin faltar a la verdad. El maldito debía estar con el ego por las nubes de oírla, pero ¿qué podía hacer?

—Y es tan buen mozo, ¿no te parece? Está...muy bien proporcionado — cuchicheó la mujer, tomando por sorpresa a la propia Alessandra, que no pudo evitar abrir los ojos de par en par ante el entusiasmo de su nana.

Carlos soltó una risa ahogada que ella se apresuró en acallar dándole otra patada por lo bajo. La nana la miró raro, pero por suerte no hizo ningún comentario y lo dejó estar.

Con el corazón a punto de salirse del pecho, Alessandra se obligó a contestar.

—Sí, está como quiere. Pero nana, no te conocía ese lado pervertido — bromeó, riendo las dos con complicidad.

—Ay hija — exclamó, con nostalgia, la buena mujer —. Si yo tuviera tu edad...pero mejor que no, si tu padre se llega a enterar ese pobre muchacho sería historia —enunció, adoptando un semblante grave que hizo aterrizar a Alessandra sobre la dura realidad que la enjaulaba a diario. Sí, ya lo sabía. Mataría a Carlos de la peor manera. Y aun así...ya no podía ni quería mantenerse alejada de él.

Desafortunadamente, jamás podría compartir esa confidencia con su nana. Ello supondría ponerla en un compromiso y, llegado el caso, en peligro. Ofelia siempre había sido una sombra muy discreta en la *Famiglia*, solo eso le había salvado la vida. Aunque eso Alessandra todavía no lo supiera...

—Bueno, te dejo para que te arregles niña, el señor Emilio y tu padre están muy inquietos hoy. Me han dado órdenes expresas de que te diga que no te retrases.

—Así lo haré, descuida viejita preciosa — la alabó un poco, haciéndola reír al mandarle un beso y un guiño. El cariño de las mujeres de aquella casa eran lo único que mantenían con vida a aquella pobre anciana condenada al olvido. Por lo general, la gente solo se acordaba de ella cuando tenía hambre, o alguna necesidad. No por aprecio.

Solo era una sirvienta, después de todo.

Pero Alessandra y su madre eran las únicas que la trataban con aprecio. El señorito Marcello también solía hacerlo, aunque desde su regreso estaba mucho más distante y ausente que nunca.

—Muchacha loca, te adoro —se despidió, antes de salir con una gran sonrisa a preparar el desayuno.

Alessandra borró la sonrisa en cuanto la buena mujer estuvo lejos de allí, incapaz de aguantar un segundo más el maremoto de emociones que la sacudían entera. Solo a ese maldito mexicano se le ocurría torturarla con su deliciosa lengua hasta que sintió que estallaría en pedazos.

Y no pudo contener más el orgasmo que se liberó de su cuerpo igual que un castillo de fuegos artificiales el cuatro de julio.

Gimió como una mujer desatada y él le tapó la boca con su áspera mano, mientras que con la otra bombeaba su miembro hinchado al tiempo en que se relamía los labios y saboreaba su néctar con deleite.

—Si mi nana nos hubiera sorprendido, yo misma me habría encargado de matarte. Lo sabes, ¿verdad? — advirtió, entre jadeos, recuperándose todavía de las intensas emociones que le había proporcionado aquella bestia hecha hombre.

Su respuesta, en cambio, la sorprendió tanto como la divirtió.

—¿Uno rápido? —Propuso, relamiéndose los labios y sin quitarle los ojos de encima.

Ella alzó una ceja perfectamente depilada y la sonrisa maliciosa que esbozó fue más que reveladora para Carlos, que desvió la vista hasta sus pezones endurecidos, dejándole saber así que no había sido suficiente.

—Ajá, *molto presto* y más te vale dejarme satisfecha que todavía no se me quita el mal genio por lo de anoche — advirtió, apuntándolo con su dedo índice en un gesto mandón que lo hizo pasar de cero a mil en un segundo. Era una pequeña *diavolessa* insaciable y egocéntrica.

Lo hicieron duro, sucio y salvaje. Al más puro estilo de ambos.

Apenas diez minutos más tarde una Alessandra radiante se encaminaba con pasos gráciles hacia el comedor, enfundada en un vestido púrpura con aberturas a los costados y tan corto y ajustado que Carlos, tras ella, tuvo que hacer el esfuerzo de su vida por contenerse para no acorralarla en aquel mismo vestíbulo y hacérselo como una bestia. Era exquisita, el manjar que jamás se hartaría de comer. Y lo más importante, tenía claro lo que era aquello: puro sexo.

Era lo único que él podía ofrecer. A veces sentía que estaba seco por dentro en lo que a emociones se refería, pero no podía ni quería lamentarse. Era lo que hizo de él la vida, que por alguna razón que desconocía había decidido ensañarse con él hasta la saciedad. No le importaba, ya no. Al menos, seguía vivo. Aunque tampoco le importaba demasiado morir.

Alessandra era única. En ese sentido lo había sorprendido al saber mantener los sentimientos, que nada bueno traían, al margen de lo que compartían. En aquella relación el romanticismo estaba de más. Pero, a su manera, tenían un vínculo. Uno más especial. Si por separado eran terribles, juntos eran un volcán capaz de reducir a cenizas todo cuanto hallaran a su paso. Sin contemplaciones.

Estaba a punto de hacerle algún comentario sarcástico para picarla un poco cuando vio a la esposa de Thiago, la señora Catarina, bajar las escaleras con prisa para alcanzar a la joven que, al verla, frunció los labios en un gesto de clara antipatía. Pensó que aquello podría ser interesante y se quedó observando en un segundo plano.

Entretanto, Alessandra miró con disgusto a la castaña que, ligeramente nerviosa y exaltada, la tomó del brazo para obligarla a encararla.

—¿Qué quieres, Catarina? —Espetó, impetuosa. Tenía hambre y no estaba de humor para tener una pelea con ella ahora que, por desgracia, tenían que verse a diario porque convivían bajo el mismo techo.

—Hablar contigo —replicó la otra, con obviedad. Aquel tono molestó a Alessandra todavía más, que se soltó de un tirón.

—Ahora no puedo, tengo prisa —repuso, tratando de rebasarla. Pero de nuevo la maldita obstinada se cruzó en su camino, cerrándole el paso. Su mirada la atravesó como una daga, pero la recién adjudicada señora de Santorini no se arredró.

—Me temo que tiene que ser ahora, es importante. Dile a tu...— Echó una ojeada cautelosa a Carlos, quien le inspiraba miedo, antes de proseguir—: guardaespaldas...que nos deje a solas, por favor. No te robaré mucho tiempo.

Alessandra se calmó un ápice al percatarse de la sutil manera en que interlocutora había suavizado el tono. Parecía angustiada y ella se sentía intrigada. Pero de ninguna manera le pediría a Carlos que se retirara.

—A mi guardaespaldas le pagan para que no se separe de mí, querida, así que habla aquí o deja de hacerme perder el tiempo, por favor —añadió, con cierta sátira. Carlos no pudo evitar esbozar una sonrisa de medio lado.

Los labios de Catarina se fruncieron en un rictus de rabia y asintió.

—Como quieras, si a ti no te importa que todos sepan que te lo llevas a la cama, a mí tampoco me importa gritarlo...—Elevó la voz y una Alessandra tan enfurecida como sorprendida la agarró del brazo y la silenció con su mirada más colérica.

—¡Cállate! —bramó, con el pecho oscilándole a toda máquina. ¿Cómo diablos estaba esa arribista enterada de eso? Hasta Carlos se sorprendió. ¿Se lo habría contado la señora Donna? O ese bastardo de Bruno. De solo pensarlo le entraron ganas de arrancarle la cabeza.

Respirando con fuerza, Alessandra arrastró escaleras arriba a la joven para encerrarse en una habitación que les garantizara la privacidad. Carlos las siguió discretamente, pues no se fiaba del temperamento de la Grimaldi y lo último que les convenía era que, por no saber controlar su carácter, Catarina se fuera de la lengua como represalia.

Cerró con tal violencia que Carlos retrocedió, enarcando las cejas. No le habría sorprendido que se hubiera llevado la puerta en la mano al cerrar con semejante brío...

Negó con la cabeza y, tras comprobar que estaba despejado, se introdujo dentro con sigilo. Estaba todo muy silencioso y no sería él quien se extrañara de que Alessandra estuviera tratando de cometer un asesinato con aquella inconsciente.

Ciertamente, la estampa que se le presentó no distaba mucho de la realidad. Una Alessandra fuera de sus cabales se las había ingeniado para acorralar a Catarina contra la pared y la sujetaba del cuello con saña, no ejerció fuerza suficiente como para que la joven se viera en aprietos, pero sí se percibía su ira creciente al ver su secreto comprometido. Alessandra odiaba que cuestionaran su vida sexual de esa manera, coartando la libertad que por derecho poseía. Temblaba de pura furia.

—¡Dime quién demonios te ha contado esa patraña, Catarina! No quieras sacar a la fiera que llevo dentro porque te vas a arrepentir —bramó, en advertencia, con el tono grave y amenazante, cerrando el puño libre hasta que se le puso blanco.

Carlos se vio obligado a intervenir para separarlas. No negaba que le ponía y mucho verla así, pero sabía que hablaba en serio. En aquel momento parecía una leona rabiosa a punto de devorar en pedazos a su presa. Catarina también temblaba de rabia y tenía las mejillas rojas, pero nada tenía que hacer contra la imponente mujer que le clavaba una mirada letal.

—¡Suéltame! —exigió, forcejeando en vano. La fuerza de Alessandra era muy superior y sabía que nunca podría con ella.

—¡Habla de una puta vez! —Se hizo un daño horrible en la garganta pero no le importó—. Si has tenido los ovarios de venir a amenazarme, dime qué fundamento tienen tus calumnias —exigió, con un autoritarismo apabullante. Tenía el rostro a escasos centímetros del de Catarina, quien trató de disimular cuán intimidada se sentía. De no haber sido un caso de extrema urgencia, jamás habría corrido el riesgo de desatar su ira.

Entonces, al fin, Carlos la sujetó desde atrás y tiró de su cintura hasta obligarla a soltarla. Catarina respiró, aliviada, masajeándose la zona dolorida. Esa mujer era una bestia, seguro que le había dejado marca.

Alessandra forcejeaba en brazos de Carlos, que estaba totalmente pegado a ella para aplacarla.

—Tranquila, no va a hablar — le susurró al oído, no sin cierta diversión — quiere algo a cambio. ¿No ves que está desesperada?

Tenía razón, por supuesto, solo que la rabia no la había dejado verlo. Asintió.

—Ya puedes soltarme — pidió, inhalando hondo. Al oírlo, Catarina retrocedió unos pasos hacia la puerta por instinto. La temía y eso la hizo sonreír.

Para su sorpresa, él no obedeció. No se fiaba.

—Está bien, me portaré bien — prometió, no sin cierta ironía maliciosa en el tono.

Era una mujer de carácter explosivo, lo aceptaba y bien orgullosa, pero solo reaccionaba así si la provocaban.

Sin una palabra, la liberó y relajó las extremidades.

—Bien, dime qué quieres Catarina.

La aludida tomó aire, como si lo que quiera que estuviera a punto de decir fuera la confesión de un crimen. Al fin, cuando ya su interlocutora comenzaba a impacientarse, habló:

—Necesito salir de la mansión, hoy mismo. Pero como sabes, Emilio y Baldassare lo han prohibido tajantemente...y tú eres la única que puede ayudarme —finalizó, retorciéndose las manos con nerviosismo.

Ahora sí se entendían. Ella sabía que Alessandra era la única de las mujeres de aquella mansión capaz de imponer su voluntad ante la tiranía de los hombres. El problema era que, naturalmente, no lo haría sin más. Ni siquiera después de que la hubiera amenazado, porque no le quedaba de otra.

Al contrario de lo que ella pudiera pensar, Catarina no tenía nada contra ella salvo, en el pasado, cierta envidia por ese poderío y personalidad tan arrolladora que hacía que se llevara toda la atención siempre.

—Uhhh...—Se llevó un dedo a los labios, pensativa—. ¿Y para qué exactamente quieres salir, Catarina? ¿No será que le estás escondiendo algo a Thiago? —Insinuó.

La joven se sintió dolida por lo que dejaban traslucir esas palabras, pues ella jamás engañaría a Thiago. Lo amaba más que a su propia vida. No, no se trataba de ella. Pero, ¿cómo decírselo sin poner en peligro el secreto de su prima? No le quedaba de otra...

—A menos que...no es para ti, ¿Verdad? — Alessandra rio, encantada—. ¿Tu tía? —Ella misma se respondió al ver su cara, era como un libro abierto—. No, se trata de tu prima. A ver, ¿qué esconde la tal Stella? —Inquirió, sin poder ocultar la intriga que sentía. Aún no había tenido la oportunidad de tener una conversación con la susodicha, pero esperaba que pronto eso cambiara. Todavía no había determinado si era de fiar o no.

—Alessandra, no...no puedo decírtelo. No es mi secreto — admitió, avergonzada. Si su prima no se sentía preparada para revelarlo, ella menos que nadie tenía derecho.

Pero la aludida no lo dejó correr, no pensaba hacerlo después del atrevimiento de Catarina al amenazarla.

—Si quieres mi ayuda, Catarina, vas a tener que contármelo todo. Incluso puedes decirle a tu primita que me dé la cara. Si no, no pienso ayudarte — espetó, con severidad.

Sabía que picaría el anzuelo. Y de esa manera, conociéndole el secreto, estarían a mano. Lo que significaba que la tendría justo donde quería y no revelaría absolutamente nada de su relación clandestina con Carlos.

Y así fue.

—Stella...cree que está embarazada y necesita hacerse la prueba cuanto antes — soltó, del tirón, como si así pudiera sentirse menos culpable.

Alessandra asintió, admitiendo que no la tomaba por sorpresa la noticia. Últimamente Bruno y ella habían estado intimando bastante, eso le constaba. Lo que no esperaba era que ese bendito hombre fuera tan imbécil como para no tomar precauciones. Iba a matarlo...

—¿Bruno lo sabe? —Aventuró, aunque sospechaba cuál sería la respuesta, dado que si lo supiera no tendría que haberse visto en la obligación de pedirle ayuda a ella precisamente.

—No —musitó Catarina—. Mi prima tiene miedo de decírselo, porque él siempre le ha dejado claro que... no busca nada serio — aclaró.

Alessandra resopló. La misma historia de siempre. Maldito fuera, eso que lo hubiera pensado antes de...

Miró de soslayo a Carlos, que estaba tenso como la cuerda de un violín.

Toda molestia se disipó para dar paso a la solidaridad.

—Escúchame, no tiene nada de lo que avergonzarse ¿me has oído? Si a Bruno no le cae bien la noticia, que se hubiera puesto un puto condón. Pero le conozco, no va a eludir su responsabilidad — apretó las manos de la joven, que la contempló con los ojos abiertos como platos. No se esperaba que le mostrara tanta empatía—. Si no se lo dices tú, lo haré yo. ¿Entendido? Las mujeres podemos acostarnos con quien nos dé la gana, al igual que ellos, y no tenemos nada de lo que avergonzarnos porque somos iguales. Que eso le quede bien claro, no ha hecho nada malo.

El parlamento de Alessandra conmovió a Catarina, que asintió.

—¿Entonces nos ayudarás? — se atrevió a decir. Alessandra no lo dudó.

—Lo haré. Claro que lo haré. Y quiero que esos dos también vengan. Hagamos una cosa, Catarina, saldremos todos. Sé que estás harta de este encierro como todos. Thiago y tú podéis dar un paseo por la feria, mientras esos dos arreglan lo suyo. Y nosotros...—Añadió, mirando a Carlos con picardía—. Nos vamos de compras.

Carlos pareció tan horrorizado que tuvo que echarse a reír. Le asustaba ir de tiendas pero disfrutaba como un niño desatando la más salvaje de las matanzas.

Catarina sintió una inmensa gratitud hacia ella, algo que jamás pensó que experimentaría.

—Yo...no sé cómo darte las gracias. Aunque no me creas, no te odio como parece pensar, y esto significa mucho para mí. Mi prima es la única familia que tengo...no lo olvidaré — aseguró, con lágrimas en los ojos. Alessandra asintió, solemne.

No iba a ser hipócrita y afirmar que de repente serían las mejores amigas, pero aceptaba que su carácter también podía haber contribuido a que la siciliana se sintiera rechazada y de ahí que desarrollaran una antipatía mutua. Lo cierto era que ambas se habían prejuzgado.

—Está bien, supongo que podemos tener una tregua. Tampoco te odio, al menos no ahora que hemos llegado a un acuerdo —bromeó en parte—. Por la familia se hace lo que sea, eso lo respeto —aseguró.

—Así es. Y no te preocupes, yo no pensaba decir nada de lo vuestro —le aclaró, ya puestas todas las cartas sobre la mesa.

Alessandra sonrió.

—Lo sé. Cielo, no te ofendas, pero necesitas unas clases de actuación —y así, enganchó su brazo con el de ella para que juntas bajaran a desayunar, dejando a un Carlos ojiplático en medio de la estancia.

¿Quién cojones entendía a las mujeres? Hacía un rato estaban a punto de matarse y ahora se cogían del brazo y bromeaban como si nada.

Solo cuando coincidieron en el rellano, mientras una pletórica Catarina corría al encuentro de Thiago para ponerlo al corriente del plan, Alessandra le susurró al oído:

—Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos todavía más...

Y entonces lo entendió todo.

Sonrió al pensar que ella era el mismo demonio con tacones de infarto y vestida de *Dolce y Gabbana*.

El ambiente que se respiraba en el desayuno era más tenso y asfixiante que nunca. Tanto así que Alessandra no veía la hora de terminar para poder largarse.

Compartió una mirada con Carlos, que permanecía de pie junto a la puerta con el resto de guardaespaldas. Brazos a la espalda, pinganillo en la oreja y la pistola al alcance de la mano, vigilante como un halcón. Mientras todos parecían aburridos como ostras o simplemente hambrientos —no podían comer hasta que no terminaran ellos— él estaba tan alerta como siempre, con esa energía inhumana que tenía.

Supo que era el momento en cuanto su mirada se desvió apenas una fracción de segundo hacia ella y asintió.

—Necesito ropa nueva para la fiesta de la víspera del carnaval, papá. Sigue en pie, ¿verdad? —Aventuró, con la decisión y firmeza que la caracterizaban.

—Sí, hija, pero no creo que sea buena idea salir...tienes muchos vestidos —Baldassare trató de disuadirla, sin mucha convicción. Sabía que cuando se le metía algo en la cabeza nada podía hacerla cambiar de opinión.

—Ah, no. No pretenderás que esté en boca de todos los titulares por haber repetido modelito, ¿o sí? Además, es pleno día por Dios...no seas aguafiestas. Y tú Emilio —acusó, cambiando de golpe el rumbo de la conversación—. Mira cómo tienes a tu nuera, recién casada y encerrada en estas cuatro paredes. No me parece justo. ¿Verdad?

El aludido, sintiéndose atacado, fue a abrir la boca para replicar, pero Catarina vio su oportunidad y la aprovechó.

—Sí, es cierto Emilio...tengo muchas ganas de salir aunque sea un ratito, con Thiago...

Miró a su marido de manera zalamera y este cedió enseguida, no podía negarle nada. Bastante chasco habían llevado ya al tener que posponer su luna de miel. Además, aquellos días había sido tranquilos, no entendía por qué su padre y Baldassare estaban más prevenidos que nunca. Lo que decían —que el peligro ya había pasado— no se correspondía con la manera paranoica en que se comportaban.

—Yo también quiero ir —intervino entonces una suplicante Chiara, que se aburría sobremanera con aquel encierro y, para colmo, no había conseguido acercarse a Marcello desde su intento fallido. Esperaba que él también fuera...

—Pero bueno, ¿qué es esto? ¿Os estáis revelando todos contra mí?!
—Emilio dio un golpe en la mesa que sobresaltó a Constanza, más susceptible que nunca desde lo ocurrido la otra noche. Baldassare la abrazó con cariño, ablandándose.

—Que salgan de esta casa mientras puedan — susurró, con los ojos abiertos por el miedo y mirando a los presentes con desconfianza.

—Constanza, querida, ¿quieres ir a descansar? —Propuso una preocupada Donna, que estaba más al pendiente que nunca de su amiga. Esta negó con desdén.

—¡Basta! —Volvió a gritar Emilio, fulminando a Bruno cuando dejó escapar una risita insolente al ver que nadie respetaba su autoridad—.

Haced lo que os venga en gana, de todos modos ya nadie me tiene consideración. Soy un maldito cero a la izquierda — dramatizó.

—Vamos, querido, no seas exagerado, es un simple paseo...— Intentó mediar Donna, a la que su marido no le puso buena cara.

—Está bien... ¿iréis todos, pues? —Acabó cediendo a la presión, esperando no tener que lamentarlo.

—Pues claro, las redes están hirviendo —intervino una entusiasmada Alessandra—. Si aparecemos por la feria y hacemos unas cuantas donaciones, nos adorarán todavía más —añadió, calculadora. Sabía que nunca se negarían a la posibilidad de más poder y prestigio. Era su talón de Aquiles. Y es que cuando se tenía todo, era inevitable querer aún más y más.

—Yo me quedo — desestimó Marcello, para desencanto de Chiara. Mauro, desde su lugar, sonrió con triunfo—. No estoy de humor para ferias, ni compras...—Se defendió de las miradas acusadoras, sombrío. No veía la hora de regresar a Múnich. Si no lo hacía era por el peligro inminente que corrían, tampoco podía dejar a su familia a su suerte. Pero no se sentía cómodo...

—Eres un aburrido —se metió con él Alessandra, pero de manera cariñosa. Marcello le sacó la lengua, odiándose por no contarle lo que su padre estaba planeando para esa fiesta a la que, en su ignorancia, tenía tantas ganas de asistir.

—Pues no perdamos más tiempo —propuso Catarina, levantando a su esposo (que aún no terminaba sus huevos revueltos) de la mesa con prisas. El pobre gruñó, atormentado pero feliz por cumplirle el capricho — ¡Vamos Bruno! —Lo conminó, a lo que este la miró como si estuviera demente por dirigirse a él con tanta efusividad.

—¿Por qué tu mujer me está incluyendo en su plan, hermano? — quiso saber, desconfiado. A lo que Thiago resopló, molesto.

—Porque no es una resentida como tú, así que andando.

Puso los ojos en blanco y asintió, mirando a una Stella que estaba inusualmente callada y decaída, antes de ofrecerle su mano para que se pusiera en pie.

—¿Te gusta la feria, *bellisima*? —Coqueteó, deseando tener un encuentro a solas con ella. Su cuerpo ya le pedía a gritos un buen polvo. Lo que no sabía era lo que se le venía encima...

—Ajá...—Contestó, buscando a su madre que estaba ausente — ¿Y mamá?

—No lo sé — confesó Catarina, cayendo en la cuenta —. Tampoco está Dante.

Alessandra rio sin pudor alguno. No creía que ni tan siquiera Chiara fuera tan inocente como para ignorar lo que estaba pasando entre esos dos...

—Bueno, id de una vez que antes del anochecer quiero que estéis de regreso — ordenó Emilio, implacable. Nadie se atrevió a replicarle.

—Claro, claro —le siguió la corriente una descarada Alessandra, indicándole a Carlos que la siguiera —. Pasaremos por *Vie Mercerie*, quiero comprarle a Carlos unos cuantos trajes nuevos, desentona con sus compañeros...—Lo dijo solo para provocarlo, porque sabía que odiaba los

trajes y si podía evitarlo, no los usaba completos al prescindir de chaqueta y corbata. En esos momentos quiso asesinarla y ella sonrió, complacida.

—Tienes razón hija, haz lo que creas conveniente — concedió Baldassare, displicente. Tenía la cabeza en otras cosas —. Maurizio, Sandro y Mauro, iréis con Carlos. Os confío la seguridad de la familia.

Todos obedecieron de inmediato.

Sin perder un segundo más, toda la comitiva enfiló hacia el pasillo.

Solo cuando Carlos sostuvo la puerta abierta del coche para que una regia Alessandra subiera al interior, tras asegurarse de que nadie los estuviera escuchando, le gruñó:

—Esto te va a costar muy caro, *diavolessa*.

Su enfado solo acentuó su sonrisa poderosa.

—Cuento con ello, soldado.

La boutique más exclusiva de toda Venecia estaba más concurrida de lo que a Alessandra le habría gustado cuando llegaron, en un tiempo récord gracias a la velocidad suicida a la que había conducido Carlos. Estaba furioso con ella por obligarlo a ir de tiendas y apenas le había dirigido la palabra.

Lo sentía pero tendría que aguantarse, ya que aquel era uno de sus pasatiempos favoritos.

No pudo evitar que una sonrisa maliciosa se dibujara en sus labios pintados de carmín cuando él le abrió la puerta de su *Lamgorghini*, de mala gana y sin mirarla, para que se bajara. Ella, ignorando su mal humor, lo tomó del brazo para prácticamente arrastrarlo dentro y en un abrir y cerrar de ojos ya estaba buscándole prendas junto con la dependienta y se las fue dejando en el regazo formando un montón de proporciones astronómicas que amenazó con provocarle un colapso allí mismo. Lo que tenía que aguantar...

Para colmo, la dependienta no dejaba de revolotear a su alrededor, privándolos de la intimidad que deseaba. Le había prometido que se las cobraría y pensaba hacerlo, en ese mismo probador, de ser posible.

—Este traje le queda muy elegante. Tiene una forma física perfecta. ¿Es su novio, señorita Grimaldi? —Oyó que la interrogaba la dichosa mujer. Pidió paciencia al cielo.

La risa divertida de Alessandra le llegó clara.

—¿Verdad que sí? Está como un tren — le siguió el juego, alargando el suspense solo para torturar a la mujer. Se la imaginó babeando

y hasta sonrió un poco—. No, es mi guardaespaldas. ¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso te interesa? —Bromeó, aunque su tono sonaba más afilado.

—Oh, no. Yo jamás...nada de eso señorita, no quería ofenderla. — La pobre empezó a tartamudear y se le cayeron las prendas de las manos. Al agacharse para recogerlas intentó atisbar por debajo del probador una panorámica de Carlos, que acentuó la sonrisa con una mueca egocéntrica.

—Descuida, Florencia. Ahora, por favor, tráeme los mejores vestidos de fiesta que tengáis —demandó la italiana, deseosa porque se marchara un momento.

No tardó en entrar y Carlos dedujo que la muchacha se fue a cumplir con su encargo.

—Déjame adivinar, ¿quieres atarme la corbata? —Le tomó el pelo, disfrutando de la manera en que se lo comía con los ojos.

Le sorprendió en parte que llevara las manos hasta su entrepierna y presionara con fuerza, para acabar acercando su rostro a centímetros del suyo.

—Lo que quiero es que dejes de coquetear con la dependienta — espetó, molesta.

—Pero si yo no...—Se defendió, pero lo acalló dándole un pico rápido y, acto seguido, le estaba arreglando la corbata como si no hubiera pasado nada.

Demasiado tarde. Acababa de desbloquear una nueva fantasía para él y no pensaba cortarse.

Sin importarle que ya se escuchara la voz de la tal Florencia acercándose adonde ellos estaban, la atrajo hacia sí y le rodeó la cintura con los brazos para darle un mordisco en el labio inferior. Estaban pegados y quiso que notara su dureza contra el estómago.

—*¿Sei pazzo?* ¿Qué pretendes? ¿Quieres que nos echen por escándalo público? —Exclamó, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. El rubor de sus mejillas, sin embargo, revelaba cuan excitada se sentía.

Deliberadamente despacio, él se inclinó hasta rozar el lóbulo de su oreja. Su aliento exaltado la estremeció y tuvo que apretar las piernas para controlar su humedad.

—Quiero enterrártela hasta el fondo y que te corras aquí mismo, en estos probadores — susurró, con el tono tan ronco que la llevó al límite. Deseaba tanto dejarse llevar...pero la cordura le decía que no era una buena idea. Si los descubrían aquello tardaría menos de dos segundos en llegar a oídos de su padre. Y si eso pasaba ya se podían dar por muertos.

—Vaya, si hubiera sabido que te ibas a poner así por hacer que te probaras un traje se me habría ocurrido mucho antes, créeme — decidió tirar de humor para contestar, separándose de él. Estaba demasiado acalorada...

—Te dije que me lo cobraría...—Aventuró, levantándole la falda del vestido sin ceremonias.

—¿Señorita Alessandra? ¿Está ahí? Tengo lo que me ha pedido...

Mierda, Florencia ya estaba allí...

Aniquilándolo con la mirada, se retocó la ropa y el peinado, inspirando varias veces para serenarse y que el color se le fuera de las mejillas. El condenado seguía tan imperturbable como siempre. Así vestido parecía un príncipe oscuro capaz de arrastrarla al abismo de las fantasías más indecentes.

Nunca le había costado tanto controlarse.

No obstante, cuando salió portaba una sonrisa deslumbrante y su rostro no tenía la menor señal que delatara lo que había estado sucediendo ahí dentro segundos antes. Estaba impecable, como siempre.

Carlos salió tras ella, provocando que las miradas lascivas de muchas mujeres se posaran en él sin reparos.

—Disculpa querida, estaba arreglándole la corbata. ¿No crees que le queda muy bien? Deberíamos llevárnoslos todos...— propuso, hablando mucho para desconcertarla.

La joven asintió, demasiado embobada con la imagen de aquel hombre como para protestar. Carlos le sonrió, metiéndose en el papel. Aunque en realidad tenía ganas de estrangularla por haberles interrumpido el polvo.

—Por supuesto, pediré que se los preparen. Mire, le he traído estos vestidos de cóctel que le sentarán de maravilla...

Ella parecía encantada. Carlos, sin embargo, pasó la hora más aburrida de su vida mientras Alessandra no dejaba de probarse y probarse modelitos. Cuando le preguntó su opinión él asintió, por décima vez. Le habría gustado

decirle que lo único que pasaba por su cabeza era arrancárselos todos y poseerla hasta saciarse, pero no estaban solos.

¿Qué más daba el rojo, negro, fucsia, azul o dorado? O si era más corto, más largo, enseñaba más o menos. Ella brillaba igual.

—El dorado es mi favorito. Pero ¿qué demonios? Me los llevo todos. Nunca se sabe — anunció, al cabo de un rato, cuando Carlos ya comenzaba a desesperarse. Le habían servido una copa de champán que apuró de un trago al verla con el elegido.

Joder...

Lo que me faltaba para hacerme más difícil soportar esa maldita fiesta sin follarla, pensó con amargura.

—Iré a pagar, tú ve arrancando el coche — le ordenó en cuanto se hubo cambiado. Asintió, resignado.

Poco después tuvo que ayudarla a meter todas las bolsas en el maletero porque se había llevado media tienda.

—Ahora entiendo por qué tu padre no te deja salir a comprar más a menudo — dijo. Y no era del todo broma.

Ella le puso mala cara.

—Búrlate si quieres, ya me darás las gracias cuando puedas apreciar cómo te están esos trajes de tela de...

Le puso un dedo en los labios. Le importaba una mierda la tela.

—¿Y cómo le parece a la *signorina* que estoy mejor...con o sin ellos? —La tentó.

—Mmm...—Fingió pensárselo, paseando un dedo por su pecho con lentitud enloquecedora—. No sabría decirte. Quizá tengas que desnudarte para comprobarlo cuando lleguemos a casa — aseveró, juguetona.

La erección que tenía en los pantalones desde que le manoseó la polla en el probador amenazó con reventar.

—Como no subas al coche voy a perder la cabeza y me olvidaré de que estamos en la calle — advirtió. Y hablaba muy en serio.

Alessandra sonrió, sin apartar la mirada de sus pozos negros que se veían más oscuros que nunca por el deseo.

No pudo seguir jugando a aquel juego peligroso, porque recibió una llamada de Chiara.

—Voy a contestar, quedamos en vernos en una hora. Quizá sea importante —le dijo, separándose para entrar al coche. Él no tardó en seguirla para ponerse al volante, luchando por relajar su cuerpo.

Lo hizo. Y enseguida su cara le dijo que algo iba mal. Arrancó.

—¿Qué demonios dices? Dios, qué desastre. Dame la dirección e iremos para allá...—La oyó contestar, exasperada—. Sí, en diez minutos. Tranquila, mantén la calma. No pasará nada.

Colgó, con la respiración acelerada.

—¿Qué ha pasado? —La interrogó.

—Es Stella. Le ha dicho a Bruno antes de tiempo que está embarazada y se ha montado un escándalo. Él no lo asimila y Thiago le está recriminando su descuido.

—Joder. Dame la dirección — le pidió él, reaccionando rápido. Ella obedeció y se agarró al asiento cuando Carlos pisó el acelerador como un demente.

—¡¿Cómo ha podido pasar esto?! ¿Cómo? —Gritaba Bruno, llevándose las manos a la cabeza y tirándose del pelo en desesperación.

¿Un hijo? Es que simplemente tenía que haber un error. No podía ser posible.

Frente a él, Stella sollozaba y lo miraba como si le acabara de disparar. Su tono incrédulo y asqueado le dolía más que mil cuchillos clavándose en su piel.

Sabía que le había advertido que no quería nada serio, pero ¿qué podía hacer? Ambos eran culpables por haberse dejado llevar, perdiendo la cordura y olvidándose de cuidarse.

Ahora ahí estaban las consecuencias.

Solo que ella estaba dispuesta a afrontarlas, pero él no parecía por la labor.

Su prima Catarina la sostuvo, tratando de consolarla. Pero ella no podía dejar de llorar.

Se sentía como una estúpida. Por eso no había querido nada con Bruno al principio. Se veía a leguas que era un mujeriego y su sexto sentido le decía que, si se entregaba, sufriría.

Pero después él empezó a ir tras ella, a insistirle, camelándosela poco a poco con sus detalles y su flirteo. Y no era de piedra. Le gustaba demasiado. Así que acabó sucumbiendo. Aquellas eran las consecuencias.

Recordó las advertencias de su madre, quien había tenido que criarla sola después de que el canalla de su padre la abandonara tras enterarse de su embarazo y se sintió todavía peor.

¿Qué iba a pensar de ella?

¿Qué pensaría la familia Santorini?

¿La tacharían de oportunista? No podía soportar la sola idea de pensarlo...

—Yo tampoco quería que esto pasara —atinó a decir, encarando a un Bruno que lucía descompuesto.

Thiago parecía estar a punto de molerlo a golpes, pero Catarina se las apañó para contenerlo junto con Mauro y Chiara.

—¡Haberlo pensado antes de hacer las cosas! —Lo increpó, forcejeando. —Pensé que habías cambiado, pero no. Nunca lo harás. ¡Asume de una vez tu responsabilidad y pórtate como un hombre! — rugió.

Eso fue como una bofetada para él, que lo encaró.

—Para ti es muy fácil hablar y echarme en cara mis errores, ¿verdad? Lo estabas deseando. ¿Ser un hombre para ti es ponerme una soga al cuello y atarme a un matrimonio que no deseo? ¡No soy como tú! Si eres feliz en esa burbuja asfixiante en la que te has metido allá tú —lo atacó—. Pero yo no pienso hacerlo. Lo siento, Stella. Tampoco quería que esto pasara, pero es lo que hay.

Sus palabras hirieron profundamente a la joven.

—¿Es lo que hay, Bruno? ¿En serio? ¿Tan cobarde eres que no responderás por tu hijo? —Espetó, clavándole dagas con los ojos.

—¡Te voy a matar a golpes! A ti te enseño yo...—Bramó Thiago, encolerizado por las palabras que su hermano había tenido la desfachatez de dedicarle.

—Hermanos, parad por favor —intentó mediar Chiara, deseando que Alessandra y Carlos llegaran pronto—. Las cosas no se solucionan a golpes. Ellos deberían hablar a solas y Bruno, podrías poner de tu parte un poco. A nadie le gusta asumir responsabilidades, pero eso deberías haberlo pensado antes —sentenció, molesta con el machismo de su hermano mayor.

—¡No te metas Chiara, todavía eres una niña y no entiendes de estos asuntos! — le soltó, dejándola helada.

—¡No soy una niña joder! ¡Idos todos a la mierda! ¿Cuándo vais a entender que soy una adulta, maldita sea? —Explotó, dándole una patada al poste de una farola y gimiendo al hacerse un daño horrible. De inmediato, Mauro acudió a socorrerla.

—¿Te has hecho daño? Ven, será mejor que no muevas la pierna... — la condujo hasta un banco, preocupado por las lágrimas de impotencia que cayeron en cascada de sus ojos.

—Yo te mato — Thiago seguía tratando de llegar hasta él, ahora todavía más rabioso al ver que su hermana se había hecho daño por su necesidad —. Chiara, ¿estás bien? —Se preocupó.

Bruno también se acercó.

—Lo siento, hermanita, no quería...joder, parece que hoy no es mi día — se quejó, frustrado al no saber gestionar la situación. Se sentía presionado y no lo soportaba.

—Déjame, dejadme todos —chilló la chica, fuera de sus casillas. Necesitaba aire.

—Será mejor que demos un paseo para que te calmes — le ofreció Mauro, ayudándola a apoyarse en su hombro.

—Sí, vamos —concedió ella. Realmente lo necesitaba. Además, Alessandra acababa de llegar. Ella sabría poner orden.

Y efectivamente, la joven se bajó del coche extrañada ante la estampa que tenía ante sí. Todos los transeúntes que pasaban por allí los miraban como si estuvieran locos y estaba segura de que alguien no tardaría en llamar a la policía si seguían así. Carlos iba con ella, cómo no.

Bruno y él se miraron con odio. Por suerte, nadie más que Alessandra se dio cuenta.

—¿Qué demonios creéis que hacéis montando un escándalo en plena vía pública? —Espetó, sin ceremonias, cruzándose de brazos en actitud categórica.

Cuando vio a Catarina sosteniendo a una sollozante Stella se acercó a ellas de inmediato.

—Ningún hombre se merece tus lágrimas, Stella. ¿Me has oído? Vales demasiado — sentenció, fulminando a Bruno con su mirada más fiera.

La aludida incrementó su llanto al oírla, emocionada. No sabía gestionar todo lo que estaba sintiendo. Jamás pensó que algo así pudiera pasarle.

—Yo...es que fue un descuido. Pensé que...

—Es que nada, no tienes que dar explicaciones — la cortó, con amabilidad. Carlos le tendió un pañuelo para que se secara las lágrimas y ella lo tomó, agradecida.

—Alessandra tiene razón prima, no es culpa tuya —la defendió Catarina, con Thiago rodeándole los hombros en señal de apoyo.

—Soy el malo de esta película, ¿es eso? —Espetó Bruno, dolido al ver que todos estaban en su contra simplemente por no poder encajar la impactante revelación.

La mirada que le dedicó Thiago no auguraba nada bueno. Alessandra intervino, harta de aquella situación.

—Lo que eres es un necio —sentenció, golpeándolo en el pecho con su dedo índice—. Puede que no seas el malo, pero te niegas a escuchar y a asumir tu responsabilidad. Si fuiste hombre para rondarle a Stella hasta que te hizo caso, sé hombre también para sentarte a hablar con ella y buscar una solución. Porque esto no es algo de lo que puedas desentenderte porque no querías que pasara, os afecta a los dos. ¿Lo entiendes? —Espetó, implacable.

Y esas palabras lograron hacer mella en él lo bastante como para que se viniera abajo. Lo abrazó, entendiendo que la situación lo había superado.

—Tienes razón —admitió, separándose de ella con suavidad para dar la cara. Stella no lo miraba, así que fue hasta ella y le habló con más sinceridad de la que había empleado nunca antes con una mujer—. Stella yo...jamás había sentido esto por nadie. Verás...nunca ha entrado en mis planes enamorarme. Hasta que te conocí. Y sé que esto puede sonar muy cliché, de verdad...pero es así. Supongo que por eso me asusté...no podía admitirlo. Aún me cuesta. Pero solo sé que...que te quiero — confesó y todos contuvieron la respiración. Stella tenía lágrimas en los ojos, pero se mantuvo estoica mientras lo escuchaba declararse de la manera más extraña en que jamás se habría imaginado —. Y aunque crea que seré un desastre como padre...estaré a tu lado, porque sé que me enseñarás a ser una mejor persona.

Cuando terminó, estaba visiblemente emocionado y también un poco incrédulo por todo lo que había soltado. Parecía mentira que el gran Bruno

Santorini hubiese dejado de lado su orgullo para hablar de sus sentimientos. Pero así era.

—¿Qué se supone que tengo que decir ahora? —Atinó a pronunciar Stella, tras unos angustiosos segundos de silencio—. Hace un momento no querías saber nada del bebé y ahora me dices esto...yo...me confundes, joder — espetó, molesta y conmovida a la vez.

Él se rio, asintiendo.

—Nadie dijo que fuera fácil. No tienes que decir nada, solo ven conmigo y deja que te lo demuestre. Hablaremos de todo, lo prometo — le ofreció su mano y ella vaciló un poco al inicio, pero finalmente acabó por asentir y la tomó. Lloró cuando la estrechó contra su pecho.

Catarina estaba visiblemente emocionada y Thiago lucía orgulloso de su hermano, como nunca lo había visto. Al fin sentaba la cabeza.

Le dio una palmada en la espalda mientras las dos primas se abrazaban y le daban las gracias a Alessandra, que se mostró feliz de haber contribuido a la concordia.

—Así se habla hermano. No te lo digo a menudo y hemos tenido nuestras diferencias, pero eres de mi sangre y te quiero, estoy muy orgulloso y sé que vas a ser un buen padre —aseguró, con tanto sentimiento que Bruno no pudo mediar palabra y se limitó a hacer un gesto que llevaba mucho tiempo evitando: abrazarlo.

El silencio se hizo presente ante la belleza de la estampa. Hasta que Chiara y Mauro aparecieron calle abajo para unirse a ellos. La joven se alegró de que las cosas se hubieran arreglado e insistió en ir a la feria

después de comer, deseosa de disfrutar del ambiente que se respiraba allí cada año en aquellas fechas tan señaladas.

Alessandra fue la más entusiasmada con el plan, pero todos acabaron aceptando. Bruno y Stella se fueron por separado para tener un poco de privacidad. Thiago y Catarina otro tanto.

Así que quedaron ellos cuatro.

Carlos trató de disimular su molestia al ver que no iba a poder estar a solas con la italiana para cobrarle lo que le debía. Ella, en cambio, parecía muy divertida. Disfrutaba torturándolo.

—¿Y esa cara? ¿Esperabas estar a solas conmigo y terminar lo que empezamos en el probador? —Le susurró, provocativa, en cuanto se subieron al coche.

Tras echar una breve ojeada al asiento trasero y cerciorarse de que Mauro y Chiara estaban muy entretenidos en una conversación trivial acerca de las atracciones de la feria, se inclinó por encima del volante y le espetó:

—Sabes bien cuál es la respuesta. Pero tranquila, que cuando me la cobre no podrás sentarte en una semana.

Y arrancó el coche, derrapando y saliendo de la estrecha calle con maestría mientras ella sonreía con satisfacción.

A pesar de que era primera hora de la tarde, el mercado era un hervidero de bullicio y actividad frenética. Cientos de olores de los productos más exquisitos inundaban el ambiente y conquistaban hasta las pituitarias más sofisticadas y exigentes.

Alessandra paseaba por aquellas calles impregnadas de aromas y sabores como lo haría una reina en un desfile, empapándose de cada detalle. Lo cierto era que le encantaba visitar el mercado en aquellas fechas tan señaladas.

—Qué bonito, ya echaba de menos esto —confesó Chiara, quien comía unas castañas asadas que se le habían antojado —. ¿Quieres? —Le ofreció a Mauro, que asintió con algo de timidez.

Alessandra sonrió con malicia. Iban a necesitar un empujoncito suyo para que aquel chico se animara a dar el paso. Ya se ocupaba ella...

—Es que la comida no me ha llenado. Tal vez deberíamos haber ido a ese mexicano nuevo como sugirió Carlos —comentó Chiara, risueña.

El aludido asintió como diciendo “yo lo he advertido” y Alessandra resopló haciéndose la dramática.

—Iremos la próxima vez entonces.

—Yo no quiero hablar de más, pero todos esos restaurantes tan finos son una...—Contuvo las ganas de soltar un taco—. Una tomadura de pelo. No llenan los platos como es debido.

—Eso es verdad —le dio la razón Mauro, repentinamente locuaz, mientras se comía otra castaña—. Carlos, ¿tú naciste en México? —Le preguntó.

Este endureció el gesto.

—No. De hecho, no fui hasta hace un par de años — contestó, seco. Nadie se atrevió a preguntar más.

—¿Habéis visto esa noria? —Comentó Alessandra, para cambiar de tema. De inmediato, la atención de los jóvenes se desvió hacia allí.

Qué fácil era...

—¿Quieres subir? —Propuso Mauro, armándose de valor al reconocer la oportunidad que le estaba brindando Alessandra. Además, se veía que ellos dos también querían quedarse a solas.

—¡Claro! Es genial. Vamos, luego os buscamos —dijo, arrastrando al chico hacia allí para ponerse a la cola cuanto antes. Necesitaba divertirse y olvidar un rato a Marcello, que ni notaba su existencia.

—Pasadlo bien —se despidió Alessandra, con una sonrisa traviesa. Carlos se colocó justo tras su espalda y le susurró al oído:

—No das puntada sin hilo, ¿eh?

—Nunca —se volvió hasta que sus bocas estuvieron a milímetros de distancia y, aprovechando que se había quedado embelesado con sus labios, lo cogió de la mano y lo arrastró hasta los puestos artesanales.

Él se dejó hacer, pero no pudo evitar soltar algunos gruñidos por lo bajo mientras se quejaba.

—¿Me vas a hacer recorrer todo esto? Joder...

—Deja de ser tan aburrido y tan serio y relájate un rato. Estamos bien, disfrutemos el día. Es todo lo que te pido, un día sin esa cara de amargado — bromeó, aunque no era mentira. Pero le divertía hacerlo rabiar.

Resopló, dedicándole una mirada de pocos amigos.

—¿Qué problema tienes con mi cara? No te quejas cuando te...

Tuvo que hacerlo callar, porque la mujer del puesto donde estaban parados —una ancianita con aspecto adorable que vendía quesos y dulces caseros— los empezaba a mirar raro.

—Shhh, compórtate. Estamos en público — lo riñó.

—Solo por eso te salvas — espetó, con descaro, por lo bajo. Luego le siguió la corriente y estuvieron recorriendo los puestos uno a uno como una pareja feliz y normal. La sola idea lo hacía reír.

—¿Ves que sí puedes? Sonríe un poco, ese pobre hombre casi se orina en los pantalones antes — lo amonestó Alessandra.

—¿De qué pobre hablas? ¿Del que te estaba mirando el culo en mis narices? Debería haberle pegado un tiro...

Volvió a hacerlo callar, esta vez con un pico en los labios. Él resopló, encendido.

—Que mire lo que quiera. Él no puede tenerlo y tú sí, al menos si dejas de portarte como un cavernícola.

—No ayudas nada poniéndome como una moto, así que si quieres que me controle pon de tu parte...ese vestido te queda...— se interrumpió, dándose cuenta de que le estaba tirando de la lengua.

—¿Sí?

Y parpadeaba y se hacía la inocente, increíble.

—Nada, vamos.

Intentó protestar, pero su mirada de advertencia la hizo desistir.

Llegaron al último puesto de la primera fila de casetas que había. A aquellas alturas, muchas personas la reconocieron y la abordaron. Algunos le pedían fotos y autógrafos, mientras que otros solo le hacían la pelota por su padre. Odiaba eso, pero tenía que ser amable si no quería problemas después. El ambiente era agradable a pesar de que el día estaba nublado. Pero no hacía demasiado frío. Aun así, Alessandra se arrebujó más en su abrigo.

Empezaba a caer la tarde. O quizá era un escalofrío. El caso es que tuvo una sensación extraña al pararse frente a la pequeña carpa en la que una mujer mayor con aspecto de pitonisa leía las cartas y el tarot.

No pudo evitar quedarse mirando la mesa con las cartas tan minuciosamente elaboradas y las cuentas y abalorios que adornaban el lugar.

Madame Russo rezaba el cartel de la entrada.

—Querida, ¿quieres que te las lea? —Inquirió y al alzar la vista Alessandra se dio cuenta de que era ciega y sus ojos de un azul lechoso estaban clavados en ella con una fijeza que le puso los pelos de punta.

Carlos le puso una mano en el hombro.

—Esta vieja no me da buena espina —susurró, con su talante brusco de siempre—. Vámonos a otro lado.

Su tono sonó a advertencia y ella sabía que siempre había que fiarse del instinto, pero por alguna razón no podía moverse y se vio a sí misma asintiendo.

Él la miró como si se hubiera vuelto loca y la soltó. Lo vio poner los ojos en blanco, pero lo ignoró.

Tampoco podía ser tan malo. ¿O sí?

La mujer empezó a barajar como una experta. Sobrecojía el silencio sepulcral que reinaba en el interior de aquel toldo y la manera en que manejaba las cartas como si las viera.

—Cierra los ojos y escoge una carta al azar, muchacha — le indicó, con una voz melodiosa que invitaba a hacer todo lo que pidiera.

Carlos, a su lado, estaba más tenso que nunca y tenía su arma preparada por si acaso. No le gustaban esas cosas. Y menos le gustaba esa tal Madame Russo.

Pero Alessandra ya estaba extendiendo la mano hasta rozar los naipes y supo que era tarde. Resignado, se quedó a contemplar el espectáculo.

En cuanto hubo rozado con las yemas de los dedos la escogida y la separaba del resto, la mujer dio un grito ahogado que sobresaltó a ambos, provocando que Alessandra dejara caer la carta al suelo.

Carlos la recogió y le echó un vistazo escéptico.

—Cómo no, la muerte. ¿Nos quiere tomar el pelo, señora? Este circo resulta muy evidente —espetó, sin poder contener su mal genio.

La anciana parecía incrédula y horrorizada. Pero él no le creía nada.

Alessandra, entretanto, trató de calmarlo.

—No, por favor no digas eso. Yo solo soy una intermediaria, las cartas saben reconocer a las personas que las atraen con sus auras. Por ejemplo, la tuya está llena de odio...sí y también veo mucho dolor. Un pasado trágico — trató de alargar la mano para estrechar la de él entre las suyas, pero la apartó, asqueado—. No confías en la gente. Has sufrido el abandono desde muy pequeño y el maltrato...

—¡Ya basta! —Rugió, haciendo que hasta Alessandra diera un respingo—. Cállese ya —advirtió, con la mandíbula apretada y los ojos enrojecidos.

Era evidente que las palabras de aquella mujer lo habían descontrolado. Seguramente por su veracidad. Era imposible que ella lo supiera por ser una farsante, como él decía. No, Alessandra sí la creía.

—Cálmate Carlos. Señora, ¿qué ha visto en esa carta? —Le preguntó, agachándose junto a ella en el puesto.

La mujer asintió con indulgencia, mostrándose aliviada de que la creyera.

—Entiendo su rabia. A menudo la gente suele pagarlo conmigo, pero yo no tengo la culpa. Solo digo lo que veo...

—No me toque los cojones que no le creo nada. Él ha estado aquí ¿verdad? —Volvió a estallar, registrándolo todo—. ¿Cuánto te ha pagado ese asesino para que soltaras estas patrañas? ¿eh?

—¡Carlos ya basta, tranquilízate! —Le ordenó ella, molesta ante la manera en que estaba descargando su ira con la pobre señora.

No podía asegurar algo así... ¿cómo iba a saber el asesino que entrarían en aquel puesto, para empezar?

—Veo mucha muerte a vuestro alrededor. Alguien cercano corre un grave peligro — anunció, con un tono de espanto y unas muecas que le pusieron a la joven la piel de la gallina.

—Claro, como si el tiroteo en el día de la boda de Thiago no hubiera salido en las noticias...es usted una charlatana, ¿me oye?

Alessandra se puso en pie como un huracán y lo encaró.

—¡Basta he dicho! ¡Déjala en paz! A mí sí me interesa lo que tiene que decir — espetó, con los ojos centelleantes.

Él estaba todavía más enfurecido y la traspasó con la mirada.

—Adelante, créete esas patrañas.

Ella puso los ojos en blanco y fue a replicar, pero entonces la anciana dijo unas palabras más. Unas palabras que lograron helarles la sangre a ambos.

—Estás en tu derecho de no creerme. Yo de todas formas quiero advertirte, muchacho: van a intentar asesinarte pronto, ya lo hicieron una vez y fallaron...en esta ocasión no se detendrán tan fácilmente. Y lo que es peor es que...cuando empiece el carnaval se derramará la sangre —gorjeó, soltando las manos de Alessandra, que había vuelto junto a ella, y encogiéndose sobre sí misma—. Por favor, tened cuidado y nunca os enfrentéis a él a solas. Es despiadado y ha perdido su alma. Cuídala — le dijo a Carlos, a quien la rabia había abandonado hacía un rato.

Se inclinó sobre la mujer, estudiándola con nuevos ojos.

—Si lo que dice es verdad, ¿por qué no revela su identidad? Si supuestamente lo sabe todo, ¿por qué no acabar con esto? —exigió saber, ignorando las miradas de advertencia de Alessandra.

—Ojalá lo supiera todo—. Esos ojos inquietantes se clavaron en él con una intensidad y una empatía que calaba los huesos. La mujer le sonrió —. Por desgracia, solo veo lo que el destino quiere que vea. No eres un mal hombre, solo has sufrido demasiado y la ira te ha endurecido el corazón. Pero ella es la calma para tus demonios, no la dejes sola.

Y tras pronunciar esas extrañas palabras, enmudeció. Carlos tuvo que contener un grito de pura impotencia. Tras darle las gracias a la mujer y prometerle que seguirían sus consejos, Alessandra se lo llevó de allí a rastras.

—¡Vaya mierda de adivina que solo sabe lo que le muestran sus putas cartas! —Casi rugió, con la respiración desbocada.

—¿Pero qué te pasa? ¿Tenías que ser tan bruto con ella? Era imposible que supiera todo eso sin ser verdad. No era una farsante, lo que pasa es que...

Se calló cuando avanzó hasta colocarse a escasos centímetros de ella, con una pose intimidante.

—¿Qué?

—Que te ha dolido lo que ha dicho porque es verdad. Te daba miedo que esa mujer pudiera ver en tu interior porque no te permites mostrar tus sentimientos. Te olvidas de que eres humano —le dio un empujón en el pecho, haciendo que resoplara de enfado—. Permítete sentir de una vez —otro. Empezaba a enfurecerse en serio —y date cuenta de que no hay nada de malo en ello—. Al tercer intento él le sujetó las muñecas y la acorraló contra el poste de una columna cercana, en una posición estratégica que les permitía pasar desapercibidos ante los transeúntes.

—Alessandra, para. Te lo digo en serio.

—¿Qué harás si no? —Lo desafió.

Él estaba que echaba humo. Maldita necia... ¿Quería saberlo? Pues se lo iba a decir.

—¿Quieres saber por qué no me permito sentir? ¡Porque la última vez que lo hice era como si tuviera un puto agujero negro en el pecho, como si me hubieran arrancado el corazón de cuajo! ¿No lo entiendes? ¡No puedo sentir como un hombre normal porque no he tenido una vida normal ni un puto día de mi jodida existencia!

»Porque desde que nací me hicieron creer que no era más que un montón de mierda y me trataron como tal hasta que me convencí de que era cierto. Porque cada vez que intentaba levantarme me golpeaban con más fuerza hasta que me hicieron pedazos, porque las cicatrices que tengo por todo el maldito cuerpo hacen que me dé asco cuando me miro al espejo, ¡porque tengo las manos manchadas de sangre y no soy nada más que puta escoria que solo sirve para limpiar la mierda de los demás! ¡Porque nunca podré quererte como te mereces, por eso!

Esa manera de gritar y de soltar todo lo que llevaba dentro estremecía. Helaba la sangre porque era un grito de auxilio. Carlos estaba tan roto que creía que no tenía arreglo y limitaba su existencia a lo que se suponía que se esperaba de él. A ser un sicario...

Así que eso era. Alessandra se secó una lágrima rebelde que se le escapó durante su estallido y él suspiró, arrepentido.

Sus ojos eran un caleidoscopio de emociones y por un segundo, solo uno, le permitió atisbar todo el dolor que cargaba auestas desde una edad demasiado temprana para la cordura de cualquiera.

Nunca había visto a alguien tan destrozado que pudiera ser tan fuerte y tan fiero como él.

—Lo siento, te he asustado. Pasa siempre. Me enfado hasta volverme loco, pierdo el control y empiezo a gritar como si estuviera...

No lo dejó acabar.

Cualquiera que los hubiera visto desde fuera habría pensado que eran dos dementes armando escándalo en plena vía pública. Porque parecía que querían devorarse con ese beso. Con esa explosión de emociones que se liberaba cual cóctel molotov para arrasarlo con todo. Porque cuando estaban juntos era un volcán desatado en una violenta erupción capaz de aniquilar el mundo a su paso.

Se saborearon, lengua con lengua y piel con piel; latido con latido. Aquello no era amor.

Era posesión, era locura...era pasión desatada.

Eran ellos.

Y cuando terminó apenas podían respirar debido a la intensidad del contacto.

Ella sonrió.

—Eres bienvenida a callarme así cuando quieras. Tal vez debería hablar más — que bromeara le encantó, porque les dio una complicidad nueva.

Asintió.

Pero de repente su sonrisa se borró y se giró para echar un vistazo tras su espalda.

—¿Qué ocurre? —Inquirió, suspicaz.

—Nada, me ha parecido que alguien nos observaba...— Admitió ella, insegura de si se trataba de una sugestión de su mente por las palabras de la pitonisa o de una intuición real.

Los ojos de halcón de Carlos escrutaron todo el lugar.

—No veo a nadie sospechoso. A menos que el vendedor de algodón de azúcar y piruletas te lo parezca. Nunca se sabe.

Ese buen humor repentino suyo era muy desconcertante, pero admitía que le gustaba. Mejor eso que verlo fuera de sí gritando y dando golpes. O matando.

—Ya, seguro que no es nada. ¿Vamos a buscar a Chiara y Mauro? Ya deberían haber bajado del carrusel — propuso.

Por un momento, pareció que él iba a negarse para proponerle algo indecente. Pero se contuvo y asintió, resignado.

—Vamos.

Ella no se dio cuenta de que miró atrás una última vez, paranoico. No, no creía que fueran imaginaciones suyas, pero no quería preocuparla más.

Si las palabras de la anciana eran ciertas...ya llegaría el momento de hacerlo.

Y pronto.

Por primera vez después de mucho tiempo, Chiara se sentía feliz, como una adolescente cualquiera disfrutando de un día feriado. Hasta que no estuvo subida en la noria mientras su cuerpo se elevaba en las alturas no supo cuánto había echado de menos la sensación de ser libre como un pájaro.

Nunca había tenido una infancia normal. Siempre había estado demasiado sobreprotegida y el hecho de tener que estudiar en casa la había privado de poder hacer amistades como cualquier niña de su edad.

Era un poco difícil ir al instituto siendo su padre el *Capo* de la mafia veneciana. Así que se había encariñado con quienes la rodeaban. Las sirvientas, los guardaespaldas e incluso el chófer.

Mauro había sido su único amigo de verdad. Pero después se marchó a aquel internado en Londres y ya no volvió a saber de él hasta hacía unos pocos días, cuando había reaparecido en la boda de Thiago y Catarina. Y estaba muy cambiado. Aunque seguía siendo el mismo chico amable y risueño que en su infancia le hacía cosquillas y la perseguía por el césped de la piscina hasta que acababa doliéndoles la barriga de tanto reír.

Pero últimamente estaba raro. Se cohibía cuando le hablaba.

Era como si se sintiera incómodo con ella. Y aunque le dolía porque lo apreciaba como a un buen amigo, entendía que después de tanto tiempo fuera debía ser normal que hubieran perdido el roce.

Sin embargo, poco a poco estaba volviendo a tomar confianza gracias a los intentos de ella por rebajar la tensión.

—¿Te gusta este sitio? —Le preguntó, para romper el hielo, mientras esperaban a que la noria se pusiera en funcionamiento. Él asintió, con los ojos brillantes como cuando era niño y hacía alguna travesura. Siempre buscaba su complicidad y la arrastraba con él.

—Me encanta. Lo echaba de menos —aseguró. Y pareció ir a añadir algo más, pero calló en el último momento. Un leve rubor le teñía las mejillas.

Chiara aprovechó ese leve resquicio de sinceridad para entablar una conversación con él.

—¿En Londres no tenías tiempo de salir a divertirte? No pensé que fueras de los que se quedan encerrados estudiando.

Él soltó una carcajada.

—No, sí que salía. Pero aquello no es como esto. No tiene... luz.

Por un momento, le pareció que quería dejar entrever algo más de lo que sus palabras decían. Pero debían ser imaginaciones suyas. Aunque la manera en que la estaba mirando...

—Ya, allí siempre está nublado. Debe ser un lugar muy gris. Aunque tengo curiosidad por saber cómo era. Nunca he salido de aquí — confesó, con melancolía.

La tomó por sorpresa cuando la cogió de la mano con delicadeza.

—No estaba hablando del clima — se tiró a la piscina, reconociendo que si no se declaraba ahora no lo haría nunca.

—¿Entonces de qué?

Ella estaba confusa. Pero lo comprendió todo de golpe cuando él se inclinó sobre ella por encima del asiento. Sus labios estaban muy cerca y Chiara leyó sus intenciones. Abrió los ojos de par en par. Mauro, su amigo de la infancia, ¿estaba a punto de besarla? ¿Él sentía algo por ella?

Pues claro. ¿Cómo había estado tan ciega? Ahora que echaba la vista atrás resultaba tan evidente que era casi insultante que nunca se hubiera percatado. Estaba demasiado ensimismada con Marcello como para mirar más allá.

¿Y ahora qué hacía? Su mente era un hervidero.

Por un lado, una pequeña parte de ella deseaba saber qué se sentiría al ser besada por Mauro. Pero la otra, la más sensata, no quería jugar con él ni herir sus sentimientos. Porque no le correspondía. ¿Verdad?

Pero entonces, ¿qué eran esas mariposas en su estómago? ¿Por qué no se apartaba?

No encontró la respuesta, pero tampoco lo detuvo. El roce fue tan ínfimo como tierno y delicado y Chiara se encontró a sí misma sonriendo y extendiendo las manos hasta rodearle el cuello y profundizar el contacto.

Desafortunadamente, justo entonces la atracción se puso en marcha y tuvieron que separarse bruscamente. Ella; avergonzada y sintiendo cómo unas sensaciones convulsas y desconocidas hasta el momento florecían en

su interior. Él; extasiado y orgulloso de sí mismo por haber dado el paso al fin y sobre todo, pletórico porque ella le había correspondido.

Se dedicaron a disfrutar del momento, mientras la atracción se elevaba con sus subidas y bajadas. Y cuando llegó la hora de bajar a tierra firme ninguno de los dos sabía cómo sacar el tema. O si era prudente hacerlo siquiera. No querían estropear el momento, pero tampoco podían ignorar lo que había sucedido.

Al final, tras un largo rato de miradas de soslayo e intentos fallidos de traer a colación lo sucedido, fueron interrumpidos por Catarina y Thiago que corrían a reunirse con ellos. Ella llevaba un enorme peluche en la mano derecha, mientras que la izquierda la tenía entrelazada con la de Thiago. Ambos lucían tremendamente felices y enamorados. Tanto que consiguieron darles envidia.

—¡Os estábamos buscando! ¿Ya habéis subido a la noria? Es genial — comentó ella, ilusionada como una niña pequeña. Thiago la atrajo contra sí y la besó en la frente.

—Sí, acabamos de bajar — contestó Chiara, tratando de sonar neutral y evitando la mirada de Mauro.

Por suerte, ninguno de los dos se percató de nada.

—Me alegra que te diviertas, hermanita. ¿Nos acompañáis a buscar a Bruno y Stella? —Propuso, lo que fue un alivio para ella —. Ese par de tortolitos desde que han hecho las paces no han dado señales de vida — bromeó.

—Claro, vamos a buscarlos —se mostró conforme ella. Luego miró al chico, vacilante, para ver que asentía. Aunque parecía algo dolido.

No quiso que se llevara una impresión equivocada y le sonrió, como diciendo “todo está bien”. Eso lo animó un poco y la siguió.

—Probaré a llamar a Maurizio, se supone que tenían que estar vigilándolos —aventuró Thiago, algo molesto—. ¿Dónde están Alessandra y Carlos? —Añadió entonces, inquisitivo.

Ellos compartieron una mirada cómplice.

—Ah, estaban dando una vuelta por el mercado. Podemos reunirnos con ellos después.

Así les darían unos minutos más a solas. Viendo la manera en que se estaban mirando antes de que ellos se marcharan, seguro que los necesitaban.

Bruno todavía no asimilaba cuánto había cambiado su vida en tan solo unas pocas horas.

Si alguien le hubiera dicho que en apenas veinticuatro horas pasaría de ser el casanova más cotizado de toda Venecia a estar a punto de convertirse en padre y formalizar su relación con Stella tras haberle confesado sus sentimientos después de haberse comportado como un auténtico cabrón, habría pensado que esa persona estaba colocada.

Y ahora allí estaba, en una góndola que había alquilado expresamente para dar un paseo por el canal junto a su futura esposa para que lo perdonara por ser tan imbécil.

Al principio, había estado callada y taciturna, pero al final acabó por ablandarse porque entendía que había sido una revelación demasiado impactante para alguien como él. Le quería y deseaba estar a su lado.

—¿Cómo se lo vamos a decir a tus padres? —Rompió el silencio ella, al cabo.

Él apuró la copa de champán que le habían servido. Ser Bruno Santorini tenía sus ventajas, como por ejemplo beber el champán más exclusivo a orillas del canal, disfrutando del ambiente animado de la festividad previa al carnaval.

—Tranquila, te aseguro que para ellos será como un milagro. La oveja descarriada al fin sienta la cabeza, ya sabes — bromeó, pero al ver el gesto angustiado de ella se puso más serio y le alzó el mentón para que lo mirara a los ojos—. Eh, no has hecho nada malo. Ha pasado sin más, ya está. Yo me ocupo de todo — la tranquilizó.

Sin embargo, ella seguía angustiada.

—No quiero que hagas nada por pena.

Su respuesta lo dejó anonadado. ¿Eso creía?

Claro, ¿qué iba a pensar después de que se había comportado como un energúmeno? Pero, ¿cómo hacerle entender que todo aquello era nuevo para él? ¿Que a pesar de haber recorrido tanto mundo y haberse divertido tanto con tantas chicas era como si nunca hubiera vivido de verdad hasta que la miró a los ojos por primera vez?

—Escúchame bella, no quiero que pienses así...—Empezó a decir, pero enmudeció de golpe al ver la mueca de horror que empezó a dibujarse en el rostro de ella, quien de súbito se aferró a su brazo con los ojos como platos.

Bruno siguió la dirección de su mirada y por un momento se sintió inmerso en una pesadilla.

Una figura encapuchada los apuntaba desde la orilla con un arma, la cual disparó sin vacilar en su dirección.

Por fortuna, pudo reaccionar con una gran rapidez de reflejos tirando al agua a Stella y acto seguido lanzándose tras ella. Eso fue lo que salvó sus vidas, pues esa bala tenía un objetivo muy concreto: su cabeza.

Se obligó a aguantar la respiración mientras nadaba, consiguiendo encontrar la mano de Stella. No pensaba soltarla por nada del mundo. Debían esperar un poco más.

La plaza estaba llena de gente. Seguro que alguien había visto lo que había pasado y llamaba a la policía. Debía resistir, solo un poco más. Tenía que hacerlo por ellos; su futura esposa y su hijo lo necesitaban.

Prefería sacrificarse antes que permitir que algo malo les sucediese. Era curioso cómo el cerebro humano cavilaba aquellas cosas ante una situación extrema.

Él siempre fue un hombre que solo se preocupaba por vivir el día a día de manera hedonista, sin mirar más que por su propio ombligo. Pero ahora era distinto.

Stella no se movía. Tenía que sacarla. Pero ¿cómo? No podía arriesgarse a que le dispararan.

Maldijo no haber tenido tiempo de desenfundar su arma, que ahora ya no le iba a servir de nada, empapado como estaba.

Sentía cómo iba perdiendo las fuerzas. Por más que quería, no podía pensar con claridad. La falta de oxígeno lo debilitaba y embotaba su mente. Pero se negaba a morir así.

Unos brazos tiraron de él hacia la superficie y al principio se resistió, creyendo que era quien había disparado, con intenciones de culminar su trabajo. Pero enseguida salió de su error.

Eran Sandro y Maurizio, quienes los ayudaron a salir del agua. Bruno les dio a Stella para que la sacaran primero, desesperado. Trató de enfocarse, buscando esa maldita figura que había salido de la nada para acabar con su felicidad.

Oyó, como a través de una niebla espesa, que le hablaban.

—Señor, ¿se encuentra bien? ¿Deberíamos llevarlo a un hospital, hermano?

—Yo estoy bien...que la examinen a ella — atinó a decir en cuanto su cuerpo tocó tierra firme.

Le dio respiración boca a boca, rezando porque abriera los ojos y lo mirara con esa mezcla de ternura y devoción que lo enloquecían. Tomó una bocanada de aire tan extensa que pensó que los pulmones le estallarían en el

proceso. Pero no. Seguía respirando y eso era un milagro, una segunda oportunidad que no pensaba desperdiciar.

Al fin, ella reaccionó. Tosió y se dobló en dos. De inmediato la ayudaron a ponerse en pie, haciéndole un aluvión de preguntas sobre su estado.

—Me encuentro bien...no necesito un médico. Solo quiero ir a casa, ese hombre...ha intentado matarnos, Bruno. No debimos salir — se aferró a su torso, conmovida con lo sucedido.

Este la estrechó contra sí con delicadeza y caminaron de la mano, ignorando lo mejor que pudieron a los curiosos que acudieron en masa para acosarlos a preguntas.

—¿Dónde está?

—Logró escapar señor, aprovechó el tumulto para escabullirse — le informó Maurizio, cabizbajo —. Mire, ya nos están grabando los curiosos. Esto enfurecerá a su padre — murmuró, quejándose cuando su hermano Sandro le dio un golpe para que no opinara sobre los asuntos de la familia.

—Lo sé — concedió—. Ya lidiaremos con eso más tarde, ahora vamos a buscar a los demás para largarnos de aquí — ordenó, rodeando a Stella con el brazo en ademán protector.

Y no tardaron en encontrarlos, pues la noticia de lo que les había sucedido corrió como la pólvora en la feria y llegó hasta oídos de unos preocupados Thiago y Catarina, que acudieron a la desesperada a ver cómo se encontraban.

—¡Aquí no hay nada que grabar, meteos en lo vuestro! — espetó Thiago, a grito limpio, espantando a los curiosos.

Aun así, todos sabían que el daño ya estaba hecho. Cuando Emilio Santorini viera las noticias, se desataría el infierno.

—Estáis empapados, madre mía, deberíais esperar en el coche con unas mantas — sugirió Catarina, aterrada todavía por el susto que había pasado. Realmente temió por la vida de ambos al escuchar las murmuraciones de la gente.

—Mi mujer tiene razón hermano, no tiene sentido que estéis aquí a riesgo de pescar una pulmonía. Ya Mauro y Chiara están buscando a Carlos y Alessandra —se mostró de acuerdo Thiago.

Ellos acabaron por acceder, pues realmente se sentían descompuestos por lo sucedido. Sandro los acompañó junto con el matrimonio, mientras que Maurizio fue a reunirse con los demás.

Se topó con Chiara y Mauro en el puesto de un vendedor ambulante al que estaban interrogando. Este les dijo que los había visto saliendo de la carpa de una pitonisa apodada “Madame Russo” y que discutían. Así que se encaminaron hacia allí.

Esa zona estaba bastante solitaria al ser la más tenuemente iluminada, pues la tarde había caído demasiado rápido y empezaba a oscurecer. Chiara no pudo evitar sentir un escalofrío, había algo siniestro allí.

Pasaron de largo sin percatarse de que, desde el interior del toldo, unos ojos lechosos se clavaban en ellos con aprehensión. La tragedia se palpaba en el ambiente.

Carlos y Alessandra sortearon a un grupo de bufones que iban charlando alegremente, preparándose para el desfile que tendría lugar a las ocho en punto desde la misma plaza principal para inaugurar oficialmente las fiestas.

Ojalá pudieran quedarse a verla. Aunque Carlos no parecía muy por la labor y no encontraban a los demás. Pero es que había tanto por ver, que era imposible evitar que los ojos se le fueran a todo.

Después del arranque de sinceridad de Carlos y del beso apasionado que se dieron, las cosas habían vuelto a su cauce natural. Él seguía tan frío e indiferente como siempre y ella trataba de contagiarle su entusiasmo.

Se pararon ante un puesto pequeño en el que un montón de alfombras de preciosas telas importadas lucían extendidas sobre un rodete. Una pequeña niña que no debía tener más de diez u once años no dejaba de canturrear que las traían desde Nápoles a un precio que era una ganga.

Alessandra le sonrió con simpatía. Era preciosa, con el pelo negro y lacio hasta la mitad de la espalda y los ojos azules, aunque lucían apagados y sumisos. Estaba demasiado delgada para su edad y parecía que había llorado. Su ropa estaba arrugada.

—Hola pequeña, qué alfombras tan bonitas — le dijo, con amabilidad—. ¿Cuánto cuesta una de estas? —Preguntó por una de corte oriental en tono rojo burdeos. Aunque realmente no estaba interesada, quería tener un detalle con la niña.

Parecía que no habían conseguido vender nada, quizá por la zona en que se colocaron y su padre tenía un aspecto amenazador que no gustó a la joven ni mucho menos a su acompañante, quien lo traspasaba con la mirada.

—¡Valentina, la mujer te está haciendo una pregunta! ¡Contesta, niña boba! —Bramó, como un trueno. La pequeña se encogió antes de murmurar que eran doce euros.

—¡Niña tonta, te he dicho antes que estas eran a quince! ¿Esa es la atención que le prestas a tu padre? —Rugió, haciendo amago de ir a darle una bofetada, ante la mirada enfurecida de Alessandra.

Sin embargo, no llegó a tocar el rostro de porcelana de la pequeña, que se encogió sobre sí misma con resignación, como si estuviera acostumbrada a recibir palizas por parte de su progenitor. Carlos detuvo su brazo sin esfuerzo y en un solo movimiento, ya lo tenía gimiendo de rodillas, con la extremidad en una posición antinatural.

El desagradable hombre, que parecía estar ebrio, aulló de dolor y trató de sacar un puñal que llevaba en una de sus botas con la mano buena. Pero Maurizio fue más rápido y se le adelantó.

La niña lloraba y Alessandra la abrazó para consolarla, conmovida por su situación. Se veía a leguas que ese miserable la maltrataba.

—¿Te ha tocado? —Le preguntó Carlos a la niña, con los ojos a punto de salirse de las órbitas. La pequeña pareció no entender la pregunta, estuvo un rato pensando y finalmente negó con la cabeza, lo que les arrancó suspiros de alivio.

—Nunca haría eso...—Se defendió el hombre—. Yo...yo sé cómo educarla, ¿entiendes? Nadie tiene derecho a decirme nada, es una descarada que no me obedece y le doy alguna bofetada para que respete ¡eso es todo!

La niña tenía cardenales en los brazos y signos de desnutrición. Era evidente que además de un maltratador, ni siquiera se hacía cargo de ella y se gastaba todo lo que vendía en alcohol.

—Te voy a romper los huesos uno a uno. ¡¿Te crees muy valiente pegando a tu propia hija, pedazo de mierda?! — Rugió, con tanta violencia que la pequeña Valentina se estremeció en brazos de Alessandra—. Llévatela de aquí — gruñó, entre dientes. Le hervía la sangre y no sabía cuánto tiempo más podría controlarse.

—¡No! ¡Hija, no dejes que me hagan daño! ¡Soy tu padre! — Suplicó, al verse en aquel callejón sin salida. Pudo ver en sus ojos que no se arrepentía de nada, solo quería salvar el pellejo. Ni siquiera quería a esa niña.

—¡Cállate! —Le gritó Carlos, pateándole el estómago hasta que se dobló de dolor.

—Papá... ¿qué van a hacerle? ¿Me harán daño a mí también? No, por favor... —Preguntó la niña, en su inocencia. Alessandra sintió que se le rompía el corazón y la abrazó.

—Claro que no preciosa, vamos a ayudarte. Nadie volverá a hacerte daño nunca más, ¿de acuerdo? —La tranquilizó. Ella asintió, con una firmeza sorprendente, siguiendo a Alessandra por el mercado.

—¿Me quedo o las acompaño señorita? —Inquirió Maurizio, inseguro.

—Quédate, por favor.

Era una sutil manera de pedirle que no dejara solo a Carlos en aquel estado. Tenía claro que aquel hombre no viviría para ver un nuevo amanecer y no le daba la menor lástima, pero no quería que perdiera la cabeza, pues sabía que aquel tema lo descontrolaba. No valía la pena.

—¿No le veré nunca más? —Todavía oyeron preguntar a la pequeña, con la voz temblorosa.

—No cariño, pero estarás bien —le explicó Alessandra, con delicadeza—. ¿Te apetece un chocolate caliente?

—Sí, por favor.

Su respuesta tímida y apocada se perdió en la noche mientras se alejaban a pasos rápidos. Maurizio vigiló que ningún inoportuno apareciera por allí y le dio un asentimiento a Carlos para hacerle saber que estaba despejado.

El hombre se removía para escapar del agarre de hierro de Carlos en vano. Le había puesto una mordaza para que sus gritos no alertaran a nadie. Y era una pena, porque le habría encantado oírlo gritar, suplicar y retorcerse de dolor.

No concebía un monstruo peor que aquel capaz de hacerle daño a un niño.

No había nada que odiara más.

—Ahora vas a saber lo que se siente cuando te destrozan por dentro — fue todo lo que dijo, antes de romperle el brazo con un simple giro de muñeca.

Incluso amordazado, se podía sentir el dolor desgarrador del hombre. Carlos, indolente, continuó aplicándole un corte en el otro brazo y otro en el abultado vientre, ahíto de cerveza y porquería.

Escupió a sus pies y siguió reteniéndolo mientras el desdichado se debatía con las pocas fuerzas que le quedaban. Suplicaba y juraba que no lo volvería a hacer.

Claro que no, de eso ya se encargaba él.

—Pásame tu mechero, Maurizio —le ordenó, con un tono que daba escalofríos.

El aludido tragó saliva.

—Carlos...creo que debería ser rápido. Si alguien nos viera...

Enmudeció al ver la manera en que lo miraba, como si quisiera desintegrarlo en miles de fragmentos.

—Si te da miedo, vete. A mí si no me tiembla la mano para darle a un puto maltratador de niños lo que se merece — sentenció, implacable.

El hombre gimió bajo su peso y este le propinó un brutal puñetazo. Luego se quedó ensimismado contemplando la sangre mancharle los nudillos.

Maurizio pensó —reafirmando la sensación que tuvo desde que lo conoció— que Carlos estaba muy jodido y era muy peligroso, pero hizo lo

que le había ordenado. Lo cierto era que ese miserable tampoco le provocaba ninguna compasión.

El mexicano se puso a jugar con la flama, parecía ido. Ignoró las súplicas entrecortadas de su víctima y le acercó el mechero a los ojos. Hasta que el hombre pareció a punto de volverse loco. Entonces acercó la llama hasta las heridas abiertas en su brazo y vientre y el dolor debía ser atroz, a juzgar por los espasmos que lo sacudieron.

—¿Dónde quieres que corte ahora? —Le preguntó, apagando el mechero para jugar con el cuchillo.

Maurizio negó con la cabeza.

—Aguafiestas — lo acusó, antes de clavárselo en el muslo derecho sin previo aviso. Después se inclinó, disfrutando de ver cómo se desangraba mientras buscaba otro lugar para infligir los cortes.

—Sandro— Maurizio le habló a su hermano a través del intercomunicador —, hemos encontrado a Carlos y Alessandra, pero va para largo. Podéis ir yendo a la mansión, ya te lo explicaré.

Este se mostró conforme y se despidió.

Diez minutos más tarde, mientras veía la manera en que Carlos torturaba a ese hombre, Maurizio se arrepintió de no haber ido con Alessandra y la niña a por chocolate.

Alessandra y la pequeña Valentina reían por algo que la primera había dicho, disfrutando del chocolate como dos personas que se conocían de toda la vida, cuando vieron llegar a un ensangrentado Carlos acompañado de un

Maurizio con pinta de estar muy molesto. Y es que le había tocado a él deshacerse del dichoso cadáver. El desfile estaba por comenzar y debían irse si no querían verse atrapados en medio del tráfico.

La niña, que a pesar de haberse mostrado algo más risueña al hablar con Alessandra, seguía visiblemente retraída y asustada, se adelantó unos pasos para preguntarle a Carlos, con una seriedad inusitada:

—¿Está muerto?

Él ni siquiera vaciló antes de contestar, mirándola con esos ojos negros e insondables.

—Sí.

—¿Y ahora quién será mi papá? —La niña parecía desconsolada. Él se agachó frente a ella y, tras un largo minuto de lucha consigo mismo, le acarició la mejilla con una dulzura que dejó alucinados a todos.

—Te encontraremos un papá y una mamá mejores, unos que te quieran de verdad — le prometió.

—¿Unos que no me peguen y me den besos y abrazos por las noches? Mi mamá murió cuando yo era muy pequeña, papá siempre dijo que fue culpa mía — musitó, con lágrimas en los ojos.

Carlos cerró los ojos y apretó la mandíbula, conteniendo la ira.

—Mírame, no es verdad. Nada de lo que te haya dicho es verdad, ¿lo entiendes? Tú no has tenido la culpa de nada. Un niño no tiene la culpa

de los padres que le tocan...

No se sabía si se lo decía a la pequeña o a sí mismo.

—Entonces yo quiero que tú seas mi papá — proclamó, para sorpresa de todos, abrazándose a su pecho como a un salvavidas.

Carlos se quedó petrificado. Su expresión decía más que mil palabras. Al principio, tuvo miedo hasta de moverse. No quería lastimar a la niña. Iba lleno de sangre y sintió vergüenza y ternura y...acabó correspondiendo al gesto estrechando las manos en torno a su pequeña cintura con la mayor delicadeza del mundo. Ni siquiera le salían las palabras.

¿Ella quería que alguien como él fuese su padre?

Alessandra dejó escapar el aire contenido, conmovida con la estampa de la que estaba siendo testigo. Hasta Maurizio pareció ablandarse.

—Y también quiero que tú seas mi mamá —exclamó, corriendo hasta la joven para darle otro abrazo igual de emotivo.

Alessandra rio, acariciándole el pelo.

Nunca había tenido ni por asomo eso que algunas personas solían llamar instinto maternal. Es más, ni siquiera sentía mucho apego hacia los niños, aunque eran lindos hasta cierta edad.

Pero había algo en esa niña que empujaba a protegerla y a quererla ferozmente. Tal vez por eso ninguno de los dos pudo negarse, aunque supieran que era la mayor de las locuras.

—Entonces no se hable más, seremos tus padres — anunció Alessandra y la niña se puso loca de contento—. Pero hay una cosa que tienes que hacer por nosotros cielo —añadió, con todo el tacto que pudo reunir.

Y es que, desgraciadamente, la situación de extremo peligro que estaban viviendo les impedía llevarla con ellos en aquel momento. Así que tenían que pensar en algún lugar donde mantenerla a salvo hasta que aquella pesadilla acabara.

Y a Alessandra acababa de ocurrírsele el plan perfecto. Aunque sabía de alguien a quien no iba a gustarle...

—Maurizio, ¿cómo está tu hermana Nicoletta? Me dijiste que se había mudado a una casa nueva en el campo con su esposo y tu sobrino. ¿No es así? —Inquirió, insidiosa.

La cara del pobre hombre fue digna de un poema.

—Bueno, bien pero...

—No se hable más, será solo temporal, Valentina. Carlos y yo tenemos mucho que arreglar para poder ser tus papás, ¿nos esperarás hasta entonces? —La convenció, dándole un beso en la mejilla.

La pequeña pareció algo triste, pero acabó asintiendo. Sabía que no le fallarían.

—Ah...pues voy a llamar a mi querida hermana — anunció Maurizio, quien quería que se lo tragara la tierra. Por dentro estaba maldiciendo su suerte.

—Carlos — lo llamó la niña, cuando ya iban en el coche de camino a casa de Nicoletta.

—Dime — contestó él, con curiosidad.

—Prométeme que nunca me vas a abandonar.

Ella no podía saberlo, porque solo era una niña, pero aquellas palabras calaron en lo más hondo de Carlos aquel día.

—Te lo prometo, cariño —aseguró. Y era una promesa inquebrantable.

De soslayo, vio la sonrisa orgullosa de Alessandra y recordó lo que le había dicho en el callejón, tras perder el control con las palabras de la pitonisa. Quizá, después de todo, aún no fuera demasiado tarde para él.

Era noche cerrada cuando regresaron a la mansión, donde la guardia al completo los esperaba en la entrada. Emilio y Baldassare debían estar histéricos por la tardanza.

Carlos bajó primero y le abrió la puerta del copiloto a Alessandra, mientras Maurizio se acercaba a la comitiva para hacerles saber que estaba todo bien. Lo que había sucedido con la niña era un absoluto secreto, uno que había jurado guardar o respondería con su vida. Por el bien de todos, nadie podía descubrirlo.

Apenas habían dado una docena de pasos cuando el portón de hierro de la mansión se abrió a cal y canto para dejar paso a la figura pétrea y colérica de Emilio Santorini. No estaba solo, naturalmente. Un Baldassare igual de enfurecido lo acompañaba.

A sabiendas de la regañina que se avecinaba, Alessandra quiso adelantarse para tratar de rebajar los ánimos. Poco a poco, todos fueron saliendo al patio a recibirlos. La más preocupada era Constanza, quien corrió a estrechar a su hija entre sus brazos nada más verla, para asegurarse de que estaba bien.

Sintiéndose culpable por haber hecho que su madre se angustiara innecesariamente, Alessandra la abrazó con todas sus fuerzas, tranquilizándola.

—Sí, estoy bien mamá, siento mucho haberte inquietado. Es solo que lo estaba pasando tan bien que el tiempo se me pasó volando, no os enfadéis —añadió, poniendo su mejor cara de no haber roto un plato y mirando especialmente a su padre con la intención de ablandarlo con su zalamería.

El hombre ni siquiera se había movido de su sitio y todo en su expresión indicaba que en aquella oportunidad no pensaba dejarlo correr.

—Oh, cariño, pero aun así...deberías haber hecho caso de nuestras advertencias, deberías...

—Constanza — la acalló su esposo, levantando la mano en un gesto imperativo que silenció de inmediato a la mujer, quien de inmediato soltó a su hija.

Había tratado de evitarle el mal trago, pero finalmente se resignó. Ella no podía cuestionar la autoridad de su marido y mucho menos de Emilio.

Impotente, Alessandra vio cómo su madre se alejaba hasta volver a su lugar, donde una apenada nana Ofelia se apresuró a estrecharla en sus brazos, como si fuera un pajarito débil y asustado que tenía las alas rotas y no podía volar solo.

Marcello también estaba allí, pero en aquella ocasión no intervino en su defensa. Parecía demasiado cansado hasta para tenerse en pie. Todo estaba del revés en aquella casa.

A Bruno y Stella no se los veía por ningún lado y ella supuso que estarían recuperándose del susto pasado, pues Maurizio los había puesto al tanto de lo sucedido de camino.

Una mirada cómplice bastó para que, los dos a un tiempo, el *Capo* de la *Famiglia* y su mano derecha avanzaran hasta situarse a pocos metros de ellos.

Por instinto, Alessandra se volvió para mirar a Carlos, que permanecía impassible. Ella, en cambio, no entendía lo que estaba sucediendo.

—¿No fui claro cuando te dije que teníais que estar de vuelta antes del anochecer, Carlos? —Inquirió, acercándose peligrosamente a él. Hasta que solo los separaron unos escasos centímetros.

El aludido ni siquiera parpadeó antes de asentir. Ya se esperaba lo que iba a suceder a continuación.

Alessandra, en cambio, gritó cuando el puño del hombre voló hacia la mandíbula del soldado, que aguantó el golpe – uno que habría tumbado hasta al más valiente – sin siquiera inmutarse.

Su mandíbula se apretó ligeramente al recomponerse lo justo como para llevarse una mano al labio y palpar la sangre que manaba en abundancia. Alzó la vista al frente, con esos ojos negros que eran todo pupila fijos en su *Capo*.

—No volverá a suceder, señor.

—Claro que no —concedió Emilio, implacable como un halcón — porque a la próxima vez el castigo será mucho más severo, ¿lo entiendes? Eres mi mejor hombre, no hagas que me arrepienta de perdonarte la vida esta noche — advirtió.

—Lo entiendo, no lo haré — fue todo lo que dijo.

Alessandra no pudo quedarse callada más tiempo.

—¡Fue culpa mía, Emilio! — Gritó, provocando que todos los presentes se giraran a mirarla como un resorte. Baldassare resopló, avanzando hasta ella hasta tomarla por el codo con intención de detenerla —. Yo le insistí a Carlos para que nos quedáramos — proclamó, segura de sí misma y con porte altivo.

Al oírla, Carlos le lanzó dagas con los ojos. Debería haberse callado y dejar que él asumiera las culpas. No estaba acostumbrado a que alguien saliera en su defensa y no sabía cómo sentirse al respecto.

—¡Hija, cállate! —Rugió Baldassare.

—¿O qué harás padre? ¿Me abofetearás también? —Se le insolentó, para absoluto desconcierto de su progenitor.

Carlos se puso tenso como el arco de un violín. Si la golpeaba...no podría quedarse quieto.

—¿Te atreves a rebelarte contra tu padre? ¿Es que no tienes límites, niña?! ¿No has visto lo que les ha sucedido a Bruno y Stella? ¿No te das cuenta de que a estas horas podríamos estar lamentando una tragedia?! — bramó, haciendo retumbar hasta los cimientos de aquella mansión.

Marcello dio un paso al frente.

—Padre, entiendo tu ira, pero creo que estamos todos bastante alterados y sería mejor hablarlo mañana con calma. Me parece que ya lo han entendido —salió en su defensa, gesto que enterneció a la joven. Le dio las gracias con la mirada.

—Eso, tú dale alas a esta inconsciente. Pero está bien, será como dices —claudicó, para sorpresa de todos—. Eso sí, hasta la fiesta de inauguración del carnaval no quiero que pongas un pie fuera de esta mansión y es mi última palabra — sentenció, acallando su intento de réplica con una mirada amenazante.

Alessandra temblaba de furia. ¿Cómo osaba prohibirle algo como si fuera una niña? Ella sabía cuidarse y además tenía a Carlos. No podía creer que hubiera permitido que Emilio lo golpeará tan injustamente. Odiaba tener que agachar la cabeza y obedecer, pero sabía que solo empeoraría más las cosas si seguía rebelándose.

—Bien, me iré a mi celda entonces —espetó, con el tono amargo como el veneno.

—Alessandra, espera. —Esta vez fue Emilio quien la detuvo y se volvió a regañadientes, dejando en claro que no pensaba comportarse como la mujer sumisa y sin voz que esperaban hacer de ella — aunque no puedas verlo ahora, tu padre y yo solo hacemos lo mejor por esta familia. Y si para mantener a todo el mundo a salvo tengo que echar un cerrojo a esas puertas lo haré sin que me tiemble el pulso, créeme — proclamó, orgulloso.

Miró a su padre, quien era evidente que pensaba lo mismo que su amigo.

Negó con la cabeza.

—No lo entiendes, ¿verdad? Puedes emparedarnos a todos entre estas cuatro paredes, pero que sepas que ni eso detendrá a quien quiera que esté haciendo esto. Y en lugar de ocultarnos quién es y sus motivaciones deberías preguntarte si esa lealtad que exiges no deberías aplicártela a ti mismo en primer lugar — espetó, alto y claro.

—Bien dicho —la alabó Thiago, a lo que recibió una mirada asesina por parte de su padre. Pero eso no le borró la sonrisa. Alessandra Grimaldi había tenido las agallas de decir lo que todos pensaban.

Emilio estaba pálido como una hoja. Alessandra había logrado dejarlo sin palabras.

Parecía tan fácil desde fuera...pero decir la verdad no era una opción. No sería la solución, sino un problema mayor.

Pero era joven e impulsiva. Lo entendía. Y la admiraba por tener la valentía de desafiarlo así.

—Vamos, vete a tu cuarto y no le respondas a los mayores. No te corresponde a ti tomar esa decisión, niña insolente —le ordenó Baldassare, también visiblemente descompuesto.

—Claro que me voy.

Ella dijo la última palabra y, como un vendaval, se adentró en la mansión cerrando de un portazo. Necesitaba subir a su habitación y darse un largo baño que aplacara el mal humor que habían despertado aquellos hombres con su tiranía.

—Y tú, fuera de mi vista —le gruñó Emilio a Carlos, con visible disgusto.

Él fue a obedecer, cuando Baldassare lo detuvo de repente.

—Espera, espera, ¿de quién es toda esa sangre? —aludió, refiriéndose a su camisa embadurnada. Mierda.

Pensó deprisa. Pero, para su asombro, Maurizio le echó un cable.

—Verá señor, es que presenciamos un altercado...un hombre estaba maltratando a una señorita en el mercado. Y Carlos no pudo quedarse quieto...

Tenía que reconocer que había tenido buenos reflejos al pensar en una excusa que sonaba razonable. Además, técnicamente no era una mentira. Le dedicó un asentimiento casi imperceptible a modo de agradecimiento.

—¿Lo mataste?

—No, solo le di una paliza —mintió, sin pestañear.

—Bien, largo de aquí. Date un baño antes de subir a montar guardia en la habitación de mi hija, no quiero que salga ni al baño sin que la vigiles. ¿Lo entiendes?

Si supiera que no pensaba quitarle algo más que los ojos de encima...

—Descuide señor, así lo haré.

—Volved dentro, nosotros tenemos que pensar qué vamos a hacer con el escándalo que se montará en la prensa mañana. Seremos los protagonistas de todos los titulares y toda la ciudad nos perderá el respeto si se sabe que un cualquiera se atreve a disparar a un Santorini...debemos hacer algo —los oyó decir, mientras se retiraba.

Joder, sí que necesitaba la ducha. Estaba hecho un asco.

Al levantar la vista al frente, sus ojos se encontraron con los de Donna. Al final, tras un largo cruce de miradas, rompió el contacto visual y siguió su camino. Pero sabía que iba a tener que darle lo que quería pronto o lo contaría todo.

El agua fría apenas estaba consiguiendo su cometido. No lograba relajarse, por más que lo intentaba. Había sido demasiado por un día y, aunque sabía que era probable que no durmiera una mierda porque las pesadillas nunca lo dejaban, tenía ganas de dejar de pensar un rato.

Decidió que se tumbaría unos minutos antes de entrar a la casa grande para vigilar a Alessandra. Aunque lo dejara entrar al cuarto, esa maldita silla en la que ya había pasado dos noches en vela era incómoda como el catre del último reformatorio en el que había estado.

Cuál fue su sorpresa al descubrir que no estaba solo en la cabaña. Allí, justo sobre la cama, Benedetta lo esperaba completamente desnuda.

Inspiró hondo y se pellizcó el puente de la nariz, tratando de canalizar su frustración. No estaba de humor para aquello y no quería herirla.

—¿Qué haces aquí, Benedetta?

Su voz era más fría que un témpano de hielo.

Ella se levantó muy despacio, dándole una vista privilegiada de sus senos erguidos y su centro dispuesto para él.

Joder...

—¿No es evidente? Me he cansado de esperar a que vinieras tú a buscarme, Carlos.

Suspiró.

—Mujer, haz el favor de vestirme — le pidió, controlando el tono.

Una chispa de dolor desdibujó sus agraciadas facciones y derramó una lágrima que se apresuró en limpiarse casi con furia.

—Dime que no me desees y me iré. Mírame bien y dime que no quieres follarme hasta caer rendido.

Nunca la había visto tan segura de sí misma y tan dispuesta a todo.

Obedeció.

La miró como le había pedido que lo hiciera.

Se acercó hasta que solo los separaron unos milímetros y pudo sentir lo desbocado que le latía el corazón.

—Sí que quiero follarte, pero a diferencia de ti, eso es todo lo que quiero. Y no voy a dejar que esto vaya más lejos, Benedetta. Te respeto ¿no lo entiendes? Y no quiero romperte el corazón cuando mañana quieras de

mí algo que jamás podré darte —fue contundente, sin suavizar sus palabras. No era su estilo.

Ella sollozó.

—Ya me lo has roto al elegirla a ella. ¿Con ella sí puedes ir más lejos? —Lo acusó, dolida.

Gruñó. Empezaba a perder la paciencia.

—No, es que ella sabe que es solo sexo sin más y lo acepta. Mira, sé que duele —añadió, rebajando un poco el tono y acariciándole la mejilla para limpiarle las lágrimas—. Pero ya me lo agradecerás. Mereces algo mejor, alguien que te corresponda.

—Matteo te adora... ¿sabes que siempre me dice que ojalá hubieras sido su padre?

Aquello fue un golpe bajo.

—Benedetta —masculló, entre dientes—. No me manipules con el niño. No me hagas enfadar y déjalo así, maldita sea.

Apretó los puños. Necesitaba un respiro.

Pero ella no parecía dispuesta a desistir tan fácilmente.

—¿Y qué pasará cuando ella se case, eh? ¿También seguirás follándotela cuando sepas que se acuesta con otro cada noche? —Espetó, queriendo hacerle el mismo daño que le había hecho a ella.

Y entonces pasó.

No pudo controlarlo y acabó por explotar. La silla se estrelló contra la pared con tanta violencia que se abrió un hueco. Ella gritó.

—¡No vuelvas a mencionar eso! ¿Me oyes? ¡Nunca más! —Rugió con tanta violencia que sintió las cuerdas vocales a punto de reventar. El simple hecho de imaginarlo amenazó con volverlo loco.

Pero vio el miedo en los ojos de Benedetta y se sintió como un miserable. Ella estaba sufriendo, por eso no medía sus palabras. Aun así, había cruzado una línea muy peligrosa y no podía volver a repetirse.

Respiró hondo varias veces para calmarse.

—Escúchame, nunca ha sido mi intención hacerte daño. Te dije desde el principio que no sintieras nada por mí...que no soy más que un bastardo. Ahora duele pero encontrarás a alguien que te quiera y sea un buen padre para Mateo. Maurizio siente algo por ti — se sinceró, deseando de verdad que así fuera.

Ella estaba luchando por no llorar más. Esbozó una sonrisa triste.

—Por desgracia, no puedo mandar en mis sentimientos. No puedo dejar de quererte tan fácilmente Carlos, pero ojalá un día lo logre. Y ojalá ella no te haga daño, porque eres quien más puede salir perdiendo aquí — soltó—. Deberías curarte la herida del labio.

Y se marchó dejándolo con la palabra en la boca.

Sus palabras, en cambio, no dejaban de resonar en su cabeza hasta que su respiración empezó a acelerarse sin que se diera cuenta. Apretó los puños. Sentía que le hervía la sangre.

«¿También seguirás follándotela cuando sepas que se acuesta con otro cada noche?».

Faltaban tres días para la maldita fiesta de inicio del carnaval.

Se movió de un lado a otro como un animal enjaulado.

No podía respirar. Las paredes de esa cabaña se le echaban encima solo de pensar en Alessandra con otro hombre...

—¡Me estoy volviendo loco, joder! — gritó.

Tic tac, tic tac.

Era como una bomba a punto de explotar.

Hacía años que no le costaba tanto controlarse, que no estallaba con esa facilidad. Hacía años que el animal que llevaba dentro no rugía así en su pecho.

Alessandra se casaría...

Él no era nadie, no le llegaba ni a los talones a una mujer nacida para reinar como lo era ella.

Él no era más que basura...

Gritó como un demente y estrelló el puño contra la ventana hasta que los cristales se hicieron añicos, provocándole varios cortes.

Rompió todo lo que se le puso en frente, arrasando con todo. No podía sacarse esa maldita imagen de la cabeza.

Los puños le ardían y sangraba, pero seguía golpeando y gritando, ciego de ira.

—¡Carlos, para! —Oyó la voz de Mauro como si estuviera en otra galaxia. Solo entonces se dio cuenta de que se había clavado los cristales en la mano a propósito y sangraba mucho.

—¡¡Suéltame!! —Bramó, revolviéndose a ciegas. Apenas se percató de que ni siquiera se había vestido más que con un bóxer.

Pero Mauro no lo soltó, sino que se las apañó para contenerlo hasta que volvió en sí.

Luego le curó las heridas sin decir nada, respetando su espacio. Y aunque no podía expresarlo con palabras, se lo agradecía de verdad.

—¿Estás más tranquilo? —Le preguntó, al cabo de un rato, cuando le hubo vendado la mano.

Asintió.

—Vale, pero si quieres que me quede...solo dímelo — ofreció, algo tímido, pero no por ello menos sincero. Se preocupaba de verdad y eso... eso le llegó.

—Debo ir a vigilar a Alessandra...pero gracias.

Hacía una eternidad que no le agradecía nada a nadie. Se sentía raro.

—¿Estás así por ella? —Inquirió, con sincera curiosidad.

Apretó tanto la mandíbula que le chirriaron los dientes y empezó a vestirse solo para no tener que mirarlo mientras decía:

—Se va a casar con otro.

Solo quedaban tres días y no podía decírselo...

La víspera del carnaval

Un día.

Quedaba un día para la fiesta y la mansión era un hervidero de preparativos y movimiento.

Todo marchaba sobre ruedas. Finalmente un par de llamadas de Dante, por orden de Emilio, bastaron para acallar a la prensa, que suspendió en un santiamén todos los titulares que tenía previsto publicar. Nadie contravenía las órdenes del gran *Capo* si no quería terminar con una bala entre las cejas y pudriéndose en una cuneta.

Sin embargo, las tensiones estaban lejos de haberse disipado y en el aire se apreciaba un poso de amargura y recelo entre los presentes que en nada contribuía a fomentar la convivencia y aumentaba las sospechas y las teorías de unos contra otros.

Solamente Bruno y Stella parecían en una nube, disfrutando el uno de la otra con el entusiasmo de los inicios melosos propios de toda relación. Para ambos había sido un alivio que su familia se tomara la noticia de buena manera, tanto así que hasta Emilio dejó caer que debían aprovechar la fiesta para celebrarlo.

Nadie se opuso, al contrario. Se respiraba un anhelo casi delirante por volver a la normalidad. Aunque no todos eran tan optimistas, especialmente los dos cabeza de familia ahora que se había revelado tal terrible verdad ante ellos. Y todo por culpa de una maldita tumba vacía.

Sin embargo, lograron disimular frente a los demás, guardando el poso de sus inquietudes en el más recóndito rincón de su conciencia y convenciéndose de que nadie lograría sabotear la fiesta tras haber reforzado la seguridad sin escatimar en gastos. Estaban preparados para cualquier ataque. No permitirían que nadie, ni siquiera aquel enfermo, estropeará sus planes.

El servicio se encontraba arreglando el jardín para conservarlo bien podado y pronto llegaría el catering para organizar la disposición de las mesas y los invitados, además de la orquesta. Estaba todo milimétricamente calculado.

Entretanto, Dante supervisaba a los hombres que trabajaban en las bodegas con el vino que conservaban de la campaña de meses anteriores. Debían prepararlo para servirlo a sus invitados como la bebida estrella.

—¡Tened más cuidado con esos barriles, inútiles! ¿No sabéis acaso que cuestan una fortuna? —Bramó, reprendiendo como un tirano a los jóvenes que acababan de incorporarse a la faena y que, debido a que estaban un poco verdes en las tareas, estuvieron a punto de dejar caer uno de ellos. Pero finalmente consiguieron sostener el pesado tonel a tiempo.

—Lo sentimos señor —se atrevió a replicar uno de ellos, al tiempo en que su compañero —más tímido— agachaba la cabeza.

Sin embargo, aquella respuesta no pareció contentar al *consigliere*, quien tenía fama de ser implacable con los hombres que estaban bajo su supervisión, especialmente si eran nuevos. Era como un perro de presa que olfateaba continuamente en busca de la menor falta, para abusar de su autoridad.

En ademán intimidatorio, se acercó hasta que solo lo separaron unos cuantos centímetros del desdichado que a aquellas alturas estaba deseando

que se lo tragara la tierra.

—¿Y tú crees que una insignificante y patética disculpa como esa me sirve de algo? — tronó, amenazante.

El joven, amedrentado, se encogió sobre sí mismo.

—¡Contesta! —Exigió, satisfecho con su mezquindad.

—N-no señor...—Balbuceó el muchacho, rezando para que aquello bastara para que pudiera salir bien librado.

Había visto cómo despedían a muchos como él por menos. El señor Dante parecía regocijarse en la humillación. Quién sabía si porque un día fue como ellos y también la hubo sufrido en carne propia o por mero capricho de su negro corazón.

—Muy bien. Entonces vamos a demostrarte por las malas que a los vagos como tú, esto es lo único que les enseña a tener disciplina —siseó y sin más preámbulos, alzó su mano derecha para mostrar la fusta de montar que siempre llevaba consigo y con la que pensaba azotarlo hasta resarcirse.

El joven abrió los ojos de par en par en una mueca aterrada, pero su cuerpo exudaba resignación. No podía defenderse, pues a ojos de los señores de la mansión se consideraría una insubordinación contra su superior. Y podía tener un castigo más severo que un simple despido.

Así que se quedó inmóvil, masticando la impotencia que da el no ser nadie frente al yugo de un poderoso, esperando el golpe.

Sin embargo, este nunca se produjo. Y es que, justo cuando Dante se preparaba para asestar un latigazo con toda la fuerza del veneno que le corroía el alma, una mano firme, aunque castigada por el tiempo, lo detuvo en seco.

Tan estupefacto como enfurecido por semejante atrevimiento, el *consigliere* se olvidó momentáneamente de su víctima para centrar toda su atención en el anciano que osaba interponerse en su camino de un modo tan tajante.

Phillipo Cardosi.

Un simple empleado que apenas podía tenerse en pie y que únicamente seguía respirando debido a los terribles secretos que guardaba con celo sobre la *Famiglia*. Unos secretos que peligraban más que nunca. Y Dante no confiaba en ese hombre.

—No te atrevas a ponerle una mano encima al chico, Dante.

El aludido bufó, clavando sus ojos oscuros en el hombre como si fuera un guiñapo. Era el colmo que tuviera el descaro de darle órdenes a él.

De un tirón, se zafó de su agarre y lo encaró, sin importarle los años que le llevara. Haría que se arrepintiera de desafiarlo de ese modo frente a todos, haciéndolo quedar como un pelele.

—¿Cómo demonios te atreves a desautorizarme frente a los empleados, maldito viejo decrepito?! —Bramó, aniquilándolo con la mirada.

Tan ofuscado estaba que ni siquiera se percató de que ambos peones aprovecharon su descuido para ir a avisar a alguien de lo que estaba sucediendo, pues no podían permitir que ese hombre maltratara a Phillipa después de haber intercedido por ellos. No cualquiera habría arriesgado así el pellejo.

En las caballerizas se encontraron con el señor Thiago, quien - junto con su esposa Catarina – estaba ensillando a su caballo para dar un paseo por los alrededores de la finca.

Tan pronto como lo pusieron al tanto de lo sucedido, echó a correr hacia allí, no sin antes tranquilizar a su esposa.

—¡Thiago, espera, voy contigo! —Gritó ella, yendo tras él.

Este se volvió y la tomó de los hombros con suavidad.

—No amor, quédate aquí. Volveré enseguida —luego pareció cambiar de opinión, porque añadió—. Mejor ve y avísale a los hombres lo que está pasando.

En cuanto ella asintió, corrió hacia allí sin perder tiempo.

No imaginaba, sin embargo, lo que estaba a punto de escuchar.

—¡Pégume y amenace cuanto quiera, pero no toleraré más faltas de respeto! —Estaba gritando Phillipa, con una rabia que no era propia de él, siempre tan discreto —. No callo más. He callado más de veinte años, he cargado con el peso de ese horrible secreto que no me deja dormir por las noches. ¡Están condenados, estamos todos condenados por lo que hicieron! —Graznó, con los ojos a punto de salirse de las cuencas.

—¡Cállate, maldito seas! —Rugió, asestándole un latigazo brutal. El hombre sollozó, pero nada podía ya silenciarlo. Estaba harto del remordimiento de conciencia con el que tenía que lidiar cada noche, fruto de años y años de silencio ante aquella atrocidad cometida.

Y solo él sabía la verdad, el desenlace de aquella fatídica noche que puso fin al carnaval de 1998. Si alguien más llevaba a descubrirlo...Emilio, Baldassare o el propio Dante...estaba seguro de que lo matarían de la peor manera por lo que considerarían una traición imperdonable.

—¿Qué hará si no me callo, señor *Consigliere*? —Lo desafió el anciano, con un brillo de rebeldía inusitada refulgiendo en sus pupilas febriles. Ya no soportaba más cargar con aquel secreto en la conciencia. Si hablara...probablemente podría evitar la tragedia que se avecinaba—. ¿Me silenciará como hizo con...?

Mas no pudo terminar aquella frase, porque antes de que lograra pronunciar aquel maldito nombre que arrastraba consigo el peso inconmensurable del horror de antaño, que los obligaba a afrontar el lastre del fracaso, el puño de Dante impactó contra el rostro del hombre que, viéndose abandonado de repente por la fuerza que lo hubo empujado a rebelarse, cayó de espaldas al suelo y apenas atinó a protegerse de los despiadados golpes que le propinaba con la fusta, exigiéndole silencio.

Ahí fue cuando Thiago tuvo suficiente e irrumpió en la bodega como una exhalación. Lo que había visto y oído entre las sombras lo enfureció lo bastante como para exigir respuestas. Además, no pensaba permitir que ni Dante ni nadie en aquella mansión cometiera semejante atropello. Especialmente contra Phillip, que había permanecido con la familia desde que él tenía uso de razón y siempre les había guardado una fidelidad absoluta.

Ahora sus palabras dejaban traslucir que había callado cosas mucho más atroces de las que nadie podría haber imaginado, aun a pesar del mundo en el que vivían.

—¡Dante, suéltalo! —Rugió, apartándolo del pobre anciano, cuyos ojos reflejaron un poco de alivio al verlo.

—¡No te metas en esto Thiago! —Le advirtió, empujándolo para rebasarlo. Pero él no cedió, sino que lo agarró por las solapas de la camisa con virulencia y, perdiendo la paciencia, lo estrelló contra la pared.

—Ya lo creo que me meto, porque lo he oído todo y ahora mismo me vas a explicar de quién cojones estabais hablando y qué secreto tan terrible es ese que puede hundir a mi familia —gruñó. Y estaba decidido. Dante forcejeó, sin mostrarse por la labor—. Habla ahora mismo o te juro que te lo saco a golpes —amenazó, fuera de sus casillas. Entretanto, un Phillipio sumamente angustiado por lo que sin pretenderlo habían desatado sus palabras, intentaba separarlos.

En ese momento llegó Catarina, que fue corriendo a ayudarlo. Pero ni por esas conseguían que Thiago lo soltara. Cada vez estaba más enfurecido y no ayudaba en nada que Dante se negara a soltar prenda.

—¡Mátame si te da la gana, pero no diré una palabra! No intervengas en lo que no te importa, es un consejo Thiago —atinó a decir, pues el mediano de los Santorini apretaba su cuello con saña y le costaba articular las palabras.

—Thiago, por Dios, suéltalo —le suplicó su esposa, asustada. Nunca lo había visto así.

Ni siquiera la escuchó.

—¿Que no me importa? —Eso fue la gota que colmó el vaso— ¡A mi mujer y a mí intentaron matarnos el día de nuestra boda! ¡Tuvimos que renunciar a nuestra luna de miel! ¡Un sádico está amenazando a mi familia, estamos en peligro y papá se niega a contarnos la verdad...! ¡¿Y tú me dices que no es asunto mío?! — aulló, desquiciado, propinándole un puñetazo en el estómago que lo dejó sin aire por unos segundos—. ¡Habla de una vez!

—Ya te lo he dicho —proclamó, entre toses—. Aunque me mates, nunca revelaré el secreto. Y tú tampoco quieres saberlo, créeme.

Esas palabras, junto al celo con el que guardaban lo sucedido, no hicieron más que reafirmar sus sospechas de que se trataba de algo realmente turbio.

—¿Estás dispuesto a cargar el peso de una muerte en tu conciencia por tu silencio? —Lo enfrentó, forcejeando cuando Maurizio y Sandro irrumpieron en la estancia y lo sujetaron por los brazos para quitárselo de encima.

Carlos se mantuvo en un segundo plano, observándolo todo.

Al verse libre, Dante se envalentonó.

—¡No tienes ni idea de lo que dices! Precisamente nuestro silencio es lo que os mantiene vivos —exclamó, exaltado.

Thiago comenzó a blasfemar, haciendo ademán de volver a saltarle encima.

—¿Qué demonios pasa aquí?

Era Bruno, que al percatarse de la situación se apresuró a ayudar a sujetar a su hermano.

—¡Cálmate!

—¡Soltadme! ¡¡Estoy harto de los secretos y las mentiras, joder!!

—Phillipo —decidió probar suerte con él—. Tú lo sabes todo, cuéntanos lo que pasó si en verdad estimas a esta familia, por favor — le suplicó, desesperado.

—Sí, si sabes algo no te lo calles. No dejaremos que nadie te lastime por contar la verdad —intervino Bruno, apoyando a su hermano. Probablemente aquella sería la primera vez en que ambos estaban de acuerdo en algo, pero era una situación sin precedentes.

Sintiéndose entre la espada y la pared, el pobre anciano se secó el sudor de la frente. Era muy consciente de que se había convertido en el centro de atención y de las miradas tanto expectantes como envenenadas —Dante parecía querer despellejarlo vivo y en sus ojos se leía una clara advertencia de que mantuviera su silencio— y se vio superado.

Una cosa era querer enfrentar a aquel tirano y otra muy distinta tener que revelar una verdad de tal calibre desobedeciendo las órdenes directas de Don Emilio. Por más que quisiera romper con el mutismo que pesaba como una losa en su conciencia, hacerlo significaba su sentencia de muerte y él era muy consciente de ello.

Debía callar, por el bien de todos. A fin de cuentas, ya estaba acostumbrado.

Tendría que haber imaginado que aquello ocurriría. Ahora ya era tarde... no sabía qué decir.

Por eso, Dante supo aprovecharse de sus flaquezas como el chacal que era y condujo la conversación a su manera.

—No son más que los desvaríos de un viejo loco. No le deis crédito a la palabra de este pobre anciano senil —escupió, con el tono cargado de veneno.

Ninguno pareció muy convencido. Thiago no apartaba sus ojos de él y aquella mirada que era como brasas ardientes se clavó en lo más profundo de su ser.

Ojalá pudiera ayudarlo, ayudarlos a todos. Pero ya era tarde...

—Phillipo...—Volvió a insistir, esta vez con el tono derrotado de quien sabe que no sacará nada en claro.

Apartó la mirada, asqueado ante la sonrisa triunfal que se paseó por el perfilado rostro de Dante. Él siempre llevaba las de ganar. No debía olvidarlo, como no lo había hecho en veinte años.

Algunas cosas nunca cambiaban...

—Vamos, Thiago, dale un respiro...—Medió Marcello, que había llegado hace un rato y observaba la escena en un silencio circunspecto. Sin embargo, al verle tan alterado decidió intervenir para calmar los ánimos.

No obstante, consiguió justo lo contrario. Thiago no pudo evitar descargar su rabia contra él, pues sin quererlo era cómplice de aquella farsa que se avecinaba.

—¿Que le dé un respiro, Marcello? ¿Esa es tu solución para todo? ¿Eh? —Increpó, dando varios pasos hacia él y quitándose de encima a Bruno cuando intentó ponerle una mano en el hombro para que se calmara —. ¿Por eso hasta te has prestado a la pantomima de mañana? ¡Si hasta a Alessandra le estás ocultando lo que va a pasar! —Recriminó, alzando tanto la voz que, efectivamente, la aludida pudo oírlo desde la entrada de la bodega. Se había acercado a ver qué rayos estaba sucediendo, pues el escándalo era considerable.

Y lo que escuchó no le gustó para nada. ¿Qué era eso que su hermano le ocultaba? ¿Qué estaba pasando allí?

—¿Y qué es eso que me estás escondiendo, si se puede saber? —Entró de lleno en materia, con la firmeza que la caracterizaba.

De inmediato, todos enmudecieron al verla adentrarse en la estancia con porte altivo y las tensiones se incrementaron hasta rozar su punto cumbre. Nadie quería ni podía responder ante ella.

Tal laconismo hizo que la sangre de Alessandra se rebullera en sus venas y esbozó una sonrisa irónica y tremendamente torva, antes de fijar esos ojos que eran como dagas en su hermano, que no sabía dónde meterse.

De buena gana se lo habría contado todo, pero conocía de sobra su carácter explosivo y sabía que, no solo se hubiera negado de manera tajante sino que además era muy capaz de montar un escándalo en plena fiesta. Por eso tenía que callar.

Era consciente también de que cuando se enterara, descargaría su ira contra él por habérselo ocultado. Pero era algo ante lo que estaba resignado. De lo contrario, el desastre sería todavía mayor.

—No es nada — murmuró, sin mirarla a los ojos siquiera.

Ella bufó por la nariz, claramente irritada porque insultaran su inteligencia. Pero tampoco insistió.

Bastó una mirada con la que recorrió a todos los presentes de manera incisiva para saber que nadie diría una palabra.

Ya lo descubriría por su cuenta.

—Ya. Nunca se te ha dado bien mentir, pero tranquilo hermanito... pienso enterarme de todas formas. Y cuando lo haga más te vale que no sea nada grave —espetó, para acto seguido darle la espalda con brío. Su melena estuvo a punto de impactarle en el rostro, pero se echó hacia atrás en el último segundo.

Luego, salió de allí sin mirar atrás y dejando tras de sí un silencio que bien podría haber sido digno de cualquier funeral.

Lo que nadie sabía todavía era que se acercaba uno.

Y era solo el principio.

Al salir como una exhalación, Alessandra se encontró a Carlos fumando en la entrada como si la cosa no fuera con él y le clavó una penetrante y gélida mirada. Hasta que este levantó la vista para encararla.

—Si tienes algo que decir, hazlo ya.

Lo soltó así, frío e indiferente como un témpano de hielo.

Ella contuvo el cabreo que le empezaba a ascender desde las puntas de los pies hasta el vientre. Llevaba días esquivo y distante con ella y no entendía por qué.

A decir verdad, todo el mundo actuaba de manera extraña en su presencia y la estaba volviendo loca no saber por qué.

En dos zancadas se situó justo a un par de centímetros de su rostro y le arrancó el cigarro de los labios para tirarlo a un lado sin miramientos. Su respiración desbocada rebotaba entre ambos como si ella acabara de correr una maratón y lo agarró de la camisa con furia, antes de sisear, a un palmo de su boca:

—Pues sí, me encantaría saber por qué cojones llevas dos putos días evitándome. Por qué todos están tan raros y a qué venía lo que ha dicho Thiago ahí dentro —exigió.

Por toda respuesta, él sonrió y apartó sus manos de sí con firmeza. Esas vendas...las llevaba justo desde la noche en que regresaron de la feria, momento desde el cual la había tratado como a una paria.

A ella, que nadie la rechazaba. Pero no era por gusto, sabía que algo turbio había detrás. Algo que le ocultaban.

Y esa certeza la enfurecía tanto que sentía que en cualquier momento iba a explotar.

Él pareció percibir su ira, porque –aun sin romper esa cercanía peligrosa– le susurró al oído:

—Guarda toda esa furia para mañana, la vas a necesitar.

Esas fueron sus enigmáticas palabras. Luego, se separó de ella adoptando un gesto inescrutable y sin más se marchó, dejándola confusa y alterada como nunca.

No entendía nada, pero tenía un presentimiento terrible. Era como si una tormenta; la más negra y oscura, estuviera a punto de descargarse sobre sus cabezas.

Y recordó las palabras de aquella anciana en la feria, las cuales se le antojaron más reales que nunca.

Lo que no supo en ese momento fue que la sangre empezaría a derramarse esa misma noche. Porque ya era tarde para evitar la tragedia que se avecinaba...

La mansión dormía tras un largo día de preparativos en el que todo se manejó con la mayor exhaustividad para que, cuando el anochecer del día siguiente llegara y los invitados atravesaran la verja, se encontraran con la fiesta más apoteósica que jamás se había presenciado en toda Venecia.

Fue ese momento de calma y silencio que solo proporcionan las horas más intempestivas de la madrugada el que le permitió a la sombra que acechaba oculta como un fantasma en la penumbra, sortear el jardín a oscuras y burlar la vigilancia de los guardias para perderse entre los corredores y llevar a cabo la tarea que le había sido encomendada.

Se movió con sigilo, mas no con temor pues sabía que nadie lo descubriría. Lo sabía todo, conocía cada movimiento de cada uno de los integrantes de aquella mansión. Y actuaba en consecuencia.

Sin perder tiempo, tras cerciorarse de que tenía vía libre, se escabulló en el interior de una de las cabañas de servicio y sonrió como un depredador al comprobar que, efectivamente, su presa dormía sumida en un apacible sueño. El último sueño.

Una sonrisa calculadora ensanchó sus facciones y se bajó la capucha que lo cubría, aproximándose al lecho en el que yacía Phillipos Cardosi, ajeno a que su final era inminente.

La muerte llevaba su nombre y había acudido a hacerle una pequeña visita.

Con mimo, casi con deleite, se inclinó para tomar entre sus manos enguantadas una almohada que reposaba junto a su cabeza y la mueca se hizo más pronunciada, más grotesca en su rostro cuando el hombre, como si

intuyera lo que se avecinaba, entreabría los ojos y oteaba el cuarto en penumbra, buscando identificar al intruso.

No se movió, ya no le importaba que viera su cara...que lo reconociera. Se llevaría el secreto que tantos problemas le había causado a la tumba.

Una mueca de verdadero espanto atravesó sus facciones castigadas por el paso del tiempo. Phillipó reconoció a su verdugo y el terror se apoderó de él. Sabía por qué estaba allí.

Un resquemor amargo de impotencia le revolvió el estómago. Había sido un iluso al pensar que podría revelar la verdad, o intentarlo, sin sufrir las consecuencias. Y por eso supo desde el mismo instante en que lo hizo que estaba condenado.

Era inevitable, después de todo.

Quiso pronunciar su nombre, pero la sombra fue más veloz y lo acalló presionando la yema de su pulgar contra sus labios ajados y reseca. El éxtasis del crimen inminente había agrandado sus pupilas dementes. Todo su cuerpo temblaba de anticipación.

—Shhh...nunca deberías haber roto tu silencio, viejo — siseó, acariciándole el ralo cabello con suavidad.

—Por favor...—Suplicó el anciano, a punto de sufrir un vahído. Quería que fuera rápido, pues de lo contrario su corazón no lo soportaría.

Al menos, su hija y el pequeño Mateo estarían a salvo. Con su sacrificio, los estaba protegiendo de la matanza que se avecinaba.

—Todo se hará según lo previsto, tranquilo. Dulces sueños...—
Canturreó, antes de alzar la almohada y asfixiarlo hasta que sus miembros quedaron exangües y la vida abandonó su cuerpo, haciendo que exhalara su último hálito.

Una adrenalina increíble se apoderó de su cuerpo al ver culminada su tarea.

Empezaba la cuenta atrás.

Empezaba la *vendetta*.

Todavía con esa sonrisa maniática deformando su rostro y la capucha calada hasta las orejas, la sombra se las arregló para abandonar la mansión sin ser vista y se perdió en la madrugada como un espectro de ultratumba.

Los túneles húmedos y angostos le dieron la bienvenida como el calor del hogar más puro. Y así era.

Con pasos presurosos, fue sorteando galería tras galería – evitando cuidadosamente las trampas que *él* tenía instaladas para repeler a posibles intrusos y llegó hasta sus aposentos.

Tocó a la puerta con nerviosismo, casi con devoción. Como siempre ocurría cuando tenía que rendir cuentas ante él.

Esperó, expulsando unas volutas de vaho por la gelidez que desprendía el lugar y trató de contener su impaciencia.

Al fin, una voz ronca masculló un seco “adelante” y se adentró en el interior.

Todo estaba oscuro como boca del lobo, a excepción de la llama de un candelabro asido a la pared que otorgaba un interesante juego de claroscuros al ambiente insano que se respiraba allí dentro.

La silueta estaba de espaldas y tragó saliva. Sabía que esperaba que hablara.

—Ya está hecho, señor.

Lentamente, con movimientos pesados y la respiración trabajosa, se fue dando la vuelta.

En medio de la penumbra, distinguió los rasgos familiares de esa máscara que siempre lo acompañaba para cubrir la mitad de su rostro quemado y sonrió al ver su expresión triunfante.

Se acercó despacio, hasta posar una mano áspera y callosa en su hombro. Luego le palmeó la espalda.

—Bien hecho. Hoy es el gran día...al fin, después de tantos años. Al fin — proclamó, con esa voz henchida de sed de sangre y venganza.

Al fin podría cobrarse lo que le hicieron los Grimaldi y los Santorini, hacía ya veinte largos años.

Veinte años que había pasado en la sombra, esperando su momento y planeándolo todo a conciencia.

Al fin, la hora de su reinado había llegado.

Primer día del carnaval de Venecia, fiesta de inauguración en la mansión Santorini

Aquella mañana el cielo amaneció gris y plumizo. Pista inequívoca de lo que se avecinaba.

Pero todo el mundo estaba absorto con los preparativos y nadie se percató de las señales.

Benedetta andaba de un lado para otro en medio del trasiego de mujeres en la cocina que se esforzaban por terminar la comida que se serviría en la fiesta, a contrarreloj.

Y es que sabía que tenía que ayudar, pero no podía evitar sentirse inquieta. No había logrado encontrar a su padre por ninguna parte y eso era sumamente extraño en él.

Ni en su habitación, ni en las caballerizas supervisando a los mozos, ni tampoco en las bodegas. No aparecía por ninguno de los sitios que solía frecuentar. Y después de lo que había sucedido el día anterior, dudaba que fuera una casualidad.

La joven decidió que ya seguiría buscándole más adelante, pues había mucho que hacer y si alguna de las señoras la veía sin hacer nada la regañina que le caería sería épica.

Solo tenía ganas de que terminara aquella dichosa fiesta para poder encerrarse en su habitación. Desde el rechazo de Carlos, no tenía ganas de

hacer nada. Iba a costarle mucho hacerse a la idea de que él nunca podría corresponderla.

Tan ensimismada estaba en sus funestos pensamientos que no se percató de que alguien se había acercado a ella con sigilo, hasta que unas manos rodearon su cintura desde atrás.

Oyó las risitas nada disimuladas de sus compañeras, que se apresuraron en dejarles intimidad y puso los ojos en blanco al girarse y encontrar a un Maurizio especialmente cariñoso, acariciándola.

Y es que parte de la culpa era suya, pues cegada por el despecho al ser rechazada por Carlos, había ido a buscarlo y acabó acostándose con él. Ahora, el que antaño fuera el más picaflor de los guardias de seguridad, ahora suspiraba por ella.

Y Benedetta estaba hecha un lío.

—Maurizio no sea atrevido, ¿no ve que alguien nos puede ver? — Lo reprendió, zafándose de su agarre.

—Que nos vean —replicó él, con descaro—. Por ti corro cualquier riesgo.

Le robó un beso y enseguida sus labios comenzaron a jugar con su cuello. No pudo evitar dejarse llevar.

—¿Has visto a mi padre? No estaba en su habitación...— Atinó a decir, acalorada.

Ese hombre parecía un pulpo.

—Mujer, ¿cómo me preguntas eso ahora? —Protestó él. Pero la joven insistió. Estaba demasiado preocupada.

—Contesta, ¿lo has visto o no? Estoy preocupada...— Imploró, empujándolo con suavidad para que le prestara atención.

Al ver su semblante grave, él se puso serio.

—No, pero hace un rato mi hermano me ha dicho que Mauro ha salido a dar un paseo con Mateíto, a lo mejor tu padre ha ido con ellos — la informó, sin darle mayor importancia.

Eso pareció calmar a la joven. Su hijo y Mauro se llevaban muy bien, así que era habitual que salieran a pasear juntos por la finca, pues el pequeño se aburría en la mansión.

—Oh, puede ser. Me quedo más tranquila, gracias — comentó, dedicándole una débil sonrisa.

—¿Cuál gracias? Dame un beso.

La atrajo hacia sí, con premura.

Justo cuando sus labios estaban a punto de tocarse, un carraspeo los hizo detenerse en seco.

Era Ofelia, que acudía a supervisar los preparativos cuando se encontró aquel espectáculo.

—Maurizio, creo recordar que tu puesto es en el patio con los demás hombres, ¿no? Y tú niña, ayúdame a preparar pasta fresca y déjate de estar con arrumacos, que una fiesta como esta no se prepara sola —ordenó, con tanta firmeza que ninguno de los dos se atrevió a replicar.

Maurizio se retiró a regañadientes y ella cumplió con sus obligaciones, hasta que al caer la tarde le tocó servir el té en la sala.

Cualquiera podría pensar que, en vista de la gran celebración que daría comienzo en apenas unas horas escasas, el ambiente sería animado. Pero nada más lejos de la realidad.

Se respiraba pesadumbre y malestar en el ambiente. La señora Constanza no dejaba de repetir lo mala idea que era aquello y que debían cancelarla de inmediato. Para absoluta irritación de Emilio y consternación de Baldassare.

Benedetta fingió estar concentrada sirviendo las bebidas, para no llamar la atención. Pero en realidad no quería perderse ni un detalle de lo que allí se dijera.

—Vuestro orgullo nos costará la sangre — siseaba la mujer, con evidente nerviosismo. No dejaba de dar vueltas por la estancia como un pajarito enjaulado. Baldassare se apresuró en ir a confortarla. Estaba tan desmejorada y había perdido tanto peso...que lo preocupaba.

Pero Emilio no daría su brazo a torcer y eso todos lo sabían.

—¿Te das cuenta de lo que dices, Constanza? Es solo una fiesta como tantas otras por el amor de Dios, he triplicado la seguridad con los nuevos hombres que han llegado, son los mejores en su trabajo. Estás

siendo irracional, entiende que esta es mi puta fortaleza y nadie se atreverá a franquearla. Y si lo hace, le tengo reservada la peor de las muertes — sentenció, con los ojos inyectados en sangre.

Luego se disculpó con sus nueras por haberlas sobresaltado. Stella daba vueltas a su manzanilla, claramente inquieta. Opinaba, como Catarina, que la señora Constanza tenía razón. Pero ninguna se atrevió a replicar, allí solo eran unas invitadas.

—Constanza tiene razón — intervino Donna, para asombro de todos. La mujer del gran *Capo* jamás lo contradecía en público —. Queréis demostrarle que sois más poderosos que él, que sus amenazas no os intimidan...pero no os dais cuenta de que por seguir este absurdo juego vamos a acabar todos muy mal.

—¡Basta, por todos los demonios! —Bramó el aludido, perdiendo la paciencia—. Se hará lo que yo diga y no hay discusión. Haced el favor de terminar vuestras bebidas y subir a poneros hermosas para esta noche. No pienso consentir que en esta casa se me desautorice. ¿Queda claro?

Nadie osó contradecirlo. Las mujeres se limitaron a agachar la cabeza y a callar. Aunque no estuvieran de acuerdo.

Baldassare, por su parte, también empezaba a tener sus dudas. Pero, tras compartir una mirada con su amigo y verle tan seguro de sí mismo, se convenció de que ellos sabrían solventar cualquier inconveniente que se presentara.

Sí, eran los reyes de Venecia. ¿Cómo no iban a poder acabar con un simple lunático? Si aparecía por allí para llevar a cabo su absurda venganza, mejor que mejor. Así podrían acabar con él y quitarse el problema de encima de una buena vez.

En cuanto se quedaron a solas, despacharon a Benedetta y hablaron sin tapujos.

—Estoy seguro de que vendrá, Emilio —comentó el Grimaldi, no sin cierta inquietud. A pesar de todo, tampoco quería subestimar a su enemigo.

—Lo sé, amigo. Y eso es justo lo que quiero, porque así podremos cobrarnos la que nos debe —aseguró, con los ojos relampagueantes de odio—. Aunque venda su alma al diablo, jamás podrá franquear estos muros. Morirá en el intento —tronó, como un verdadero maníaco.

Los dos brindaron por ello, complacidos.

Solo había un pequeño detalle que se les escapaba: ya estaba dentro.

Carlos llevaba cerca de media hora parado frente a la puerta del cuarto de Alessandra y estaba perdiendo la paciencia.

La joven se había ofrecido a ayudar también a Chiara a arreglarse, a lo que ella había aceptado más que encantada. Pero es que llevaban ahí encerradas más de dos horas. ¿Qué demonios les llevaba tanto tiempo? Nunca lo entendería...

No lo aguantaba más, alzó el puño para tocar a la puerta. Sin embargo, se detuvo a medio camino al ver que esta se abría para dar paso a una de las imágenes más placenteras que había visto nunca.

Un vestido de tul negro hasta los pies, piedras preciosas adornando la zona del busto, tacones de infarto, la melena lisa hasta la parte baja de su

espalda y un antifaz a juego que la hacía parecer una diosa recién salida del Olimpo.

No pudo evitar recorrerla muy despacio con la mirada, hasta apreciar cada rincón de su anatomía. Era tan preciosa que un buen hombre la habría venerado y respetado, pero él estaba lejos de serlo y quería cometer toda clase de pecados con ese cuerpo diseñado para tentar.

—¿A qué viene tanta prisa, soldado? Lo bueno lleva su tiempo ¿o es que cree que estos looks se consiguen solos? — le soltó ella, divertida.

—Además va a venir todo el mundo, tenemos que estar guapas — puntualizó Chiara, enfundada en un hermoso vestido esmeralda con guantes a juego y un elegante antifaz.

Los ojos de Carlos no se despegaban de los de Alessandra cuando replicó:

—¿Más todavía? Ya sería un delito.

Aquel cumplido tomó a ambas por sorpresa. Chiara le sonrió, pues sabía que iba más para Alessandra, que lo miraba complacida. Así que puso la excusa de que se adelantaba para picar algo y así poder dejarlos a solas.

Una vez la muchacha hubo descendido las escaleras, los dos amantes se lanzaron con una avidez casi suicida a saborear el néctar prohibido de los labios del otro. Carlos, completamente excitado, quiso que se adentraran en el cuarto de Alessandra para desahogar aquello que estaban sintiendo y que no iban a poder reprimir en las largas horas de fiesta que les esperaban.

Sin embargo, no pudo ser. Ya empezaban a echarla en falta ahí abajo.

No les quedó otra que bajar, con Carlos blasfemando por lo bajo.

Alessandra, en cambio, no pudo evitar quedarse prendada con lo espectacular que había quedado la decoración; cortinas rojas de terciopelo, la enorme lámpara del salón reluciente, una alfombra a juego que atravesaba todo el centro de la estancia y comunicaba con las distintas salas, aperitivos con las más variadas exquisiteces y el champán más caro.

La mansión irradiaba lujo y opulencia por los cuatro costados.

Realmente el servicio había hecho un trabajo impresionante con la decoración. Tanto así que la mansión parecía un palacio dispuesto para un baile de máscaras de la era victoriana.

Tal y como Emilio había pretendido, aquello estaba pensado con el único y exclusivo propósito de que no se hablara de otra cosa en todo el mes o probablemente incluso en todo el año.

Faltaba poco más de media hora para que diera comienzo la fiesta y los invitados no tardarían en llegar.

Donna Testa Di Santorini se paseaba por toda la estancia, dando las últimas directrices a las pobres muchachas de servicio. Benedetta obedecía mecánicamente, pero tenía la cabeza en otra parte. Por no hablar de que su padre seguía sin aparecer y aquello ya no era normal.

—Mami, mira cómo me queda el traje. ¿Estoy guapo? — Preguntó el pequeño Matteo, enfundado en un frac que le estaba algo holgado pero que le hacía parecer una monada. Todavía más.

El rostro de la joven se iluminó por completo. Ese niño era su vida.

—Estás precioso cariño, como todo un hombrecito —le aseguró, besándolo en la mejilla.

El niño rio encantado y la rodeó con sus pequeños bracitos. La señora de Santorini sonrió, conmovida con esa escena.

Qué tiempos aquellos en los que sus hijos eran unos despreocupados infantes...

Ahora todo se había torcido y no sabía cómo ni cuándo. Pero así era. Ya nada iba bien.

Entonces bajaron. Benedetta los vio primero y se quedó congelada en el sitio.

Alessandra parecía la princesa de un cuento con ese vestido que era impresionante y debía de costar una fortuna. Pero ella estaba lejos de ser tal. Era oscura, imponente y altiva como una diosa que había nacido para gobernar sin piedad. Con el porte y los ademanes de una soberana.

Y Carlos lucía igual de intimidante y arrebatadoramente sexy, tras ella, con las manos a la espalda y un elegante traje negro, los antifaces de ambos iban a juego.

Sí, al verlos así lo supo. Nunca podría competir con eso.

—¡Carlos! —Exclamó el pequeño cuando lo vio, antes de soltarse de los brazos de su madre para correr a su encuentro.

Este lo alzó en brazos, sin poder evitar sonreír ligeramente. Ese niño le contagiaba su alegría.

—Hola hombretón, qué traje tan chulo — dijo y le guiñó un ojo con complicidad, haciendo sonreír a Benedetta muy a su pesar. Incluso Alessandra lo hizo. La escena era muy tierna.

Baldassare y Emilio no tardaron en con el resto de hombres para supervisar todo antes de que empezaran a llegar los primeros invitados, así que Carlos tuvo que despedirse del pequeño e ir con ellos. El deber lo llamaba.

Alessandra trató de captar algún retazo de la conversación en susurros que estaban manteniendo con el *Capo*, probablemente para darles las últimas instrucciones de seguridad, pero no pudo porque en ese momento su madre descendió las escaleras y corrió a su encuentro, deshaciéndose en halagos.

—Estás preciosa cariño, vas a ser la sensación de la fiesta.

—Tú también estás espectacular mamá, el púrpura te sienta genial —la alabó, haciéndola incluso girar sobre sí misma, al tiempo en que ambas reían.

En ocasiones como aquella, la joven se sentía muy feliz de ver a su madre haciendo vida prácticamente normal, disfrutando de una agradable velada sin ser víctima de sus ataques de nervios. Ella adoraba esos momentos de complicidad que compartían en momentos esporádicos y solo deseaba que desenmascararan ya a ese maldito demente oculto tras la máscara para que su madre pudiera descansar y reponerse de tanto sobresalto.

—Las dos mujeres de mi vida están espectaculares — las piropeó un elegantísimo Marcello enfundado en su frac de gala, abrazándolas desde atrás con cariño.

Ellas no tardaron en corresponder al gesto con la misma efusividad y Constanza de Grimaldi no pudo evitar ponerse sentimental.

—Mis niños, sois lo mejor que la vida me ha dado. Lo sabéis, ¿verdad? —Declaró, logrando llenar de ternura hasta a Alessandra, que la envolvió entre sus brazos.

—Oh mamá, no sigas que vamos a acabar llorando y se me estropeará el maquillaje —adujo, intentando hacerse la dura. Algo por lo que su hermano le tomó el pelo. Ella le sacó la lengua.

—Tienes razón, es solo que os veo así y... —Pareció que era tanto lo que llevaba por dentro que ni siquiera era capaz de expresarlo con palabras. Y también, quizá fueran figuraciones suyas, pero Alessandra no pudo evitar pensar que quería decirle algo.

No obstante, al final no se atrevió y decidió callar.

Las fugaces miradas que le dirigió a su padre de soslayo no hicieron sino confirmarlo.

Sin embargo, parecía que ella fue la única en percatarse y Marcello le estaba diciendo algo acerca de romper muchos corazones en la fiesta, así que se introdujo en la conversación y le tomó el pelo.

—Y tú a ver si dejas de lado esa timidez y te animas a conocer a alguna distinguida invitada. Tengo ganas de tener una cuñada — bromeó, guiñándole el ojo.

Su hermano negó con la cabeza y soltó un suspiro, murmurando lo incorregible que era. En un momento dado, de golpe su expresión se ensombreció por completo y Alessandra frunció el ceño, curiosa por averiguar qué podía haber alterado a su habitualmente imperturbable hermano.

Entonces Emilio y Baldassare se dirigieron al encuentro de un hombre de mediana edad acompañado de un joven que se adentró en la estancia como si el mundo entero le perteneciera. Solo al verlos, Alessandra entendió que fue su llegada la que captó la atención de Marcello.

Y al fijarse más en el joven engreído, se dio cuenta de que ella ya lo había visto antes. Si mal no recordaba, fue el mismo que le envió una solicitud de amistad en redes sociales días atrás.

Su nombre no tardó en venirle a la mente, de modo que ni siquiera hizo falta que el servicio los anunciara para que cayera en cuenta.

Luca Ferragni.

Seguía persistiendo esa molesta sensación de que lo había visto antes, pero no conseguía recordar dónde y eso la frustraba.

No obstante, no tuvo tiempo de darle muchas vueltas, porque padre e hijo se acercaron a saludarlos con sendas sonrisas de oreja a oreja. Alessandra no pudo evitar pensar que aquella efusividad parecía un tanto forzada, pero no dijo nada. A su padre tampoco se le veía especialmente contento por

tenerlos allí cuando se adelantó a estrecharle la mano al hombre de mirada perfilada que respondió al nombre de Adriano Ferragni.

—Me alegro de verte, Baldassare. Una gran fiesta, Emilio. No esperaba menos de ti — fue soltando algunos halagos, entre apretones de manos y falsos cumplidos por ambas partes.

La joven reprimió las ganas de poner los ojos en blanco. Ni siquiera su hermano Marcello parecía cómodo con la presencia de aquellos dos, pues permanecía inusualmente serio y saludó con desgana. Que no hiciera uso de los buenos modales que siempre solía esgrimir era extraño viniendo de él. Lo atribuyó a una mala relación.

De súbito, el tal Luca se acercó a ella y le besó la mano con galantería, para soltar un piropo tremendamente empalagoso con intención de coquetearle.

—Alessandra Grimaldi *¿certo?* No nos han presentado como es debido, pero déjeme decirle que está usted radiante. Sin duda es la sensación de esta fiesta.

—*Grazie* —contestó, por educación—. Señor Luca Ferragni, ¿no es así?

—Así es —confirmó, con aire de satisfacción—. Estoy a sus pies, *signorina*.

Alessandra sonrió. Siempre era agradable recibir un cumplido y aprovechó la ocasión para sonsacarle con disimulo.

—Ya veo que es usted un gran admirador mío — al ver que él parecía no terminar de entenderla, puntualizó—. Me siguió en redes sociales el otro día.

Entonces volvió a aparecer la sonrisa resplandeciente.

—Oh sí, disculpe si la he abrumado con mi intensidad. Digamos que soy un gran admirador de la belleza.

Y remató la faena guiñándole un ojo.

Por instinto, no pudo evitar desviar la vista hacia Carlos. Le pareció notar que estaba notoriamente tenso, pese a que no había mirado en su dirección.

—¿Me concedería el honor de bailar conmigo la primera pieza? — le preguntó entonces el insistente Luca. Y a regañadientes tuvo que volver a centrar su atención en él. De lo contrario resultaría sospechoso.

Juguetona, Alessandra se acercó a él hasta lograr ponerlo nervioso. Tenía unos ojos azules bonitos y vivaces, pero no tenían nada que hacer frente a los imponentes iris plateados de ella. Le demostró de esa sutil forma quién estaba al mando allí.

—Eso sería demasiado fácil, querido Luca...puede que, si te portas bien, te reserve la última —susurró, cerca de su oído, arreglándole la corbata con cuidado.

Luego, dejándolo todavía extasiado, se alejó de allí para servirse una copa de algo fuerte. Buena parte de los invitados ya había comenzado a llegar y los estaban conduciendo hacia el salón.

Allí se topó con Carlos, quien efectivamente estaba que echaba chispas.

—¿Por qué tan tenso, soldado? —Susurró, discretamente, al pasar por su lado.

Su mirada ardía cuando los ojos de ambos se alzaron en un explosivo encuentro.

—Te gusta demasiado jugar conmigo y puedes terminar quemándote —espetó, con rabia apenas contenida.

Esas palabras la encendieron sin que pudiera evitarlo y se sirvió una copa de brandy para disimular, pues él estaba junto a la mesa de bebidas.

Cuando se aseguró de que nadie les prestaba atención, replicó:

—A lo mejor es que quiero que los dos nos quememos en el mismo fuego.

Y antes de que pudiera rebatirle se alejó de allí, tras mandarle un beso; coqueta.

—Damas y caballeros, me siento profundamente emocionado con vuestra asistencia a esta velada en una noche tan especial como la de hoy. Sed bienvenidos y disfrutad de la noche que inaugura el carnaval, estáis en vuestra casa —anunció Emilio, con su poderosa voz, situado en medio de la estancia, con micrófono en mano.

Los invitados se congregaron en el salón, todos con sus respectivas máscaras, para dedicarle toda su atención. Lo contemplaban como si fuera

el mismísimo Mesías.

La luz se tornó más tenue, para potenciar el ambiente festivo que ya se respiraba por los cuatro costados. Camareros con bandejas se paseaban de aquí para allá ofreciendo aperitivos y canapés entre el público, al tiempo en que las copas del champán y el vino más caro se alzaban en el aire en un brindis por el anfitrión.

Alessandra comía y bebía disfrutando junto a su familia. Tenía que admitir que le gustaba el aura misteriosa de la fiesta. Varios hombre enfundados en sus máscaras y trajes al más puro estilo veneciano la rondaban, sin dejar de dedicarle miradas insinuantes. Y ella gozaba al ser el centro de atención.

Su madre la tomó de las manos, logrando emocionarla al reiterar lo orgullosa que estaba de ella. Alessandra le sonrió con cariño. Esos gestos siempre la emocionaban. Su madre era la persona más sincera y transparente del mundo.

—Insistes en hacerme llorar, ¿eh? —Bromeó, fundiéndose ambas en un abrazo—. Te quiero.

—Y yo a ti pequeña, con todo mi corazón —respondió ella, estrechándola fuerte. Luego, asegurándose de que nadie la oyera, añadió—. Esta noche, por mucho que te disgusten algunas situaciones, sígueles la corriente por favor. No discutas —la aconsejó, dejándola extrañada.

Quiso pedirle que fuera más concreta, pero al ver el gesto de silencio que le hizo supo que no debía hacer más preguntas y asintió.

Después de aquello le costó un poco más volver a adaptarse a la fiesta, pero enseguida comenzó a sonar la música y se deslizó al compás,

satisfecha con que hubieran respetado por una vez sus elecciones.

Pronto un montón de amigas y conocidas del instituto acudieron a saludarla y todo fueron risas, halagos —algunos más sinceros que otros— y cotilleos. También los adultos la entretuvieron a ella y a Marcello, deseosos de chismorrear un rato.

Para su sorpresa, Catarina —deslumbrante en un vestido de cóctel color marfil con su máscara a juego— la rescató y la invitó a un ponche, que aceptó sin dudar. Ya le dolía la cabeza de tantas conversaciones a un tiempo.

En la mesa estaba Stella, sirviéndose una bebida y al verlas acudió a saludar a Alessandra con dos besos en las mejillas, gesto al que correspondió.

—Estás preciosa, Alessandra —la alabó. Pero a diferencia de otras personas que le habían repetido lo mismo de manera incesante, ella era sincera.

—Gracias, tú también —aseguró. Y era cierto, ese vestido azul turquesa le favorecía mucho, pues resaltaba sus ojos y su tono de piel.

—¿Dónde están Thiago y Bruno? —Quiso saber, extrañada al no divisarlos en medio del meollo.

—Allí los tienes — señaló la castaña hacia el centro de la pista, donde ambos cantaban y bailaban bastante animados en medio de un corro de jovencitas amigas de Chiara que los habían arrastrado a un baile con ellas.

Alessandra no pudo evitar reír, divertida con la estampa.

Recorrió la estancia con curiosidad. Dante e Isabella, la madre de Stella, bailaban bastante pegados una canción más lenta, Donna y Emilio discutían en voz baja, su padre estaba cuchicheando algo con Marcello y el tal Adriano Ferragni no les quitaba ojo de encima.

De su hijo no había ni rastro. Y Carlos...Carlos se la estaba comiendo con los ojos. Una ola de calor ascendió por su pecho y echó una disimulada ojeada a ambas mujeres, que estaban demasiado concentradas al ver regresar a sus hombres. Era el momento perfecto para escabullirse y lo hizo con soltura.

El salón estaba abarrotado y la gente se divertía sin reparar en los demás. Así que se acercó hasta Carlos desde atrás, con sigilo.

—¿Quieres bailar? —Preguntó, insinuante.

Se dio la vuelta, llevaba una copa entre las manos y parecía que no se había estado divirtiendo en absoluto. Era hora de cambiar eso.

Posando los ojos sobre su escote en forma de corazón, él negó.

—Yo no bailo.

Ella curvó los labios en una sonrisa indolente, antes de aventurar:

—¿Ni siquiera si te dijera que te recompensaría como nunca después? Qué pena.

Hizo ademán de marcharse pero, tal y como esperaba, la retuvo cogiéndola de la muñeca con disimulo.

—Solo si prometes dejar que te haga experimentar una nueva dimensión del placer, una que hasta ahora no has conocido — susurró, tan cerca de su oído que le dio escalofríos ante lo tentador y prohibido que eso sonaba.

—¿Es eso un sí?

—No, es una promesa —gruñó, antes de aferrar su cintura como si fuera la extensión de su propio cuerpo y sacarla a la pista, donde fueron el centro de algunas miradas.

Por fortuna, su padre y Emilio estaban lejos de su campo de visión. Tampoco tenía nada de malo un baile, de todas formas.

En el momento en que sus cuerpos se entrelazaron, empezó a sonar una pieza de tango bastante íntima y sensual. Carlos la miró como pidiendo ayuda, dejándole en claro que nunca había bailado algo así.

Alessandra guio sus movimientos, encantada con asumir el control. Pero él se acopló al ritmo que ella impuso de manera magistral, dejándola algo asombrada por la fluidez con la que supo llevarla.

—¿Sorprendida? —Inquirió, curvando los labios en una sonrisa maliciosa—. Aprendo deprisa. Y recuerda que tenemos un trato.

Ella se pasó la lengua por los labios pintados de carmesí, sabedora del poder que ese gesto ejercía sobre él y disfrutando de la manera en que su entrepierna cobró vida propia.

—Tranquilo, yo siempre cumplo mis promesas.

El baile estaba llegando a su fin y los acordes sonaron con más frenesí, por lo que ella relajó el cuerpo y le rodeó el cuello con los brazos al tiempo en que él la aferraba de la cintura para hacerla descender hasta que casi tocó el suelo. Se inclinó sobre ella de manera que sus frentes casi se rozaron, así como sus labios, y la tensión que se creó fue casi insostenible. Pero ninguno de los dos apartó la mirada.

No fueron conscientes de todas las miradas que se posaron sobre ellos hasta que Baldassare Grimaldi se aclaró la garganta para obtener la atención de la gente, lo que provocó que ambos se separaran con disimulo.

Tanto Emilio como Adriano y Luca Ferragni estaban junto a él y por alguna razón a Alessandra no le dio buena espina.

Que Carlos se tensara hasta que se le marcaron las venas del cuello tampoco contribuyó a mejorar la situación. Ni siquiera la miró cuando intentó pedirle explicaciones.

De súbito, era el centro de todas las miradas y su padre la instó a acercarse a la tarima. Todas las alarmas sonaron en su cabeza, cuando empezó a hablar.

—Queridos amigos, estamos encantados con su presencia aquí y esperamos que estén disfrutando de esta velada tan amena. Quisiera aprovechar este momento para hacerles partícipes de una noticia que me llena de felicidad y es que mi hija menor, Alessandra, va a casarse con Luca Ferragni, aquí presente — anunció, con una sonrisa que parecía radiante, pero que en realidad era forzada a más no poder. Para él tampoco era plato de buen gusto, pero no tenía elección.

Solo en aquel momento Alessandra ató cabos y entendió las enigmáticas palabras de su madre, así como el extraño comportamiento de todos y la zalamería del Ferragni.

Era consciente de todas las miradas sobre ella y tuvo que luchar contra el impulso de salir corriendo de aquel salón lleno de hipócritas. Pero se contuvo, tenía que estar a la altura de las circunstancias y no podía olvidar quién era ella y la posición que ostentaba.

Así que inspiró hondo, compuso su mejor sonrisa y actuó en consecuencia. Como había dicho, ella era la reina del juego de ajedrez y quien movía las piezas a su antojo. Y haría que todos lo recordaran.

29 (FINAL)

Sin que la sonrisa desafiante se borrara de su rostro ni por un solo segundo, Alessandra acudió al lado de su padre, donde Luca Ferragni esperaba impaciente para obtener la mano de la soltera más despampanante y codiciada de toda Venecia.

Era muy consciente de que todo aquello estaba planeado a conciencia y, aunque sabía que muchos no habían tenido otra elección más que callar, eso ardía como la peor de las traiciones, incluso la música se había apagado de repente en cuanto ella subió a la tarima. Todos los invitados enmudecieron, expectantes.

Luca se la comía con los ojos y le dedicó su mirada más helada. Maldito aprovechado....

—Baldassare —habló, dándose importancia mientras se dirigía a su padre, que parecía estar deseando que toda aquella farsa terminara—. ¿Me concedes la mano de tu preciosa hija?

Alessandra sintió ganas de vomitar. Odiaba todo aquello. Lo peor era que lo había presenciado en incontables ocasiones. Así funcionaba aquel mundo. Y nadie lo cuestionaba, pues a ojos de todos era lo más normal.

Buscó los ojos de Carlos entre la multitud, pero él no estaba mirando en su dirección. ¿No podía ver cómo la pedían en matrimonio como si estuviera en una vulgar subasta? Se alegraba de que estuviera incómodo, porque ella se sentía de la misma manera. Como un trofeo que se exhibe en una vitrina.

—Por supuesto, Luca —acabó por aceptar Baldassare, aunque algo a regañadientes. Claro que eso solo lo percibió Alessandra, que lo conocía

mejor que nadie.

—Entonces me gustaría bailar con mi prometida, me ha reservado una pieza —añadió, exhibiendo una sonrisa deslumbrante que a ella le dieron ganas de borrarle de un puñetazo.

Pero se le ocurrió algo mejor...

Mientras los hombres se estrechaban las manos y se felicitaban, entre los vítores y el clamor del público, ella avanzó hasta situarse a escasos centímetros de su “prometido” y, aprovechando que tenía toda la atención de los presentes, le soltó un beso con lengua al susodicho.

La gente se volvió loca, incluso aplaudieron.

Ella se separó de él, con los labios hinchados y jadeante, pero satisfecha. No iba a permitir que todos la vieran como una mujer sumisa que aceptaba las órdenes de los hombres de aquella familia sin tener voz ni voto.

Esa era su manera de exigir su lugar y hacerles saber que nada ni nadie iba a arrebatarle su puesto, que allí quien mandaba – por mucho que se empeñaran en ponerla en venta – era ella. Y a su prometido más le valía respetarla si no quería que hiciera de su vida un infierno antes de tiempo. Porque esa boda se celebraría por encima de su cadáver, solo que eso nadie tenía por qué saberlo todavía.

Le tendió su mano y dejó que la condujera hasta la pista. La música comenzó a sonar de nuevo y todos los invitados se volvieron a juntar en parejas. Algunos los felicitaron y ella tuvo que poner buena cara, cuando por dentro se sentía a punto de explotar como un volcán. Apretó los dientes y luchó por controlarse. Tenía que ser más inteligente.

Ella no podía sospecharlo, pero el mismo dilema estaba teniendo Carlos. Solo que a él le estaba resultando mucho más difícil contenerse. Tenía los músculos tan tensos que no le habría sorprendido si reventaban las costuras de ese maldito traje que había tenido que ponerse. Sus impulsos eran cada vez más violentos e irracionales.

El rojo de las luces que había instalado Emilio para dar una ambientación más carnavalesca le estaba jugando una mala pasada, porque se le asemejaba a sangre más que nunca y ello no ayudaba a calmar su temperamento irascible.

Una mano se posó sobre su hombro y se giró a la velocidad de la luz, emitiendo un gruñido bajo y provocando que Mauro levantara las manos, asustado por su reacción.

Al darse cuenta, se relajó. Si seguía así llamaría la atención y no podía.

—Eh, tranquilo Carlos. Soy yo, ¿estás bien?

Tragó saliva ante la mirada que le dedicó.

—Mauro, sácame de aquí —ordenó. Y hasta él mismo se sorprendió ante el tono ronco y agresivo que le salió. De soslayo, distinguió a Alessandra deslizándose por la pista con las manos de ese bastardo sobre su cintura y vio rojo — ¡Ahora! —bramó.

—Claro...ven, que te dé el aire. Sí, Benedetta estaba buscando a Phillip, podríamos ayudarles — sugirió, acojonado por la expresión que tenía. Lo cogió del brazo, con tiento, como quien está ante un animal peligroso y no quiere provocarlo, hasta conducirlo a la salida.

Por fortuna, nadie los detuvo.

No había pasado ni un minuto en su compañía y Alessandra ya estaba imaginando más de veinte formas de matar a Luca Ferragni lentamente. No había dejado de alardear como si acabara de conseguir el premio mayor y no a una mujer de carne y hueso.

Sentía que echaba fuego por los ojos cada vez que lo miraba, pero el idiota no se daba por aludido.

—¿Quieres callarte de una puta vez? —Siseó, con las pupilas centelleantes, en un arranque de furia apenas contenida.

Todavía con las manos en su cintura y sin perder el ritmo de la canción, él rio. Eso la puso todavía más rabiosa y le enseñó los dientes.

—Vaya...ya veo que tenían razón cuando me dijeron que eras una fiera imposible de domar, pero no te preocupes...yo te bajaré esos humos —tuvo el descaro de soltarle.

Una oleada de ira le sacudió el pecho y tuvo que luchar contra las ganas ingentes de sacarle los ojos con sus largas uñas.

Se acercó hasta que su boca estuvo a milímetros de distancia.

—¿Domarme a mí? Ni siquiera cien como tú serían capaces de lograrlo —apostilló, con la sangre hirviendo.

Acto seguido, se soltó de su agarre con brusquedad y se alejó dejándolo con la palabra en la boca. Era mejor poner distancia o acabaría cometiendo

un crimen.

Como una exhalación, se dirigió hacia donde su padre y Marcello estaban charlando con unos invitados, no pudo dominarse e interrumpió la conversación sin ceremonias.

—Tenemos que hablar. Ya.

Algo debieron de ver en su expresión, porque nadie se atrevió a replicarle. Los dos la siguieron sin rechistar, abandonando el salón ante el asombro de algunos invitados. Caminaba con tanto brío que les costaba seguirla.

—Hija, cálmate por favor...—Se atrevió a decir Baldassare, que ya se esperaba una reacción así. Alessandra tenía un genio de mil demonios.

—¿¡Cómo cojones quieres que me calme si acabas de venderme como si fuera ganado frente a todos!? — bramó, sintiendo que la ira la consumía. Cerró con una violencia sorda cuando ambos le hicieron gestos para que bajara la voz.

Su respiración irregular fue lo único que perturbó el silencio que le siguió a su estallido.

—¿Y dónde demonios está mamá? —Exigió saber. También estaba furiosa con ella por no decirle nada. Estaba furiosa con el mundo entero en aquel momento. Necesitaba desfogarse.

—No lo sé —contestó finalmente Baldassare, alimentando aún más su ira.

—¿Y qué es lo que sabes? ¿¡Arruinar mi vida!? —Rugió, sin importarle lo hiriente que podía llegar a ser. Cuando se enfadaba no le importaba nada.

—Basta Alessandra, yo también enfurecí cuando lo supe. Pero las cosas no son como tú crees —habló Marcello, intentando apaciguarla.

—¿Entonces cómo son? —Arguyó, cruzándose de brazos.

—Los Ferragni son unos viejos conocidos nuestros. —Fue Baldassare quien habló, atosigado por la culpa — siempre hubo rivalidades, disputas por el poder... ya sabes. Estuvieron una temporada a la sombra, pero resulta que... eran aliados de los Lombardi —dejó caer, consciente del peso que tenían sus palabras.

—Por eso han vuelto —completó Marcello, apesadumbrado. Él fue uno de los que pidió que pensarán las cosas con calma cuando se ordenó aquella masacre contra el clan. Pero el ansia de revancha nubló el juicio del *Capo* y ahora aquellas eran las consecuencias.

—Para vengarse—dedujo una Alessandra sospechosamente tranquila—. ¿Cuándo planeaste todo esto, padre? —Inquirió, entrecerrando los ojos.

El hombre se pellizcó el puente de la nariz, buscando una calma que no existía.

—Desde que aparecieron en medio de una reunión del consejo, exigiendo un puesto en la maldita mesa. Negociamos...y fue lo único que se pudo hacer. Cualquier negativa habría iniciado una *vendetta*, conoces las reglas — explicó, visiblemente frustrado.

Ahora lo entendía.

—¡Joder! —gritó en voz alta, maldiciendo su suerte. Resultaba que ella solo era una maldita moneda de cambio en todo aquello. Una garantía.

—¿Cómo supieron que nosotros estábamos tras aquel ataque? —quiso saber, aprovechando que su padre estaba receptivo.

—Un mensajero que vendía información —contestó, con rabia contenida.

Alessandra resopló. Ni siquiera Marcello tenía palabras para consolarla. Aquello era una catástrofe. Nunca se habían visto superados de esa manera. Los enemigos se multiplicaban y había demasiado en juego.

Por eso, aunque no iba a perdonárselo fácilmente, entendió lo crítico de la situación.

—¿Y si Luca intenta vengarse conmigo?

—No dejaremos que te toque un solo pelo —se apresuró en asegurarle su padre, con fiereza—. Carlos seguirá cuidándote las veinticuatro horas y yo lo mataría si se atreviera a ponerte un dedo encima —aseveró.

Ella asintió.

—Además, el consejo está al tanto. No pueden violar la paz que hemos firmado sin sufrir las consecuencias —intervino Marcello, apelando a la ley.

—Eso nos da un margen de tiempo, pero tampoco es infalible — recalcó ella—. Esos viejos envidiosos no son de fiar.

Era un secreto a voces, solo que nadie se atrevía a decirlo.

—Ya caerán por su propio pie, solo tenemos que ser más astutos — sentenció Baldassare—. Ahora volvamos a la fiesta, no podemos levantar sospechas.

Le pasó un brazo por los hombros a cada uno y regresaron como si no hubiera pasado nada. Por suerte, todos estaban disfrutando del ambiente lo bastante como para no percatarse, pero no debían confiarse.

—Hace rato que no veo a mamá —le dijo a Marcello, deteniendo su avance. Estaba inquieta tras las últimas revelaciones—. ¿Y tú?

Él también estaba intranquilo, a pesar de lo mucho que se esforzaba por disimularlo.

—La última vez estaba con Donna saludando a unas amigas, pero llevo un tiempo sin localizarla, sí... ¿habrá salido a tomar el aire? — Inquirió, no muy seguro.

—No lo sé, pero deberíamos ir a buscarla. Algo no me gusta...— Comentó, sin poder quitarse de encima esa molesta sensación.

Y es que, por algún motivo, las palabras de la pitonisa no se le iban de la cabeza: «cuando empiece el carnaval, se derramará la sangre». No hacían

más que repetirse en bucle en su mente y empezaba a pensar que era una especie de señal. Rezó por estar equivocada.

Aquella velada en principio apacible se estaba tornando cada vez más turbia. Incluso la música se percibía más siniestra y las máscaras de los invitados se le antojaban más monstruosas e irreales.

Tenía que salir de aquel salón antes de volverse loca.

—Vamos — propuso su hermano, tendiéndole la mano para guiarla entre el gentío.

El aire frío de la noche tormentosa le dio la bienvenida y la opresión que había sentido entre esas cuatro paredes se disipó ligeramente. Y eso que el jardín estaba atestado de hombres uniformados con sus armas a punto, vigilantes ante la menor sospecha de intrusos.

Y a pesar de todo, la joven presentía que era inútil, que el peligro ya había penetrado en esos muros...y era demasiado tarde.

Nunca había deseado tanto estar equivocada, pero por desgracia sus peores temores se vieron confirmados cuando —en el instante en que ellos les preguntaban a los hombres si habían visto salir a Constanza de Grimaldi— una Benedetta presa de la histeria corría hacia ellos con lágrimas en los ojos y el rostro pálido como un fantasma.

Carlos la seguía de cerca y le puso una mano en el hombro. Parecía que la pobre se desvanecería de un segundo a otro. Alessandra intercambió una mirada de preocupación con Marcello.

—¿Qué sucede, Benedetta? —Le preguntó un angustiado Maurizio. Enmudeció cuando ella lo abrazó con todas sus fuerzas, llorando a lágrima viva y perdiéndose en su fuerte pecho.

Le acarició el cabello, intentando calmarla. Hasta que, al ver que no estaba en condiciones de hablar, interrogó a Carlos con la mirada.

Este adoptó un semblante grave y dijo lo que nadie se atrevía a soltar:

—Es Phillipio...será mejor que vayas con ella a que se tranquilice —le aconsejó a Maurizio, que asintió y se alejó con la chica prácticamente desmayada por el shock entre sus brazos—. Los demás venid conmigo.

No se lo pensaron dos veces antes de seguirlo. Fuera se desataba una tormenta, mientras dentro los invitados disfrutaban del jolgorio, ajenos a lo que se avecinaba.

Cuando Alessandra volvió a entrar a la casa, acompañada de Marcello y Carlos, estaba turbada por las imágenes que había presenciado en la bodega.

El pobre Phillipio había aparecido dentro de un enorme barril de vino añejo, con el rostro pálido y desfigurado en una mueca de horror. Su cuerpo estaba empapado por la sustancia y entendieron por qué nadie había logrado encontrarlo. Ese miserable supo esconder su cadáver muy bien.

Al parecer, lo encontraron los empleados cuando fueron a por las nuevas reservas y avisaron de inmediato a su hija, que entró en colapso. Alessandra se compadeció de ella. Era terrible.

Enseguida, Carlos pidió —o más bien ordenó a todos— que despejaran la escena y se la llevó dentro. Ya se ocupaban los hombres de seguridad de

mover el cuerpo.

—No la encuentro —le dijo, empezando a ponerse muy nerviosa. No quería pensar lo peor, pero después de ver aquello era muy difícil conservar la calma.

Carlos le apretó la mano. Sus dedos estaban fríos y sintió un estremecimiento. Ya habían mirado en varias habitaciones— mientras Marcello buscaba por su cuenta, con poco éxito— y ni rastro de Constanza.

Preguntaron a Donna y aseguró que hacía rato que la había perdido de vista. Stella y Catarina tampoco sabían nada.

No estaba en su cuarto, ni en la cocina, donde nana Ofelia se preocupó bastante al saber que nadie tenía noticias de su niña (así la llamaba siempre).

Estaban saliendo de la sala de estar, con su enorme ventanal de cortinas rojas, cuando sintieron una fugaz presencia desplazarse a sus espaldas.

Carlos fue el primero en girarse, instintivamente, para atisbar una capa negra perdiéndose por el pasillo en dirección al ala de invitados, en la última planta.

—Vamos —susurró, aferrando la mano de la chica con fuerza y arrastrándola en pos de aquella sombra, que se movía como si conociera cada recoveco a la perfección.

Lo único que pudieron atisbar fue ese retazo de tela perdiéndose en cada esquina, pero era evidente que los estaba guiando. Aun así, no tenían de otra más que seguirlo. Carlos le enseñó la culata de su pistola, la cual tenía

siempre a punto. Así que corrieron tras él, corredor tras corredor, mientras la música sonaba de manera cada vez más tenue.

Entonces lo vieron.

Una puerta abierta.

De inmediato, Alessandra la identificó.

—Es el despacho de Emilio —susurró. Y Carlos le hizo un ademán para que lo siguiera.

Apuntó con su arma. Pero allí no había nadie.

No había ni rastro de esa figura espectral disfrazada de arlequín que los había guiado por toda la mansión, hasta su objetivo.

¿Pero para qué los había atraído allí?

No había nada, más que un montón de papeles viejos en un escritorio...

O eso creyó, porque cuando Alessandra encendió la luz, sus ojos se dirigieron como un resorte hacia el rincón más alejado de la estancia... donde una macabra estampa los esperaba.

Carlos leyó el mensaje que había dejado escrito en la pared, con sangre. Mientras cerraba los ojos y se maldecía internamente por no haber previsto aquello.

Una nota escrita con sangre en la pared. Eso era lo que había dejado el maldito loco.

—¡Rápido, vamos abajo! —La instó él, intentando entrar en la mente de ese perturbado. Si se daban prisa, quizá todavía podían detener lo que estaba a punto de pasar.

Un sonido partió en dos el cielo y ambos maldijeron.

—Ya ha empezado el castillo de fuegos artificiales, estarán todos en el jardín —exclamó ella, mientras corrían escaleras abajo como si el diablo los persiguiera.

Habían dejado todo tal y como estaba, ya se ocuparían de ello más adelante.

Jadeante, la muchacha tomó una bocanada de aire. Nunca en su vida había corrido tanto...ni había temido con tal intensidad un desastre inminente.

El salón estaba vacío, lo que confirmó sus peores temores.

—Ve a avisar a tu padre, yo inspeccionaré...—Se quedó congelado en el acto, estático en el umbral de la puerta, al atisbar un bulto que se parecía sospechosamente al de un cadáver colgante.

Apretó la mandíbula, ella no podía ver eso.

—Carlos, ¿qué pasa? —Lo interrogó, asustada al ver su expresión. El salón estaba en penumbra y con su cuerpo le bloqueaba la visión, pero ella se había dado cuenta de que algo malo estaba sucediendo.

No imaginaba lo terrible que era.

—Vete, vamos —testaruda, lo empujó—. ¡Que no mires, joder!

—¡Quiero saber qué coño está pasando! —Se empecinó. Y entonces encendió la luz y el peso de la verdad cayó como una pesada losa sobre ella.

Detalló unos brazos y piernas colgando flácidos, un cabello negro dolorosamente familiar desparramado y unos ojos sin vida... a los que estaba mirando fijamente Alessandra antes de dejar escapar unas cuantas lágrimas de puro horror y desesperación. Después, el alarido salvaje que emitió hizo temblar los cimientos de aquella mansión.

«Cuando empiece el carnaval se derramará la sangre».

La advertencia estuvo ahí todo aquel tiempo. Y nadie supo preverlo.

Ahora ya era tarde.

Porque la muerte se había colado en los sagrados muros de Villa Santorini contra todo pronóstico y dejando un carnaval de sangre y devastación a su paso.

EXTRA

Verano de 2009

—¡Papá, Bruno no me devuelve mis auriculares! —Se quejó la pequeña Chiara, haciéndole pucheros desde su asiento en el jet privado y con los ojos rebosantes de unas lágrimas que no tardarían en ser derramadas como no se esmerara en intentar calmarla pronto.

Bruno empezó a hacerla rabiar, diciéndole que se los iba a quedar hasta que la pobre niña de nueve años estalló en llanto. Y Thiago se metió enseguida para defender a su hermanita. El resultado: los tres gritándose y armando un escándalo de dimensiones épicas que sobresaltó a Donna, quien dormitaba en su asiento con paños en la frente, pues sufría de vértigos cuando volaba.

Emilio clamó paciencia a los cielos y suspiró, echando una ojeada disimulada a sus escoltas —que aguardaban fuera del avión esperando instrucciones echando una ojeada mientras la familia Grimaldi llegaba, pues viajarían todos juntos— y pensando en lo bizarro de aquella estampa.

Él, el temido *Capo* de la Organización, teniendo que mediar en una disputa de sus hijos. Menos mal que su padre —Ludovico Santorini, *Don* de la *Cosa Nostra* y un viejo cascarrabias e intolerante si querían la opinión de Emilio— estaba en un viaje de negocios y no había podido acompañarlos, porque si presenciara aquello no perdería la oportunidad de echarle en cara lo malcriados que tenía a sus hijos.

—Chicos, por favor, no peleéis tan temprano —les rogó su esposa, abriendo un solo ojo para hacerse una idea de la situación. Temía que rompieran algo.

—¡Ha empezado él! —Lo acusó Chiara, con sus pequeñas trencitas doradas ondeando al viento cada vez que daba pequeños saltos para intentar alcanzar lo que Bruno sostenía por encima de su cabeza. Y teniendo en cuenta que era mucho más alto que su hermana y le sacaba diez años de diferencia, aquella era una batalla perdida de antemano.

—Eres una enana, vamos cógelos. Si no lo haces me los quedaré —la pinchó, haciendo estallar a su padre.

—¡¡Bruno, mocoso endemoniado!! Devuélvele los auriculares a tu hermana para que vea sus dibujos y compórtate como el hombre que ya se supone que eres —ordenó, con tanto ímpetu que hizo dar un respingo a su mujer. Enseguida acudió a ver cómo se encontraba, más porque era su deber que por una preocupación genuina.

Diablos, solo quería relajarse por unas semanas, las vacaciones ni siquiera habían comenzado todavía y esos tres ya estaban volviéndolo loco. Los cuatro, mejor dicho.

—Si le estoy diciendo que los alcance, no tengo la culpa de que no pueda —le contestó el muy descarado.

El llanto de Chiara se hizo cada vez más pronunciado y Thiago se hartó, levantándose de su asiento con el mismo ademán imponente que solía lucir su padre. Quizá en cuanto a físico Bruno se le pareciera más, pero el mediano poseía sin duda el carácter de su padre.

Aprovechó que estaba de espaldas a Bruno y le arrebató los inalámbricos de la mano, para tenderlos a su hermanita, que lo miró como si fuese su héroe.

—¿Por qué no te metes con alguien de tu tamaño? —Lo encaró, en cuanto Bruno se dio la vuelta, molesto y con esa sonrisa que no auguraba más que problemas.

Emilio se pellizcó el puente de la nariz, luchando por contener su temperamento. Sabía que ese malcriado hacía aquello porque desde el principio se había mostrado renuente a acompañarlos, pero estaba llegando demasiado lejos. No podía dejarlo solo en la mansión con la mínima vigilancia o corría el riesgo de que su casa se convirtiera en un burdel para cuando hubieran regresado.

Ese mujeriego inconsciente le sacaba canas verdes.

Bruno empujó a Thiago, quien le devolvió el golpe con mayor virulencia. Y Emilio tuvo suficiente, así que se interpuso entre ambos antes de que se enzarzaran en serio.

Dios santo, sabía que estaban en edad difícil pero si a él se le hubiera ocurrido comportarse así delante de su padre... la paliza que se habría ganado sería épica. Y ahí era cuando más se esforzaba por no parecerse al viejo, lo último que quería era ser como él. Aunque lo presionara todos los días para ello.

—¡Basta he dicho! Os vais a sentar y a comportaros como Dios manda, como dos hombres de la *Famiglia* orgullosos y educados, no como dos orangutanes estúpidos que compiten por ver quién mea más alto — bramó, asustando un poco a Chiara sin que fuera su intención. La niña rápidamente buscó refugio en su madre, que la abrazó.

—¡Emilio! —Lo regañó ella, aunque estaba conteniendo la risa.

—Lo siento, mujer. Pero deben aprender de una maldita vez, mira ahí viene Baldassare y su familia. Más os vale dejaros de estupideces y no avergonzarme — advirtió, dándoles un estirón de oreja que los hizo apretar los dientes, humillados.

Los dos volvieron a su asiento con la cabeza gacha y Bruno se acercó para darle un pequeño beso en la cabeza a su hermana, que aunque al principio lo fulminó con la mirada, muy digna, acabó sonriendo.

—Era una broma, enana.

—Papá me comprará muchos más regalos que a ti después de esto — se la devolvió, sacándole la lengua.

Bruno puso los ojos en blanco.

—Venid, vamos a saludar a los Grimaldi — instó Donna y no tuvo que pedirlo dos veces.

Hasta Bruno obedeció de buena gana, todo con tal de ver a Alessandra.

—¡Baldassare, *amico mio*! —Exclamó Emilio, envolviendo en un abrazo al hombre, que no dudó en corresponderle con el mismo vigor.

—Emilio, *buongiorno* —saludó, entusiasmado con aquel viaje que tenían por delante.

Abrazó a su esposa Constanza, que venía algo indispuesta, por la cintura y enseguida Donna acudió a abrazar a su amiga de la infancia.

—¡Marcello! —Clamó una entusiasmada Chiara, que corrió a darle un abrazo al joven.

Este la alzó en volandas, riendo con la felicidad infantil de la niña, que siempre había tenido especial devoción por él sin que supiera por qué. Admitía que esa niña encantadora lo hacía sentir muy bien y le gustaba pensar en ella como en otra hermanita más. Pues Alessandra ya tenía dieciséis y era toda una yegua desbocada a la que era imposible poner freno, para disgusto de su padre.

Allí estaba, sin ir más lejos, con un vestido veraniego más corto de lo que dictaba el protocolo italiano, los labios pintados de rojo rubí y esa sonrisa provocadora suya.

Se dejó consentir por sus padrinos, Donna y Emilio, que alabaron su belleza incomparable y ni siquiera disimuló la manera ansiosa en que contemplaba a Bruno.

Esa chiquilla rebelde... le había jurado y perjurado cuando la interrogó —era su deber de hermano mayor— que no le interesaba el mujeriego de Bruno Santorini, a quien decía considerar un hermano más, pero allí estaba coqueteándole con la mirada y en cuanto se abrazaron aprovechó para susurrarle algo al oído sin que nadie más excepto él y un celoso Thiago se percataran.

—¿Qué hay, Marcello? —Lo saludó este último, con un apretón de manos al que correspondió. Ellos siempre se habían llevado muy bien.

—Thiago — lo saludó este, tan formal como siempre.

Desde niño, todo el mundo había alabado su madurez e inteligencia precoz, pues mientras los demás jóvenes disfrutaban yendo a fiestas y

practicando todo tipo de desenfrenos y actividades ilícitas, él prefería pasar el fin de semana en compañía de sus libros o compartiendo con su familia.

Enseguida, Alessandra acudió a saludar también a Thiago, quien la estrechó contra sí más tiempo del debido. Sentía por la joven una especie de amor platónico que se le pasaría con los años, en cuanto conociera a Catarina Costa, su futura esposa.

De todos modos, ella solo lo miraba como a un hermano. No como a Bruno. Y eso solo contribuía a aumentar la rivalidad entre ambos.

—¿Subimos? —Propuso Emilio, al ver que ya se habían saludado todos.

Nadie puso objeciones.

Cuando estuvieron acomodados en sus asientos; Chiara sentada en las piernas de Marcello, los dos viendo los dibujos que le gustaban a la niña, Bruno y Alessandra juntos y detrás un enfurruñado Thiago, a quien sorpresivamente Alessandra decidió dar conversación pronto, aprovechando que los adultos estaban distraídos con su propia charla aburrida.

—Thiago, he oído que hace dos semanas apuñalaste a Bruno después de que te superara en un entrenamiento — comentó, sumamente divertida e ignorando la mirada furibunda que el mayor de los Santorini le dirigió. Todavía llevaba la pierna derecha vendada y le escocía en el orgullo cada vez que se acordaba.

Su hermano, en cambio, sonrió con malicia al rememorarle. Bruno se lo merecía, estuvo todo el tiempo alardeando y provocándolo. Pues bien, eso era lo que sucedía cuando alguien le buscaba las cosquillas.

Y valió la pena a pesar de la regañina que le dieron sus padres, aunque sospechaba que su padre no se había escandalizado tanto como Donna. Eran muy parecidos, después de todo.

—Me estaba buscando y me encontró — soltó, dedicándole una mirada cargada de desafío a la que el otro no tardó en responder con una mueca igual de torva.

Alessandra estaba convencida de que serían capaces de enzarzarse ahí mismo si no los frenaba e intervino, risueña.

—Wow calma, cuánto amor fraternal. ¿Pensáis estar así todas las vacaciones o vais a relajaros?

Y sus palabras tuvieron efecto inmediato, porque ambos dejaron aparcada su aversión mutua por un rato y disfrutaron del vuelo intercambiando anécdotas con la Grimaldi.

Marcello echó una ojeada con disimulo hacia los asientos traseros y cuando los vio charlando tan animadamente se quedó mudo. Definitivamente, aquello era algo que solo Alessandra podía conseguir. Porque ella siempre conseguía lo que se proponía.

En cuanto aterrizaron, tres lujosas limusinas los estaban esperando en la pista —una de ellas destinada a su equipo de seguridad, que se encargaría de trasladar el equipaje directamente al hotel de cinco estrellas en el que se hospedarían— para conducirlos hasta el *resort*. Les habían reservado las mejores y más lujosas *suites* para la semana y el personal se desvivió por atenderlos.

No esperaban menos, teniendo en cuenta quiénes eran ellos. A fin de cuentas, no todos los días se podía decir que la mafia venía a hospedarse en

tu hotel.

Alessandra había corrido con suerte, pues le había tocado una habitación individual para ella solita, que además poseía unas vistas privilegiadas de la playa que estaba al pie del hotel, cuya agua cristalina la sedujo desde la distancia.

Estaba en el balcón, dejándose mecer por la brisa cálida de primeros de agosto y empapándose del paisaje, las gentes y el movimiento ondulante de las olas, cuando sintió una presencia masculina tras su espalda.

No tuvo que volverse para saber que se trataba de Bruno. Nadie más que él osaría colarse de ese modo y acariciarle los hombros desnudos con la yema del pulgar, estremeciéndola.

El sexo esporádico que tenía con Bruno estaba bien, aunque no era más que eso. Y los dos lo tenían claro, por suerte.

—¿Qué te ronda por la cabecita que estás tan pensativa, Alessandra? — Le preguntó, mordisqueando el lóbulo de su oreja y jugando con los mechones de su cabello ondulado.

Ella suspiró.

—Pensaba...por un momento me imaginaba cómo sería todo si yo fuera una persona común y corriente, anónima. ¿Cómo creéis que sería? —Le preguntó, girando la cabeza para mirarlo a los ojos.

Él chasqueó la lengua, un poco molesto porque quisiera hablar y no tuviera ganas de follar. A fin de cuentas, tenían poco tiempo para disfrutar a solas mientras sus padres tomaban un baño en el jacuzzi y se relajaban. Él

tenía que compartir la habitación con sus dos hermanos, que se preguntarían dónde estaba si demoraba demasiado. Había puesto la excusa de que iba a dar un paseo, pero Thiago no tenía un pelo de tonto.

—¿Para qué quieres ser una persona normal? Eso es aburrido, tú lo tienes todo. Has nacido en cuna de oro, eres la princesa de la mafia más grande y poderosa de toda Italia —le dijo, sin entender adónde quería ir a parar.

Alessandra dejó caer los hombros, ligeramente decepcionada. No lo entendía.

Claro que no lo hacía.

Y no lo culpaba. Bruno era un joven demasiado práctico y vanidoso para estar elucubrando sobre alternativas que no se correspondían a su vida.

Él vivía el ahora sin preocuparse por el “qué pasaría si...”. Y ella intentaba hacer lo mismo, pero a veces no podía evitar que su mente divagara. ¿Habría alguien ahí fuera que pensara del mismo modo?

¿Podría entenderla algún hombre un buen día? ¿O ninguno iría más allá de procurarle buen sexo entre las sábanas? Tal vez era una tonta por pensar demasiado.

Su mano acarició sus labios con deleite y lo contempló bien. Bruno era muy apuesto.

Tenía el cabello azabache de Emilio, los ojos azules como el zafiro y el porte arrogante de un rey. La leve capa de áspera barba que cubría la sombra de sus mejillas le daba un toque todavía más varonil y seductor y

ese cuerpo bien trabajado y lleno de músculos y la tinta de los tatuajes de la mafia era sencillamente una delicia.

Lo besó, por impulso, y él correspondió con avidez. Su cuerpo estaba en plena ebullición de hormonas y le pedía sexo a todas horas. Por eso había querido quedarse.

Sin embargo, sabía que se las arreglaría bien allí. Sería estimulante pasar tiempo a escondidas con Alessandra y cuando no, bien podría salir para conquistar mujeres anónimas.

Su dureza se le clavó en el estómago y la tumbó sobre a cama tamaño King, ansioso por penetrarla. Ella gimió a un palmo de su boca, totalmente excitada.

La lujuria y el desenfreno se había apoderado de ellos y no pensaban detenerse hasta echar un polvo.

Él le devoró los labios, frenético, levantándole el vestido para deleitarse con la humedad que se filtraba a través de sus braguitas de encaje.

—Estás loco, podría entrar Marcello o Thiago... —Atinó a decir ella, aunque apenas podía contener el deseo que la embargaba al verlo tan desatado, tan rudo, encima de ella acariciándola y mordiéndola con fiereza.

—Me da igual —gruñó, quitándose los pantalones con impaciencia.

Como si lo hubieran invocado, Thiago entró en aquel preciso instante, sin molestarse en llamar a la puerta siquiera.

Alessandra gimió, entre consternada y fastidiada, y se quitó de encima a un Bruno que se puso hecho una fiera y trató de arremeter contra su hermano por haberlos interrumpido. Alessandra lo sujetó por el cuello, conteniéndolo a pesar de su ira.

—¡¡Te mataré!! —Bramó, intentando alcanzarlo a pesar de los esfuerzos de la joven por mantenerlo quieto.

—Deberías darme las gracias. Padre me envía a avisar a Alessandra de que han preparado un *brunch* en nuestro honor, nos esperan a todos abajo en cinco minutos.

Aún resoplando de furia, Bruno se aquietó y ella lo soltó, aliviada. Empezó a retocarse en el espejo, para que nadie sospechara nada y rodó los ojos al ver que seguían allí.

—¡Fuera, vamos, antes de que os vean aquí! —clamó, exasperada.

En cuanto se hubieron ido, inspiró hondo y se aplicó un poco de polvos para mantener su maquillaje intacto. Luego terminó de arreglarse con un vestido de cóctel todavía más impresionante, para la ocasión. Ella siempre dejaba huella allá donde fuera y aquel día no pensaba ser la excepción.

Alessandra llegó la última, cuando ya todos estaban sentados a la mesa en el balcón, justo encima del agua prístina y cristalina del mar. La joven se quedó sobrecogida con la vista a pie de promontorio. Aquel lugar era espectacular, casi tanto como lo eran los manjares que la esperaban en la mesa.

Su estómago rugió, hambriento y esbozó una sonrisa de disculpa. Los hombres se pusieron en pie, como una muestra de cortesía, y tomó asiento tras dedicarles una inclinación de cabeza.

Tuvo la buena suerte de que a su lado se hallara precisamente Bruno, que lucía desinteresado y aburrido. Había que admitir que fingía bastante bien.

Alessandra tuvo que reprimir la risa al pensar si se le habría bajado la calentura. Por la mirada hambrienta que le dirigió cuando se inclinó sobre él para tomar la salsa, dedujo que no. Y eso le encantó.

—¿Qué te parece el lugar, Alessandra? Estábamos comentando que más tarde podemos bajar a la playa para tomar un baño antes de comer — la puso al tanto Donna, con una sonrisa de entusiasmo, al que ella correspondió de buena gana.

—Me parece espléndido y respecto al baño, creo que nada me apetece más, Donna —respondió, educada.

Su padre le sonrió con afecto desde el otro lado de la mesa. Era su ojito derecho. Su madre, que estaba mucho más repuesta y alegre de lo que la había visto en mucho tiempo, le dedicó una mirada de puro orgullo.

Constanza no era una mujer que hablara mucho, pero lo expresaba todo con su mirada dulce y sus ademanes cariñosos. Era el sol que iluminaba aquella familia.

—No se hable más, entonces. Pero antes, quiero una foto de familia —demandó Emilio, llamando a Maurizio, uno de sus hombres de confianza. El guardaespaldas se acercó presto con un teléfono móvil entre sus manos con el que immortalizar el momento —. Se la mandaré a mi querido padre —soltó el *Capo*, en una clara pulla que los hizo estallar a todos en carcajadas.

—Ay querido, eres incorregible—. Por su tono, no se sabía si su mujer lo estaba regañando o felicitando. Alessandra sospechaba que ambas.

Todos se juntaron, para caber bien en la instantánea. Alessandra aprovechó el mantel que cubría sus piernas para posar la mano directamente en la entrepierna de un Bruno que abrió ligeramente los ojos, saliendo algo desencajado en la foto y acentuando así más la sonrisa traviesa de la Grimaldi, que no tuvo prisa en retirar la mano.

Enseguida, los dedos de Bruno se entrelazaron con los suyos para quitarla antes de que nadie se diera cuenta, cosa que por fortuna no ocurrió.

—Eres mala —le susurró, con la excusa de inclinarse para ver cómo había salido.

Ella le respondió en el mismo tono.

—No sabes cuánto, *amore*.

Satisfecha, empezó a devorar todo cuando se le antojó.

Y la joven pensó que aquellas vacaciones prometían ser inolvidables.

De lo que nadie se dio cuenta, sin embargo, fue de que en la suite vecina —aquella que les habían denegado por encontrarse ocupada y que dividió las habitaciones de ambas familias— una sombra con una máscara extraña observaba la manera en que disfrutaban de su felicidad con una mueca crispada en el rostro quemado.

Una felicidad que él se encargaría de arrebatarnos más temprano que tarde.

Continuará

CARNAVAL DE CENIZAS

Prometió llevar a cabo su Vendetta y lo cumplió. El autodenominado "asesino del carnaval" ya se ha cobrado su primera víctima: Constanza Grimaldi. Y con ella, ha dejado desolada no solo a su familia, sino a unos Santorini que saben que serán los próximos en sufrir las consecuencias de un pasado que sigue pesando en sus conciencias.

Enloquecida por el dolor y la sed de venganza, Alessandra Grimaldi no se detendrá hasta desenmascarar al despiadado hombre que se esconde tras la máscara de arlequín, quien parece haber regresado de la muerte para cobrar sus cuentas pendientes con las dos familias.

Para hacerlo contará con la ayuda del fiero y protector Carlos, dispuesto a todo con tal de cumplir la promesa de protegerla hasta el final. Pero, ¿estarán preparados para afrontar el baño de sangre que se avecina? El décimo día del carnaval se acerca y el asesino está dispuesto a todo con tal de cumplir su objetivo. ¿Cuánta sangre más será derramada? ¿Cuál es el precio de los secretos que se esconden bajo llave en la mansión?

Pronto disponible en Amazon

Books By This Author

Amor clandestino libro 1

Cuando las adolescentes Emily Stuart y Elizabeth Wilson acaban en contra de su voluntad en el tenebroso internado "La Nebulosa", situado en las afueras del pequeño pueblecito de Indiana no se imaginan hasta qué punto su vida va a cambiar.

Su curiosidad innata y su rebeldía las llevarán a meterse en un lío tras otro y así vivirán experiencias increíbles.

En ese lugar conocerán a dos encantadores chicos: Liam Black y Mark Evans, los cuales se sentirán inmediatamente atraídos por ellas.

Pero el destino es caprichoso y hará que sus vidas se crucen en el camino de las de dos hombres tan peligrosos como atractivos; Danny Miller y Ryan Harrelson, quienes pondrán su mundo del revés.

¿Podrán salir indemnes de la locura en la que se ven envueltas? ¿O será demasiado tarde para volver a la normalidad tal y como la conocían hasta ahora?

Amor clandestino libro 2

Las decisiones nunca habían pesado tanto.

Luego de que finalmente Ellie y Emily se atrevieran a asumir las consecuencias de aceptar el amor que sienten por Danny y Ryan, aun con todo lo que ello implica, jamás se imaginaron hasta qué punto su decisión traería consecuencias...ni cuan alto sería el precio.

Pero ya no hay lugar para los arrepentimientos...

No hay vuelta atrás.

En un juego donde está en riesgo la vida, la única salida es vencer.

La cuestión es, ¿serán capaces de lograrlo? ¿O perderán la vida en el intento?

Atrévete a descubrir el final de esta increíble aventura.

Amor sin condiciones

YA ESTÁ AQUÍ EL ESPERADO SPIN OFF DE LA SERIE AMORES QUE MATAN

El día que Samantha y Erick se encontraron por primera vez debido a una desafortunada coincidencia, no esperaban que entre ellos pudiera surgir una atracción tan peligrosa como inevitable.

Con un carácter totalmente opuesto y una forma muy distinta de ver la vida, nunca pensaron que podrían fijarse el uno en la otra.

Ella arrastraba las inseguridades fruto de una relación tóxica del pasado...

Él estaba roto en mil pedazos y lleno de secretos y cicatrices...

Y sin embargo, casi sin darse cuenta, comienzan a caer en un juego de seducción y pasión sin condiciones que podría acarrearles unas consecuencias inesperadas.

¿Supondrá su relación el camino hacia la redención o hacia una imparable espiral de destrucción?

La cara oscura de Nueva Orleans

Nueva Orleans tuvo un pasado oscuro, ¿y si volviera a resurgir? Una chica asesinada de forma espeluznante a las puertas del cementerio más antiguo de la ciudad, en lo que a todas luces parece ser un extraño ritual satánico. Unos amigos que ocultan secretos. Un novio conflictivo y delincuente. Dalia White y Axel Wood son dos inspectores con caracteres y metodologías radicalmente opuestas, pero con un férreo y principal propósito que los une: resolver el crimen de la joven Patricia Santos y poner fin a una vorágine de locura y muerte que amenazará con devorarlos. Dicen que el infierno alberga todo tipo de demonios en su interior, pero ¿Qué pasaría si la tierra también lo hiciera?

Macabra perversión

Desde que tengo uso de razón siempre me he sentido enjaulada, como una marioneta sin voluntad.

Y por eso he actuado en consecuencia.

Escapar del monstruo que ha sido mi captor durante prácticamente toda mi miserable vida, en la víspera de la noche de los muertos, podría catalogarse como un suicidio... para cualquiera ajeno al infierno que he vivido.

La desesperación puede ser una peligrosa consejera.

Una cabaña en medio del bosque tenebroso de Iron Creek, en un pequeño pueblecito de Montana.

Tres hermanos siniestros, salvajes e inquietantes, que se han convertido en mis salvadores.

¿El precio? Que sea suya hasta que pase Halloween.

Claro, eso si sobrevivo para contarlo.